

Juan Valera

**SOBRE EL CONCEPTO QUE
HOY SE FORMA DE ESPAÑA
Y OTROS ARTÍCULOS
SOBRE LA LEYENDA NEGRA
Y LA GUERRA DE CUBA**

CLÁSICOS DE HISTORIA 560

JUAN VALERA

**SOBRE EL CONCEPTO QUE
HOY SE FORMA DE ESPAÑA
Y OTROS ARTÍCULOS SOBRE
LA LEYENDA NEGRA Y LA GUERRA DE CUBA**

OBRAS COMPLETAS

Tomo I: *Discursos académicos I*. Madrid 1905

Tomo XXXVII: *Historia y política (1859-1868)*. Madrid 1913

Tomo XXXVIII: *Historia y política (1869-1887)*. Madrid 1914

Tomo XXXIX: *Historia y política (1892-1898)*. Madrid 1914

Tomo XLIV: *Cartas Americanas (1897-1900)*. Madrid 1916

Tomo IL: *Miscelánea III*. Madrid 1916-1917

https://www.cervantesvirtual.com/portales/juan_valera/obra_completa/

ÍNDICE

Sobre el concepto que hoy se forma de España (1868).....	4
Del influjo de la Inquisición y del fanatismo religioso en la decadencia de la literatura española (1876).....	18
Historia de la civilización Ibérica (1887).....	30
Sobre dos tremendas acusaciones sobre España del angloamericano Draper (1896).....	60
El país de la castañeta (1896).....	75
Mérito y fortuna (1896).....	79
El regionalismo filológico en Galicia (1896).....	83
Las alianzas (1896).....	86
Los Estados Unidos contra España (1896).....	91
Quejas de los rebeldes de Cuba (1896).....	100
A una señora cubana (1896).....	108
Fe en la patria (1896).....	111
Las dos rebeliones (1896).....	113
La paz deseada (1896).....	116
La mediación de los Estados Unidos (1896).....	119
La tortura en España (1897).....	122
Letras y armas (1898).....	125
Carta a <i>La Nación</i> , en Buenos Aires (1900).....	128

SOBRE EL CONCEPTO QUE HOY SE FORMA DE ESPAÑA (1868)

Las doctrinas o las creencias se encadenan de tal suerte, que con dificultad puede afirmarse nada, a no presuponer otras afirmaciones previas.

Así es, que por severo y escrupuloso que sea un escritor y por aficionado a demostrar o a dar pruebas de lo que afirma, no es posible que en cualquiera escrito suyo vaya remontando, por decirlo así, los eslabones todos de la cadena y demostrándolo todo hasta llegar a los principios fundamentales. Algo es menester que dé por sentado y hasta por inconcuso el lector: en algo es menester que el lector convenga con el escritor, aunque no sea más que para entrar en cierta momentánea comunión de espíritu, mientras que lee su obra.

Convencido yo de esto, voy a sentar aquí algunas premisas, que sólo condicionalmente quiero que sean aceptadas.

Yo creo, en cierto modo, en la inmortalidad de las naciones de Europa. Las antiguas civilizaciones y los antiguos y colosales imperios de Oriente murieron, se desvanecieron: apenas queda rastro de su grandeza pasada. Esto hace pensar a muchos en que las razas y los pueblos se suceden y se transmiten la gloria, el poder y la ciencia, cayendo unos para que otros se levanten. Los egipcios y los asirios y los babilonios, sucumben cuando se alzan los medos y los persas. Luego viene Grecia; luego Roma; luego aparecen las naciones del Norte de nuestro continente: tal vez la América vendrá más tarde. Hay quien no considera la historia sino como una incesante sucesión de ruinas, sobre las cuales llega a fundar su principado o dígame su hegemonía una nueva nacionalidad, una nueva raza. Los que piensan así, sin negar el progreso humano, entienden que el cetro, la corona, la antorcha de la civilización, más brillante cada día, en suma, todo el tesoro acumulado del estudio, del trabajo y del afán de mil generaciones sucesivas, pasa de un pueblo a otro pueblo, con el andar de los siglos. Esta idea es tan antigua, tan general y tan arraigada, que se formula en proverbio, mucho tiempo ha:

Tradidit Aegyptis Babylon, Aegyptus Achivis.

Los que así discurren, dadas las condiciones actuales de la civilización, no pueden ir hasta el extremo de imaginar que tal o cual nación, o tal o cual Estado, venga a hundirse tan por completo como los imperios antiguos de Asia; que, en una época señalada, a no intervenir un cataclismo de la naturaleza, París, Londres o Berlín, lleguen a ser lo que son hoy Persépolis, Susa, Ecbatana, Menfis, Tebas, Nínive o Palmira: pero sí imaginan que suben a mayor altura otros pueblos, los cuales salen a la escena de la historia como representantes de una nueva idea más alta y más comprensiva, como ministros de un propósito providencial superior, y como flamantes encargados de la misión de dirigir el progreso. Las naciones, que antes eran las primeras, quedan entonces rezagadas y como arrinconadas, o reducidas al menos a hacer un papel harto secundario. La decadencia de estas naciones es grande, aunque rara vez llegan al término de aniquilamiento de los pueblos asiáticos. Casi siempre, al menos en los pueblos europeos o de origen europeo, se supone virtud para seguir, aunque sea a remolque y trabajosamente, el movimiento progresivo de la civilización, al frente del cual se colocan, según su turno, otros pueblos u otras razas. Hoy dicen que los que van a la cabeza son los alemanes, los ingleses y los franceses: y no falta quien columbre ya, en lo venidero, la supremacía de los anglo-americanos y de los rusos. Entretanto, los que adoptan resueltamente esta opinión, consideran que hay naciones, aun entre las de Europa, que se hacen reacias; que tal vez

contribuyeron en un momento dado, y por muy brillante y poderosa manera, al desarrollo del espíritu, al adelanto general, a la marcha majestuosa y providencial de los negocios humanos, pero que son sólo perfectibles hasta cierto punto y de allí no pueden pasar. Estas naciones mueren, y los que así discurren justifican su muerte, si ya tuvo lugar, o la predicen, si está por venir todavía. A veces no es la nación sólo, en su forma política, la que es absorbida o aniquilada, sino la raza misma, como va aconteciendo con los indios americanos: pero más comúnmente desaparece la nación sólo, y la raza queda, en un estado de mayor o menor degradación, con más o menos vitalidad, con esperanzas más o menos fundadas de recuperar la nacionalidad, la *autonomía*, el poder político independiente: así, desde los polacos y los griegos de Creta, hasta los judíos y los gitanos.

En mi sentir, hay en este modo de considerar la historia mucho de verdad, mucho que la experiencia comprueba: pero también hay notable exageración. Aun para adoptar vagamente lo principal de la doctrina, importa hacer no pocas salvedades y distinguos, y conviene dar explicaciones. La que más cuadra a mi intento, es la de que los pueblos que llaman Aryas o descendientes de los Aryas, y que otros llaman de raza indo-germánica, caucasiana o jafética, esto es, los pueblos de casi toda Europa y algunos de Asia, tienen, entre otras excelencias y ventajas, la de conservar, a través de mil alternativas de próspera y adversa fortuna y de todo accidente o circunstancia exterior, el sello de su carácter, la energía y la virtud y el valor que les son propios, y con los cuales llegaron a señalarse. Su degradación o postración ha sido siempre momentánea. Estos pueblos rara vez han caído para no volver a levantarse jamás. Bien puede sobrecogerlos un desmayo, pero nunca la muerte.

Persia cae bajo el poder de Alejandro, pero vuelve a ser poderosa y grande, y temida rival del imperio romano bajo el cetro de los sasánidas. En tiempo de los sultanes de Gasna, en la Edad Media, Persia brilla con un esplendor extraordinario de civilización. Sus poetas épicos y líricos, sus artes y sus ciencias son superiores entonces a los del resto del mundo¹. Después se perpetúan en Persia las escuelas y sectas filosóficas y religiosas y la poesía lírica, y hasta la dramática, que nace allí en nuestra edad. Recientemente, el extraño fenómeno histórico de la aparición y difusión del *babismo* ha hecho patente el vigor intelectual y moral de aquella raza, que tal vez renazca y se eleve de nuevo a la altura de las razas de Europa, sus hermanas, cuando un principio más fecundo y más noble venga a despertarla y agitarla².

En dos naciones del Mediodía de Europa ha sido tan sublime, tan duradero y tan superior el primado, que si se mira el asunto con profundidad y no de un modo somero, y cediendo a la impresión del momento, que es desfavorable, el descollar de ellas da muestras de ser perpetuo o punto menos que perpetuo; la luz no se extingue, aunque se eclipsa. La civilización y el poderío de la Gran Bretaña, de Francia o de Alemania, parecen efímeros, parecen inferiorísimos por la intensidad y por la duración, comparados con los de Grecia e Italia. Los historiadores ponen la caída de estas naciones en el punto en que juzgan más conveniente, pero con más arbitrariedad que justicia. Incurren en el error de quien creyese muerta la crisálida que va a trasformarse en mariposa, pasando, por medio de un letargo, a una vida mejor, más fecunda y más brillante. Para Grote, por ejemplo, acaba Grecia cuando se somete al macedón Alejandro, y, con todo, Grecia y su espíritu se difunden entonces por el Asia hasta la Bactriana y la India: la civilización griega se extiende sobre las orillas del Nilo y del Eufrates; brilla en Alejandría hasta la muerte de Hipatia, y resplandece, con el cristianismo, en el saber de los Santos Padres, hasta el quinto o sexto siglo de nuestra era.

El imperio bizantino, infamado con el título de *bajo*, combate, resiste, se defiende durante otros seis o siete siglos más, contra el furioso aluvión y continua avenida de los bárbaros de Oriente y Occidente; contra los persas, los godos, los hunos, los búlgaros, los rusos y los cruzados, y contra el islamismo pujante, el cual se extiende por toda el Asia y por el Norte de África y por España, y

1 Schack, *Introducción a su traducción de Firdusi*.

2 Gobineau, *Les religions et les philosophies dans l'Asie centrale*.—Franck. *Philosophie et religion*.

amenaza varias veces, a pesar de Carlos Martel y de Carlo-Magno, salvar los Pirineos y clavar su bandera victoriosa en la nevada cima de los Alpes. El imperio bizantino, el *bajo imperio*, los griegos resisten, no obstante, y no sólo salvan y custodian la civilización, sino que la difunden entre esos mismos pueblos que contra él combaten³. Rusia y otras naciones reciben de manos de Grecia agonizante la religión y la civilización.

Esta vitalidad y este vigor del *bajo imperio* se manifiestan en unos siglos, en que el brío de los pueblos, convertidos por donde quiera en un tropel de esclavos, hacen tan fáciles las conquistas, que un puñado de aventureros audaces basta a domeñar razas enteras, a volcar grandes y poderosos imperios, y a sujetar naciones populosas, antes y después reputadas de muy guerreras y hasta de indomables. Doce o catorce mil hombrea bastaron a Taric para apoderarse de España; menos acaso empleó más tarde Guillermo el Bastardo en la conquista de Inglaterra: y unos cuantos normandos sujetaron con no menor facilidad la isla de Sicilia. Así, pues, lo que hay que extrañar no es que el imperio griego cayese, en el siglo XV, sino que durase hasta entonces. Y lo que hay que admirar es que fuese tan benéfico y tan generoso en su caída, legando la civilización al Occidente de Europa, y haciendo, como dice un historiador de aquella época, Felipe de Comines, que otra vez se pudiese repetir con verdad:

*Græcia capta ferum victorem cepit, et artes
Intulit agresti Latio:*

porque sin Lascaris, Crisoloras, Calcondilas, Besarion, Argiropulo, y otros muchos hombres doctos de Grecia, que vinieron a refugiarse en el Occidente, y sin los antiguos autores y la ciencia que trajeron consigo, arduo hubiera sido pasar adelante; *on ne pouvait passer plus outre*. De esta suerte el bajo imperio, tan famoso por su corrupción, por su bajeza y por sus maldades y traiciones, no solo fue un malecón firmísimo que atajó más de mil años el ímpetu furioso, la constante arremetida, y la inundación creciente de la barbarie, sino que fue como vaso limpio, donde se guardó en su pureza el saber, el habla y hasta la virtud de los antiguos helenos. No acierto a comprender cómo un imperio, que ha quedado en la historia por tipo de la bajeza y de la corrupción, produjese hombres, hasta el instante de su ruina, como los ya susodichos emigrados, los cuales infundieron general amor y gran veneración a sus más ilustres contemporáneos de Italia, no sólo por el saber de que estaban dotados, sino por el valer moral, por la fe, la constancia, el desinterés y el entusiasmo de las cosas más nobles y sublimes. Bembo, hablando de Lascaris, exclama: *nihil illo sene humanius, nihil sanctius*⁴. Ni bajo la terrible dominación de los turcos se humilla el pueblo griego y se degrada; antes da alta razón de quién era en mil ocasiones, llegando en algunas a sobrepujar con sus nuevas hazañas las más famosas de sus antiguos héroes. En mi sentir, y en el de cualquiera que conozca los hechos, las guerras de los suliotas contra Alí, bajá de Janina, sobrepujan la gloria de las Termópilas. Fotos y Tsavelas valen tanto como Leónidas. Posteriormente, en su gloriosa guerra de la independencia, Grecia ha tenido en sus Botzaris, Maurocordatos y Canaris, dignos sucesores de Milcíades y de Temístocles⁵. La Musa helénica no enmudece desde Homero hasta Corai y Riga; desde los himnos épicos de los primeros rapsodas hasta los cantares no menos épicos de los kleptas⁶ sus grandes sabios y filósofos se suceden durante diez o doce siglos desde Pitágoras hasta Jamblico, desde Platón hasta San Gregorio de Nysa.

La perpetuidad de la supremacía italiana es aun más evidente. El imperio de Roma se extiende y dura, y cambia la faz del mundo e influye en los destinos de la humanidad, como ningún otro imperio. En tiempos posteriores, la gloria en letras y armas de una sola ciudad de Italia, como Génova, Florencia o Venecia, es mayor que la de muchas grandes y orgullosas naciones. Italia es

3 Muralt, *Chronographie byzantine*.

4 Villemain, *Lascaris*.

5 Villemain, *Etat des grecs depuis la conquête musulmane*.

6 Constantino Ecónomo, en su tratado de literatura, *Grammaticoon Biblia*, cuenta mil doscientos poetas griegos desde Homero hasta su tiempo.

siempre tan fecunda en varones eminentes, que se los cede, por decirlo así, a otros países. Da a España el descubridor del Nuevo Mundo y el vencedor de San Quintín; y da a Francia la lengua y la espada, el verbo y la energía de su revolución, porque bien puede afirmarse que Richetti, conde de Mirabeau, y Napoleón Buonaparte, eran italianos.

En nuestros días, no tiene ni ha tenido ninguna otra nación de Europa hombres de Estado como Cavour, poetas líricos como Manzoni, Parini y Leopardi. Sus músicos y sus filósofos sólo hallan rivales en Alemania, y sus escultores son quizás los primeros del mundo.

Con tan ilustres ejemplos, me vengo yo a persuadir de que es añejo error el comparar a los pueblos con los individuos, los cuales tienen su infancia, y luego su juventud, y más tarde su edad madura, y su vejez y su decrepitud, y al cabo la muerte. Antes veo que, lejos de haber tales edades en los pueblos, y señaladamente en los de Europa, hay alternativas de prosperidad y miseria, de elevación y hundimiento, sujetas a ciertas leyes históricas a mi ver no explicadas ni descubiertas por nadie.

Volviendo ahora los ojos a nuestra España, me atrevo a declarar que de cincuenta o sesenta años a esta parte, me parece que estamos peor que nunca, aunque bajo otro aspecto, y al punto explicaré la contradicción, me parece que estamos mejor que nunca también. Estamos mejor que nunca, porque la corriente civilizadora, la marcha general del mundo, y la solidaridad en que está España con la gran república de naciones europeas, si bien con trabajo y más arrastrándola que infundiéndole movimiento propio, la ha hecho progresar en industria, población, riqueza, comercio, ciencias y artes; pero estamos peor que nunca, porque nuestra importancia se debe evaluar por comparación, y evaluándola de esta suerte, tanto se han acrecentado el poderío, la riqueza y el bienestar de Francia, Inglaterra, Rusia, Alemania y otros Estados, que comparándonos quedamos muy inferiores.

No me incumbe buscar aquí la razón de esta inferioridad, de este atraso, ni mucho menos los medios de remediarle. El único fin de este artículo, es hablar del concepto que, en vista de este atraso y de esta inferioridad, forman de nosotros los extranjeros y aun nosotros mismos formamos. Pero aunque el parecer dista mucho del ser, todavía contribuye la apariencia a que llegue lo que es a igualarla: esto es, que la opinión, el crédito, la fama buena o mala de cualquiera entidad o cosa, contribuye a la larga a modificar dicha cosa o dicha entidad. En un individuo, por ejemplo, se nota que si tiene buena reputación se alienta y anima, y llega a persuadirse de que es merecida; y ya por esto, ya por temor de perderla, obra en consonancia de su buena reputación; y por el contrario, cuando la tiene mala se amilana y descorazona, y se da a entender que es justa, y considerando que poco o nada tiene que perder, se abate y humilla en vez de levantar el ánimo a ningún propósito noble. Peor es aun, cuando la mala reputación, por apocamiento de espíritu, la tiene alguien de sí propio; porque todo el que se tuvo en poco fue siempre para poco, y no se dio jamás sujeto que obrase obras excelentes, que no tuviese en su alma un excelente concepto de su valer y plena conciencia de su mérito. La cual buena estimación que tiene un hombre de sí, no es la vanidad ridícula, sino el orgullo razonable y decoroso: porque la vanidad se impone o trata de imponerse y de engañar, y rara vez logra engañar a nadie, ni siquiera al personaje que la abriga, el cual por necio que sea no puede ahogar, ni con la vanidad ni con la necedad, una voz secreta e instintiva que le atormenta de continuo, advirtiéndole lo poco o nada que vale.

Todo lo que acabo de decir, refiriéndome a un individuo, puede aplicarse también a las naciones, por donde el concepto que ellas forman de sí y el que de ellas forman los extraños importan a su valer real, a su acrecentamiento o a su caída. Mas hay que advertir en esto que la opinión de los extraños, cuando es mala, no apoca el ánimo de un pueblo, si el pueblo es generoso, sino que le estimula a rehacerse y levantarse de nuevo; y más aun le sirve de estímulo, no la alabanza y adulación de los propios, sino su más dura y amarga sátira. Ciertamente que si Italia se ha levantado en el día, en gran parte se lo debe al látigo de Parini y de los otros egregios poetas de su escuela, que no vacilaron en llamar a sus compatriotas turba de siervos apaleados y en decir de

Italia que más le valiera convertirse en desierto que producir hijos tan indignos. En nuestra misma patria, en virtud del sentimiento patriótico exasperado, se han dicho, en tiempos de postración, como el que precedió al levantamiento contra el primer Bonaparte, cosas terribles sobre ella. Jovellanos llega a suponer que, si vuelven los berberiscos, nos conquistarán más fácilmente que la primera vez, sin hallar ni Pelayos ni Alfonsos que resistan.

El concepto que en el día forman de España los extranjeros es casi siempre pésimo. Es más; en el afán, en el calor con que se complacen en denigrarnos se advierte odio a veces. Todos hablan mal de nuestro presente: muchos desdoran, empequeñecen o afean nuestro pasado. Contribuye a esto, a más de la pasión, el olvido en que nosotros mismos ponemos nuestras cosas. En lo tocante al empequeñecimiento de nuestro pasado hay, a mi ver, otra causa más honda. En cualquier objeto que vale poco o se cree valer poco, en lo presente, se inclina la mente humana a rebajar también el concepto de lo que fue, y al revés, cuando lo presente es grande, siempre se inclina la mente a hermopear y a magnificar los principios y aun los medios, por más humildes y feos que hayan sido. ¿Cómo, por ejemplo, llamaría nadie gloriosa a la triste revolución inglesa de 1688 si el imperio británico no hubiera llegado después a tanto auge? Shakespeare, cuyo extraordinario mérito no niego a pesar de sus extravagancias y monstruosidades, ¿sería tan famoso, se pondría casi al lado de Homero o de Dante, si en vez de ser inglés fuese polaco, o rumano, o sueco? Por el contrario, cuando un pueblo está decaído y abatido, sus artes, su literatura, sus trabajos científicos, su filosofía todo se estima en muchísimo menos de su valor real. Montesquieu dijo que el único libro bueno que teníamos era el *Quijote*, o sea la sátira de nuestros otros libros. Niebuhr sostiene que nunca hemos tenido un *gran capitán*, no recuerdo si pone a salvo al que llevó este nombre por antonomasia, y que, desde Viriato hasta hoy, sólo hemos sabido hacer la guerra como bandoleros. Y Guizot pretende que se puede bien explicar, escribir y exponer la historia de la civilización, haciendo caso omiso de nuestra historia, que da por nula. Un libro podría llenar, si tuviese tiempo y paciencia para ir buscando y citando vituperios por el estilo, lanzados contra nosotros, en obras de mucho crédito y por autores de primera nota.

Sin embargo, no se puede negar que, al menos en cuanto al concepto que tienen los extranjeros de nuestro pasado, ha habido gran mejoría desde la caída del primer Napoleón. Nuestra heroica resistencia a su yugo, ya que nada nos valió de los Reyes y de sus Gobiernos, nos valió siquiera algún momentáneo favor en la opinión pública de Europa. Esto, unido al desenvolvimiento y adelanto de los estudios históricos y al más vivo y atinado afán de la curiosidad literaria y científica, contribuyó a que se apreciaran nuestras cosas, sí bien, por lo común, en obras especiales, y que por lo mismo han tenido casi siempre fuera de España poquísimos lectores: quedando siempre las ofensas y las crueldades o injusticias, contra nosotros para los libros de un interés más general, para los libros amenos y ligeros, y para los periódicos que tanto se leen.

Sea como sea, importa consignar aquí y es justo agradecer y aun envidiar que entre varias historias generales de España escritas por extranjeros, hay una, si bien no creo que esté terminada aun, que vale más que todas las novísimas, sin excluir las nuestras; hablo, de la escrita por Rossieu de Saint Hilaire: que Washington Irving, Ticknor, Prescott, Wolf, Bohl de Faber, Latour, Viardot, Mignet, Southey, ambos Schlegel, Puibusque, Hínard y muchos más autores, alemanes sobre todo, que son los más cosmopolitas, los más aptos para estimar las prendas y el valor de otros pueblos, nos han hecho justicia y han ilustrado con amor la historia de la España cristiana; y que de la civilización y del saber de los españoles mahometanos y judíos han dado conocimiento al mundo Dozy, Schack, Renan, Franck, Munck, Kayserling y otros. Con todo, bueno es decir que estos autores, que han tratado seria y dignamente nuestras cosas pasadas, rara vez dan muestras de estimar las del día⁷; que algunos se han ocupado en investigar nuestra historia, no como si se tratase

7 Salvo las ideas democráticas y revolucionarias que reprobamos, uno de los pocos libros que mejor y más completa y ventajosamente dan a conocer en los países extranjeros *La España actual*, su literatura, sus ciencias, artes, comercio, etc., es el que con este título, *Das heutige Spanien*, tradujo al alemán y aumentó y corrigió el famoso demócrata Arnold Ruge, con la colaboración del autor del libro D. Fernando Garrido.

de una nación viva, sino de un pueblo muerto; y que en no pocos, aun en medio del entusiasmo propio de todo autor por el asunto que elige, se nota a menudo el prurito de rebajarnos. Sirva de ejemplo la *Historia de Don Pedro el Cruel* de Mérimée. Sin duda que fue aquel reinado uno de los peores momentos de nuestra historia; el estado social de España era entonces espantoso; pero ni era mejor el de Francia, ni aunque entonces lo fuera, se puede colegir de ello nuestra constante y enorme inferioridad con respecto a dicha nación⁸. Conviene repetir asimismo que todos los trabajos sobre España, o favorables o justos, han sido poco leídos, y en nada han modificado el mal concepto en que nos tiene el vulgo de las naciones extrañas, y comprendo en el vulgo a casi todos los hombres, salvo unos cuantos eruditos, aficionados a nuestras cosas.

El apotegma de que *África empieza en los Pirineos* corre muy valido por toda Europa. Increíble parece la ignorancia común de cuánto fuimos y de cuánto somos. Cualquiera que haya estado algún tiempo fuera de España podrá decir lo que le preguntan o lo que dicen acerca de su país. A mí me han preguntado los extranjeros si en España se cazan leones; a mí me han explicado lo que es el té, suponiendo que no le había tomado ni visto nunca; y conmigo se han lamentado personas ilustradas de que el traje nacional, o dígase el vestido de majo, no se lleve ya a los besamanos, ni a otras ceremonias solemnes, y de que no bailemos todos el bolero, el fandango y la cachucha. Difícil es disuadir a la mitad de los habitantes de Europa de que casi todas nuestras mujeres fuman y de que muchas llevan un puñal en la liga.

Las alabanzas que hacen de nosotros suelen ser tan raras y tan grotescas que suenan como injurias o como burlas. Nuestra sobriedad es proverbial; con una naranja tenemos para alimentarnos un día. No es menos proverbial *la fierté castillane*, esto es, nuestra vanidad cómica. A fin de que un viajero sea bien recibido aquí, conviene que vaya exclamando siempre, y este consejo se ha dado por escrito en libro de gran fama: *¡Los españoles, mucho, mucho valor! Las españolas, qué bonitas, qué bonitas!* Se asegura que somos tan vidriosos y tan ciegos, que no se nos puede advertir falta alguna, para nuestro bien, sin que nos ofendamos. Nuestra cocina ha sido siempre para los franceses un manantial inagotable de chistes y de lamentaciones. ¿Qué gracias no se han dicho acerca del puchero y del gazpacho? ¿Y sobre el aceite? Algunos suponen que desde Irún hasta Cádiz el aire que se respira está impregnado de un insufrible hedor de aceite rancio. La gente no come en España; se alimenta. El que comamos garbanzos es lo que más choca, y contra el garbanzo se han hecho mil epigramas cuya sal ática no he llegado nunca a entender. No sé que los garbanzos sean peores que las judías o que las lentejas que se comen en Francia. Tanto valdría que nosotros nos burlásemos de que en Francia se comen muchas zanahorias y muchas raíces de escorzonera.

Por último, es notable nuestra fama de poco aseados, de flojos y de enamoradísimos, sobre todo las mujeres. Doña Sabina, la Marquesa de Amaegui, Rosita, Pepita y Juanita, y otras heroínas de versos, siempre livianos y tontos a menudo, compuestos por Víctor Hugo y Alfredo Musset, son fuera de España el ideal de la mujer española, de facha algo gatuna, con dientes de tigre, ardiente, celosísima, materialista y sensual, ignorante, voluptuosa y devota, tan dispuesta a entregarse a Dios como al diablo, y que lo mismo da una puñalada que un beso. La *Carmen* de Mérimée es el prototipo de estas mujeres, y no se puede negar que está trazado de mano maestra. Un dístico griego, desenterrado de la Antología por el autor, y puesto como epígrafe a la novela, cifra en sí los rasgos más característicos de la figura. Viene a decir el dístico, traducido libremente, que toda mujer de brío o de rompe y rasga tiene dos bellos momentos, uno en los brazos de su amante, otro al morir o matar por celos.

De estas y otras noticias y descripciones resulta que todo viandante transpirenaico, si bien viene a España receloso de comer mal, de morir de calor y de ser robado por bandoleros y devorado de laceria, trae además la esperanza, aunque sea un *commis* o un peluquero, de hacer la conquista de

8 Aunque en los *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la pública recepción de D. Francisco Javier de Salas*, más bien se prueba sutileza de ingenio en los autores que no bondad ni virtud en el malvado feroz que se llamó Pedro I de Castilla, todavía queda demostrado de nuevo, aunque de paso, que no eran entonces mejores que los reyes y pueblos de España otros reyes y otros pueblos.

todas las duquesas y marquesas que halle, y de ver en cada ciudad, y sobre todo en Cádiz, un trasunto de Pafos o de Citeres. A los tres días de conocer en Cádiz a una dama de pundonor, la hija o la sobrina de la pupilera, ya dicha dama, según Byron escribe a su madre ¡singular confidenta! le hacía mil favores, le decía *hermoso, me gustas mucho*, y le regalaba una trenza de sus cabellos de tres pies de largo, que el poeta envía a su madre, encargándole se la conserve hasta su vuelta a Inglaterra. Esta dama de la trenza fue sin duda el fundamento real de la Inés de Childe-Harold y de la niña ojinegra que el lord encomia en una de sus canciones. Byron, con todo, por ser él tan gran poeta, y por estar más vivo entonces el entusiasmo por nuestra gloriosa guerra de la Independencia, es uno de los escritores extranjeros que nos es más favorable. Pero Byron y otros, que nos encomian como él, revisten el encomio de colores tan novelescos y le forman con rasgos tan absurdos, que para nuestra buena fama valdría más que no le hiciesen. Recuerdan el encomio que hizo Tomé Cecial de la hija de Sancho Panza.⁹

Es causa principal de este linaje de alabanzas, de este modo churrigueresco de poetizarnos, una especie de convención tácita para que de España y sobre España se pueda mentir impunemente cuanto se quiera, convirtiendo nuestro país en un país fantástico, propio para servir de cuadro a lances raros, a hechos inauditos de jaques y rufianes, de frailes fanáticos, de hembras desaforadas y de bandidos hidalgos. La mayor parte de los viajeros que se proponen escribir y escriben sus *impresiones* sobre España, viene ya con el intento preconcebido de poner mucho *color local* en dichas *impresiones*, de que todo en ellas sean insólito y por muy diversa manera que en su país, y de que la obra vaya salpimentada de chistes o exornada de mil inesperadas y maravillosas peripecias.

No digo yo que no haya habido viajeros juiciosos que hayan escrito sus relaciones de viaje por España con la imparcialidad debida: citaré como ejemplo a M. Laborde. También ha habido otros, como Ozanan, llenos de un verdadero y noble entusiasmo al contemplar los vestigios de nuestras pasadas glorias; pero lo más común es que escriban alabándonos a lo Tomé Cecial y buscando medios de regocijar o entretener al público a nuestra costa. Así han sido Gauthier y Dumas. Otras veces nuestra mala cocina y nuestras malas posadas han hecho cambiar de propósito a muchos viajeros. Venían para bendecir sin duda, pero les habló la bestia interior y maldijeron, aconteciéndoles lo contrario que a Balaam, el falso profeta. En este número debe contarse a Jorge Sand. Mallorca y sus habitantes salen tan mal librados de su pluma, que aun resultan menos salvajes los salvajes de la Polinesia.

Vindicaciones contra esta clase de diatribas se han escrito desde muy antiguo por celosos españoles, pero ninguna ha llegado al extremo más merecido que lícito, por ser al cabo una dama la impugnada, que la que el Sr. Cuadrado, escritor mallorquín y colaborador y amigo de Balmes, escribió contra la célebre novelista francesa: termina afirmando que *Jorge Sand es el más inmoral de los escritores, y Madame Dudevant la más inmundada de las mujeres*. Si aquí se paga insulto con insulto, otros han escrito con más templanza, pero, fuerza es confesarlo, con menos tino que celo, y respondiendo con exageraciones favorables a las exageraciones adversas, como Ponz, y los abates Lampillas y [Cabanilles](#).

Yo, entretanto, entiendo que estas críticas de los extranjeros no debieran excitar nuestro furor sino nuestra risa, siendo, como suelen ser, infundadas; que algunas son tan absurdas que es una ridiculez refutarlas; y por último, bueno es decirlo, aunque también sea triste, que la refutación no cumple casi nunca su fin, porque no es leída.

9 El encomio de la hermosura de las mujeres españolas, de las gaditanas sobre todo, ha sido hecho por muchos poetas extranjeros, empezando por Anacreonte; pero ninguno ha dicho de ellas tan insultante bufonada como la que contienen estos versos de *Childe Harold*, canto I, estrofa 71:

*Much is the Virgin teased to shrive them free
(Well do I ween the only virgin there)
From crimes as numerous as her beadsmen be.*

Conviene recordar esto a fin de no entusiasmarse ni agradecer a Byron las alabanzas que da a los héroes de la Independencia y el entusiasmo con que habla de *the lovely girl of Cadiz*, por quien desdeña a las *ladies* británicas.

Por otra parte, el desdén con que miran los extranjeros nuestro presente estado, más que con refutaciones, debe impugnarse haciéndonos valer y respetar. De lo pasado, así literario como político, de lo que hemos valido, así por la acción como por el pensamiento, ya sabrán los que sepan la historia; y sobre este punto no se puede negar que, en lo que va de siglo, han hecho más algunos extranjeros que los mismos españoles.

Quitarles del pensamiento la idea exagerada que tienen de nuestra postración y decadencia actual no se logrará con escritos, por elocuentes que sean, sino con hechos tales que lo contradigan y destruyan. Mientras tanto es muy duro verse maltratar con la mayor injusticia; pero es mal que no tiene fácil remedio.

En nosotros se cumple el refrán que dice *del árbol caído todos hacen leña*. No hay extranjero, que presuma un poco de escritor y que venga a España por cualquier motivo, que no vaya luego escribiendo y publicando mil horrores. Hasta la parte poética, aunque grotesca, que antes había en las *impresiones*, va desapareciendo ya. El viajero actual se halla burlado en sus esperanzas. Lo novelesco, el color local, las singularidades que buscaba, van ya faltando, y esto le enfurece. En efecto, ya apenas hay manolas y majos; tenemos ferrocarriles y algunas fondas; hay más chimeneas en las casas; en cuatro o cinco ciudades ha llegado a hacerse y a venderse manteca de vacas fresca; y casi no hay bandoleros, al menos no los hay tan famosos como José María, los niños de Écija, el Chato de Benamejí y el Cojo de Encinas Reales. El extranjero que ve esto, se considera *attrapé y volé*, y exhala su indignación en mil invectivas.

Para ellas hay, sin duda, algún fundamento en cierta fatalidad, en cierta condición inevitable, con la que tenemos que contar en nuestro trabajoso renacimiento: en la condición y fatalidad del remedo. Imposible sería, por ejemplo, que nuestra sociedad elegante volviese a los usos, costumbres, habla, atildamento y discreteos de los tiempos de Calderón; tiene, pues, que ser algo semejante a la buena sociedad de Francia o de cualquiera otro pueblo culto. No nos hemos de vestir, ni alojar, ni hemos de inventar muebles y utensilios originales y extraños, como los chinos o japoneses; y por lo tanto todo esto tiene que ser, entre nosotros, o venido de Francia, o un remedo generalmente torpe de lo que por allá se fabrica. Por último, aunque en España hubiera hoy un gran movimiento literario, científico y filosófico, nuestros literatos, sabios y filósofos no podrían hacer caso omiso, como Guizot quiere que se haga de España en la historia de la civilización, de cuanto se ha inventado, pensado e imaginado en tierras extrañas, desde que en nuestra propia tierra, el fanatismo religioso y el despotismo teocrático acabaron por ahogar o amortecer el pensamiento. De todo esto nacen las quejas y las lástimas porque vamos perdiendo o hemos perdido nuestro carácter original y propio; porque somos un trasunto pálido y como un bosquejo de otras civilizaciones más adelantadas; y porque ya no hay aquí casi nada verdaderamente español y castizo.

Para dar una muestra de este modo de pensar de los extranjeros, baste citar un artículo que, en elogio de las obras de Fernán Caballero, publicó no ha mucho tiempo la famosa y autorizada *Revista de Edimburgo*. En este artículo se afirma que, desde Quevedo hasta Fernán Caballero, no ha habido un solo autor en España que merezca los honores de la crítica. Cita el revistero a Quintana y a Gallego y a otros tres o cuatro autores, intermedios entre Quevedo y el nuevo novelista, pero los califica de medianísimos y de meros imitadores de la literatura extraña.

En Rusia hay un literato, si mal no recuerdo llamado Botkin, el cual ha escrito unas cartas sobre España, que son muy celebradas. Botkin viajó por nuestro país y habla de nuestra literatura. A lo que parece también ha traducido en ruso algunos romances castellanos. Confieso que no he leído nada de esto, porque no sé el ruso; pero he conocido a Botkin, y puedo asegurar que ignoraba completamente hasta el nombre de nuestros más célebres autores contemporáneos, como Espronceda, Zorrilla, Duque de Rivas y Bretón de los Herreros. Para él, como para el revistero de Edimburgo, acaba probablemente nuestra actividad intelectual en los chistes y retruécanos de Quevedo.

La suposición de que en España no hay clase media, y de que la clase elevada es como si dijésemos una mala traducción, un arreglo del francés, mueve por lo común al viajero traspirenaico, que piensa escribir sus impresiones, a no tratar con amor y a no estudiar detenidamente sino la clase baja, donde sólo imagina encontrar aun cierto *cachet*. El ejemplar más famoso de este linaje de escritores ha sido el extravagantísimo inglés Jorge Borrow, autor de [*La Biblia en España*](#). Mucha parte de sus peregrinaciones la hizo montado en una burra y en compañía de gitanos, cuyas costumbres e idioma sabía tan a fondo, que ha escrito un libro especial sobre ellos, y asimismo ha traducido en el habla gitana *El Evangelio de San Lucas*. Vino Jorge Borrow a España por encargo de la sociedad bíblica, más que para *evangelizarnos*, para tomar el pulso a nuestra capacidad religiosa, y ver si estábamos ya dispuestos a hacernos *buenos cristianos*.

Las cosas que Jorge Borrow cuenta de nosotros en *La Biblia en España*, libro que ha hecho el encanto de la sociedad inglesa, suelen ser tan extraordinarias y están contadas de tan buena fe, que no puede creerse que las ha inventado, sino que las ha soñado y que él mismo las tenía por verdaderas. Cuando no es un sueño, hay en lo que refiere mucha verdad y poca malevolencia. Estuvo entre nosotros en 1838, y todas sus descripciones de la revolución de la Granja, de la muerte del general Quesada, de los nacionales, de la guerra civil, etc., etc., son de una animación y de una verdad y de una viveza de colorido muy agradables. Sus conversaciones y entrevistas con Galiano, Mendizábal, Istúriz, Oliván y el Duque de Rivas, para lograr que le dejaran publicar los Santos Evangelios, están referidas con mucha candidez y gracejo, y dejan ver que todos los mencionados señores tenían a Jorge Borrow por un estafalario, loco de atar. Pero cuando Jorge Borrow desbarra es cuando es verdaderamente delicioso. Una de las cosas que da a entender es que en lo más intrincado y recóndito de los montes de Guadarrama hay un valle llamado de las Batuecas, donde, secuestrada de todo comercio humano, vive hace miles de años una pequeña nación inocente, hablando una lengua primitiva, y con costumbres y leyes propias de la edad de oro.

Pero su descubrimiento más portentoso, porque al fin el de las Batuecas nos era ya harto conocido, es el de que en España hay no pocos mahometanos, muy ricos y principales, que viven ocultos, esto es, fingiéndose cristianos y pobres las más veces. El príncipe o califa es un señor extremeño, que, para disimular, ejerce el oficio de choricero, pero que, en su en apariencia pobre casa, esconde salones regios, joyas preciosas, oro, plata y otros primores y riquezas, dignos de las *Mil y una noches*. Una o dos veces al año, el fingido choricero reúne su corte, despliega toda su pompa y magnificencia, y los mahometanos todos, o los más granados por lo menos, en el cual predicamento entran algunos obispos y arzobispos, van a hacerle el zalamelé más rendido.

Pero de todos los libros de viajes por España, ninguno nos encomia de un modo más necio, ni nos zahiere y calumnia de un modo más infame y brutal, que el escrito por el marqués de Custine, con el título de *La España bajo Fernando VII*. Este viajero anduvo por España en los últimos años del reinado de dicho monarca, y hasta por esto es curiosa su obra. Pinta la sociedad que la revolución iba a cambiar por completo, y la pinta con más negros colores que los empleados después para pintar la España novísima por otros viajeros o escritores franceses. El marqués de Custine ama, sin embargo, y preconiza el antiguo régimen. No es el odio a nuestras instituciones quien le mueve a tratarnos tan inicualemente.

Hombres y mujeres son en España cruelísimos, punto menos que antropófagos. Nuestra fisonomía es tan bárbara y nuestras dientes tan de tigre que hasta el rostro más hermoso tiene una expresión dura: asustamos con nuestra sonrisa. «La pereza es el principio de la filosofía práctica de todo español.» Nuestras mujeres son de dos especies. Las bonitas y graciosas, las cuales son locas, alegres y apasionadas; las demás, el mayor número, no quisiera el marqués que se llamasen mujeres; son unos monstruos sin alma, gordas, estúpidas, seres desgraciados de la naturaleza. En suma; para el marqués, son o bacantes o cerdos las compatriotas de Santa Teresa, de Isabel la Católica, de Doña María de Molina, de la madre de San Luis y de la madre de San Fernando. Los

cuatro tomos de la obra del marqués de Custine están llenos de las más atroces insinuaciones o de afirmaciones terminantes contra la honra y castidad de nuestras mujeres¹⁰.

Nuestra vida es, «o permanecer en la plaza pública, durante días enteros, embozados en la capa, charlando o soñando, o echarnos al camino para acechar al indefenso pasajero.» Nuestros mendigos hacen en público su asquerosa *toilette*, y es una raza inmunda, obstinada y sin vergüenza, que no tiene semejante en ningún otro país. Los robos y los asesinatos son en España el pan de cada día. En elogio de los caballos andaluces, dice el marqués, que son más civilizados que los hombres. «Los españoles son tan poco hospitalarios que no hay mayor placer para ellos que vejar o contrariar a un extranjero; pero con dar algunos reales, se consigue lo que se quiere. Don Basilio y Fígaro son los tipos de los españoles modernos, como Don Quijote y Sancho eran los de los antiguos castellanos.» «De tantos vicios públicos y privados resulta una masa de corrupción de la que no hay ejemplo en el día en ningún pueblo civilizado de Europa. Todos los espíritus se sienten desde luego inclinados a la injusticia, a la venalidad, a la traición, y los hombres de bien, que quedan al descubierto en medio de este pueblo hipócrita, se amedrentan de su corto número y se esconden entre la turba de los pícaros.»

De nuestra literatura contemporánea forma el marqués muy pobre juicio. Cervantes, Garcilaso y Fray Luis de León le parecen bien pero «bosteza con la prosa y con los versos de Quintana.» «En general, los españoles tienen el entendimiento difícil, lento, poco brillante: apenas advierto en ellos imaginación: desde fines del siglo XVII son más imitadores que inventores, y esto en todo.» En otra parte, califica el marqués a nuestros autores modernos de cáfila de pedantes sin inventiva, limadores de frases, etc. En medio de todas estas diatribas el marqués nos elogia. Citaré uno de estos elogios. «Los andaluces tienen un respeto profundo de la decencia. Aborrecen las conversaciones sucias, y guardan sobre los actos más escandalosos un silencio de complicidad que sería difícil obtener en una sociedad menos profundamente depravada. Como el libertinaje está aquí en todas partes, nadie halla interés en echársele en cara a los otros: la maledicencia se volvería tan fácilmente contra cualquiera que la emplease, que esta arma no se emplea en las relaciones de la vida. La gente dice: el desorden es tan general, que el orden nos estorbaría. Mejor es no hacer caso del mal, hartos común ahora para que la sátira le cure.»

He citado tanto de estas abominaciones, de estas horribles calumnias, de estas manchas de infamia, con que el marqués de Custine quiso sellar el rostro de nuestra nación y exponerla a la vergüenza ante la Europa entera, porque si bien el marqués era un hombre viciosísimo y por ningún título autorizado para censurar los vicios ajenos, su obra fue muy leída y celebrada; y, como está en forma de cartas, y dirigidas las cartas a Lamartine, Chateaubriand, Julio Janin, Enrique Heine, Mme. Récamier, duquesa de Abrantes, Carlos Nodier, Mme. Girardin y Victor Hugo, no parece sino que todos estos ilustres personajes convienen de un modo tácito en infamarnos y deshonorarnos, patrocinando al calumniador.

No es de extrañar que, después, escritores más oscuros, hayan seguido las huellas del marqués de Custine, y se haya puesto en moda el maldecir de nosotros en periódicos, novelas, relaciones de viaje y toda clase de obras. No hace aun dos años que la *Gaceta universal de Augsburgo* publicó una serie de artículos, bajo el título *La situación actual de España*, donde la escena y los personajes son los mismos que en la obra del marqués de Custine: los trajes sólo han cambiado. Resulta de la serie de artículos que no hay fe ni principios en ninguno de nuestros hombres públicos; que lo que todos desean es apoderarse del presupuesto; que somos unos holgazanes sin industria, sin comercio y sin saber; que estamos llenos de ambición, de envidia y de preocupaciones; en suma, que no puede imaginarse nada peor, ni más inmoral, ni más rebajado que España en el mundo.

En vista de esto, es menester que todos convengan en que, si nos enojamos, no deja de haber motivo. No damos pruebas al enojarnos de ser muy vidriosos. Antes creo que nos hemos hecho hartos humildes a fuerza de oír injurias. La más pequeña justicia que se nos hace, nos parece un

10 No ponemos aquí estas horribles calumnias por ser repugnantes hasta para citadas en una impugnación.

favor inmenso. Todos los que leemos en España, y por desgracia no somos muchos, nos encantamos con cualquiera libro nuevo, donde se nos trata con decoro y respeto. Si un erudito extranjero toma por asunto de un trabajo suyo algo que redunde en nuestra buena fama, por más que nos escatime el elogio, el elogio nos parece sobrado. Siempre tenemos que agradecer que se hable de una cosa sobre la cual no hemos sabido, querido o podido hablar nosotros mismos. Sirva de ejemplo, sobre esto, el libro reciente de Rousselot, *Los místicos españoles*. Nos declara incapaces para la filosofía; rebaja a todos nuestros sabios y pensadores; y afirma que esta falta no ha sido efecto de la comprensión intelectual de los inquisidores, sino que la inquisición misma ha sido efecto de nuestro ingénito fanatismo y de nuestro aborrecimiento a pensar y discurrir. Con todo, nosotros le perdonamos tales afirmaciones porque encomia, sublima y da a conocer a Santa Teresa, ambos Luises y otros místicos, en quienes cifra y resume toda la filosofía española. Yo confieso que, como nosotros ni esto hemos hecho valer y constar, según se debe, tenemos mucho que agradecer a Rousselot. Guardada la debida proporción, dice, Fray Luis de León y Fray Luis de Granada son para España lo que Bossuet y Bourdaloue para Francia; pero en la frase *guardada la debida proporción* afirma nuestra inferioridad grandísima, aun en esto del misticismo, única cosa que nos concede. Y sin embargo, cualquiera de los dos Luises vale tanto en absoluto como su Bossuet, o su Fenelón o sus otros autores devotos. Fray Luis de León, sólo considerado como poeta lírico, no tiene igual en Francia.

Hay quien afirma que el afán que ponen los extranjeros en denigrarnos proviene en parte de lo insolentes que fuimos en la época de nuestra prosperidad: pero yo dudo que nuestra insolencia de entonces llegase ni con mucho a la insolencia y a la arrogancia de los ingleses del día y menos a la petulancia y *outrage* de los franceses en todas las edades. Antes veo en nuestros antiguos autores y en nuestros personajes históricos un respeto y hasta una admiración grandes por cuanto hay de bueno aun en las naciones más enemigas. Góngora pone por las nubes a los ingleses antes de que cayesen en la herejía, y esto en su canción a la invencible Armada. Lope, dice que no puede competir con los poetas italianos, que son *solos y soles*,

Yo con mis rudos versos españoles.

Mariana se muestra siempre muy aficionado a las cosas de Francia, y Cervantes a las de Italia. Si los españoles en el día parecen menos afectos a los extranjeros es porque están hartos de verse vilipendiar.

En el concepto que los españoles formamos hoy de nosotros mismos influye el concepto en que los extranjeros nos tienen: a veces porque nos abate y nos inclina a creer en nuestra enorme inferioridad: a veces porque nos rebela contra tan duro fallo, mas no siempre, a mi ver, atinadamente.

En ocasiones no negamos el defecto que se nos imputa, sino que no le reconocemos por tal. Decimos como dicen algunos niños enojados *ea, pues mejor*, y nos ponemos a ensalzar el defecto, como una virtud, después de haberle aceptado. La inquisición, la intolerancia religiosa, los enormes errores y no pocos crímenes de los Reyes de la casa de Austria, de Felipe II sobre todo, alcanzan, en parte por este espíritu de contradicción, las más ardientes apologías, no menos paradoxales que la que hizo Quevedo de Nerón y del Rey D. Pedro, o las que haría un francés de las *noyades* de Nantes, de la Saint Bartelemy y de las matanzas de Septiembre.

Las burlas sobre nuestro atraso e ignorancia, la irritante compasión que muestran los extranjeros porque no hay en España tanta prosperidad, bienestar material y *confort* como en otros países, mueven a algunos españoles a celebrar este atraso, esta pobreza y esta ignorancia, como prenda y garantía de mayor religiosidad y de mayores virtudes. Así nos excitan a seguir siendo ignorantes, atrasados y pobres, para seguir siendo santos y buenos. Esto llega hasta el punto de que recientemente se preconice en una comedia la propiedad santificante y hasta *castificante* del garbanzo. Un hombre de mucho mérito ha declarado, en presencia de una docta Academia, la

radical ineptitud de los españoles para todas las artes del deleite, sosteniendo que esta supuesta grosería y rudeza es un bien, es condición esencial de nuestro gran ser y valer moral y político.

En no pocas comedias y novelas del día se nota un odio grande a la civilización moderna; firme empeño en apartarnos de la corriente de las ideas del siglo; y un espíritu de socialismo democrático-frailuno que pone grima. En otras de estas producciones populares, para probar que nuestro atraso es inocencia, candor y religiosidad, se despliega una *sensiblería* empalagosa y simplona, que jamás ha sido prenda ni rasgo del carácter español, que se pretende retratar. Borrow creía que las Batuecas existían en un rincón de España, pero estos autores convierten a toda España en Batuecas. Su estilo está en consonancia con lo melifluido y santurrón del pensamiento: todo es pureza, dulzura, paz y caridad. Amanece, por ejemplo, en la aldea; y en la crucecita del campanario se refleja el sol nascente; y el cefirillo hace *bu, bu, bu*, en las hojas y ramas; y las manzanitas parece que dicen en los arbolitos: *comedme, comedme*; las ranas dicen *cra, cra*, en el estanque; y cantan los pajaritos *pío, pío, pío*, y el gallo *quiquiriquí*, y las gallinitas *clo, clo, clo*; y los niños que ya se han despertado, si bien están aun en las camitas, tan graciosos y robustitos, el cielo los bendiga y los haga unos santos, gritan, mamá, papá; y todos juntos forman un concierto que significa o dice: «Bendito sea el Señor, que nos ha dejado amanecer y que nos ha dado un día tan bello.» En suma, hemos venido a hacer de toda España una Arcadia a lo místico y a lo devoto, que la civilización extraña no podrá sino corromper y viciar. Es imponderable la fuerza que saca de estos extravíos el partido absolutista.

Nos tachan los extranjeros de ignorantes, y muchos españoles, en vez de probar que no lo son, hacen gala de serlo, se burlan del saber o le rechazan como ponzoña. Por él se pierde la originalidad: así lo ha sostenido toda una escuela de poetas y de otros autores.

¡Yo, con erudición cuánto sabría!

ha dicho en son de burla, uno, que, si en efecto hubiese sabido, valdría más que Byron y más que Goethe, a quienes, por culpa de su ignorancia, no alcanza ni con mucho.

Pero lo más singular y lamentable es que no pocos españoles, principalmente los que viajan o leen, han acabado por formar sobre su patria un concepto tan malo como los mismos extranjeros. No sólo conocen los defectos todos de España, sino que los exageran y los multiplican y los elevan a tanta magnitud que no puede ser más. De lo bueno de nuestro país todo lo ignoran sustancialmente. Empiezan por hablar mal su lengua nativa, o por hablarla, empedrándola de galicismos y faltas de gramática. Sujeto elegante conozco, que dice *hayga* e *indiferencia*, pero que censura la más ligera falta de francés; que se encanta con los *marivaudages* de Feuillet y no entiende o halla sandios los discreteos de Lope; y que condena por de mal tono y *cursis* los chistes de Bretón y se extasía y califica de elegantísimos los más sucios equívocos del Palais Royal o del más necio y obsceno *vaudeville*.

Otras personas más serias, y que no llegan a la ridiculez en esta manía, están asimismo muy descontentas y desengañadas de España, su patria; pero nadie se atreve en público a señalar los defectos que nota. En público se diría que anhelamos engañarnos, embromarnos y aturdirnos. Todo se nos vuelve hablar de Lepanto, Pavía, Otumba, San Quintín, el Cid, Pelayo, Cortés, Pizarro, Numancia, y otras mil y mil glorias, victorias y trofeos. En público no hay nada mejor que España. En particular, en secreto, al oído, nos decimos los mayores improperios. Esta hipocresía, esta doblez es repugnante: más valiera no adular tanto al vulgo, no lisonjear con palabras huecas e hiperbólicas la vanidad patriótica de los ignorantes; señalar y decir con franqueza nuestras faltas, y no creer al mismo tiempo, que sean tan graves, tan inveteradas y tan sin remedio. Pero la censura sobre cualquiera cosa de España, nacida del patriotismo más acendrado, si la hace en público un español, le expone a perder su buen nombre. En cambio en los cafés, casinos y tertulias, puede a salvo renegar de su país. En público, estamos ya hartos de oír decir, sobre todo a los absolutistas, que esta es la nación más hidalga, más católica, más engendradora de héroes y de santos, y más inocente y gobernable, que imaginarse puede; pero confidencialmente, dicen esos mismos señores, y otros

muchos, que *esta nación no se gobierna sino a palos*, haciéndonos creer que ellos son quienes los merecen.

En suma, nos inclinamos a dos extremos igualmente viciosos.

La gente que no ha viajado ni leído, la gente de buena fe, y la demás gente, por lisonjearla, se figuran que nada hay mejor que España. España es un país eminentemente agrícola por la fecundidad de su suelo. Aquí todo se produce en abundancia. Andalucía, sobre todo, es la tierra de Dios y de María Santísima. El trono de la Santísima Trinidad está colocado precisamente en el zenit de Córdoba o de Sevilla. En los países extranjeros, como la tierra es tan estéril, los hombres tienen que vivir de industria y de tramoya. Todo es por allá farsa, bambolla, fanfarronería y lujo aparente y ostentoso, sin consistencia y sin enjundia. Aquí todo es sólido, real, consistente, macizo y a toca teja. Un andaluz, que seguía esta opinión, estuvo en París, y al mes de estar allí y de haber visto las tiendas, los teatros, la magnificencia de los edificios públicos y privados, y todas las bellezas y esplendores de aquella nueva Babilonia, fue a visitar a un su compatriota, y le dijo: «¿Sabe V. lo que pienso, señor D. Fulano?» «Hombre, ¿qué piensa V?» respondió el otro. Y replicó el andaluz: «Pienso que aquí también hay dinero.» Harto sé que esta historieta del andaluz va siendo cada día más inverosímil, y que apenas hay ya español que ignore que también hay dinero fuera de España, y hasta que no sospeche que en España hay proporcionalmente poquísimo. Pero en cambio fantaseamos para España otras mil excelencias, por donde nos adelantamos aun a todas las demás regiones, razas, lenguas y tribus del universo mundo. Por desgracia, esta admiración de lo propio, este obcecado patriotismo, inútil es, cuando no es nocivo. Nos encubre nuestras faltas, o nos las presenta de suerte que, en vez de infundirnos el propósito de enmendarlas, nos hace pensar y decir el ya mencionado; *ea, pues mejor*.

El otro extremo, sin embargo, es peor todavía. Los que creen que todo está irremediablemente perdido; que España tiene un suelo infecundo, como los desiertos de África; que nuestros ríos son torrentes que no pueden canalizarse para riego; que no servimos para la industria, porque somos radicalmente flojos y llenos de desidia, etc., etc., nos condenan, en las condiciones actuales del mundo, a una inferioridad perpetua y a una perpetua desesperación. Porque España y cuantos españoles la habitan, no acertaremos nunca a resignarnos a hacer un papel humilde; a ser, por decirlo así, una nación modesta de segundo o tercer orden. El recuerdo vivo, indeleble, de nuestra grandeza pasada, será siempre un aguijón que nos excite y un torcedor que nos atribule y atormente.

Hay en el día españoles, que continuando y completando cierto pensamiento de Campanella en su famoso libro *De monarchia hispanica*, entienden que así como los pueblos del Norte tuvieron el imperio mientras la fuerza bruta todo lo valía, y luego cuando la astucia, el ingenio y la habilidad valieron más que la fuerza, inventada la imprenta y la artillería, *rerum summa rediit ad hispanos, homines sane impigros, fortes et astutos*, ahora que todo el nervio y vigor de las naciones consiste en el trabajo mecánico, el imperio se aparta para siempre de nosotros y se vuelve a las naciones boreales. Otros imaginan que la ventaja y supremacía de estas naciones boreales no puede dejar de prevalecer mientras dure el presente modo de civilización, porque siendo hoy o debiendo ser los hombres más independientes de la autoridad, e interviniendo todos más en el gobierno y manejo de la cosa pública, en los países del Norte la grande capacidad y la agudeza del ingenio están reconcentradas en pocos a los cuales los demás se confían y someten de grado, mientras que en el Mediodía de Europa, el ingenio y la capacidad están en todos o casi todos, y así el vulgo se confía menos y censura más, y reconoce de grado poca o ninguna superioridad en los que por acaso se encumbran, por lo cual tiene que intervenir la violencia y tiene que haber a menudo mil estériles trastornos, a no ser que la abnegación patriótica y el amor al orden suplan o disimulen la falta de subordinación y respeto.

Otros añaden, por último, que la dificultad de que España vuelva a levantarse está en nuestra poca paciencia, en nuestro mismo deseo de levantarnos, en nuestro ideal, en nuestra aspiración, en nuestra ambición desmedida. El recuerdo de lo que fuimos nos estimula a volver a ser, y no

acertamos a aguardar reposadamente. No vale la prudencia contra tan vehemente sentimiento. Apenas recuperamos un poco nuestras fuerzas, queremos emplearlas en la lucha sin dar tiempo al convalecer.

En resolución, yo entiendo que todos los españoles hasta los que hallan peor y más pérdida a España, tienen conciencia del gran ser de esta nación y de sus altos destinos, y que la contraposición entre esta conciencia y la realidad presente es quien tanto los lleva a maldecir de la patria. Mas no por eso se debe desesperar ni prever la muerte. Antes el exceso mismo de nuestro mal, y todo cuanto lo lamentamos, y lo mal sufridos que somos, y el prurito con que los extranjeros nos censuran, son indicios de que no hemos caído para siempre; son casi un buen agüero.

Lo que importa ahora es no adularnos en público, ni jactarnos de lo que fuimos, sino señalar nosotros mismos todas nuestras faltas, procurando el remedio. No hay que pensar en consolarnos porque el sol no se ponía en nuestros dominios; porque

La tierra sus mineros nos rendía,
Sus perlas y coral el Océano,
Y donde quier que revolver sus olas
Él intentase, a quebrantar su furia
Siempre encontraba costas españolas.

Si bien nada de esto se debe olvidar, es más, si no se puede olvidar aunque se quiera, conviene tener presente a la vez los vituperios y vejámenes de que hemos hablado en este artículo, a fin de que el verdadero patriotismo no sea una jactancia vana.

Si España como dice Campanella, fue poderosa y respetada cuando la astucia y el ingenio prevalecieron sobre la fuerza bruta, y la imprenta y la artillería se inventaron, hoy que prevalece no sólo el trabajo mecánico, sino también la inteligencia, no hay razón para que España quede por bajo de otras naciones. Lo que nos importa es abrir puerta franca a los frutos de esa inteligencia, vengan de donde vinieren; no fingirnos un ideal de Batuecas; no creernos una Arcadia tonta a lo místico; y esperar confiados en que nuestro porvenir ha de ser venturoso.

Revista de España, núm. 1. Madrid 1868.

DEL INFLUJO DE LA INQUISICIÓN Y DEL FANATISMO RELIGIOSO EN LA DECADENCIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA¹¹

(1876)

Señores: Tengo tal satisfacción en contestar al Sr. Núñez de Arce, que, poniendo a un lado todos mis otros quehaceres y venciendo mi natural desidia, me he apresurado a cumplir, en el término más breve, con el encargo que esta Real Academia me ha confiado.

Correligionario en política del Sr. Núñez de Arce, y unido a él desde hace años por lazos de particular amistad, con sus triunfos estoy de enhorabuena. No creo, con todo, que el afecto me ciegue al juzgar los merecimientos del nuevo Académico. Como autor dramático, ha sabido conquistarse envidiable celebridad, y como prosista tiene prendas que todos encomian, resplandeciendo entre ellas la energía de su estilo y la claridad y tersura de dicción, con que da mayor realce a lo firme de sus convicciones y a la fijeza y serenidad de sus ideas y propósitos.

Por cima de estas cualidades, expresadas aquí hartamente a la ligera, sobresale una que por sí sola le hace digno del puesto que viene a ocupar. El Sr. Núñez de Arce brilla y descuella entre los más notables poetas líricos españoles del siglo presente, durante el cual, no sólo en España, sino en toda Europa, la poesía lírica ha florecido como nunca.

A más de la elevada inspiración y del brío y nobleza de sentimientos que las poesías del Sr. Núñez de Arce atesoran, la Academia no puede menos de considerarlas y estimarlas como preciosos dechado de versificación y de lenguaje.

Aunque no pudiera presentar el que va a sentarse entre vosotros títulos tan legítimos y valederos, me parece que bastaría el discurso que acabáis de oír para hacerle merecedor de honra tan señalada.

Con abundancia de datos y razones, que en manera alguna destruyen la amenidad y agrado del escrito, el Sr. Núñez de Arce ha tratado de demostrar, y a mi ver ha demostrado, el influjo que la intolerancia religiosa y la constante y terrible compresión intelectual, de ella nacida, han ejercido en nuestra gran literatura.

No ya aquí, donde no estoy llamado a contradecirle, pero ni fuera de aquí, impugnaría yo, en lo substancial, discurso tan bien meditado, y cuyos asertos me parecen evidentes.

Mi contestación debiera, pues, limitarse a un elogio de lo dicho y, a algunos comentarios, deducciones y notas, que bien se pueden añadir, porque siendo el asunto tan vasto, no hay pluma, por concisa que sea, que acierte a agotarlo en una breve disertación; pero, sin que yo contradiga a mi nuevo compañero, no he de negar que su discurso suscita cuestiones y dudas difíciles de resolver, por lo cual, sin que aspire yo a resolverlas, nadie extrañará mi deseo de plantear y de exponer las más importantes.

Yo no trato de invalidar argumentos y deducciones. Yo creo también que el fanatismo ahogó y marchitó antes de tiempo en España la lozanía y el florecimiento de una gran cultura propia y castiza. Tanto fue así que, en los últimos años del siglo XVII y primeros años del XVIII, dicha cultura pereció consunta, hechizada y casi sin dejar sucesión directa, a semejanza de la dinastía bajo cuyo cetro había florecido, a par de la grandeza y crédito de aquel imperio vastísimo, dentro de cuyos términos estaba siempre el sol vertiendo su lumbre.

¹¹ Contestación al discurso del Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce en su recepción de la Real Academia Española, el día 21 de Mayo de 1876.

Después de la guerra de sucesión, con la nueva inastía francesa, España se alivió, se restauró, despertó de su desmayo. Al restaurarse España, brotó en ella nueva cultura; pero, más bien que retoñar del antiguo tronco, arraigado en nuestro suelo, se diría que fue un injerto exótico lo que reverdeció con el jugo y la savia de lo castizo.

Nuestra admiración de lo extranjero nos hizo imitadores, harto serviles a veces, y llegamos por último, con humildad, lastimosa, a menospreciar lo propio, exagerando nuestras faltas y olvidando o no reconociendo nuestros aciertos.

Sin duda que el levantamiento nacional contra los franceses, durante las guerras napoleónicas, nos devolvió la conciencia de nuestro gran ser como entidad política, y algo nos dejó columbrar de nuestro valer antiguo por el pensamiento y por la idea; pero este concepto de nuestra pasada civilización quedó confuso. Se fundaba más en la soberbia, en el sentimiento, en el amor propio patriótico que en razones claras. Todavía, aun después de la guerra de la Independencia, los que se jactaban de más ilustrados seguían con poco disimulo desdeñando nuestra literatura y tildándola de bárbara, tasando nuestras artes en mucho menos de su justo precio y negando toda importancia a nuestras ciencias y a nuestra filosofía.

La sumisión, el vasallaje, la obediencia de los españoles a Francia, no tuvo, en lo intelectual, ni Bailén, ni Zaragoza, ni Gerona, ni Dos de Mayo en aquella época. Seguimos tan pacatos y tan humildes, que era menester, para que celebrásemos algo nuestro, sin pasar por presuntuosos y ridículamente vanos, que los extranjeros nos diesen el ejemplo, la venia y hasta la noticia.

Sin que decidamos aquí si es calidad buena o mala, es innegable que el vulgo en España, como en todas las demás naciones, tiene un orgullo instintivo con que siempre se admira a sí propio y se sobrepone al vulgo de otras tierras; pero en las naciones que decaen, la gente ilustrada, los que no son vulgo o procuran no confundirse con él, a fuerza de maravillarse de los adelantamientos extraños, y con el prurito de mostrarse a su altura y de aparecer como seres excepcionales entre la multitud ignorante que los rodea, acaban por no estudiar, ni saber, ni aplaudir cuanto en lo castizo hubo de bueno y de glorioso. Hasta cuando a fin de adular al vulgo, a quien desprecian, se ponen a ensalzar lo castizo, lo hacen por estilo ampuloso, donde se advierte la carencia de fe y la falta de crítica, y donde, más que la pasada gloria, suelen encomiarse los resabios de la perversión que dio al traste con ella.

Tal era nuestro estado hasta pocos años ha. Algo nos vamos aliviando de la dolencia, pero no estamos sanos todavía. Y, fuerza es confesarlo, en gran parte somos deudores del alivio a los alemanes. Los alemanes, más que nadie, ensalzando nuestras cosas como merecen, se puede afirmar que han contribuido muchísimo a que volvamos con amor los ojos hacia ellas. Basta citar los nombres de Lessing, Jacobo Grimm, Boehl de Faber, Huber, Federico y Guillermo Schlegel, Rosenkranz, Schulze, Bouterwek, Clarus, Díez, Depping, Tiek, Schack, Fernando Wolf, Jorge Keil, Halm, Manuel Geibel, Pablo Heyse, Leopoldo Schmidt, Dohrn, Hain, Schlüter, Storck, Geiger, Herder, Goethe, Hoffmann, Regis, Fastenrath y el mismo Hegel, para traer a la memoria de los amantes de las letras cuán poderosamente han contribuido a sacarnos de nuestro abatimiento las alabanzas críticas, las traducciones, las bellas ediciones y hasta los comentarios de nuestros clásicos hechos por estos autores.

Nuestro descuido, nuestra postración y nuestra falta de gusto habían sido tan grandes, que hasta el año de 1829 no tuvimos en castellano una mediana historia de nuestra literatura. Antes, salvo el ensayo de Velázquez, sólo hubo estudios parciales como los de Sarmiento y Sánchez, la indigesta mole de los Padres Mohedanos, la apología algo pedantesca de Lampillas, las notas de Martínez de la Rosa al *Arte Poética*, y los juicios de Mendivil, Silvela y Quintana. La historia de nuestra literatura apareció al fin, pero fue traducción de otra, escrita en alemán veinticinco años antes. Boutelwek la había publicado en su lengua y patria en 1804.

Cuando los Sres. D. José Gómez de la Cortina y D. Nicolás Hugalde y Mollinedo publicaron en 1829 dicha traducción, declararon que lo hacían *deseosos de suplir con ella la obra original de*

que carecíamos; por el descuido de tan útil estudio, debido a las guerras y trastornos y a la falta general de buena educación; ruda franqueza que denota a las claras cuál sería el estado de un pueblo donde dos modestos traductores se atrevían a decir tal impropio como quien dice lo más natural, sabido y confesado.

Desde entonces hasta ahora no han sido menores los trastornos y guerras que hemos tenido, y, sin embargo, ya no se notan ese desdén y ese abandono de nuestras glorias literarias, entre cuyos críticos ilustrados resplandecen Durán, el Marqués de Pidal, Milá y otros varios que no nombro porque pueden hallarse presentes y no quiero ofender su modestia. Queda, no obstante en pie todavía este aserto de Durán: *Alemanes son los que mejor han publicado la historia de nuestra literatura y teatro*. A lo cual bien puede añadirse que lo que es la historia de nuestro teatro escrita por un alemán, por Schack, si bien ha hallado hábil traductor¹², no ha hallado público que la lea, y se ha quedado a medio traducir, por desgracia¹³.

A pesar de todo, aunque muchos de nuestros autores siguen siendo más celebrados que leídos, en el día se conocen ya mejor y se estiman con más recto criterio. Nada ha influido tanto en esto como la *Biblioteca de Autores Españoles*, publicada por D. Manuel Rivadeneyra, cuya gloria y merecimientos comparte uno de nuestros compañeros por haber logrado de las Cortes que el Gobierno le concediese su indispensable protección¹⁴. Dicha *Biblioteca*, a más del texto bien enmendado y corregido de los autores, contiene un tesoro de noticias biográficas y bibliográficas y no pocos discursos preliminares y brillantes introducciones, que bien pueden formar unidos la historia de nuestra literatura, o al menos una abundante y rica colección de materiales para escribirla. De esto se ha encargado un autor infatigable y diligente, lleno del espíritu crítico más sano y elevado; pero su trabajo no está terminado aún, faltando en él la época en que se presenta el fenómeno cuyas causas quisiéramos explicar aquí¹⁵.

Lo que nadie niega, lo que no puede ser asunto de discusión, es que la edad más floreciente de nuestra vida nacional, así en preponderancia política y en poder militar como en ciencias, letras y artes, es la edad del mayor fervor católico, de la mayor intolerancia religiosa: los siglos XVI y XVII. Pero si queremos circunscribirnos más y señalar el siglo de mayor auge, fecundidad y excelencia de las letras y del idioma patrios, marcar su siglo de oro, me parece que sin que me tilden de arbitrario, por más que se me dispute sobre diez años antes o después, bien puedo poner este siglo entre los años 1580 y 1680.

¿Por qué causas se pervirtió, se marchitó y se hundió rápidamente aquel gran florecimiento? A nadie se le oculta que esta cuestión literaria está enlazada con otra cuestión política. ¿Por qué la grandeza, crédito y poder de la monarquía española cayeron también rápidamente, precediendo a su caída la de las letras?

No es fácil contestar a todo esto, y menos aún en breves palabras. Para filosofar es menester tener un exacto y cumplido conocimiento de aquello sobre que se filosofa, y debernos declarar aquí que hasta la misma historia política de la época a que nos referimos dista mucho aún de estar satisfactoriamente escrita, a pesar de algunos ensayos, tentativas y compendios muy recomendables, entre los cuales se cuenta uno de un ilustre compañero nuestro que merece grande alabanza¹⁶. Las cosas, sin embargo, de aquél período histórico se saben por lo general muy a bulto; y por otra parte, el espíritu de partido que ha tomado dicho período por campo de batalla para discutir sobre cuestiones que, valiéndonos de un término muy en moda en el día, son las más palpitantes, nos

12 D. Eduardo Mier.

13 Años después de escrito y publicado este discurso, la excelente traducción del Sr. Mier se ha completado y dado a la estampa en cinco tomos de la Colección de Escritores Castellanos.

14 D. Cándido Nocedal.

15 D. José Amador de los Ríos.

16 Alude a la obra del Sr. Cánovas del Castillo.

puede cegar con su pasión y extraviarnos a todos, llevándonos por extremos opuestos a mucha distancia de la verdad.

Recientemente, por ejemplo, ha aparecido toda una escuela, que, en contraposición de aquel abatimiento que nos haría desdeñar nuestro pasado, le estima en lo que vale y aun quizás exagera algo su valor en lo literario y científico; pero sobre esta afirmación evidente o al menos plausible, levanta un cúmulo de aspiraciones y propósitos, a mi ver, poco razonables. Creo que para que renazca aquel florecimiento literario, aquel movimiento intelectual, aquella primacía de España, convendría que volviese la nación al mismo estado político, social y religioso. Es como si los griegos, mirando su postración y su relativa inferioridad en el día presente con respecto a otras naciones de Europa, recordando que eran el primer pueblo del mundo en tiempo de Pericles, y subordinando los altos intereses transcendentales de la religión a consideraciones estrechas de interés nacional, volvieran a adorar a Júpiter y a Minerva y renovasen los misterios eleusinos.

No pocos sabios italianos de la época del Renacimiento, resplandeciendo entre ellos el impío Machiavelli, incurrieron en tan extraña manía. Al ver humillada a Italia, hollada y ensangrentada por los extranjeros, y al presentarse vivas en la memoria de ellos las grandezas de Roma, llegaron a aborrecer el cristianismo y a soñar con la religión de Jano bifronte y con las instituciones litúrgicas de Numa y de Tarquino Prisco. Esto, por un lado, es infinitamente mayor disparate que el soñar, siendo español, en que volvamos a la edad de Felipe II, por ejemplo, porque, al fin, de lo que somos ahora a lo que entonces éramos no hay tanta diferencia, ni ha habido cambio en el ser de la civilización general del mundo, ni menos aún en el principio sublime y en la doctrina salvadora que la informan con su espíritu; pero, por otro lado, los españoles que piensan hoy como hemos dicho, tienen menos disculpa que los italianos de entonces, porque entonces se concebía la historia como un eterno volver al mismo punto, y se creía que para restaurar los Estados y las civilizaciones convenía retroceder hacia su origen, mientras que ahora apenas hay quien se atreva a negar y quien no sienta y vea la marcha indeclinable de las cosas humanas en su conjunto hacia un término de perfección, sin duda inasequible en esta vida terrena, pero que las atrae por ley providencial, y, no limitando el libre albedrío en aquello de que debe responder cada individuo, las lleva por nuevas fases y evoluciones, sin dejarlas nunca volver al punto de que partieron. Así, pues, nos parece menos razonable, bajo este concepto, el que un español de ahora sueñe en que se regeneraría su patria volviéndola a lo que fue en pensamientos y creencias en tiempo de los tres Felipes, que el que Machiavelli soñase en que renacería la antigua preponderancia romana con volver al estado y manera de ser de la edad de Tito Livio.

Por otra parte, aunque diésemos por indiscutible la singular grandeza de nuestro país en los siglos XVI y XVII y la conveniencia de volver a las instituciones, ideas y costumbres de entonces, suponiendo que lo que entonces pudo producir aquella grandeza debe también producirla ahora, aun nos quedaría por demostrar si aquellas instituciones, aquellas ideas y aquellas costumbres fueron la causa de la grandeza, o si, por el contrario, la grandeza nació de otras causas, y dichas instituciones, ideas y costumbres lo que trajeron consigo fue la corrupción y la rápida decadencia. Este es verdaderamente el punto controvertible. La distinción que hacemos es muy clara. Se comprende que alguien, enemigo en el día de la intolerancia religiosa y del absolutismo monárquico, o sostenga que entonces aquello fue bueno y útil en España, o afirme que al menos no puede ni debe presentarse como causa de nuestra caída política, social y literaria, ya que hubo intolerancia religiosa y absolutismo monárquico en otros países durante el mismo período, y dichos países se levantaron, mientras que España cayó como en profunda sima.

Fijada así la cuestión, y limitándonos solamente a la literatura, vamos a hacer algunas ligeras observaciones, procurando mostrar la mayor imparcialidad en todo. Para ello conviene, sin duda, no dejarse arrastrar de la vanidad patriótica; pero conviene también no dejarse seducir por tantos y tantos autores extranjeros, protestantes o racionalistas los más, que por odio a la religión católica y hasta por envidia póstuma de nuestro poderío de entonces, procuran denigrarlo todo, ponderando

nuestros yerros, imputándonos mil maldades y encubriendo no pocas excelencias y glorias. Larga es la lista de los autores que no hablan de España sino para decir injurias crueles. Limitémonos a citar como modelos en este género al americano Draper y al inglés Buckle.

Hasta en los benévolo y aficionados a nuestras cosas se descubre a veces el estrecho espíritu de protestantismo y el aborrecimiento a la civilización católica que perturban su juicio, y los llevan ora a no comprender bien mucho de lo que tuvimos de bueno o de hermoso, ora a encarecer lo feo y lo horrible.

A pesar del respeto y gratitud que debemos al americano Jorge Ticknor, autor de la historia literaria de España más completa que se ha escrito hasta ahora, no se ha de negar que peca bastante en el mencionado sentido. Pongamos como muestra de que no comprendió bien lo bueno y hermoso, el frío, pobre y somero juicio que forma y emite acerca de *Los nombres de Cristo* de Fr. Luis de León. En una parte, no acierta a ver en este libro más que una serie de *largos discursos declamatorios*; en otra parte, juzgándole algo más detenidamente, pone dicho libro como *singular testimonio de la devoción, elocuencia y ciencia teológica de los españoles de aquella época*, con lo cual no se compromete mucho ni en pro ni en contra; añade que hay en dicho libro un sermón (¿y por qué no muchos sermones?) que no cede en mérito a ningún otro en cualquiera lengua, y acaba por considerar el libro como una colección de declamaciones. Infiérese de todo ello que Jorge Ticknor no ha leído el libro, lo ha hojeado sólo y no lo ha entendido bien, concretándose a estimar, no el fondo, sino la forma, esto es, la prosa rica, castiza y pura, por la cual coloca a Fr. Luis entre los grandes maestros de la elocuencia española.

Para nuestros dramas sagrados y autos, más son las censuras acerbadas que las alabanzas de Ticknor. De Tirso ni mienta siquiera *El Condenado por desconfiado* (salvo en nota y al hablar de *La Devoción de la Cruz*, de Calderón), concretándose a afirmar que sus dramas a lo divino *compiten en extravagancia con los de los demás autores, aunque no los aventajan, porque era difícil llegar a más*. Con *El Burlador de Sevilla* no se muestra Ticknor más piadoso, por más que el genio de Mozart haya ido *familiarizando a la sociedad culta y elegante*, esto es, a la gente que no vive en España, *con sus sombríos y chocantes horrores*. En suma, Tirso, cuya *Venganza de Tomar*, cuya *Prudencia en la mujer*, así como otros dramas trágicos y heroicos, o no conoce o no recuerda Ticknor, no es más, para este crítico, harto desprovisto del sentido de la poesía, que un poeta cómico, fácil, chistoso, buen versificador y buen hablador, pero indecente, inmoral, chocarrero, deshonesto y extravagante.

Por los ejemplos citados se puede calcular lo poco que levanta el vuelo el entusiasmo de Ticknor para encomiar a nuestros autores. Traduzcamos y compendiamos, para que la frialdad o el desdén de Ticknor resalte más, algo de lo que dice Schack, de Tirso, en las 57 páginas, casi todas de alabanzas, que le dedica: «Si bien tenemos que lamentar la pérdida de muchas obras del fecundo Maestro, aún nos quedan bastantes para que con ellas se conciba agotada la más débil fuerza productiva de muchos famosos poetas y para que nos llene de pasmo la inexhausta inventiva de quien las compuso. La abundancia y variedad de estas obras es tan grande, que es empresa difícilísima el caracterizarlas y clasificarlas. Tirso es un encantador que sabe tomar las más diversas figuras. Apenas creemos que nos apoderamos de su fisonomía, cuando toma otra. El brillo de su poesía forma mil iris y cambiantes, y burla nuestro empeño por reflejarle en el espejo de la crítica. Las mismas faltas del autor, que no pueden negarse, están circundadas y como vestidas de tan deslumbradores destellos poéticos, que es fuerza apoyarse en toda circunspección para no entregarse a una admiración sin límites por sus dramas. El teatro de Tirso se parece a aquel país de las hadas, que nos pintan los poetas románticos, donde cautivan los sentidos y el corazón del peregrino sonos misteriosos y embriagadores perfumes; donde serpentean mil sendas que ya le llevan por lozanos vergeles, ya por amenos valles, desde abismos que causan vértigo hasta montañas que tocan el cielo, y donde se oye en las grutas la voz burlona de los gnomos y de los duendes, y los silfos se mecen en el aire, y el sol de la poesía, hasta sobre los caminos extraviados,

hasta sobre los derrumbaderos y precipicios, vierte su lumbre encantadora. Por cierto que debe de ser muy frío el crítico que no sienta deseo de abandonarse sin reparo a poesía tan hermosa, y muy poco capaz de sentirla y comprenderla el que no conozca que hasta aquello que pasa por defecto, según reglas rutinarias, es belleza relativa, considerado como parte necesaria de un grande organismo y como emanado de un alto espíritu poético, genial y espontáneo.»

Schack, como Ticknor, ve en Tirso un poeta cómico, pero no grosero ni chabacano, sino todo lo contrario. «¡Cuán distinto, dice, es el chiste siempre poético de Tirso, de las secas frialdades que suelen llamarse chistes entre nosotros! Como abeja entre rosales vaga volando el genio del poeta en el jardín florido de la fértil poesía. Es verdad que, como la abeja, tiene aguijón, pero también tiene miel. Tirso no perdona a los poderes del cielo ni a los de la tierra; pero con el dulce bálsamo de la poesía sana al punto que hiere. El atrevimiento de sus arranques satíricos contra los grandes de la tierra, contra la corte y los cortesanos, contra los frailes y los clérigos, es singular en la literatura española, y causa maravilla la libertad de la escena, donde resonaban públicamente tales sátiras en un tiempo en que el poder de la Inquisición había llegado a su apogeo.»

Si no nos llevase esto muy lejos de nuestro propósito, aún traduciríamos o extractaríamos más del encomio que Schack hace de Tirso.

No podemos resistir, con todo, a la tentación de poner aquí tres o cuatro párrafos aislados: «También para el idilio puro, sin mezcla de sátira, posee Tirso un incomparable talento, y aprovecha con predilección todas las ocasiones que se presentan para lucirle; pero sus creaciones de esta clase no se parecen en nada a aquel linaje afectado de poesía pastoral que gustó tanto en toda Europa, sino que son la existencia real y las pasiones mismas de los campesinos españoles realizadas y presentadas poéticamente con hechicera candidez y con frescura y vivacidad inimitables.» Como poeta trágico, dice Schack de Tirso al hacer el análisis de *La Venganza de Tamar*: «Sólo pocos poetas españoles han levantado a tanta altura la poesía como Tirso en esta obra maestra.» Como poeta heroicodramático, lo ensalza aún más al hablar de *La prudencia en la mujer*. Como poeta psicológico que penetra con escrutadora mirada en lo más profundo del corazón, lo encomia sobre todo en *Escarmientos para el culpado*; y por último, como poeta dramático a lo divino, casi le pone Schack por cima de todos los demás poetas al examinar su *Condenado por desconfiado*, obra que «en rasgos de fuego lleva impresa la huella del espíritu religioso de entonces; extraño espíritu, apenas comprensible para los hombres de ahora.» «Aunque Tirso, dice Schack al terminar el análisis, no hubiera escrito más que este drama maravilloso y hondamente conmovedor, nadie podría negarle el título de gran poeta.»

Con lo dicho se ve la contraposición. Para Ticknor, Tirso no pasa de ser un fraile ingenioso, deslenguado y verde, sainetista chocarrero y satírico; para Schack, es un gran poeta por todos estilos. Dudamos de que en elogio de Shakespeare pudiera decir mucho más que lo que en elogio de Tirso dice. La divergencia que se advierte en este caso particular, se pudiera advertir y señalar en otros muchos, por lo cual, si aun conocidos los hechos cada uno los juzga a su modo, ¿qué esperanzas hay de que se convenga en las causas?

En algo, sin embargo, es menester convenir. Pongamos, pues, como fuera de duda que las dos más bellas manifestaciones del ingenio español en los siglos XVI y XVII, son la poesía épico-popular y la poesía dramática: los romances y el teatro. Añadamos a esto la novela en prosa, pues aunque no tuviésemos más que el Quijote, eclipsaríamos aún todas las otras literaturas. No se puede negar además que en poesía épica artificial y erudita tenemos una copia asombrosa de obras estimables; en la lírica no somos inferiores a ninguna otra nación durante el mismo período; nuestros historiadores de entonces tal vez venzan a los de los demás pueblos en calidad y en número, y poseemos, por último, notables jurisconsultos y escritores políticos, y un rico tesoro de místicos y de ascéticos.

Importa declarar, no obstante, que de todo esto más se ha estudiado, hasta ahora, la forma que el fondo. Ya tenemos historia de la amena literatura, de las obras de entretenimiento; pero la

substancia de la cultura española y el desenvolvimiento intelectual de nuestro espíritu están poco estudiados.

¿Por qué negarlo? Casi nadie lee en el día nuestros libros de devoción. Si los hojea algún aficionado a las letras, suele prescindir de las ideas, y sólo se para en lo sonoro de las frases, en lo castizo de los giros y en la riqueza y primor de la lengua. Y sin embargo, ¿qué análisis psicológico más sutil y atinado, qué metafísica más profunda, qué admirables intuiciones de lo infinito en su relación con lo finito no suele haber en ellos? El señor Rousselot, un francés, ha sido el primero que críticamente ha desentrañado y expuesto algo de aquellas doctrinas, y, aunque su obra deje mucho que desear, debemos inclinarnos agradecidos, pues nadie en España lo había hecho mejor, ni acaso de ningún modo, antes de que él lo hiciera.

Rousselot, como casi todos los franceses cuando tratan de nuestras cosas, no puede prescindir de hacernos un disfavor al lado de un favor. Es cierto que da a conocer a nuestros místicos y expone su filosofía; pero afirma que jamás hemos tenido más filosofía que la de ellos. Sentencia es ésta de la que podemos apelar, pero de la que no podemos quejarnos, porque nuestros sabios modernos van más allá aún en el desdén. El importador de la filosofía krausista en España y uno de sus más aventajados discípulos, en artículos recientes, por otra parte merecedores de alabanza, afirman que la imaginación estética ha sido bien cultivada en España y ha dado sazonado fruto, pero que la razón no; que hemos tenido buenas comedias, novelas y otras obras de pasatiempo; pero que en ciencias y en filosofía hemos valido poquísimo, sin duda porque la comprensión intelectual y el fanatismo religioso han tenido como embotada y atrofiada, en nuestra alma, una de sus más nobles facultades.

Ya se entiende que tan cruel afirmación se refiere a los últimos siglos, y no a la Edad Media ni a las antiguas edades. En la Edad Media convienen todos en que hemos tenido notabilísimos sabios, filósofos y pensadores, aunque más que ortodoxos, mahometanos y judíos. Eruditos y críticos extranjeros lo ponen fuera de duda¹⁷; Renan, estudiando a Averroes y su prodigiosa influencia en la filosofía escolástica y del Renacimiento; y Munck, Franck, Sachs, Geiger y David Cassel, traduciendo las obras o encomiando y celebrando las doctrinas de Ibn Gebirol, de los Ben-Ezrá, de Maimónides, de Jehuda de Toledo y de otros compatriotas nuestros y gloria de España, por más que no fuesen católicos.

Pero el amor patrio nos ha hecho clamar contra el desprecio por nuestra ciencia, y sobre todo por nuestra filosofía, desde el Renacimiento hasta ahora; y han surgido celosos defensores de que hubo filósofos en España y hasta verdadera filosofía española, entre los cuales merecen citarse nuestros compañeros correspondientes D. Gumersindo Laverde y D. Adolfo de Castro, el joven Sr. Menéndez Pelayo, y los Sres. Ríos Portilla y D. Luis Vidart, el cual hasta ha formado y publicado un tomo de apuntes para la historia de nuestra filosofía.

17 Menester es no olvidar aquí, como muy honrosa excepción, los Estudios sobre el famoso Raimundo Lulio, publicados, pocos años ha, por nuestro compañero D. Francisco de Paula Canalejas. El filósofo mallorquín está, en dichos Estudios, juzgado con profundidad, si bien quizás más encomiado de lo justo; pero algo se ha de conceder a la reacción, que no puede menos de dejarse sentir en esto, como en todas las cosas.

Lulio había sido hartamente maltratado por muchos autores, entre los cuales no pocos españoles. El P. Feijóo le desprecia en sus *Cartas eruditas*; y en aquella graciosísima sátira literaria de *El Café*, donde no sabe uno de qué admirarse más, si del ingenio, sal ática y rico tesoro de chistes del autor, o de su mezquina crítica, y donde queda en duda si D. Pedro es más pedante y más insufrible que D. Hermógenes, Moratín se burla del pobre Raimundo Lulio con un epigrama indeleble.

Colocan muchos entre los lulianos a Raimundo Sabunde, filósofo del siglo XV, que tuvo gran celebridad también en tierras extrañas. Montaigne lo tradujo al francés, pero yo entiendo que no porque Montaigne se entusiasmase con Sabunde, sino por cumplir un mandato de su padre. En la *Apología de Sabunde*, que es el más extenso de los *Ensayos*, le elogia mucho, no obstante, le llama *très suffisant homme et ayant plusieurs belles parties*, y asegura que «el propósito de Sabunde es atrevido y valeroso, ya que acomete la empresa de establecer y probar con razones humanas y naturales, contra los ateístas, todos los artículos de nuestra religión: en lo cual, a decir verdad, le hallo tan firme y dichoso, que no creo posible hacerlo mejor en este negocio, y me parece que nadie se le ha igualado.»

Fácil nos sería citar aquí multitud de nombres de peripatéticos, platónicos, estoicos y eclécticos, entre todos los cuales se levantan, a lo que parece, Vives y Foxo Morcillo. Pero francamente; se citan estos nombres, se supone que valieron mucho los sabios que los llevaron, y apenas sabemos lo que dicen, porque casi nadie los ha leído. Las pocas obras filosóficas que, como tales, ha publicado la biblioteca de Rivadeneyra, nos compungen y descorazonan. Quedan, pues, hasta el día, como único tesoro filosófico español de los siglos XVI y XVII, algo conocido y explorado por la crítica moderna, los místicos y quizás un poco de los teólogos dogmáticos. Y debemos perdonar a los eruditos y aficionados del día, porque es pedir heroicidades pedir que alguien se ponga con paciencia a estudiar y a extractar volúmenes en folio, en latín casi todos, a fin de resumir, exponer en castellano y juzgar doctrinas, que a pocos españoles interesan, y que nadie se tomaría el trabajo de leer con atención para entenderlas, achacando lo de que no las entendía a lo enmarañado del lenguaje.

Sea, pues, por lo que sea, no se puede negar que queda algo en duda si hemos tenido o no, en la época a que nos referimos, verdaderos y grandes filósofos. Pero demos por supuesto que los hubo, como presentimos y creemos y deseamos, aunque no lo sepamos de fijo. Demos también por supuesto que tuvimos entonces médicos, matemáticos, naturalistas y filólogos insignes. Afirmemos

que no quedó ramo de actividad del espíritu en que no floreciésemos; que nuestros publicistas abrieron a Grocio el camino; que nuestros teólogos prevalecieron en Trento; que Melchor Cano inventó una ciencia nueva; que en las artes del dibujo vencimos a todos los pueblos menos a Italia; que tuvimos arquitectos gloriosos, hábiles escultores en piedra, bronce, madera y barro, plateros y joyeros rivales de Cellíni y hasta herreros admirablemente artísticos; y que nuestra música, que duerme olvidada entre el polvo de los archivos de las catedrales, compite con la italiana y puede presentar nombres, que debieran ser ilustres, como los de Salinas, Monteverde, Pérez y Gómez. Júntense a todo ello nuestras riquezas poéticas y literarias, ya que la amena literatura de entonces nos es bien conocida, y tendremos un florecimiento intelectual asombroso y adecuado a nuestra grandeza política como nación.

Pero lo dicho, en vez de resolver la duda, la complica y la hace más difícil. ¿Qué causa hubo para que tanta fecundidad, tanta exuberancia, tanta virtud especulativa, tanta vida del alma se secase de súbito, y hasta se olvidase, aun entre nosotros, que la habíamos tenido, viniendo a caer España en un marasmo mental, en una sequedad y esterilidad miserable de pensamiento, o en extravíos bajos y ridículos, de todo lo cual no salimos sino para seguir humildemente a los extranjeros, como satélites sin espontaneidad, como admiradores ciegos y como imitadores casi serviles? ¿Qué causa hubo para tal abatimiento, del que no hemos salido del todo? La perversión vino primero y la degradación después. Desde las obras de ambos Luises, de San Juan de la Cruz y Santa Teresa, descendimos a las del P. Boneta y a las de otros más deplorables, que sirvieron de modelo a Fray Gerundio; de las comedias de Calderón, pasando por Cañizares y Zamora, llegamos a Comella, Luis Moncín y Fermín del Rey, arquetipos de D. Eleuterio; desde Garcilaso, Rioja y los Argensolas, bajamos a Montero, a Benegasi y al cura de Fruime; y desde el romancero del Cid, que Hegel pone por lo más noble, bello, real e ideal a la vez que ha inspirado la Musa épica después de los poemas de Homero, fuimos humillándonos hasta no producir sino romances de guapezas y desafueros de bandidos, como el de Francisco Esteban; de chocarrerías y desvergüenzas, como el del *fraile fingido*; de falsos y absurdos milagros, y hasta de fenómenos raros y monstruosos, como el de la mujer que parió trescientos hijos de un parto. Así justificamos toda la burla de los pseudo-clásicos a la francesa.

¿Fue causa de la humillación el despotismo de los reyes austríacos? No se niega que los reyes austríacos fueron despóticos; pero este mal no fue exclusivo de España. El movimiento general en toda Europa era entonces hacia la concentración del poder en manos de los monarcas, y nunca llegó a tanto en España como llegó en Inglaterra bajo los Tudores, y en Francia bajo el que llamaron Luis el Grande y dio nombre a su siglo. Inglaterra y Francia se levantaron con todo bajo aquellos despotismos, mientras que España descendía.

¿Fue la atroz crueldad de la Inquisición la que atajó el vuelo de nuestro espíritu ahogando en sangre nuestra cultura? Miradas imparcialmente las cosas, parece que no. Pues qué, ¿en los demás países no se atenaceaba, no se quemaba viva a la gente, no se daban tormentos horribles, no se condenaban a espantosos suplicios a los que pensaban de otro modo que la mayoría? La Inquisición de España casi era benigna y filantrópica comparada con lo que en aquella edad durísima hacían tribunales y gobiernos y pueblos en otras regiones, donde, lejos de decaer, se han levantado. Todos los moros, judíos y herejes castigados o quemados en España por la Inquisición durante trescientos años, no igualan en número, por confesión de Schack, a sólo las infelices brujas quemadas vivas en Alemania nada más que en el siglo XVII. En Francia, sin contar los horrores de las guerras civiles, sólo en la espantosa noche de San Bartolomé hubo más víctimas del fanatismo religioso que las que hizo el Santo Oficio desde su fundación hasta su caída. De Inglaterra no hay que hablar: pueblo entonces más bárbaro y feroz que el Centro y el Mediodía del continente europeo, derramaba la sangre a torrentes.

Nosotros tuvimos cinco años en la cárcel a Fray Luis de León; pero no padeció tormento, y al cabo se declaró su inocencia. En la cárcel pudo escribir el libro divino de *Los nombres de Cristo* y otras obras inmortales. En otra nación, y con los mismos émulos que aquí tuvo, quizá no hubiera salido tan bien. No hay que olvidar que a Vanini le arrancaron la lengua con unas tenazas en Francia; que a Bruno le quemaron vivo en Roma; que en Inglaterra ajusticiaron a Tomás Moro, y que a nuestro compatriota Miguel Servet le hizo matar Calvino en Ginebra.

Por más que hayan querido los protestantes engalanarse con el lauro de que la libertad religiosa vino por ellos, la Historia les niega ese lauro. Guizot, protestante, tiene la franqueza de confesarlo. Toda secta disidente ha sido tan fanática y tan intolerante o más que los católicos durante la lucha. Sólo los progresos de la razón, con la imposibilidad de exterminarse unos a otros, trajeron la tolerancia, y la libertad en pos de ella, la cual no ha nacido del seno de ninguna Iglesia, sino de la conciencia humana en general, iluminada al cabo por el verdadero espíritu de Cristo y comprendiéndole con rectitud.

¿Se originó quizá la perversión y corrupción de nuestra ciencia y literatura de la ignorancia de los inquisidores? Nos parece que tampoco. En aquellos siglos el clero español sabía más que los legos, y los inquisidores eran de las personas más ilustradas del clero español.

¿Provino nuestra caída de la alianza entre la teocracia y el poder real para oprimir al pueblo? Pero ¿dónde ha habido mayor alianza entre ambas potestades que en Inglaterra, donde el jefe de la Iglesia y el del Estado se confundieron en uno?

¿Atribuiremos, por último, los males que aquí se lamentan a la duración, regularidad y constante vigilancia de la Inquisición? La duración de las persecuciones, ya en un sentido, ya en otro, fue la misma en todas partes. Y en cuanto a la regularidad, no se explica qué ventaja lleve lo desordenado a lo ordenado. Antes bien, los parciales de la Inquisición pueden decir, miradas así las cosas, que aquel terrible tribunal contribuyó a que gozásemos de una paz relativa, mientras otras naciones ardían en guerras espantosas que, como en Alemania, duraban treinta años.

La tiranía, pues, de los reyes de la casa de Austria, su mal gobierno y las crueldades del Santo Oficio no fueron causa de nuestra decadencia: fueron meros síntomas de una enfermedad espantosa que devoraba el cuerpo social entero. La enfermedad estaba más honda. Fue una epidemia que inficionó a la mayoría de la nación o a la parte más briosa y fuerte. Fue una fiebre de orgullo, un delirio de soberbia que la prosperidad hizo brotar en los ánimos al triunfar después de ocho siglos en la lucha contra los infieles. Nos llenamos de desdén y de fanatismo a la judaica. De aquí nuestro divorcio y aislamiento del resto de Europa. La parte más ilustrada del clero, los mismos inquisidores, los mismos reyes, más bien que impeler, tuvieron que refrenar la corriente de la intolerancia. Felipe II tuvo que luchar contra la opinión pública para no expulsar a los moriscos y dejar esta triste gloria a su hijo. Nos creímos el nuevo pueblo de Dios; confundimos la religión con el egoísmo patriótico; nos propusimos el dominio universal, sirviéndonos la cruz de enseña o de

lábaro para alcanzar el imperio. El gran movimiento de que ha nacido la ciencia y la civilización moderna, y al cual dio España el primer impulso pasó sin que le notásemos, merced al desdén ignorante y al engreimiento fanático; y cuando en el siglo XVIII despertamos de nuestros ensueños de ambición, nos encontramos muy atrás de la Europa culta, sin poder alcanzarla, y obligados a seguirla como a remolque.

Pero ¿cómo desconocer nuestros inmensos servicios, nuestra cooperación poderosa en esa misma cultura, por la que Europa hoy a su vez nos desdeña y se muestra tan ufana?

Antes de que la mente del hombre se volviese con más brío al estudio de sí misma, y por último se elevase a Dios como causa primera y fundamento de todo, importaba conocer el universo.

El primer capítulo, pues, de la historia de la ciencia y de la filosofía modernas lo llenan los españoles. Antes de que vinieran Copérnico, Galileo, Kepler y Newton a magnificar teóricamente el concepto de la creación, era menester ensanchar y completar la idea del globo que habitamos. Esta misión heroica tocó a los españoles y portugueses. Sin su fe y su energía, Colón no hubiera descubierto la América; Gama no hubiera ido a la India, venciendo a Adamastor; Pizarra no hubiera explorado el Perú, ni Cortés el Anahuac; ni Orellana hubiera bajado por ríos desconocidos, con sólo diez compañeros, desde Quito hasta el Amazonas, y por el Amazonas hasta salir al Atlántico; Balboa no hubiera descubierto el Pacífico, salvando las montañas del istmo que le separa del otro Océano, y Magallanes, por último, cruzando el estrecho, que pone en comunicación ambos mares, casi en el extremo de la América meridional, no hubiera llegado por Occidente a las islas del remoto Oriente. Tres meses y veinte días, sin ver más que agua y cielo, fue Magallanes, con sus compañeros valerosos, por el vasto y desierto mar que la imaginación fingía infinito: el agua se corrompió, y hubo que beber agua podrida; faltaron los víveres, y hubo que alimentarse hasta de cueros remojados; los hombres morían diariamente de hambre, de miseria y de escorbuto: muchos dudaban de que aquel mar tuviese término; pero Magallanes no quiso volver atrás, confiado en que la tierra era esférica por la sombra que proyecta en la luna cuando la luna se eclipsa. «Nunca, dice un historiador angloamericano, denigrador y aborrecedor de los españoles, nunca, en toda la historia de las empresas humanas, hubo nada que excediese a la de Magallanes. Aquel hombre tenía forrado el corazón de triple lámina de bronce. Nunca se ha dado mayor muestra de sobrehumano valor, de perseverancia asombrosa, de resolución que no cesa ante ningún temor ni ningún padecimiento, y de inflexibilidad que va derecha a su fin, rompiendo todos los obstáculos. Magallanes murió cerca de las Molucas; pero su nombre inmortal quedó para siempre grabado en la tierra y en el cielo: en la tierra, en el estrecho que enlaza ambos Océanos; en el cielo, en la nube de estrellas que vio el audaz marino en la bóveda azul del hemisferio antártico.»

Sebastián Elcano, segundo de Magallanes, volvió a España, y puso en su escudo el globo terráqueo con este lema: *Primus circumdedisti me*.

Si la ciencia moderna, si la moderna filosofía, si todo aquello de que se envaneció el siglo presente, hubiera de marcar el día de su origen, y desde entonces se empezasen a contar los años de la nueva era, que llaman los positivistas edad de la razón, contraponiéndola a la edad de la fe, esta nueva era no empezaría el día en que Bacon publicó su *Novum organum*, ni el día en que salió a luz el *Método* de Descartes, sino el 7 de Septiembre de 1522, día en que Sebastián Elcano llegó a Sanlúcar de Barrameda en la nave *Santa Victoria*.

Aunque no hubiéramos, pues, tenido grandes matemáticos, químicos, físicos y filósofos, bastaría para nuestra gloria el haber dado origen a todo ello; el haber dado impulso al movimiento del espíritu humano que supo crearlo.

Además, en esto de la historia de la filosofía, hay que aplicar con frecuencia la moraleja de la fábula titulada *El león vencido por el hombre*. En ninguna historia de otro género puede decirse a cada paso con más justicia: *Y no fue león el pintor*. Cada cual, según su nacionalidad, escuela o secta, reparte, como mejor le cuadra, los papeles, la gloria y la importancia de los personajes. Pongamos por caso a Bacon. Unos le dan tanto mérito, o más aún, que a Descartes, asegurando que

de él dimanar todos los progresos de las ciencias experimentales, y le contraponen a Descartes, fundador de la filosofía espiritualista y psicológica. Entre ambos reparten toda la gloria: éste, es padre de la ciencia del *no yo*; aquél, de la del *yo*. Pero novísimamente Bacon cae en descrédito, y no ya los espiritualistas, sino los mismos positivistas y empíricos, le tratan con la mayor dureza. Le tildan de ignorante, de preocupado y charlatán presuntuoso. El ídolo de Bacon cae por tierra. En su *Novum organum* ya no hay nada fecundo. Todos los descubrimientos se han hecho a su pesar. Bacon estaba lleno de miras estrechas; no sabía palabra de matemáticas ni de ciencias naturales, y murió sin llegar a convencerse y negando siempre que la tierra se movía. Draper exclama en su furor contra él: «Tiempo es ya de que el sagrado nombre de filosofía se purifique de su larga conexión con el de ese impostor de ciencia, político acomodaticio, leguleyo insidioso, juez corrompido, amigo traidor y mal hombre.»

A Descartes, a quien ponen unos como padre de la filosofía moderna, le niegan otros tal paternidad y tal gloria. ¿Por qué Spinoza ha de proceder de Descartes y no de sus compatriotas, por españoles y por judíos, Ibn Gebirol y Maimónides? ¿Por qué Newton ha de constar como cartesiano? ¿Es sólo vanidad francesa, o hay razón para afirmarlo así? Leibnitz, aunque la filosofía de Descartes sea como antecedente de la suya, ¿no tiene otros elementos extraños que dan más valor a su sistema? Si Descartes tomó no poco de Vives y de Gómez Pereira, ¿parte de su gloria no redundaba en pro de aquellos españoles? Pero todo esto está en el aire, cuando sobra quien niegue a Descartes todo merecimiento. Los neo-tomistas, renovadores de la escolástica, le desdeñan. Gioberti le juzga un mezquino y lastimoso metafísico.

Ha venido después la gran escuela alemana, con sus cuatro soles y multitud de satélites; y Hegel se ensoberbece y declara que, desde Grecia hasta que filosofaron en Alemania, no ha habido verdadera filosofía. El fuego sagrado de la inspiración y el aliento fatídico que pronuncia los oráculos de la ciencia una y toda, están custodiados por los alemanes, nuevos Eumolpides que tienen las llaves de este otro santuario de Eleusis y que sólo saben sus misterios.

En virtud de dicha sentencia, todos quedamos iguales, salvo los alemanes y los griegos. Al lado del zapatero Jacobo Boehm, Descartes se convierte en pigmeo.

Vienen, por último, los escépticos de todas clases, los positivistas y materialistas: consideran la filosofía como aspiración imposible, delirio de la vanidad humana, o como tentativa pueril de los hombres, cuando carecen aún de ciencia. Los filósofos alemanes y griegos se hunden entonces como los demás mortales, y sólo imperan los matemáticos, los químicos, los médicos y los geólogos.

Decimos todo esto, no para invalidar la filosofía ni su historia, de lo cual distamos mucho, sino para que se vea cuánto pueden y valen el capricho, la moda, el orgullo nacional y el interés de secta o partido en añadir o quitar gloria, en hacer o deshacer reputaciones, según mejor conviene, al formar el cuadro sinóptico de la historia de la civilización en estos últimos siglos.

Para introducir estos cambios y variantes no basta querer: es menester poder. Adquiera España nueva prosperidad; pónganse los treses a 50; brillen entre nosotros la poesía, las artes, el comercio y la industria; figuremos de nuevo en el concierto de las naciones europeas como potencia de primer orden, y entonces, si se nos antoja, tal vez hagamos creer que Vives fue superior a Descartes; que Foxo Morcillo, conciliando a Platón con Aristóteles, fue el precursor del racionalismo armónico, y hasta que el P. Fuente la Peña, en su *Ente dilucidado*, allanó el camino a Darwin y a Haeckel.

A fin de llegar a tan buen término son indispensables dos condiciones: no divorciarnos de nuestro propio espíritu; no renegar de él como en el siglo XVIII, y no aislarle tampoco como en el siglo XVII, sino ponerle sin temor en medio del raudal de las ideas de nuestro siglo, para que se nutra y robustezca con ellas, sin perder su esencia inmortal y su propio carácter.

Bien podremos entonces estar seguros de que si imitamos a los filósofos modernos alemanes, pondremos al cabo en sus filosofías un sello tan castizo, que las haremos propias, al modo que nuestros grandes místicos, imitando y citando también a los místicos alemanes como Suso, Tauler y

Ruysbroeck, fueron originalísimos¹⁸; y bien podremos estar seguros de que, más hoy que en el siglo XVII, todo español dejado en plena libertad entre Lutero y San Ignacio, preferirá a San Ignacio y dejará a Lutero. Y en efecto, hasta para cualquier español descreído y racionalista vale más que el fraile fanático y medio loco, envidioso de las artes y esplendores de los pueblos neo-latinos, y en pendencias y dimes y diretes groseros con el mismo demonio, aquel hidalgo convertido de repente, herido por Dios como Israel, y suscitado por Dios contra el heresiarca, el cual, para combatirlo y para cumplir al mismo tiempo la obra de misericordia de *enseñar al que no sabe*, buscó compañeros como el Apóstol de Oriente, y con sólo su palabra, sin ejércitos y sin favor y auxilios de soberanos, fundó el imperio más extraño del mundo, imperio que dura aún, y que a la muerte de su fundador se extendía ya por Alemania, Francia, Italia, España, Portugal, el Brasil y la India, contando más de cien casas o colegios que amenazaban avasallar el resto de la tierra.

Pero así como éstas y otras grandezas españolas no se pueden atribuir a los Gobiernos, sino a la espontaneidad y al entusiasmo de toda la nación, así tampoco debemos, si hemos de ser imparciales, culpar sólo a los inquisidores feroces y a los reyes tiranos, de la perversión y miseria en que caímos. ¿Qué tiranía había de ejercer el imbécil y débil Carlos II? Además, cuando vemos hoy la animación, bullicio y alegría de la calle de Alcalá en una tarde de toros, no se nos ocurre pensar que el Gobierno tiraniza al pueblo y le hace ir a los toros por fuerza. Pues con más gusto trabajaron los madrileños en levantar el tablado, animándose con devotas exhortaciones; con mejor voluntad acudieron la corte y 85 grandes de España, y con más deleite presenció todo el pueblo el auto de fe de 1680, en que fueron condenadas 120 personas, y de ellas 21 quemadas vivas.

18 Esta imitación de los místicos alemanes por los místicos españoles, prueba que la grande originalidad no proviene de aislarse, sino de conocer lo que los otros dijeron y añadir algo del caudal propio. Rousselot niega que los místicos alemanes hayan ejercido la menor influencia en los españoles, ya porque escribieron en alemán, ya porque sus obras, menos las de Ruysbroeck, fueron condenadas por panteísticas. «No se encuentra, dice Rousselot, vestigio alguno en los escritos de los españoles, por donde se pueda suponer que se han inspirado en los alemanes.» Pero Rousselot, a mi ver, afirmó esto muy de ligero. Yo, a la verdad, no recuerdo haber hallado jamás citado al maestro Eckart, Hegel y Schelling, a la vez de aquella escuela, en ningún místico español; pero las doctrinas de Eckart debieron ser mediatamente conocidas, merced a Dionisio Cartujano, que las reproduce. Y en cuanto a los otros místicos alemanes, que son como discípulos de Eckart, y predecesores de Hegel, no sólo han sido leídos por nuestros místicos, sino citados a cada paso con extraordinarios elogios. El iluminado y extático P. Fr. Miguel de la Fuente da testimonio de lo dicho en sus *Tres vidas del hombre*. Suso, Tauler, Ruysbroeck, Harph y otros alemanes, vienen citados por él con frecuencia. Y en prueba de que confesaba el influjo de los alemanes, no ya sólo en él, sino en otros místicos españoles de más fama, diremos lo que pone al hablar de la suspensión del hombre íntimo: «Todo esto que hemos dicho, lo dijo altísimamente Rusbrochio, varón gravísimo y muy ilustrado de Dios, en un libro que intituló *De los grados del amor*. Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, en su *Vida*, lo comentó divinamente.» El mismo iluminado y extático Fr. Miguel describe lo que es el centro del alma, con palabras tomadas de Ruysbroeck y de Suso: «Lo substancial del alma, dice, es la parte más excelente que hay en ella, la cual pende del mismo Dios: es inmóvil; más alta sin comparación que el cielo más supremo, más profunda que el abismo del mar, más ancha y más extendida que el mundo todo, porque la naturaleza espiritual excede incomparablemente a todo lo corpóreo; y esta esencia o substancia del alma es el reino natural de Dios, término y fin de las operaciones del alma, y no hay criatura de las espirituales y celestiales que pueda llenar su capacidad, según es inmensa, sino sólo Dios, que es la esencia de su esencia y la vida de su vida.»

Con lo expuesto sobra para probar que se equivoca Rousselot al afirmar que no hay vestigio en nuestros místicos de que imitasen a los alemanes. Y con lo expuesto, y con mil citas más que pudiéramos hacer, se probaría que ni la Inquisición ni nadie era entonces en España tan asustadizo como ahora de que nos inficionasen los alemanes con su panteísmo o panenteísmo.

El P. Fr. Miguel de la Fuente nació en 1573 y murió en 1625. Vivió y escribió, por lo tanto, en el siglo de oro de nuestra literatura.

HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN IBÉRICA (1887)

I

Hará ya cerca de tres años, en 1885, publicó mi amigo J. P. Oliveira Martins la tercera edición, aumentada y corregida, del [libro](#) cuyo título me sirve hoy de epígrafe.

Muy lisonjeado y satisfecho me sentí yo cuando recibí un ejemplar de dicha obra y vi que el señor Oliveira Martins me hacía la honra de dedicármela.

Desde entonces he deseado mostrar al autor mi gratitud, dando a conocer al público español este notable trabajo, generalmente ignorado de la mayoría de mis compatriotas, los cuales suelen leer y saber más, cuando leen y saben, de lo que se publica en Francia, Alemania, Inglaterra, y hasta Rusia, que de lo que se publica en el reino vecino.

El recelo de no salir bien de mi empeño y mi natural desidia me han retraído hasta ahora de cumplir mi propósito. Por dicha, o mejor diré, por desdicha, nadie, que yo sepa, se me ha adelantado haciendo lo que yo quería hacer y no hacía.

Pocas personas leen en España libros portugueses, sin que acierte yo a explicarme esta ignorancia o este desdén.

La literatura florece hoy en Portugal y da abundantes y sazonados frutos. Garrett, Herculano, Castilho y Méndez Leal, cuentan entre la nueva generación con dignos y numerosos sucesores, y aún viven Andrade Corvo, Latino Coelho, Serpa Pimentel y otros no menos ilustres, de los que fueron sus contemporáneos, émulos o discípulos. La poesía lírica y narrativa, la novela, la historia y las ciencias sociales, tienen hoy en Portugal quienes con extraordinario éxito las cultivan. La lengua portuguesa difiere más de la castellana por la pronunciación que por las partes léxica y sintáctica. Así es que cualquiera español medianamente despejado e instruido entiende, sin necesidad de gramática ni de diccionario, todo libro escrito en portugués, y esto hasta el extremo de considerar yo como lujo superfluo el traducir nada castellano al portugués. Todo libro portugués debiera venderse en nuestras librerías como castellano, así como todo libro castellano debiera venderse en las librerías portuguesas. En este punto sería bien que hubiese, y nada más que nuestra poca afición a leer se opone a que haya, la más completa unión ibérica. Con ella hasta mercantilmente ganaríamos mucho los españoles. A más del público de Portugal, donde me inclino a creer que se lee proporcionalmente más que en España, tendríamos el público del Brasil, cuya población llega ya a 12 millones.

Algo más conocidos son en Portugal nuestros autores que lo que lo son entre nosotros los portugueses; pero tampoco nos podemos jactar de ser en Portugal muy conocidos. Sin duda influye más que en nada en que nos *tratemos intelectualmente* tan poco la grande modestia o humildad colectiva que nos aqueja, menospreciándonos demasiado y creyéndonos más caídos de lo que estamos en realidad. Esta modestia colectiva en ninguna manera se opone a la soberbia individual que puede tener y que a menudo tiene cada uno, antes bien realza y aguza la soberbia, pues cada uno puede considerarse y estimarse como rarísima excepción, como personaje de gran valer, extravagante y exótico, en medio de una raza o casta de hombres estéril ya, agotada y seca.

Ello es que el abatimiento nacional eleva más el concepto que formamos de las civilizaciones francesa, inglesa y alemana. En los productos de esas civilizaciones buscamos enseñanza, modelo y guía, y de esta suerte los genios de los pueblos peninsulares se divorcian y apartan cada vez más. Hasta en los idiomas se observa la tendencia divergente. En lo antiguo, en Castilla escribían en

portugués Reyes como D. Alonso el Sabio y D. Alonso XI, el del Salado, y trovadores como Macías; y escribían versos castellanos Gil Vicente, el Infante D. Pedro, Sa de Miranda y Camoens, y la mejor prosa castellana brotaba de las plumas de Jorge de Montemayor y de [Melo](#). Pero en lo mismo que escribían entonces en portugués los portugueses éstos se parecían más a los escritores castellanos de entonces. El estilo y el lenguaje de fray Luis de Souza, por ejemplo, son mil veces más semejantes al estilo y al lenguaje de Fray Luis de León y de Fray Luis de Granada que el estilo y el lenguaje de dos autores modernos, portugués y castellano, si los comparamos entre sí.

La facilidad de comunicaciones, los telégrafos, ferrocarriles y barcos de vapor, nos separan en vez de acercarnos. El regionalismo crece en la península, no por la abundancia de diversas clases de savia, sino porque vamos todos a buscar en tierra extranjera la savia que nos falta o que creemos que nos falta.

¿Cómo he de negar yo la individualidad portuguesa? Yo no niego tampoco la individualidad catalana. Cataluña tiene una grande historia aparte de Castilla, y tiene literatura y lengua propias, ambas ricas y bellas. Pero, a la verdad, en este movimiento separatista, aunque se tome por meramente literario, que se nota en el día, y que yo celebro cuando veo que produce poetas tan inspirados y sublimes como Verdaguer, noto yo, más que el amor con exceso exclusivista de la patria, algo de parecido a lo que noto en algunos individuos que vivieron largo tiempo en país extraño, o que se educaron a la extranjera, y presumen de excepcionales entre los suyos y de muy superiores a la generalidad. En los portugueses, muy portugueses y muy adversos a los castellanos, como Andrade Corvo, por ejemplo, veo yo que el desdén de Castilla estriba en cierta adoración y rendimiento a Inglaterra; y en el catalanismo anticastellano de algunos catalanes hay por base la rara persuasión, y la más rara y aun cómica pretensión, de que hay un pedazo de nuestra península y cierto número de personas que le puebla, que son como una excepción en el general hundimiento; que son europeos cultos y *cultivables*, y que lo demás está ya perdido, si no lo estuvo siempre, y vale poco o no valió nunca nada para la cultura.

En suma: yo no condeno que alguien ame y estime más a su provincia que a toda su patria; a su ciudad natal más que a todas las otras ciudades de su provincia; a su familia más que a las demás familias del lugar en que vive, y a sí mismo más que a todos los otros individuos de su familia. Este egoísmo es natural: es como una luz y como una fuerza, tanto más brillantes y poderosas, cuanto más cerca están del foco de donde brotan e irradian.

Si este egoísmo no se rige y refrena por la caridad, por la prudencia y por otras virtudes, es ridículo en los débiles y dañino y brutalmente cruel en los fuertes; pero también quien carece de este egoísmo, quien no se estima, se quiere y se aprecia en mucho, apenas sirve para nada y apenas hace nunca cosa de provecho o de honra. De aquí que yo no condene, sino que aplauda este egoísmo, con tal de que sea moderado y razonable. Y si no le disculpo sólo, sino que casi lo aplaudo en quien a sí mismo se le aplica, ¿cómo he de condenarle en quien le aplica a una región entera y a todos sus habitantes?

El singularismo, el particularismo, el regionalismo, todo este linaje de egoísmos, más o menos estrechos, quedan, pues, aceptados y aun aplaudidos por mí. El amor de la patria, aunque conste la patria de veinte, treinta o cuarenta millones de hombres; el amor a las naciones todas que siguen la misma religión o están tácitamente confederadas y ligadas por los mismos principios fundamentales de su cultura, ¿no es egoísmo también, si se compara al sentimiento superior de la solidaridad y de la fraternidad humanas? Y con todo, ¿quién se atreverá a censurar el amor de la patria, o a encontrar inhumano y duro el orgullo noble y bien gobernado que podemos tener en seis o siete naciones de Europa, de haber sido y de seguir siendo los portaestandartes, los apóstoles, los divulgadores y los propugnadores de cuanto de más bello, elevado, útil y purificante ocurre al espíritu cuando analiza la idea de progreso?

En el sentimiento que induce a los hombres al regionalismo hay, por lo tanto, no poco de natural, de conveniente y de justo.

Por desgracia, en países como nuestra Península, donde cierta grandeza pasada y la postración y el malestar presentes nos atormentan y nos ponen de perverso humor, nacen del abatimiento colectivo y de la singular o particular soberbia las más deplorables, anárquicas y disolventes maneras de pensar. Varias son estas maneras, y no estará de sobra citar aquí las principales. En todas hay error pero, ¿cómo negarlo? algún fundamento de verdad hay en todas.

Nada más común en España que oír a los hombres, a quienes la fortuna o el propio mérito ha encumbrado, y que gobiernan o gobernaron la nación, quejarse de que la nación es ingobernable: atribuir a una multitud de vicios, defectos: maldades y flaquezas de la generalidad el que, ellos gobiernen mal y no se luzcan como los más eminentes gobernadores de Inglaterra, de Alemania o de otra nación preponderante hoy. Estos, a fuerza de tener razón, no la tienen. Un gran gobernador lo es, en algo por sí, pero en más por el medio en que vive, por el teatro en que representa, por las cartas con que juega y por el pensamiento y la voluntad, acaso inconscientes, pero fecundas del pueblo que él gobierna, realizándolos al gobernarle. Claro es que, si el nivel intelectual y moral del pueblo estuviese más alto, los que le gobiernan lo estarían también o tendrían que ceder el mando a los que se elevasen por cima de ese nivel; pero si el nivel está bajo, lo natural es que los gobernantes, como hombres salidos de ese pueblo y criados en él, no se levanten mucho por cima del nivel común: no sean seres de otra casta: no valgan, ni puedan ni suelen valer mucho más. ¿Cómo no ha de ser así en las artes de la política, cuando en otras artes, manifestaciones de la actividad humana y virtudes, que parecen ser más exentas del influjo del medio ambiente, apenas se da jamás un hombre grande, aislado, y sin predecesores y sin pueblo y sin séquito? Lo más que podemos imaginar, fuera de la civilización griega de la edad de Alejandro, es un Aristóteles en potencia archiremota, en embrión o en protoplasma. Un Aristóteles en acto supone y exige toda la civilización anterior y circunstante: todo el esfuerzo del pensamiento colectivo de la raza helénica antes de Aristóteles, y persistente y en prolífica actividad aun en tiempo de Aristóteles mismo. De lo contrario, Aristóteles no hubiera nacido. Se me resiste creer, considero caso teratológico, casi imposible y absurdo, un Aristóteles latente, cesante e inactivo entre salvajes. Con mil veces más razón es inconcebible un Alejandro sin griegos y macedonios, un César sin romanos, o un Cisneros y un Gran Capitán sin la España del siglo XVI.

Los mismos argumentos aducidos aquí invalidan más aún la afirmación contraria de hombres discretos acaso, pero más agriados y presumidos que discretos, los cuales, o bien por pertenecer a los partidos extremos, o bien por otras causas, no toman nunca parte en la gobernación del Estado. Para éstos, todo el pueblo español es hoy el mismo que en las mejores edades. Los marineros que fueron con Colón y con Magallanes, los guerreros de Pavía y San Quintín, todo subsiste aún. Si España no sigue siendo la primera nación del mundo, es por culpa de unos cuantos insolentes, sin corazón y sin inteligencia, sin saber y sin virtudes, que no se comprende cómo se han apoderado del país, y le esquilman y le destruyen. Los que sostienen esta tesis, aunque no lo expresen a las claras por cierto pudor, dejan entrever que si ellos gobernasen, todas esas altas prendas de nuestro gran ser, que los malos gobernantes comprimen, se desenvolverían y se mostrarían de nuevo. Así renacerían para España los siglos de oro con el predominio y la hegemonía, en Europa y en todo el mundo.

Esta teoría es la más falsa de todas. Apenas merece seria refutación, si bien yo he procurado refutarla seriamente en un extenso artículo, juzgando un libro de un amigo muy ingenioso, aunque movido por error, a mi ver, patente. Justo es decir, con todo, que si bien esta teoría me parece la menos racional, es la más simpática, por ser la más generosa. La vanidad del que escribe está más disimulada, y no se satisface ni engríe a expensas de todos, sino que a todos los celebra, y sólo echa la culpa de nuestras malas andanzas a unos pocos señores que han sido ya ministros, o por lo menos, altos funcionarios.

Como quiera que sea, entre cuantos señalan las causas de nuestro mal, los que allá, en el centro velado de su pensamiento la miran como más sin remedio, suelen ser los personajes políticos que ya nos han gobernado. Su razonamiento es muy sencillo; se cae de su peso; es como si dijeran:

visto que yo no he podido hacer más de este país, es de inferir que este país no puede dar nada más de sí, ni está llamado a ser más, o para siempre o en siglos.

Los que achacan todas las desdichas a los malos Gobiernos nos halagan con esperanzas. Si todas nuestras desdichas provienen de los Gobiernos malos, ¿hay más para remediarlas que proporcionarnos uno bueno? Echemos a esos cuantos picaros tontos que mandan, y de la inmensa mayoría de españoles agudos, sabios y virtuosos elijamos Gobierno que haga que toda ventura y toda grandeza retoñen en nuestro suelo como por ensalmo.

Lo que yo veo de más indudable en estas teorías es que todos los españoles, desde Cádiz hasta Irún y desde Cintra a la Junquera, estamos muy poco contentos, lo cual deploro, y somos bastante soberbios y presumidos, lo cual hasta cierto punto aplaudo, porque, si no lo fuéramos, para nada valdríamos.

De nuestra vanidad y de nuestro descontento de lo presente pueden nacer buenas cosas para el porvenir; pero también nacen malos engendros, y el peor de todos, en mi opinión, es el regionalismo. El rasgo de nuestro carácter que le determina es el mismo que nos movió a no pocos actos de ruda intransigencia y de intolerancia fanática. Se parece al de la tripulación de un barco combatido por los vientos y las olas, si imaginase que a bordo hay algunos sujetos que con su mala conducta atraen la cólera del cielo y los agarrase y los echase al agua para salvarse. Así echamos nosotros a los judíos en el siglo XV y a los moriscos en el siglo XVII; así se separaron de nosotros los portugueses, y así, por último, se advierte en el fondo de todo ese movimiento catalán algo como aspiración a cierta autonomía; el vago pensamiento de que siendo los catalanes más industrioses, más ingeniosos, más activos y más ordenados, pierden muchísimo con estar unidos a los castellanos, flojos, imprevisores e inhábiles para los negocios que importan en el siglo en que vivimos.

En balde es que el regionalismo catalán se encubra con el traje literario. Al abrigo de este traje, cuando no late el corazón separatista, se fomenta y se incuba el sentimiento de imaginada o de real superioridad, con sus inevitables consecuencias, poco favorables para Castilla.

Un castellano imparcial, como yo creo que lo soy (salvo la suposición atrevida de llamarme *castellano*, habiendo nacido en el *Reino* de Córdoba), reconoce desde luego todas las nobles prendas de los catalanes, admira todas las glorias del antiguo condado y cree que Barcelona es en el día la primera ciudad de España. Entiende además que hay una lengua, no un dialecto, propia de Cataluña, en la que se han escrito hermosas poesías y varias crónicas interesantes, lo cual, si añadimos los frutos del renacimiento novísimo, constituye una literatura tan noble y rica, que tal vez no haya región en todo el planeta que habitamos en las circunstancias de Cataluña, de haber sido un antiguo condado independiente, que posea literatura igual. Las consecuencias que saco yo de todo esto son: alegrarme de que tengamos en España tan magnífica ciudad, dar por bien empleada la carestía que hemos sufrido durante muchos años en el vestir y en otros artículos para contribuir a esa magnificencia y hallar que es un primor que para novelas y versos al menos, y para mayor variedad se escriba en catalán a veces, como se puede escribir en mallorquín, en valenciano o en gallego.

Por más que hago no puedo ir más allá en mis concesiones al catalanismo. El amor fervoroso a la patria limitada no consiente que nos inclinemos a amar el caos de la Edad Media. No menos orgulloso que un barcelonés y no menos desdeñoso del resto de su nación me parece que podría estar en Italia un genovés, un florentino o un veneciano, los cuales han de recordar sin duda cuán poderosas y gloriosas repúblicas fueron sus ciudades natales respectivas. Pero sin salir de España, y si nos empeñásemos en volver los ojos a lo pasado con sobrada ternura, ¿por qué todos mis paisanos los cordobeses, y yo con ellos, no habíamos también de darnos el lustre y el tono de tener *cordobesismo*? Córdoba, mucho más que Barcelona, pudiera estar quejosa de su unión a Castilla. Córdoba ha menguado y Barcelona ha crecido y crece más cada día. Pues qué, ¿es poca gloria para Córdoba haber sido la capital de un califato español y patria de tal serie y procesión de varones

ilustres desde Séneca, Lucano, Osio, Averroes, los Abderramanes y los Almanzores hasta ahora? ¿Habrán muchas comarcas en el mundo que puedan presentar mayor número de héroes, poetas, filósofos y grandes capitanes que mi provincia? Hasta en lejanas y triunfantes expediciones por mar, aunque sea Córdoba ciudad mediterránea, nos hemos adelantado a los catalanes, yendo siglos antes que ellos a Oriente, aterrorizando al Califa de Bagdad y entrando un puñado de muladíes cordobeses en Alejandría a saco, quemando luego las naves en Creta, como las quemaron los catalanes imitándonos en Galípoli, y dando el nuevo nombre de Candía a la tierra de Minos, de Ariadna, y aun del mismo Júpiter, donde un forajido de los Pedroches fundó imperio independiente que duró cerca de dos siglos; más que el de los catalanes en Atenas. Y sin embargo, a pesar de esto que referimos y de mil otras empresas y glorias que pudiéramos referir, a ningún cordobés se le ocurre tener *cordobesismo*, gracias a Dios.

Hoy en día, tal cual es el concepto de nacionalidad, más fácil de sentir que de expresar, desentona en cualquier oído el sustantivo *nación* unido al adjetivo *cordobesa*. Y si no puede haber *nación cordobesa*, no hay más razón para que pueda haber *nación catalana*. El tener lengua propia no da este privilegio a Cataluña. Si le diese, podría haber nación gallega y nación mallorquina, y en Italia nación veneciana, y en Sicilia una nación también aparte.

Aunque la lengua propia cultivada sea un elemento de nacionalidad, no es el único.

El castellano, el portugués y el catalán son los tres idiomas principales de la Península: poseedores los tres de rica literatura, pero con una notable diferencia a favor del portugués y del castellano y en contra del catalán. Los dos primeros, por su persistencia, por el número de gentes que los entiende y los habla y por otros mil motivos, son idiomas nacionales. El catalán, con todos sus primores, con todos los libros que se escribieron en él y que en él se sigan escribiendo, será siempre un habla regional. Los que expresen su pensamiento en ese habla, tendrán hartito pequeño auditorio si no los traducen: esto es, si no se convierten en españoles o en franceses.

El que habla o escribe en castellano puede ser entendido por cuarenta o cincuenta millones de hombres que se dilatan por ambos hemisferios, y cuya lengua nativa es la del autor. El que escribe en portugués escribe hoy para cerca de veinte millones, y con el tiempo para muchos más, porque la lengua portuguesa ha de difundirse con la creciente y floreciente población del Brasil, y en el África y tal vez en India y en China. El catalán, en cambio, está limitado a una pequeña región y al corto número de personas que en ella vive.

A mi ver, pues, y considerando este asunto por todos sus lados, si bien celebramos que Oller escriba en catalán sus novelas y que Verdaguer escriba en catalán *La Atlántida*, tal vez ganaríamos más, ellos y nosotros, si todo eso estuviera desde luego escrito en la lengua castellana, que ya debe llamarse y se llama *española*. Pero aun suponiendo que es más primor, más riqueza, más variedad el tener y el seguir teniendo literatura catalana, esta literatura no es contraposición, como pretende el Sr. Ixart, sino dependencia o ramo de toda la de España. Melli, gran poeta de Sicilia, Gozzi y el mismo Goldoni y otros que en parte o en todo escribieron en veneciano, jamás aspiraron a crear una literatura *diametralmente opuesta* a la de toda Italia. En Italia, y eso que nunca hubo hasta hace poco unidad política, a nadie, desde los Alpes al Etna, se le ocurrió nunca, a pesar de tantas glorias regionales de todo género, contraponer un espíritu de región, mezquino y vanidoso, al grande y sublime espíritu que informa y anima a la nación entera y que le da unidad substancial e individual, aunque por casos históricos haya estado dividida políticamente en muchos y diversos Estados.

Se me dirá que el catalanismo no pasa de ser literario, o se limita a cierta jactancia, más o menos fundada, con que algunos catalanes denigran a los demás españoles y se plantan como modelos de orden, laboriosidad y economía; pero ¿quién no nota que en todo esto van incluidos no pocos gérmenes de discordia, y si no el anhelo terminante de la separación, el anhelo de cierta autonomía, dentro de la unión, a fin de que *la nación (la nación catalana) rompa las ligaduras que la tienen agarrotada y sujeta?*

De todos modos, aunque estos gérmenes de discordia no hubieran nunca llegado a tomar consistencia, no ya en artículos escritos a la ligera, improvisados en los periódicos, sino en un libro como el de D. [Valentín Almirall](#), no creo yo que el mejor medio de sofocarlos y esterilizarlos sea el fingir que no los vemos, el no darnos por entendidos. No: el mejor, el único medio de combatirlos, es verlos y hacerse cargo de todo y responder a todo. El Sr. [Núñez de Arce](#) no estuvo, pues, en mi sentir, inoportuno e impolítico en contestar al Sr. Almirall. Aunque en las consecuencias prácticas haya mostrado el Sr. Almirall exquisita moderación y laudable prudencia, basta una afirmación teórica capital, base de todo su pensamiento, para que todo español amante de España le combata. La afirmación teórica es que «la causa inicial de la degeneración de la *nación catalana*, fue el temperamento idealista y absorbente de la raza castellana dominadora, en oposición al temperamento catalán positivo y analítico.»

Cito las palabras mismas con que el ilustrado crítico catalán Ixart expresa la referida afirmación capital teórica. ¿Hay en tal afirmación algo de castizo, de propio, de exclusivamente catalán? Yo creo que no. En tal afirmación no hay más que la creencia de que hay cierto espíritu mercantil, industrial, positivista y quizás algo racionalista, en el cual, según *filosofías de la historia*, inventadas en Francia, Inglaterra o Alemania, para glorificación de estas naciones, fundan hoy muchos, superficialmente y agrupando a su antojo, desfigurando y explicando los hechos históricos, todo el desenvolvimiento y la prosperidad recientes de los principales pueblos de Europa. Como España no siguió ni obedeció la voz de ese espíritu, se quedó pobre, decaída y atrasada: vino a ser una coleta de África. A tan arbitrarias y vulgares filosofías hay no poco que responder; pero no respondamos, al menos por ahora. Supongamos que tales filosofías son la pura verdad y todavía tendremos que colocar sobre ellas el aditamento, más arbitrario aún, de que los pecadores del idealismo que nos perdió fueron sólo los castellanos, y de que los catalanes estaban poseídos de un espíritu enteramente contrario: del mismo espíritu de las grandes naciones progresivas de Europa. Y hasta después de tal aditamento no saldrá el catalanismo. Saldrá, en buena lógica, que es un dolor que no sea Cataluña un pedazo de Francia y lo demás de España un pedazo de Marruecos. ¿Dónde está el carácter propio, exclusivo, enteramente opuesto al de los demás españoles, y diferenciándose también del de los franceses, que preste a Cataluña los elementos propios para ser una nación, como una nación debe ser nación en el día? ¡Cuántos más motivos no tendrían las Provincias Vascongadas, con lengua distinta, prósperas y ordenadas también, y con una capital tan floreciente como Bilbao, para declararse nación! ¿Porqué Galicia no había de ser nación o irse con Portugal y abandonarnos?

Desengañémonos: el catalanismo es absurdo y malsano. Y el regionalismo, en general, no bien traspasa los límites de aspirar a cierta descentralización, lo cual es punto de derecho administrativo que aquí no tocamos; sólo puede conducir al caos del cantonalismo, ideal de Pi y Margall, o a la disolución de un gran pueblo, que pudiera partirse como Polonia, si tuviese por confín grandes potencias y no mares.

No está demás repetir que aquí ni aplaudo ni condeno los proyectos de Constituciones que presenta el Sr. Almirall para que Cataluña no esté agarrotada y la unidad de España se conserve. Lo que combato, y más que derechamente por incidencia, es el espíritu disolvente que transpira en la obra del Sr. Almirall, apoyado en una presumida superioridad de Cataluña, la cual, a ser cierta la presunción, no debiera llevar a Cataluña al odio, sino al predominio sobre las otras regiones de España, a quien los catalanes catalanistas no quieren considerar *una*, sino *uniformada*: hoy *uniformada*, dicen de España, pero no *una*. Ahora bien; si no existe la *unidad* y si se rompe la *uniformación*, como pretenden, ¿qué nos dejarán de España?

Y lo más curioso es que las glorias aisladas y exclusivas de Cataluña, llevada de su espíritu propio y consignadas en la historia, son pocas en comparación de las glorias de Cataluña, obrando de concierto y como parte integrante, muy principal y honrada, primero del Reino de Aragón y luego de España toda. Ni siquiera la lengua florece y brilla como lengua literaria, sino después que

Cataluña ha dejado ya de ser *nación*, o mejor diremos, *Estado* independiente. Las crónicas interesantes, los grandes poetas, los autores todos de valer que han escrito en lengua catalana, son y no pueden menos de ser posteriores a la unión de Aragón y de Cataluña. Ya entonces, en gran parte de la nación para quien o de quien se componían en catalán aquellas historias no se hablaba el catalán, sino se hablaba el castellano, que así se generalizó y llegó a ser lengua española.

Aunque sea vulgaridad y no sentencia, queremos asegurar que las cosas que son, son porque tienen que ser; porque no pueden dejar de ser. La Providencia, el destino, la ley natural que gobierna las sociedades, lo que quiera que sea, dejando, a no dudarlo, holgura bastante para el libre albedrío individual, dispone indefectiblemente los sucesos generales. Y sin embargo, creemos lícito imaginar lo que hubiera podido resultar si los sucesos hubieran sido de otra suerte de como fueron. Imaginemos, pues, que en Aljubarrota, en 1385, hubieran vencido los castellanos y probablemente no hubiera habido jamás nación portuguesa. Portugal hubiera sido como Galicia o Vizcaya, un señorío, por algún tiempo sublevado, que vuelve a formar parte de la nación. O supongamos que más adelante, en 1376, los portugueses vencen en Toro a las gentes de Aragón y Castilla, y tampoco entonces hubiera habido Portugal. Todavía, en 1491, si el Príncipe Don Alfonso no cae de un caballo y se mata, es probable, es casi seguro, que la ambición de Don Juan II de Portugal se hubiera logrado y hubiera habido unión ibérica completa. «Acaso, dice Oliveira Martins, esta unión, realizada en el período ascensional de España, se hubiera consolidado, cortando las alas del alma portuguesa en la era clásica y bastardeando la semilla que nos dio a Camoens.» Esto es: acaso no hubiera habido lengua portuguesa literaria con gran literatura. Camoens que, súbdito de un reino independiente, escribió parte de sus obras en español, hubiera escrito en español todo, incluso *Os Lusíadas*, que no hubieran sido ya *Os Lusíadas* porque Vasco de Gama u otro hubiera ido a la India en nombre de toda España. «Unido entonces Portugal, añade Oliveira Martins, hubiera quedado como si no hubiese existido, ya que no hubiera llegado a formular su pensamiento histórico ni a consumir su empresa»: por sí solo, se entiende.

Tal vez peque de exageración Oliveira Martins, pero añade en otro sitio, contestando a los que en el siglo XVI condenaban al Rey D. Fernando y a los gloriosos Infantes D. Pedro y D. Enrique por haber lanzado a Portugal en empresas marítimas, como *Plutarco* condenaba a Temístocles: “Si no se hubiese extendido por el mar un nombre, sin razón de ser en Europa, no tendríamos honra en la historia. Ese nombre de Portugal no existiría sino como recuerdo erudito de cierto Condado que, en manos de Príncipes astutos y audaces, consiguió vivir algunos siglos separado del cuerpo de la nación española.» El verdadero título, el diploma, la razón de ser de la nacionalidad portuguesa la dan, pues, Gama, Álvarez Cabral, Alfonso de Alburquerque, D. Francisco de Almeida y D. Juan de Castro, los que fueron en busca del Preste Juan, los que descubrieren las islas encantadas del Mar Tenebroso, los que vencieron a Adamastor, los que conquistaron la India y otras regiones del Asia, desde Ormuz a Malaca, y los que trajeron ovantes, al Tajo ufano.

*As perolas brilhantes, que adornaban
Do sol os ricos pazos
E os thálamos de Aurora.*

Aunque escribo de memoria, sin libros en que apoyar mis afirmaciones, cerciorándome previamente, creo poder afirmar que, hasta el último tercio del siglo XV, la literatura catalana tiene más importancia que la literatura portuguesa: hasta entonces no valían los autores de Portugal lo que valían los de Cataluña: pero, en cambio, el idioma portugués era un idioma nacional, y el catalán, desde 1137, no lo era. Ni es de presumir que, si Portugal y Castilla se hubiesen unido, quedando Aragón independiente, hubiera prevalecido allí el idioma catalán. Lo probable es que el castellano hubiera prevalecido. Ya en la corte de Alfonso V el Magnánimo, de uno de los más grandes Monarcas aragoneses, el castellano triunfa por completo. Testimonio y monumento de este triunfo es el *Cancionero de Stúñiga*.

El habla de Castilla, aunque Castilla jamás hubiera llegado a ser el núcleo de una realizada unidad política peninsular, estaba, desde antes del siglo XV, llamada a ser el idioma de España.

Apenas había Portugal, y ya tenía Castilla su epopeya del Cid; apenas había lengua portuguesa, distinta de la gallega, cuyo más antiguo gran monumento nos lo dejó Alfonso el Sabio de Castilla en *Las Cantigas*, y ya había en Castilla *Las Partidas*, la *Crónica general*, la *Crónica de la gran conquista de Ultramar* y *El saber de Astronomía*. En resolución, la lengua en que después de esto escriben Juan Ruiz el Arcipreste, Lorenzo de Segura, López de Ayala y el Infante D. Juan Manuel, en que toma forma definitiva el *Amadís*, y en que *La Celestina* aparece, debía de ser la lengua española, reduciendo a dialectos, o si no se quiere a dialectos, a *lenguas regionales*, las demás hablas de la Península, a no suceder, como sucedió en Portugal, que la lengua que allí se hablaba y escribía rebosase con la gente y se dilatase y propagase, también con la gente, hasta en Imperios extensísimos y

Por cuantos son los climas y los mares.

Pero, aun pensando sobre esto de un modo contrario, aun afirmando la existencia, no de una, sino de dos, de tres, de siete lenguas nacionales en la Península ibérica; aun concediendo, ya por generosidad, ya por justicia, a cada una de estas lenguas una gran literatura; aun dividiendo a toda España en distintas *regiones*, con diversas castas y linajes de gentes, cada uno de los cuales linajes o castas tiene, aparte sus aptitudes, sus glorias y hasta senda misión especial en el desenvolvimiento del conjunto, este conjunto subsiste *uno* y no *uniformado*; y España no es mera expresión geográfica, sino organismo social de estos que en el día se llaman *naciones*, con sello peculiar y exclusivo que la distingue y separa de las otras naciones europeas, y con su propia y genuina civilización, en cuya obra, tanto en los defectos como en las excelencias, tanto en los aciertos como en los extravíos, lo mismo han puesto mano los cordobeses y los sevillanos, que los gallegos, y lo mismo los extremeños y castellanos, que los asturianos, aragoneses y catalanes.

Si hemos venido a menos, si en el mudado aspecto del mundo, y si en el drama novísimo de la historia no representamos el más brillante papel, no vale decir: yo no tengo la culpa; yo soy una excepción; otra cosa sería de mí si yo no estuviese unido a los demás, yo que valgo más que los demás en todo.

Es por cierto gran consolación patriótica el ver que al lado de este regionalismo, que en algunas provincias de España se desenvuelve, y que en la práctica puede propender al federalismo, al cantonalismo y a la disolución y ruina, el españolismo renace en toda su amplitud y viene a contraponerse a tan estrecho y vanidoso espíritu.

Hay en nuestra edad, tan inventora de filosofías a la ligera, ciertas pedanterías sin base que se ponen de moda, y que, pasando al lenguaje vulgar, inducen en error y acarrear lamentable extravío al pensamiento y al sentimiento. En este número cuento yo el concepto y la expresión de que hay una *América latina* poblada de una raza latina, como el Canadá y los Estados Unidos están poblados de una raza germánica o anglo-sajona. Si bien se mira, si llamamos anglo-sajones a los Estados Unidos, todos los demás Estados y Repúblicas de América debieran llamarse *visigóticos*. Tan visigodo fue todo español o portugués de los que colonizaron las Indias occidentales, como anglosajones los ingleses, los escoceses y los irlandeses que fueron también allí a colonizar. Es verdad que tomaron el nombre de ingleses, derivado de *anglos*; pero esto no prueba que haya más sangre germánica en sus venas que en las de un portugués o de un español. Si porque los anglosajones conquistaron la Inglaterra se ha de llamar *anglo-sajona* la América conquistada por ingleses, bien pudiera también llamarse latina, porque Inglaterra formó parte del Imperio romano, o *normanda* porque también les normandos conquistaron la Inglaterra.

Hasta en la clasificación meramente filológica hay, a mi ver, algo de violento y de arbitrario, en colocar la lengua inglesa entre las lenguas germánicas. Sin duda que hay más vocablos germánicos en inglés que en español; pero en inglés también hay muchísimos vocablos latinos: casi estoy por afirmar que más que alemanes. Sea de esto lo que se quiera, y aun suponiendo lengua

germánica el inglés, no es lícito dar un brinco de la filología a la etnografía y declarar germanos a los ingleses, como no es lícito declarar a los españoles latinos. Síguese, pues, que tampoco hay América latina, ni América anglo-sajona, o germánica, sino América inglesa y América española, que se han hecho independientes, pero que no se han *descastado*.

La casta o la nacionalidad se funda en un organismo superior al de la unidad política del Estado, y persiste, aunque la unidad política se rompa. De aquí es que los americanos, en cierto alto sentido, sigan siendo ingleses, españoles o portugueses. Los negros, que fueron a América como esclavos, y que hoy son libres; los indios, más o menos salvajes, que se han cristianizado y civilizado, y la corriente ulterior de emigrados europeos, no bastan aún, ni acaso basten nunca, a destruir el núcleo, el centro orgánico que hace de los Estados Unidos un pueblo inglés, del Brasil un pueblo portugués, y de las demás Repúblicas americanas un pueblo español. Los americanos de los Estados Unidos han tenido que aceptar un apodo para distinguirse de los ingleses, y se llaman *yankees*. En lo restante de América si hay, por cima de las discordias y guerras, cierta comunidad de intereses y cierta fraternidad, al común origen ibérico se debe. Entre guaraníes, tupinambas, aztecas y caribes, no hay lazo de unión; pero lo hay entre chilenos, argentinos, venezolanos, colombianos y mejicanos, en cuanto todos, por el origen, por el habla y por la cultura son españoles. En virtud de este sentimiento y a pesar de las gravísimas faltas políticas en que desde la emancipación de las colonias hemos incurrido todos, en ellas y en la Metrópoli se advierte hoy y se acentúa cada vez más la propensión a reconocer, a conservar y a estrechar el vínculo íntimo y familiar que nos enlaza y aún.

Es evidente que a ningún español que esté en su juicio se le puede ocurrir ya que vuelvan a constituir con España un Estado solo todos los españoles, que, ocupando inmensa extensión de tierra en el Nuevo Mundo, separado de Europa por el Atlántico, se emanciparon al fin y constituyeron Estados independientes; pero esto no borra el sello de españolismo común a todos, ni desbarata su fuerza unificante. Si esta fuerza obra a tan largas distancias y difundida por tantas regiones, ¿qué no debe valer y qué cohesión no debe dar a un pueblo, encerrado en un espacio sin solución de continuidad y separado de los otros por los altos y fragosos Pirineos y por los mares?

Menester ha sido de un conjunto de circunstancias extraordinarias, de un verdadero prodigio histórico, para que en la Península sea y tenga cumplida razón de ser, además de la nación española, otra nación, la nación portuguesa. Menester ha sido, como ya hemos dicho, que ni en 1385, ni en 1476, ni en 1491 se realizase la unión y que permaneciésemos separados en el momento histórico, un siglo, de la más pasmosa expansión y brío del genio peninsular, el cual, no individuo, sino encarnado en dos, se derramó por el mundo, agrandó el concepto de las cosas creadas, se extendió por mares nunca navegados, descubrió inmensos continentes e islas, y lo avasalló todo como a porfía. El Vicario de Cristo tuvo que tirar una línea para dividir el planeta que habitamos, y que nos partiésemos en paz su dominio. Orellana, viniendo desde Quito al Pará navegando por el Amazonas que descubre y bajando luego hacia el Sur, se encuentra con Diego Correa en el lugar que más tarde fue capital del Brasil. Ambos héroes se cuentan sus aventuras maravillosas. Nada simboliza mejor la acción separada, pero concorde, de ambos pueblos peninsulares. Bien pudo, al referir esto, exclamar sin jactancia vana el autor¹⁹ de *Caramurú*:

*¡Do Tejo ao China o português impera
D'un polo a outro o castelhano voa,
E os dois extremos da terrestre esfera
Dependen de Sevilha é de Lisboa!*

Se explica, pues, que dilatándose así por el mundo y creando al mismo tiempo una gran literatura, digna de tanta hazaña y de tanta gloria, e Imperios futuros donde esa literatura se continuase, y la lengua en que está escrita se hablase y siguiese escribiéndose, creasen los portugueses una nacionalidad distinta de la nacionalidad española y fundada en suficientes títulos y

19 El uruguayo Alejandro Magariños Cervantes (1825-1893).

razones. Nunca, sin embargo, se contrapuso esa nacionalidad a la de España. En los buenos tiempos de Portugal, todo portugués se consideró español. El mayor encomio que se hacía de Camoens era llamarle Príncipe de los poetas españoles. Y a pesar del dualismo, que tan altos sucesos justificaron, persistió y persiste la unidad superior, que hace de todos los españoles una misma gente, con la misma civilización y con el mismo genio o espíritu.

El Sr. Oliveira Martins, no sólo en su *Historia de la civilización ibérica*, sino en su *Historia de Portugal* y en todos los demás libros que de su fecunda e infatigable pluma han brotado, viene a dar testimonio de esta verdad y a corroborarla. Los mismos hechos la corroboran. Portugal, no por separarse de España en 1640 ha vuelto nunca a elevarse a su antigua grandeza. Su decadencia y postración, así como sus períodos de relativa convalecencia y renacimiento han sido desde entonces casi sincrónicos con los de España, dando así una prueba más de que no es la tiranía avasalladora de Castilla la que hunde o enferma las otras regiones de la Península, sino que el mal es uno, y el vicio, si le hay, es uno, y circula por todas las venas de toda la casta española, con un solo Gobierno, o con dos o con veinticinco. Si hay culpa, no es exclusiva de los castellanos, sino de todos los *iberos*.

A fin de mostrar esta unidad ibérica en civilización, en destino y en fines, ha escrito su libro el señor Oliveira Martins.

Yo declaro con franqueza que no estoy de acuerdo con mucho de lo que dice en los pormenores; pero la afirmación capital es tan simpática, que sólo por ella me movería yo a hablar extensamente. de él.

Muéveme además la elegancia, viveza y claridad del estilo del autor, su erudición y diligencia, y la importancia de los puntos que toca.

No se extrañe, pues, que me detenga yo más de lo que acostumbro en el libro del Sr. Oliveira Martins, y que este artículo sea sólo introducción a los dos o tres, no menos largos, en que pienso dar cuenta del libro y juzgarle, según mi leal aunque corto saber.

II

Desde que Bossuet escribió su famoso *Discurso sobre la Historia Universal*, y desde que, hace doscientos años, sobre poco más o menos, el napolitano Vico inventó o puso en moda la *Ciencia nueva* titulada *filosofía de la historia*, se han escrito no pocas obras, a fin de explicar las leyes providenciales o fatales que sigue la humanidad en su progreso a través de los siglos. Cada uno de los escritos que hay sobre la materia lo explica todo, según la filosofía fundamental o primera que sirve de guía al autor, y con la que procura quedar de acuerdo. De aquí que el autor, sin que de ello se percate y con perfecta buena fe, ya que no desfigure los hechos, los arregle, ordene y componga, de manera que se ajusten y encajen bien en un sistema preconcebido.

A pesar de este inconveniente, la tal filosofía de la historia tiene irresistible atractivo para todos los hombres. ¿Quién no desea explicarse hacia qué término camina la especie humana y a qué fin la conduce la Providencia Divina, o la empuja o la arrastra el ciego impulso de la Naturaleza?

Resulta, pues, que hasta los que no son propiamente filósofos, esto es, los que no han construido una filosofía fundamental ni obedecen a la filosofía fundamental de otro, suelen filosofar sobre la historia con filosofía incierta, borrosa y vaga. Este género de filosofía se llama *tendencia* y este linaje de *filósofos*, incompletos e inseguros, *pensadores*.

Voltaire, en el *Ensayo sobre las costumbres*²⁰; Montesquieu, en el *Espíritu de las leyes*, entre los franceses; y entre los alemanes, Herder, si bien ya con más claro y determinado pensamiento filosófico, han dado a la estampa libros de esta clase. Después y hasta hoy, los libros de esta clase han llovido y llueven.

El espíritu filosófico y la transcendencia que hay o quiere haber en ellos, han impregnado todos los libros de historia, ya universal, ya parcial, de nación, provincia, comarca, singular

20 Del que acaba por formar parte *La Filosofía de la Historia*.

acontecimiento o biografía de personaje ilustre. En esta última clase de libros, a fin de que, con sólo leer el título, entienda el lector todo su alcance transcendental, suele ponerse, en pos del nombre del sujeto, cuya vida se refiere, el aditamento de *y su siglo*, o con más modestia, de *y su tiempo*.

Desde hace muchísimos años, y sin duda desde que prevalece esta moda, en España se escribe poco de todo y menos de historia. Las historias se escriben principalmente en Francia, Inglaterra, Alemania e Italia, naciones hoy más adelantadas y mentalmente más fecundas. Y como cada escritor ha procurado dar el mejor papel a su patria y convertirla en foco de adelanto, civilización y mejoras materiales y morales, las gentes han ido eliminando a España y reduciendo su papel hasta el extremo de que el estado floreciente y aun maravilloso de este conjunto de bienes que la civilización nos ha traído, se considere que nace sin el concurso de los españoles, cuando no a pesar y despecho nuestro. Lejos de ponernos como iniciadores o colaboradores en la obra magna, nos ponen como estorbos.

Cada escritor ha ensalzado a su nación y la ha puesto por cima de todas las otras con más o menos motivo. Para Guizot, en su *Historia de la civilización en Europa*, Francia va a la cabeza de los demás pueblos, y la pobre España tan a la cola que todo se explicaría haciendo de nosotros caso omiso. En Buckle, *Historia de la civilización en Inglaterra*, Inglaterra se lleva la palma, y España es la peor tratada de todas las demás naciones. ¿Cómo habíamos nosotros de contribuir a la civilización, aturdidos, casi locos por el ridículo temor de Dios y el más cobarde miedo del diablo, que nos han infundido, hasta los tuétanos, los terremotos que afligen y conmueven con frecuencia nuestra Península?

Contra la soberbia y el desdén de estos historiadores semi-filósofos, alemanes, ingleses o franceses, o sea hijos de una nación que tiene un pasado glorioso y que prevalece hoy, se han levantado escritores, cuyos pueblos o castas, o decayeron ya, o tienen sus grandes glorias civilizadoras en flor y en esperanza. De estos últimos ha de haber bastantes en Rusia. En los Estados Unidos, nación nueva también, puede presentarse como curiosísima muestra a Draper. Su *Historia del desarrollo intelectual de Europa*, a la cual sirve de complemento el otro libro que ha escrito sobre *Conflictos entre la religión y la ciencia*, contiene una singular y para nosotros desconsoladora teoría, que puede interpretarse, si se quiere, en favor de los *yankees*. Los pueblos forjan un ideal con la imaginación y la fe. Este ideal atesora en germen e incuba todo el progreso futuro. El germen se va desenvolviendo, fecundando y realizando, hasta que acaba y se agota. Es como un ovillo, del cual se saca hilo, hasta que el ovillo se acaba y no hay ya de qué tirar. Entonces termina la edad de la fe y la edad de la razón comienza. El progreso se para. La raza o casta de hombres que le seguía se momifica o amojama. Así sucedió desde hace siglos en la China. Así nos amenaza Draper con que sucederá pronto en Europa. Urge, pues, que los *yankees* no se descuiden y creen a escape un nuevo ideal, bien preñado de futuros primores porque sería un dolor que el amojamamiento o la impotencia de los europeos, ya inminente, porque se viene encima a más andar, pasase por herencia a los pueblos hijos de los europeos que se han establecido en la otra banda, y nos quedásemos sin ideal, estacionarios, *chinificados* y fósiles en las cinco partes del mundo.

Hay pueblos cuyas huellas están grabadas de modo tan indeleble y grande en la Historia, cuya acción ha sido de tal duración en sus efectos y cuyo pensamiento ha influido con tal poder y persistente brío, que todo el orgullo de los pueblos que hoy predominan no puede borrar su glorioso pasado; pero ya que no lo borre, lo enturbia y achica, y además se venga, abrumando con su desdén a los descendientes, decaídos o degradados de aquella raza en otro tiempo enérgica y superior a las otras.

Ha dado esto ocasión a escritos brillantes en defensa de razas o pueblos menospreciados. Judíos hay que afirman que, a fin de que nos vayamos apercibiendo para comprender el judaísmo y lleguemos a ser capaces de aceptarle, nos dieron hace cerca de mil novecientos años, sacándolos del

rincón más desdeñado y obscuro de su país, un profeta y una doctrina que nos sirva de educación preparatoria.

En Italia, tan desdeñada en el siglo pasado y en la primera mitad del presente, el furor apologético ha producido toda una magnífica literatura anterior a la revolución y eficaz en ella, y en las guerras y sucesos que han hecho a Italia una como Estado. Nada más hermoso, ni de más ardiente elocuencia, ni más rico en este género que *El Primado*, de Gioberti. Yo no niego, porque soy muy dado a dudar, que ha de entrar por mucho nuestra pasión en el juicio; pero apenas habrá hombre del Mediodía de Europa, aunque no sea italiano, que no dé la razón a Gioberti y que no se incline a creer, al menos cuando está bajo la impresión de la lectura de su libro, que Italia es la reina de las naciones, la maestra de las gentes y la tutora de los pueblos, y que no sacudimos su yugo político sino para caer en la tenebrosa barbarie de los siglos medios; ni desconocimos su magisterio religioso sino para lanzarnos en mil supersticiones absurdas y fanáticas; ni nos sustrajimos a su férula filosófica sino para inventar filosofías falsas y ruines, entre las cuales se atreve Gioberti a poner la de Descartes. Sin duda que en todas estas afirmaciones hay mucho que mermar y aun que echar por tierra; pero siempre queda en pie lo bastante para que, si algo se concede a la vehemencia encomiástica por contradicción, no parezca disparatado aquello que dice un personaje de una tragedia de Nicollini:

...Quando, o tedeschi, in mille
 Stupidi sogni che creo l'ebbrezza,
 Sognar potrete un avvenir che vinca
 La memoria di Roma?

Por último, el pueblo más glorioso en la antigüedad, el pueblo de quien procede, sin que nadie pueda negarlo, casi todo lo grande de la civilización europea, si bien ha suscitado en ciertos momentos agradecida admiración, y hasta adoración, lo cual llegó a su colmo poco antes y algo después de Navarino y se divulgó por el mundo con los versos de Byron y de Lamartine, ha sido también el más vilipendiado y escarnecido. Hasta ha venido a negarse la existencia de este pueblo en nuestros días; se ha supuesto que no queda gota de sangre helénica en los que hoy se llaman griegos y descienden acaso de pueblos bárbaros y diversos que acabaron con los verdaderos griegos mucho tiempo ha. Para algunos el prurito de acortar la vida de Grecia ha ido hasta dar por terminada su historia antes de Alejandro. La grande expansión del genio de Grecia por Egipto y Asia hasta la India no cuenta ya como historia de Grecia. Esto es más irracional que si terminásemos la historia de la verdadera España con la guerra de los Comuneros y el Imperio de Carlos V, quien ya era flamenco y no español, como Alejandro fue macedonio y no griego. Del Imperio bizantino se ha hecho el tipo de la degradación y de la vileza, declarándole *bajo* por excelencia. Natural era, pues, que Grecia tuviese, como ha tenido, apologistas y defensores de su propia casta y lengua que han tratado de probar la no interrumpida existencia del genio y del ser del helenismo y de la raza de los helenos hasta el día. La *Historia del pueblo griego*, de C. Paparrigopoulos, es la defensa más profunda por sus pensamientos, elegante y bella por el estilo y rica por la erudición que se ha podido hacer contra tales ataques.

Infírese de lo dicho que en la historia, tratada así con generalizaciones filosóficas, entra por mucho la inventiva, y que de los mismos hechos, aunque nada se altere, cuando se agrupan y presentan con distinto arte, se sacan también distintas y aun opuestas consecuencias. El deseo en cada autor de defender y de ensalzar a su patria o de sacar triunfantes sus opiniones políticas o religiosas hace que, aun sin que él lo advierta, los casos ocurridos se vengan a ofrecer a su mente ordenados de manera que le den la razón en cuanto previamente él ha construido. La historia, pues, no puede jactarse de ser una ciencia muy exacta, sobre todo cuando se encumbra a ser historia filosófica, o más aún, cuando quiere ser filosofía de la historia.

Para dar a esta ciencia la posible exactitud menester es, por lo mismo, que todos trabajen y que alegue cada uno los méritos y servicios de su gente, a fin de que todo se tome en cuenta y valga para decidir este litigio, cuando aparezcan jueces bastante elevados e imparciales que le decidan.

Lo malo es que siempre existió y siempre ha de existir algo que tuerza y malee la sentencia, por ejemplar que sea la rectitud de los jueces: el valer de cada litigante en el momento en que la sentencia se dé. Este valer y este poderío, si no sobornan, deslumbran. El pueblo que suministra a su Gobierno tres mil, cuatro mil o más miles de millones de pesetas, en vez de mil o menos: que tiene más de un millón de hombres armados, que posee hoy mucha tierra y que cuenta con muchos navíos guerreros, persuade al historiador a que vale más, no sólo en lo presente, sino en lo pasado, y a que no sólo es más rico, sino también más cuerdo y más sabio que el pueblo pobre que no tiene ejército ni marina con que avasallar y atemorizar a las gentes. Quien compara a una nación hoy pujante y triunfadora con otra nación abatida, se inclina sin querer a magnificar todas las cosas pasadas de la nación que hoy prevalece y a empequeñecer y denigrar cuanto fue, cuanto hizo y cuanto valió la nación que decae.

Así es como España ha sido la nación más empequeñecida y denigrada en las historias filosóficas, en las filosofías de la historia y en las historias de la civilización, que hoy se estilan y se escriben. El menosprecio ha sido tan contagioso, que los extranjeros han llegado a infundirle en el ánimo de no pocos españoles. Al ver lo efímero que fue nuestro predominio, al considerar la bajeza a que hemos venido desde tanta elevación, asalta a algunos la duda de si la momentánea elevación fue fortuita, y de si hay en nuestro carácter y en nuestro entendimiento defectos y vicios tales que no podían consentir que durara.

A este desdén desabrido que nosotros mismos nos inspiramos, vinieron a unirse la ignorancia y la pereza, con todo lo cual la idea que formamos de nosotros se tornó cada vez más mezquina y cada vez nos sentimos más humillados en el cotejo que hacíamos de nuestra nación con Inglaterra, Alemania y Francia.

Justo es confesar que la simpatía generosa de sabios extranjeros contribuyó más que el esfuerzo de los españoles para sacarnos de este abatimiento y humillación de espíritu.

En los últimos años del reinado de Fernando VII creo que debe fijarse el momento en que estuvimos más hundidos, hasta en nuestro propio concepto.

De fuera vinieron y, sobre todo de Alemania, voces que nos volvieron a realzar a nuestros propios ojos y restituirnos la plena conciencia de nuestro valer. A mí se me figura a veces, que en no pocos espíritus de españoles afrancesados debieron de sonar como desatinos las grandes alabanzas que llegaron de Alemania sobre nuestras letras, sobre nuestras artes y aun sobre mucho de nuestra ciencia y de nuestra civilización castiza, en todo lo cual apenas quería ya creer ninguna persona ilustrada de la Península.

Provino de aquí algo de anormal, contradictorio y un tanto cuanto risible. Salvo muchas y honrosas excepciones, porque no se puede generalizar sin hacerlas, tomando las agrupaciones en masa y no contando y comparando individuos aislados, ocurrió que los hombres más amantes del progreso moderno, fija la vista espantada en las altas novedades y en las ideas al parecer recién inventadas de países extraños, de todo lo cual estudiaban poco y mal y remedaban mucho sin maña, supiesen menos del propio país y tal vez apareciesen menos cultos y letrados, de cultura y letras propias, que los que eran acusados de retrógrados y oscurantistas.

Se daba un fenómeno harto lamentable. Para explicarnos nuestra decadencia, se imaginaba o había existido realmente, extravío o aberración monstruosa en la marcha de nuestra civilización y era menester renegar de lo pasado y condenarlo tomando los principios civilizadores de fuera, o entender mejor nuestro pasado, rehabilitar lo bueno de él, depurarle de todo elemento deletéreo, y continuar sobre él nuestro movimiento ascendente. Para esto se requería inspeccionar nuestro pasado con más exquisita diligencia y con crítica más aguda y desapasionada; y justo y consolador es decir que en tales estudios hemos tenido un fecundo renacimiento en estos últimos tiempos. Para

nuestra Historia política, [Lafuente](#), Cánovas y Ferrer del Río; para la Historia de nuestras leyes e instituciones, Colmeiro, Pidal y Cárdenas; para la Historia de nuestra civilización en general, Tapia y Gonzalo Morón, y para la Historia de nuestras letras, ciencias y artes, Amador de los Ríos, Valmar, [Gayangos](#), ambos Guerras, Canalejas, Milá y Fontanals, Aribau, [Menéndez Pelayo](#) y otros muchos han hecho estudios y han publicado libros, por cuya virtud podemos ya afirmar que no son sólo los extranjeros benévolos los que acuden a enseñarnos lo que somos y lo que hemos sido.

Causas semejantes producen en Portugal efectos semejantes. Allí también hay un renacimiento en todo linaje de estudio al empezar el segundo tercio de este siglo. El valer y la significación sociales, políticos y literarios de Portugal, han sido examinados y puestos de realce por Herculano, Garrett, Teófilo Braga, Latino Coelho, Adolfo Coelho, Rebello de Silva, López Praza, Castello Branco, Andrade Corvo, Pinheiro-Chagas, Soromenho, Cama-Barros y otros.

Si he de hablar con franca imparcialidad y observada cierta proporción, yo entiendo que los portugueses se nos han adelantado por la calidad y por la cantidad en sus estudios históricos durante este último período.

Entiendo asimismo que sus libros de más valer se distinguen de los nuestros por ciertos caracteres que provienen de las diferencias de las circunstancias y no de las diferencias de los ingenios.

El fervor del sentimiento religioso intransigente coincidió en Portugal con la pérdida de D. Sebastián en África y la absorción del Reino por España, mientras que en ésta coinciden el mayor poder y el más lozano florecimiento en ciencias, artes, poesía, teatro y todo, cuando España aparece más armada, más severa y más terrible en defensa del catolicismo.

Natural es, pues, que logre ponerse y se ponga en consonancia, con mayor facilidad, el más acendrado y vehemente portuguesismo con todas las ideas, opiniones y aun preocupaciones que hoy gustan y privan. En Portugal apenas se concibe hoy un hombre ilustrado que no sea muy liberal, en el más vulgar y rastrero sentido que a dicha calificación suele darse. Estando yo en Lisboa, recuerdo que no pocos portugueses de discreción y saber me mostraban su asombro de que Menéndez Pelayo, Tamayo y Baus y otros sujetos así, fuesen, según me decían, neo-católicos o clericales.

Por otra parte, todo el encono que las bizarrías y el predominio de los portugueses pueden haber promovido, se quedó en África, en América, en la India y en otras regiones del Asia y del remoto Oriente, mientras que España, que intervino durante dos siglos en cuanto ocurría en Europa, que fue el campeón de una gran causa, en larga y empeñadísima contienda religiosa, y que sujetó al dominio de sus reyes muchos pueblos de Italia y del Centro de Europa, produjo rencores y enojos que tal vez no se han extinguido aún en todas las almas. Asimismo, merced al vigor duradero de pasiones y creencias, por cuyo triunfo combatió España, España, a par que odiada y vituperada, es aún ensalzada y amada por individuos y hasta por agrupaciones y partidos en quienes esas creencias y pasiones sobreviven y se agitan. Para Portugal, en cambio, no hubo ni odio, ni amor. Los escritores y pensadores de las naciones que hoy predominan, le dieron indiferencia y olvido.

A pesar de estas diversas circunstancias, y prescindiendo también de los intereses de mil géneros que tienen vivo en Portugal el sentimiento de su independencia como Estado, la fe en el iberismo, o sea, en la unidad de civilización, de fin, de destino y de genio, en todos los pueblos peninsulares, que vienen a ser así un solo pueblo, persisten en los pensadores portugueses más aún, si cabe, que en los españoles. El más claro testimonio de esta persistencia lo da el Sr. Oliveira Martins, así en su *Historia de la civilización ibérica*, que me sugiere estas reflexiones, como en la mayor parte de los demás libros que ha escrito y cuyo conjunto ordenado constituye una *Biblioteca de ciencias sociales* para el uso de sus compatriotas.

Dentro de esta Biblioteca, y prescindiendo de las obras que ha escrito aparte el Sr. Oliveira Martins, están su *Historia de Portugal*, *El Brasil y las Colonias Portuguesas*, *Portugal contemporáneo*, una *Antropología*, un libro sobre la *civilización primitiva*, otro sobre los *mythos*,

otro sobre las *instituciones*, etc., etc. Todo ello forma como una enciclopedia portuguesa de ciencias históricas.

Yo creo que en estos volúmenes (que pasan de veinte, incluidos todos), y que muestran la actividad fecunda e incansable del Sr. Oliveira Martins, hay mucho de nuevo, original e interesante en lo que a Portugal exclusivamente se refiere; pensamiento propio y erudición de primera mano, en las cosas generales; y en todo, laudable claridad, elegancia y amenidad de estilo, conciso, sin ser seco.

Sería exigencia absurda pedir al autor que sea todo suyo, y que cree él solo antropología, etnografía, lingüística, mitología comparada, etc., etcétera; pero, aun en aquello que es, o que puede ser erudición de segunda mano, hay el mérito del que pone en orden, concierta y divulga, haciendo concurrir cuanto dice a la creación de un plan y de un sistema que le pertenecen.

Tarea superior a mis fuerzas, a mi tiempo y a mi facilidad para el trabajo sería el analizar y juzgar toda esta grande obra del Sr. Oliveira Martins, obra que, por otra parte, dista muchísimo de estar ni mediada, porque el autor se halla ahora en lo mejor de su vida, casi en la juventud, y lleva trazas de seguir escribiendo mucho. Es de los pocos autores que hay en la Península que toman el escribir por profesión sin ser novelistas, periodistas ni dramaturgos, y que hacen del escribir cosas graves el más importante cuidado de la vida, y no una distracción para los ocios en los manejos políticos o en las cesantías o *sinecuras* de los empleos.

Mi intento es hablar sólo de la *Historia de la civilización ibérica*, que contiene el pensamiento fundamental del autor, y que además nos interesa más que otras de sus obras por el asunto que dilucida.

Si se pudieran determinar y definir con rigor dialéctico ciertas palabras usuales que todos los hombres tienen de continuo en los labios, se ahorrarían muchísimas disputas: pero precisamente estas palabras son las que tienen significado más vago y flotante y más diverso, según se emplean. ¿Qué es nacionalidad? ¿Qué es patria?

Yo creo que el primer concepto que de esto formamos, antes de estudiarlo reflexivamente, nace del sentir más que del pensar. Todo hombre ama al lugar donde ha nacido, y este amor, que sería meramente animal o misteriosamente fisiológico, si se limitase a la estancia, al edificio, al cortijo, villa o ciudad en que vimos la luz por vez primera, se consagra a toda una gran extensión de terreno, cuyos habitantes están ligados por un Gobierno mismo, hablan tal vez idéntico idioma, llevan ya bastante tiempo de estar unidos, y han hecho juntos mil cosas, que ve con orgullo el que pertenece a la asociación por ser obra de sus padres o hermanos. Estos sentimientos son tan naturales e irreflexivos que, allá, en las antiguas edades, cuando la imaginación suplía la falta del saber, ya se ideaban caudillos semi-divinos o inspirados profetas que daban leyes, cohesión y ser al pueblo, ya héroes patriarcas, de cuyos riñones fecundos había salido por generación el pueblo todo, tomando su nombre, como toma ahora cada cual el apellido de su padre legítimo.

Las cosas han variado mucho: los hombres no son ya tan candorosos: se sabe más y se fantasea menos, y, aunque por fe sigamos creyendo que los Agarenos vienen de Abrahám por Agar, y los Sarracenos de Sara, y de Ismael los Ismaelitas, y de Israel los Israelitas, nadie asegura ya que hubiese un Heleno, de quien provengan los Helenos, ni un Italo, ni un Hispano, ni casi un Rómulo, que diesen nombre y ser a Italia, España y Roma. Italia y España existen, no obstante, y son algo más que una expresión geográfica. La naturaleza ha aislado casi estas regiones, separándolas de las otras por el mar y por altas cordilleras. Y como los pueblos que sucesivamente han ocupado estas regiones se han ido amalgamando, han creado para entenderse un idioma o dos o tres, aunque muy semejantes, y han acometido y llevado a cabo de acuerdo empresas y propósitos, y han formado o han aspirado a formar en distintas épocas cierta unidad política, cualquiera, por escéptico que sea, y provisoriamente, reservándose el responder a las objeciones o el modificar su opinión si no logra responder a ellas, entiende que España es una nación y todo el nacido en España pertenece a la nacionalidad española.

Por cima del lazo político, que no existe hoy entre Portugal y el resto de España: por cima de la diversidad de lenguas, ya que en Portugal hay una lengua literaria y en la España restante otra, o mejor dicho, dos o tres, pues no hay razón para negar la calidad de lenguas literarias a la catalana y a la gallega, se da algo de común, que hace de todos cuantos viven hoy en España una misma gente, y aun incluye en esto a cuantos de España han salido en el momento de su mayor expansión, y han llevado su sangre, su cultura, su habla y su modo de ser a remotísimas regiones.

Dentro, pues, de la civilización europea, pero con independencia y originalidad y rasgos característicos que la distinguen, sentimos que hay una gente española y una civilización española que prueba la unidad de esta gente.

En el siglo de oro de Portugal y de España, al portugués más acérrimo no se le ocurría negar su calidad de español. Se distinguía, sí, de castellanos, aragoneses, catalanes, andaluces o gallegos: mas para él eran españoles todos. Su gran Camoens era el Príncipe de los poetas españoles: España con Portugal era la cabeza de Europa toda: y Portugal parte de España, era como la coronilla o vértice de la cabeza.

Este mismo modo de pensar sigue en el día, si bien para evitar confusiones y para dar satisfacción a cierta pudibundez autonómica, se califica de *ibérico* lo que se calificaba de *español* entonces. Por esto el Sr. Oliveira Martins llama a su libro *Historia de la civilización ibérica*: pero, llámela como la llame, en el mero hecho de escribir el libro, con sólo poner el epígrafe, afirma la unidad del pueblo y los caracteres propios y exclusivos que le distinguen y separan de los demás pueblos de Europa. Poco importa que a este pueblo *uno* le llame español, o no se atreva a llamarle español, y le llame ibero.

Presupuesta la unidad, que enlaza a los hombres de la Península hispánica y que los separa de los demás hombres de Europa, el Sr. Oliveira Martins trata de explicarla y describirla y de cantar sus glorias. Esto constituye su libro, del que con rapidez voy a dar un resumen, impugnando varios asertos o más bien haciendo salvedades y distinciones, ya que disto bastante de estar en todo de acuerdo con el Sr. Oliveira Martins.

Lo primero que se nos dificulta y que nos causa cierta repugnancia, sobre todo al principio, cuando nos coge de susto y desprevenidos, es que el señor Oliveira Martins atribuya a los iberos una cualidad peculiar, con la cual los distingue de la demás gente de Europa, pero con la cual se diría también que nuestro autor quiere *hacer gala del sambenito*. No sé a qué denigrador de España se le ocurrió la siguiente frase, que hizo fortuna y circuló mucho: *El África empieza en los Pirineos*. Pues bien: el autor portugués sostiene la afirmación. A sus ojos, entendidas las cosas de cierta manera, en los Pirineos empieza el África. Los españoles somos principal y esencialmente africanos.

La verdad es que, al calificarnos de tales, lo hace en son de alabanza, y así suena, cuando se atiende a que, si desatendemos la hipótesis y conjeturas que hoy se forjan sobre proto-escitas, atlantes y otros pueblos inteligentes, civilizados y civilizadores, que vinieron de la Atlántida, que se hundió, o sabe Dios de dónde, casi toda grande y fecunda civilización nace a orillas del mar Mediterráneo, y la más antigua, la de Egipto, es africana.

En el origen, esto es, quince o diez y seis siglos antes de la Era Cristiana, podrían ser los españoles unos con los libios; pero es recia para aceptada la duración de esta identidad o semejanza hasta ahora, ni se puede creer que en el ibero del día persista algo de común, salvo la condición de hombre, que justifique nuestro cercano parentesco con el berberisco, el tuareg o el kábila.

La ciencia reciente llamada filología comparativa, ha puesto en moda a los *arios*. La mayor parte de las naciones europeas presentan, como título de nobleza, el ser *arias* o *arianas*. Yo entiendo que, con no menor razón y hasta el mismo punto, pueda la nación española darse este título. Los arios, al penetrar en Europa, no la hallaron desierta, ni es de creer que exterminaron o aniquilaron a los habitantes de Germania, de las Galias, de la Gran Bretaña, antes de fijarse en dichos países. Rusia es seguro que estaba ocupada por tribus turaníes y por otras razas inferiores antes de que

vinieran a Rusia eslavos o sea arios. Es evidente, pues, que los arios vinieron por toda Europa a ser una casta superior dominadora, la cual impuso su lengua y transformó en arianas a las poblaciones primitivas: pero el fondo de la población hubo de ser de otras razas, si bien no tan inferiores que no se fundiesen con el pueblo conquistador y predominante. No sucedió en Europa como en la India, donde el ario dominador permaneció separado del pueblo anterior, vencido, formando sobre él una aristocracia sacerdotal y guerrera.

Al llegar a España los primeros navegantes fenicios, se debe presumir que la hallaron tan ariana como podía estarlo entonces cualquiera otra nación de Europa. Los celtas, fundiéndose con los iberos, habían dado ser a los celtíberos y ocupaban el centro de España. Hasta donde estas conjeturas sobre casos tan antiguos pueden tener algún fundamento, había regiones, sobre todo hacia Occidente, donde prevalecía el elemento ario o celta, y otras regiones, las más cultas entonces, donde la sangre ibérica prevalecía: así, por ejemplo, el país de los turdetanos, cuyas leyes, poesías y cultura ponderan los antiguos historiadores.

¿Qué lengua hablaban y de dónde provenían estos turdetanos y demás iberos puros? ¿Eran una raza caucásica, como, entre otros, se inclina a creer el Padre Fidel Fita, en un discurso que leyó en la Academia de la Historia? ¿Hablaban el idioma que aun persiste con el nombre de vascuence? ¿Eran de la misma casta que los númidas y mauritanos o que los berberiscos de hoy? ¿En qué familia de lenguas, aun suponiendo que por toda la Península se extendía antes de la invasión de los celtas, debe colocarse la lengua éuskara? De todo esto se sabe poquísimo.

Pero aun dado por seguro que los vascos eran libios, y que ocupaban antes de la invasión de los celtas y de la colonización de los fenicios casi todo el territorio español todavía no constituye esto una singularidad favorable o adversa para los españoles. Si hemos de creer a Guillermo de Humboldt, los vascos no ocupaban sólo la España, sino también la Sicilia, la Cerdeña, la Córcega, el Norte de Italia y toda la Galia narbonense, cuyos habitantes serían por ende tan africanos como nosotros.

Ya examinaremos los argumentos del Sr. Oliveira Martins para probar por qué, según él, persiste más entre nosotros, permítaseme la palabra, el africanismo. Yo creo que a formar la nacionalidad española, dando a los que la constituyen cierto carácter homogéneo, concurrieron, fundiéndose, multitud de razas y pueblos distintos, más acaso que en otras regiones, y sin duda el suelo, el clima y el giro o marcha de los sucesos imprimieron después un sello peculiar a esta fusión, en la que no puede decirse que entren más elementos africanos o kusitas que semitas o indo-europeos. Si dejando a un lado por ahora el estudio de las Instituciones, y los casos históricos, y la manifestación del pensamiento español, en hechos y en dichos, en letras y en armas, en la especulación y en la acción, nos concretamos sólo a ver la encarnación más someramente sensible del genio de la raza, la lengua, los españoles o iberos son un pueblo neo-latino. El portugués, el castellano y el catalán son tan hijos o más hijos del latín que el mismo italiano. Para los que no somos zahoríes de etimologías, difícil es hallar en castellano muchas más palabras berberes que *acebuche*, por ejemplo. Las palabras semitas que debieron dejarnos los fenicios, judíos y cartagineses son contadísimas también, y la constitución indo-europea del idioma propende a expelerlas de él de continuo. *Cohen*, v. gr., que era sustantivo común en el siglo XV, sólo subsiste ya como apellido. Cierta palabra obscena y malsonante, por desgracia harto usada aún como nombre y como interjección, dicen que es también de origen hebreo. Pero fuera de esto, y salvo algunas frases o giros que, o bien los rabinos que tradujeron la Biblia o escribieron en castellano, o bien algunos sabios que sabían hebreo, como Fray Luis de León, hayan podido introducir, nada hay por donde se parezca nuestra lengua a la hebrea. La tesis paradójal que sostuvo en cierta ocasión D. Severino Catalina en un discurso académico, fue sólo para lucir la agudeza extraordinaria de su ingenio. Los árabes, y los berberiscos más que los árabes, han dominado durante siete siglos nuestra península, y apenas quedan huellas del idioma o de los idiomas que hablaban en la lengua que hoy hablamos. En el vocabulario de Engelmann y Dozy habrá poco más de mil palabras de origen arábigo o berbere, y

muchas de estas palabras han caído ya en desuso; otras, aunque se usen aún, tienen su sinónimo indo-europeo, como *alhucema*, *alfóncigo*, *alcayata* y *almoraduj*, y otras por expresar objetos arábigos o cosas técnicas, arábigas en su origen, están en todo idioma culto lo mismo que en el nuestro. Así, *álgebra*, *albornoz*, *cadí*, etc.

Se infiere de lo dicho que España, si no fue aria por origen, se hizo aria o se latinizó por asimilación más pronto y más profundamente que otras provincias del Imperio romano. Los bárbaros del Norte, que la invadieron y dominaron durante tres siglos, modificaron el ser de ella menos que los bárbaros del Norte al invadir y dominar otros países. En nuestras leyes, en nuestras instituciones, en nuestra lengua, dejaron menos huellas de germanismo. Sin duda que en español hay menos palabras de origen germánico que en francés y que en italiano. La tierra misma conservó su nombre de España. Los bárbaros no le impusieron otro, como Galia, que se llamó Francia, y Bretaña, que vino a llamarse Inglaterra. Induce todo esto a creer que España, informada por el espíritu de la civilización latina, adquirió cierta unidad distintiva y tuvo cierto genio colectivo, suyo propio, ya desde el tiempo de los romanos, y aunque no pudo constituir como nación una firme y resistente unidad política, tuvo carácter nacional indeleble desde entonces, carácter cuyos rasgos no acertaron a borrar ni a alterar los visigodos y demás pueblos que en el siglo V la invadieron, ni después, durante siete siglos, los árabes y los berberiscos.

El Sr. Oliveira Martins, aunque obstinado en afirmar nuestro berberisco origen, conviene en la organización de España como nación después de la ocupación romana. Esta ocupación, dice, «hizo de un pueblo semi-bárbaro y casi nómada como su hermano de África, una nación, en el sentido europeo de la palabra, esto es, una reunión de hombres congregados por un sistema de instituciones fijas y generales, y unidos, no sólo por un pensamiento moral, sino también por lazos de orden político. El carácter de esos lazos era romano y procedía del fondo de ideas de los pueblos indo-europeos. El dominio de Roma, a más de dar a la nación constitución y forma exteriores, le reveló un orden de sentimientos y de nociones que la nación se asimiló, y que la apartaron para siempre del sistema de los pueblos a que por la raza parece haber primordialmente pertenecido. A la vida *berbere* sucedió una existencia socialmente culta; la aldea o el aduar se volvió ciudad, y la tribu fue absorbida en el seno del Estado.» Todo esto podrá ser cierto; pero la rapidez con que esa asimilación se hizo, la firmeza con que después se sostuvo y la fertilidad y el brillo con que dio frutos desde luego y en lo sucesivo, prueban, o que los *berberes* de España eran muy civilizables y listos, o que el clima y el suelo españoles ejercieron mágico efecto en la cultura de sus habitantes, viniesen de donde viniesen. No creo que las dos más gloriosas naciones europeas, Inglaterra y Francia, que estuvieron también bajo el dominio de Roma, se civilizasen antes a pesar de no ser *berberes*, ni dieran más fruto de civilización mientras duró ese dominio o prevaleció su influencia después, a pesar de la invasión de los bárbaros.

Cicerón elogia ya a los poetas de Córdoba. España dio a Roma, a Balbo, a Marcial, a Silio Itálico, a Columela, a Quintiliano, a Séneca y a Lucano. España le dio sus más grandes Emperadores: Trajano, Adriano y Teodosio. Y la prolongación de esta cultura, fecundada ya por el Cristianismo, nos dio el más sublime de los poetas cristiano-latinos, a [Prudencio](#) y a los Leandros, Ildefonsos e [Isidoros](#).

Convengo en que esto no prueba que los españoles no sean africanos de origen: que el África no empiece en los Pirineos: África también dio a la Iglesia latina a Tertuliano y a San Agustín; pero esto prueba que España, desde un siglo antes de Cristo hasta el año de 700 después de Cristo, estuvo tan civilizada y contribuyó tanto a la civilización del mundo romano, *ario* y católico, como las regiones más florecientes del Norte de África, y como Bretaña y las Galias.

Me detengo tal vez demasiado sobre este punto porque, si bien el Sr. Oliveira Martins no tiene intención de ofendernos cuando nos califica de berberes por el origen, otras personas menos benignas nos dan la misma calificación para humillarnos. Ya reinando Felipe II hubo un Papa a

quien se le hacía tan insufrible el dominio español en Italia, que nos llamaba a su modo *berberes*, «malditos de Dios, simiente de moros y de judíos, viles, abyectos y hez del mundo.»

Ahora he oído decir que el Sr. Pompeyo Gener acaba de publicar un libro titulado *Herejías*, que no ha llegado aún a mis manos, donde supongo que sin saña y por puro amor a la ciencia trata de berberes a los castellanos y andaluces, y así explica un cúmulo de vicios y defectos que halla en nosotros transmitidos por herencia.

Tal manera de discurrir me parece poco fundada, por varias razones; porque no es evidente que seamos más berberes que otra cualquiera casta, y porque, aun siéndolo, no es lícito afirmar, en todos los berberes habidos y por haber, cierta irremediable propensión a mil cosas malas: cierto fermento o levadura viciosa en la masa de la sangre. ¿Estaría bien, por ejemplo, que dijésemos que Cataluña fue tan poblada de alanos, y que los alanos prevalecieron tanto allí, que le dieron nombre e hicieron que los catalanes o *goti-alanos* fuesen medio alanos todavía? Esto no tendría otro valer que el de un chiste de pésimo gusto, como el de motejar a los andaluces de hoy de vándalos o de berberiscos. Por esta cuenta, ¿qué no podríamos decir de los húngaros, que tal vez desciendan de los hunos? ¿Qué de los búlgaros de hoy, si provienen de los antiguos búlgaros, cuyo nombre, algo disfrazado, sirvió para designar a los sujetos a quienes mancha el más sucio de los vicios? ¿Y qué de algunos pueblos del Imperio ruso, que tal vez descienden de tribus nómadas que los griegos ponían por allí, designándolas con los apodos más espantosos como, v. gr., los *phtheirófagos*? No me parece que contribuya mucho a la civilización el deleitarse con tan inmunda comida, ni menos que los rusos de hoy conserven de abolengo tan asquerosos y depravados apetitos.

La manía de jactarse de ser más arios unos que otros o más indo-europeos de estirpe, no es tampoco muy racional. ¿Quién fija hoy la dosis de sangre aria que entró en la confección de cada pueblo moderno de Europa, en proporción a la dosis de otra sangre menos ilustre? ¿Quién hará bien el análisis de los elementos naturales que han formado por combinación cada pueblo? Y aun hecho este análisis y determinada la respectiva cantidad de elemento ario, ¿es este elemento siempre de igual calidad, como los elementos simples de la química? Pues qué, ¿no hubo arios mejores y peores desde *ab-initio*? ¿Como hemos de comparar a los suevos y godos o a los anglos, bárbaros groserísimos y rudos cuando ingresaron en Europa, con aquellos arios tan poéticos y finos, que ya veinte o veinticinco siglos antes habían bajado a la India, desde las faldas del Parapamiso, con *richis* inspirados que iban componiendo y entonando los más hermosos himnos del *Rig-Veda*?

Debe, pues, conjeturarse que si después los portugueses y los ingleses han valido más que los habitantes de la India y han ido por allá a dominarlos, no es por el elemento ario que tenían, elemento cuya calidad era evidentemente inferior a la del de los indios, sino por otros elementos y razones. Y debe, por último, conjeturarse que nada importa el suponer que haya mucho de africano o de berbere en los españoles primitivos. Conste por lo pronto que un siglo antes de Cristo y durante siete siglos después aparecen estos españoles en letras, en instituciones y en todo, como el pueblo más *europizado* y más *romanizado* acaso después de Italia.

Confesemos, sin embargo, que a un español que mire los sucesos y los juzgue, según el criterio de ahora, sin trasladarse en espíritu a otras edades, para entender bien los sentimientos de entonces, la conquista de España por un puñado de musulimes tiene que aparecer como una vergüenza. Así es que este español, a fin de no avergonzarse, suele no entrar en averiguaciones y fantasea un ejército innumerable, una muchedumbre *sin cuento* de árabes, de moros, de sirios, y de egipcios, los cuales se vuelcan sobre la pobre España. *Debajo de las velas desaparece la mar* cuando vienen navegando, y cuando desembarcan, cubren y abruman la tierra con el peso de sus armas: deslumbran con el brillo funesto de sus acicalados y truculentos alfanjes, y obscurecen la luz del sol con las nubes de polvo que levantan sus corceles.

Por dicha, el que se hace cargo de lo que era el mundo al empezar el siglo VIII de nuestra Era, no necesita fingirse todo eso: le basta y aun le sobra con los diez o doce mil hombres que trajo Taric para cohonestar la pronta sumisión de España al yugo sarraceno. Entonces y aun algunos siglos

después, no se necesitaba de más gente para conquistar una nación. De seguro que no llevaría tanta gente Guillermo el Bastardo cuando conquistó la Inglaterra.

En ninguna parte había nacido aún el patriotismo enérgico, comprensivo y valeroso, que une para la defensa común a millones de hombres que ocupan región extensísima. El patriotismo, o lo que hizo sus veces en la antigüedad, fue la leal devoción a un jefe, a unos dioses o a una tribu, o bien el deber del individuo libre, socio de una ciudad o pequeña república, por la cual estaba dispuesto a sacrificarse, ora se llamase esta ciudad Atenas o Esparta, ora Astapa, Numancia o Sagunto. Una de estas ciudades, más sabia y fuertemente organizada que las otras, y con mayor aliento y virtud, maña y fortuna, logró enseñorearse de lo mejor del mundo; le dio leyes y la redujo a cierta unidad culta y política. Dilatado así el patriotismo estrecho de la ciudad, vino a identificarse con el orgullo del ciudadano romano: se convirtió en sentimiento *católico*, en el sentido amplio que tiene por etimología la palabra. Triunfante después la religión de Cristo, ese alto sentimiento de solidaridad se extendió, se magnificó y se hizo religioso: pero la tardía conversión del Imperio no pudo hacer que se unificara con el patriotismo romano.

Recuerdo que en 1848, cuando el partido güelfo estaba en Italia a la cabeza de la iniciada revolución, de que era Pío IX el ídolo, los patriotas italianos eruditos, clásicos y católicos, que llamaban bárbaros a los austríacos, ponían con frecuencia la hipótesis de lo mucho que hubiera ganado el mundo si el lábaro hubiera aparecido en tiempo de Augusto o de Trajano, fundiéndose la antigua civilización y el Imperio con la religión nueva, que los hubiera purificado sin duda. Pero, en fin, cuando esto no fue es porque no debía ser, y más pareció que el Cristianismo vino a destruir que a reformar la antigua sociedad y el Imperio. Juliano, considerado el asunto mundanamente, como patriota romano tuvo alguna razón para su apostasía. Su muerte, cuando iba a combatir a los persas, fue celebrada con mal reprimido júbilo por la Iglesia. Y aun ya triunfante ésta, yo entiendo que en San Agustín, en [Orosio](#) y en [Idacio](#), a pesar de la ferocidad de los bárbaros, se advierte no sé qué conformidad, que se asemeja a la aprobación, en la ruina del Imperio, cual justo castigo del cielo.

Tampoco la tardía conversión de los godos del arrianismo al catolicismo pudo hacer que se unificaran los vencidos hispano-romanos con los godos dominantes en un sentimiento de patriotismo común, antes bien el idéntico sentimiento religioso de la Iglesia española y de la aristocracia bárbara, mostrándose en intolerancia cruel, sirvió para sembrar discordias y odios y para enajenar las voluntades de los judíos, fieramente perseguidos, y de la baja plebe de los campos, tal vez pagana aún.

Como quiera que sea, la fusión de las razas en un completo sentimiento común, que hace brotar la nacionalidad española, tal como la nacionalidad se entiende en el día, ocurre después de la Reconquista, sin que esto sea causa de que España, como nación moderna, poderosa e influyente en los destinos de la humanidad toda, aparezca más tarde que Francia, Inglaterra y Alemania.

Ya veremos, siguiendo al Sr. Oliveira, cómo esta nación aparece y cómo se manifiesta su acción una y enérgica en el mundo a pesar del dualismo de portugueses y de castellanos.

III

Sean las que sean las gentes que nos dieron origen o fueron la estirpe de la nación española, es un hecho que desde poco después de la conquista romana hasta principios del siglo XVIII, España aparece como uno de los pueblos más cultos, más latinos y más impregnados e inspirados por el espíritu de la civilización europea.

Confieso ingenuamente que yo no tengo segunda vista histórica, ni erudición bastante para determinar aquí de qué suerte, en el ánimo de los hombres, que desde uno o dos siglos antes de la Era Cristiana, hasta siete siglos después, vivieron en nuestra Península, se había formado el concepto de nacionalidad o algo que se le pareciese y en que se fundase el amor de la patria. Lo que no se puede negar, lo que se ve a las claras, es que, si en España hubo tan largo período, durante ocho o nueve siglos, algo que fuese o se acercase a la unidad, se debió a un poder extranjero: a los

romanos y a los visigodos. Atados por este lazo extraño, había sin duda pueblos diversos por su casta, por su religión y hasta por su lengua; judíos, griegos, romanos, suevos, godos y otros muchos linajes de hombres, entre los cuales es difícil concebir algún rasgo característico común que les diese homogeneidad.

El español de ahora, no obstante, extendiendo la idea de la patria, del pueblo suyo, hasta edades en que en realidad no existía, se interesa por los hombres de entonces, como si fuesen sus conciudadanos, y se enorgullece de todos sus triunfos en letras y en armas; por la acción y por el pensamiento. Viriato nos parece tan español como el Empecinado o como Mina; nos jactamos de la heroica barbarie de Sagunto y de Numancia, como de la tremenda resistencia que opuso en nuestro siglo Zaragoza a las huestes de Napoleón; y Silio Itálico, Séneca, Lucano, Prudencio, los Leandros e Isidoros, y hasta remontándonos a épocas prehistóricas, los poemas de los turdetanos, que por referencia se aplauden, cuentan para nosotros como glorias no menos españolas que los dramas de Calderón, las obras de ambos Luises y las poesías de Zorrilla, Quintana y Espronceda. Del mismo modo, todos los crímenes, miserias y bajezas de los hombres que hubo en España desde que hay recuerdo histórico, o nos avergüenzan a nosotros, o valen para que nos zahieran los extranjeros y saquen la consecuencia de que ahora somos lo mismo y de que seguiremos siéndolo siempre.

Es evidente, pues, que en la formación de todo pueblo entran dos elementos distintos, que nos atreveremos a llamar la naturaleza y la idea. Hasta la fusión de estos dos elementos no surge por completo el pueblo distinto y bien determinado; pero antes hay algo como base de ese pueblo: antes hay la patria, el suelo en que hemos nacido, cuyo clima y demás condiciones naturales influyen poderosamente en la formación de la nación futura. Sobre ese suelo y bajo el influjo de su clima y demás naturales circunstancias viene, con el andar de los siglos, a constituirse la nacionalidad, merced a la fuerza plasmante de la historia, la cual trae el otro elemento que hemos llamado la idea, obra del espíritu.

La historia, tomando las palabras en su más recto sentido, es sobrenatural, es lo que el espíritu va creando y añadiendo a la naturaleza. Los que creemos en Dios, creemos en que él hace todas las cosas que son, con conciencia de que las hace; y los que en Dios no creen, sostienen que las cosas siguen fatal e indefectiblemente su proceso; pero ni en un supuesto ni en otro hay en esto verdadera historia, ya que todas las mudanzas, transformaciones y evoluciones se realizan en virtud de leyes, de que no tienen conciencia ni conocimiento las cosas mismas que ciegamente se mudan, se desenvuelven y se transforman. La verdadera historia nace con la conciencia del ser humano; es hija de su espíritu, es el desarrollo de su idea, la cual se apropia y humaniza la naturaleza de dos modos: comprendiéndola en la mente y transformándola o añadiendo a ella lo que el espíritu humano va poco a poco creando.

Todo el conjunto de cosas que crea el espíritu humano se llama civilización, y dentro de esta civilización general están las nacionalidades con sus diversos caracteres, miras y fines o propósitos.

Una nación es, pues, obra de arte, creación de nuestra voluntad y de nuestro ingenio; pero el ingenio humano no saca de la nada lo que crea y toma para crear elementos naturales que a ello se prestan; y si no, no logra su fin por grande que sea su conato.

Entendidas las cosas así y dando al concepto de nación el valor que hoy tiene, no se puede decir que hay nación española hasta fines del siglo XV. Aun es más; si por nación hemos de entender un solo Estado con un solo organismo político, aun no hemos llegado a ser nación y tal vez nunca lo seamos; pero el prurito de serlo, luchando, sin duda, con otros sentimientos regionales y separatistas existe desde el siglo XV, por lo menos, y con ese prurito existe una idea, un genio, un espíritu común a todos, que nos une entre nosotros, y nos distingue y separa de los demás pueblos europeos, con los cuales formamos, no obstante, cierta superior comunión, y hemos creado y seguimos creando una civilización más alta y comprensiva.

El sentir, el ser y la energía de esta comunión de varios pueblos de Europa, que se adelantan al resto de la humanidad y la educan y la modelan a su modo, nacieron antes, fueron mucho antes de

que apareciesen las naciones modernas, cuales hoy las comprendemos. Grecia primero, después Roma, conquistadora y gentílica y, por último, el Cristianismo, tomando a Roma por centro y núcleo de su unidad, crearon y conservaron esa comunión, y más bien realizaron sus empresas movidos de ese espíritu universal o católico, que de un espíritu de nacionalidad estrecho y exclusivo. Dentro de esa comunión descollaron, desde que las reunió bajo su poder el Imperio Romano y después la Iglesia, Italia, España, Francia y la Gran Bretaña; esto es, las regiones que hoy se llaman así y los hombres que sucesivamente las habitaron; pero italianos, franceses, españoles e ingleses, con marcada nacionalidad, no hubo hasta muchos siglos después.

Cada uno de estos países, unidos bajo el poder material de Roma por algún tiempo, no bien el lazo material se rompe, y sólo queda el espiritual y religioso, aparecen como moldes en que vienen a caer simultánea o sucesivamente mil razas y castas diversas, las cuales, amalgamándose, después de lenta elaboración, producen la nación futura con su índole propia. El Catolicismo romano, en toda su latitud, ha sido el fondo común, el principio que nos enlaza todavía. Del clima, de la condición de cada suelo y de la idea nacida en la mente de cada una de las castas provenientes de la fusión, ha surgido la diversidad de caracteres nacionales.

Sin duda, que un inglés cualquiera, a no ser muy insignificante y vulgar, y permítaseme la expresión, muy descastado o desteñido, hasta sin hablar palabra, nos dejará ver que es inglés, aunque se esconda entre doscientos o trescientos hombres de otras naciones. Y, sin embargo, pocos países, a pesar de ser una isla, han sido más invadidos y conquistados hasta el siglo XI, en que fue la conquista de los normandos. «Lo que resulta (como dice el historiador acaso más juicioso y sabio que últimamente han tenido los ingleses, de cosas de Inglaterra, el autor de *The making of England*) es que pocas naciones son de origen y sangre más mezclados que la nación inglesa. No hay inglés vivo que pueda decir con certidumbre que la sangre de todas las razas que hemos mentado no corra por sus venas.» Y, no obstante, Juan Ricardo Green, que así se llama el historiador, afirma que el inglés, desde un dado momento histórico queda inglés, a pesar de las mezclas. La fuerza de crear el *inglesismo*, digámoslo así, aparece en un momento dado. Después esta fuerza repele o absorbe y asimila todo elemento nuevo; le arroja de sí o le hace inglés. Sostiene Green que esta fuerza, la condición de ser inglés y la virtud de transformar en inglés, nace después de la conquista de los anglo-sajones.

Se combinan entonces la viveza, la movilidad y la imaginación del celta con la profundidad y energía del teutón, y surge el carácter inglés en toda su grandeza. Después de esto, daneses, normandos y demás pueblos que inmigran en Inglaterra, o refugiándose allí o conquistándola, son, según el autor que cito, tranquilamente absorbidos en un solo pueblo, cuya forma social y política estaba ya fija. Las modificaciones ulteriores del tipo inglés más parece que se deban al transcurso del tiempo y de los sucesos, al desenvolvimiento de la idea, que a la mezcla de nuevas razas.

En la afirmación de Green hay cierto orgullo insular, cierto protestantismo boreal y lato, que nosotros no podemos ni queremos tener, y que no tenemos. En los elementos que pone para crear el tipo inglés, olvida algo de muy esencial: la civilización romana civil y religiosa. Nosotros ponemos todo esto, y no creemos que ni el celta, aunque también hubo celtas en España; ni el teutón, aunque teutónicos eran los visigodos y otros pueblos del Norte que invadieron la Península y la dominaron, influyesen en gran manera para fijar el tipo nacional. El principal elemento fue algo de europeo, de latino, de católico, que había ya comenzado a hacer la fusión y que apareció como núcleo de la nación futura entre los refugiados de las montañas de Asturias, poco después de la invasión musulmana. Se diría que este romanismo, esta absorción del elemento boreal-germánico y la aparición del pueblo neo-latino, vienen significados en el nombre del primer héroe y rey casi mítico que se llama Pelayo.

Los pueblos del Norte, que invadieron y despedazaron el Imperio romano, ¿quién sabe hasta qué punto remozarían las razas conquistadas en Italia y en España, y aun en Francia misma, con la transfusión de su sangre joven, vigorosa y sana? Pero, salvo este fenómeno fisiológico, difícil de

apreciar después de tanto tiempo, los pueblos del Norte hicieron poco o nada de muy estable en nuestras tierras.

Lo que sí puede asegurarse es que, por lo pronto y al contacto de la civilización romana, se marchitaron; tomaron todos los vicios cultos, refinamientos y molicies, y no desecharon la ferocidad nativa.

El Sr. Oliveira Martins dice, con razón en mi sentir, que España fue conquistada, pero no germanizada. Ni siquiera nos trajeron los bárbaros el decantado individualismo germánico: cierto supuesto embrión de liberalismo venidero. «Alemania, dice nuestro autor, es hoy aún la nación de derecho divino: la última, si se exceptúa Rusia, en abolir la servidumbre; e Inglaterra también es hoy una nación feudal o aristocrática, a pesar de las invasiones del espíritu burgués, y aún vive apoyada en un sistema de tradiciones religiosas, sociales y morales que rayan en pueriles. Pueblos representados hoy por tales naciones, ¿cómo pudieron ser, doce siglos ha, esos campeones audaces de la independencia, según se complacen en describirnos los muchos historiadores?» «¿Dónde está esa independencia de carácter, ese brío de la voluntad que se afirma —añade el Sr. Oliveira—, cuando en el gran momento de crisis de la Europa cristiana, al dejar la anarquía religiosa libre el campo a la franca manifestación de los sentimientos espontáneos, la Alemania de Lutero se levanta, en nombre de la predestinación, negando el mérito de las acciones?»

La verdad es que los visigodos no trajeron a España la misión de fundar nada. Su misión fue la de acabar de destruir el Imperio y la civilización de Roma. El período en que dominaron es el fin de la historia antigua y no el principio de la historia moderna. Los elementos que durante aquel período se conservaron se aunaron y hasta se organizaron para ser germen de la nueva sociedad, casi nada tienen de germánicos; son los restos de la civilización romana; y la Iglesia romana también. Roma, vencida de un modo, se levantó de otro para seguir gobernando el mundo y constituir nueva civilización y nuevo Imperio.

Por las antedichas razones es tan interesante el período visigótico de nuestra historia; no por los visigodos, sino porque en él preparó el pueblo español, por medio de su clero, en los Concilios toledanos y en el aula regia, con sus Consejos, todo el espíritu católico, latino, clásico antiguo que había de informar el genio de España cuando España saliese del seno del islamismo, triunfante al empezar el siglo VIII.

La superioridad de las leyes de España sobre las leyes de otros países, dominados también por bárbaros, estriba en que los bárbaros que vinieron a España fueron vencidos y arrojados de ella por otros bárbaros, sí; pero por otros bárbaros que aparecen como soldados mercenarios aun al servicio del Imperio; por «una hueste u horda que acepta y recibe todo del pueblo vencido: religión, lengua, códigos e instituciones.»

Guizot, tan poco aficionado a España, reconoce la superioridad de los códigos visigóticos sobre los de los francos y borgoñones. «Una influencia especial dirigió la redacción de los primeros: la influencia del clero.»

Los bárbaros, infantiles, corrompidos y viciosos, se dejaban gobernar por él. En un siglo, desde 601 a 701, desde Recaredo a Witiza, hay dieciséis Concilios nacionales. La administración fue toda calcada sobre la imperial, hasta la caída de Rodrigo en Guadalete. Y los defectos que después se habían de atribuir a los españoles, se muestran ya entonces con mayor violencia y con resultados más deletéreos. El espíritu teocrático, la furia de intolerancia religiosa, nunca fue mayor que en tiempo de Sisebuto, extremándose en la persecución de los judíos.

La ley, por inspiración de la civilización clásica y católica, habla entonces con elevado acento, proclama la igualdad de todos ante ella, y se define a sí misma en el [Fuero Juzgo](#), «mensajera de la justicia, soberana de la vida, imponiéndose a varones y a mujeres, a viejos y a mozos, y no defendiendo el interés particular de nadie, sino el de todos los hombres.» Pero los visigodos, aunque ilustrados por tan bella teoría, nada hicieron para afirmar o restaurar el edificio social. Todo conspiraba a que se derrumbase. «Los judíos —sigue diciendo el Sr. Oliveira— ardían en

insurrección sorda desde 694; los siervos, en la apatía de la miseria negra, eran indiferentes a la suerte de la nación, y los propietarios eran irreconciliables enemigos de un régimen incapaz de salvarlos. Con esos siervos, armados, se formó la infantería del ejército del Rey D. Rodrigo. Por eso los 12.000 hombres de Taric bastaron para conquistar la España.»

Y a la verdad, ninguna de las Monarquías fundadas por los bárbaros que invadieron y destrozaron el Imperio valió más, ni duró mucho más, ni cayó más gloriosamente. Casi todas tuvieron un período efímero de gloria, debido a un príncipe bárbaro, que se romanizó más o menos, y que trató en balde de restaurar la antigua civilización romana. Así, Teodorico en Italia; en España, Eurico; Alfredo, entre los anglo-sajones, y, por último, Carlo Magno, el más glorioso de todos, entre los francos; pero, como dice Godofredo Kurth en sus *Orígenes de la civilización moderna*, «los reinos bárbaros fueron el último producto de la decadencia romana. No vinieron a abrir un nuevo mundo, sino a cerrar el antiguo, al cual pertenecían por completo. Hasta cuando parecían más afamados y ganosos de conservarle, aceleraban su ruina. Las manos de ellos, groseras y desmañadas, no tocaban al mecanismo complicado de la sociedad imperial sin desbaratar sus ruedas y romper sus resortes. Los ministros y empleados romanos no podían andar en todo y conjurar el mal.»

«En suma —añade después— toda la actividad del mundo antiguo se iba parando poco a poco, y se asistía a la extinción gradual de la vida civilizada.»

A esto no podían poner remedio los bárbaros. Lo único que trajeron de sus bosques, la robustez, la lozanía y el vigor rudo, lo perdieron al contacto de la civilización. A poco se hicieron más viciosos y muelles que el más vicioso y muelle de los romanos; y, «hartándose —añade Kurth— con avidez glotona de todos los placeres, perdieron la salud moral y física, y llegaron a decrepitud prematura.» Así los vándalos, que fueron con Genserico el terror del mundo, que asolaron el Mediterráneo y sus puertos con sus piraterías, fueron al fin vencidos en una sola batalla por los romanos bizantinos, y barridos de la faz de la tierra. Así acabaron también los burgundos, los ostrogodos y los longobardos.

No es de extrañar, pues, que así acabase el reino visigótico.

Durante seis o siete siglos luchó luego en España la religión de la Cruz contra la religión del Islam. De esta lucha ardorosa, como sale de la fragua el bien templado acero, salió ya definitivamente el genio español y la nacionalidad española; pero yo no creo, como el Sr. Oliveira Martins, que de la combinación del genio africano y del genio hispano-romano saliese ese nuevo tipo.

Los berberiscos nada influyeron en nuestra civilización, y los árabes, que se educaron durante su expansión conquistadora, no influyeron más en la civilización propia de España. Su influencia y su acción civilizadoras sobre el mundo entero, más como pueblo que transmite y difunde que como pueblo que crea, lo mismo se hizo sentir en Italia, o en Francia, o en Germania que entre nosotros. Sólo hay en esto dos diferencias en nuestro favor. La primera es que la ciencia de los árabes, adquirida en Persia, en la India, en el Egipto y en los demás pueblos que los árabes sujetaron y donde había florecido la cultura de Grecia, vino antes a nosotros que a las demás naciones de Europa; y es la segunda, que tal vez lo mejor de esa cultura musulmana nació en España y se debió a compatriotas nuestros, musulimes ya, mas que no por eso está probado que fuesen árabes o berberiscos de origen, como Averroes; o a judíos, de raza española también, desde muy antiguo acaso, como Avicbrón, Maimónides, Jehuda Levita y los Ben Ezra; o tal vez a la tradición de la ciencia y cultura clásicas, conservada entre nosotros por el clero mozárabe. Indudablemente hay mucho que dilucidar aún sobre esto; pero ya los trabajos de Dozy, de Schack, de Gayangos, de Menéndez Pelayo y de Leopoldo Eguilaz, y los de [Simonet](#), que es lástima que permanezcan inéditos, corroboran con hechos mi creencia sobre lo poco o nada que debe la propia cultura de España a una cultura musulímica extranjera y no nacida en nuestro fecundo suelo.

Tal vez contra lo que dicen Oliveira Martins y otros, si de cierta manera se entiende, mis argumentos nada valgan.

Sin duda que ni los libios primitivos ni los berberes después, nos pudieron traer una cultura o un germen de civilización que no tenían; pero su condición y su ser natural pudieron entrar en la masa de nuestra sangre y habernos hecho algo berberes hasta hoy.

Contra esto hemos respondido ya por lo que atañe al primitivo africanismo. No hay nación más romana, más culta de cultura clásica, más saturada de civilización europea a la caída del Imperio de Roma, que nuestra nación. Hasta entonces, pues, se puede decir que, si antes había habido en España *africanismo*, el *africanismo* había desaparecido; el elemento africano, kushita o semita había sido absorbido por el ario o romano.

Veamos ahora si desde la conquista musulmana pudo entrar de nuevo en nuestra sangre, en grande cantidad para modificarla o viciarla, el elemento berber.

En primer lugar, con la misma razón que ha dicho Green de Inglaterra, que después de la fusión de celtas y anglo-sajones se creó el *inglesismo* con toda su virtud plasmante, y que ya sólo el tiempo y la evolución histórica, y no la mezcla de nueva sangre le modificó, puedo sostener yo que el españolismo estaba ya hecho, y con su virtud plasmante, en el siglo V, y que ni suevos, ni alanos, ni vándalos, ni berberes, ni árabes, le trastornaron, torcieron o bastardearon más tarde.

No estará de sobra, con todo, apoyar este aserto en hechos y razones que, si no constituyen prueba plena, dan indicios de que el africanismo no hubo de entrar posteriormente a raudales en nuestro corazón y en nuestras venas.

Entre África y España está el mar de por medio, aunque la distancia sea corta, y no es probable que, ni para la conquista, que se hizo con un puñado de hombres, ni después para repartición del botín, viniesen enjambres de *moros*, que nos volviesen *moros*, poblando nuestro suelo.

A pesar de las exageradas afirmaciones de las antiguas crónicas, no es de creer juiciosamente que los ejércitos musulmicos fuesen nunca tan crecidos. Cuando uno lee, por ejemplo, que Carlos Martel dejó 300.000 moros muertos en el campo de batalla, se inclina a suprimir dos ceros y a convertir los moros muertos en 3.000, y aun cree que no se queda corto ni quita a Carlos Martel su gran merecimiento, ni amengua demasiado el extraordinario servicio que prestó a la civilización cristiana. De lo contrario, sería menester imaginar, o que ya iban en el ejército muslim multitud de españoles renegados, o que se volcó el África sobre España, cuando pudo dejar presidios y guarniciones y sujeta la Península toda y parte de las Galias, recién conquistadas, y llegar todavía hasta Poitiers con 300.000 combatientes, dado que de la batalla no saliese un solo moro con vida, porque si salió alguno, de fijo entraron en ella más de los 300.000 hombres.

Hasta es incomprensible el medio de que podría valerse entonces un general para allegar víveres suficientes a la manutención de un ejército de 300.000 hombres.

Por otra parte, cuando se considera bien lo fáciles que fueron algunas conquistas, se decide que no debieron ser muchos tampoco los combatientes vencidos, aun en el propio suelo. ¿Serían muchos, *verbi gratia*, los árabes y berberiscos que había en Sicilia, cuando ciento veinte o ciento treinta caballeros normandos los vencieron y reconquistaron la isla?

Hasta en la invasión de los bárbaros del Norte, con ser, no ejércitos, sino pueblos los que emigraban, si la fantasía finge inmensas muchedumbres y da a la Escandinavia y a otras tierras boreales el título de *Oficina de gentes*, el buen discurso nos induce a creer que no fueron los bárbaros muchos.

Los vándalos, con haber sido de los más victoriosos, que aterraron el mundo durante uno o dos siglos, y que recorrieron y pisotearon lo mejor del Imperio, no llegaron jamás a tener 40 o 50.000 combatientes en todo.

El Sr. Oliveira Martíns piensa en esto lo que pienso yo, y así no le impugno aquí, sino corroboro sus afirmaciones capitales:

«La permanencia de la población hispano-romana, congregada en los municipios y mantenida en el régimen del cristianismo.»

«Y que a pesar del contacto íntimo de conquistadores y conquistados, por el uso de la lengua y por la adopción de las costumbres, exageraría la gravedad del caso quien encontrase en él la formación de una nueva raza.»

Para el Sr. Oliveira Martíns no tienen valor etnológico las invasiones históricas. En los períodos en que ya se ha formado el núcleo nacional, el tipo de raza, con su virtud absorbente y plasmante, no es posible la aparición de una raza nueva.

«Lo que nos pintan antiguas crónicas —dice el Sr. Oliveira— como diluvio de hombres que inunda el patrio suelo, no pasa, por lo común, de decenas de miles de soldados. El terror y la retórica describen la población antigua como eliminada de la faz de la tierra, y presentan una invasión como una sustitución o renovación del pueblo. Nada dista más de la verdad. Ya demostramos lo que sucedió con los godos. Digamos ahora lo que sucedió con los árabes.»

Las razones y los hechos que aduce en seguida el Sr. Oliveira son, en mi sentir, indiscutibles.

«El número de los árabes que invadieron la península fue pequeñísimo. La raza mozárabe provendría, pues, en todo caso del cruzamiento del hispano-romano con el berber; pero este cruzamiento, que no puede negarse que se dio, apenas tiene un valor secundario, y cualquiera que fuese la porción de sangre africana que entró en el seno de la raza peninsular, es un hecho que esta raza tenía ya constitución bastante robusta para asimilársela sin transformarse.»

Concluye el Sr. Oliveira, después de estudiar con detenimiento este punto, que, habiendo terminado la España antigua con la invasión sarracena, esta invasión y la secular ocupación de España por sectarios del Islam no dejan vestigio apreciable, ni en el natural de los hombres, ni en las instituciones, ni en las ideas.

Más rastros de sí, en sentir del Sr. Oliveira, dejaron en España los pueblos germánicos.

«El verdadero influjo de la ocupación sarracena consistió —dice— en la dirección que por causa suya tomó la vida nacional de la España moderna. Naciendo en el seno de los combates y en la desenvoltura de los campamentos, su carácter obedece más a la ley de la naturaleza espontánea que a reglas o dictámenes fundados en antiguas tradiciones romanas o germánicas.»

Quiere decir esto que, no sólo no nos *arabizó* ni nos *africanizó* la conquista musulmana, sino que hizo que desechásemos no poco de lo que de romanos y godos se nos había artificialmente sobrepuesto y apareciese el ser propio de los españoles como desnudo de extraño vestido y exento de cuanto no era radicalmente suyo.

El africanismo, pues, que nos achaca el señor Oliveira Martins es inicial y primitivo. Consiste en ciertas cualidades *épicas* y *místicas* que traen consigo grandes virtudes y eficacias, pero asimismo vicios y defectos enormes, entre los cuales, a lo que se puede colegir, resumiendo los esparcidos asertos del autor, descuellan un extremado amor a la individual independencia que degenera en indisciplina social y un fervor religioso que nos lleva al fanatismo y a una dura y cruel intolerancia.

Es singular la condición del Sr. Oliveira Martins, como la de todo escritor original y notable. Por un lado, cierto naturalismo pesimista le impulsa a pintar las épocas y a narrar los casos más tristes y más feos de lo que fueron en realidad. Su *Historia de Portugal* es pesimista y naturalista.

Esta es, sin duda, una propensión de los historiadores de ahora. Con la filantropía exquisita y la extremada sensibilidad nerviosa de nuestro tiempo y con ideas morales más severas y refinadas es fácil caer en este, en mi opinión, peligroso defecto. No hay suceso humano que, visto así, no se manche, se denigre y se empequeñezca. Nadie ha extremado más tal manera de escribir la historia que Taine en Francia. A Oliveira se le puede acusar algo del mismo defecto en los pormenores.

Portugal sale muchísimo peor librado de lo que es justo después de leer la Historia que el señor Oliveira de Portugal ha escrito.

Y sin embargo, el Sr. Oliveira, en lo trascendente, en lo general y filosófico, tal vez, en mi sentir, más bien nos ensalza demasiado prestándonos para el bien y para el mal condiciones más poéticas y sublimes que las que poseemos. Acaso no seamos los españoles, por naturaleza y fundamentalmente, ni tan épicos ni tan místicos como él se figura, y acaso no seamos ni hayamos sido nunca ni tan desordenados, ni tan fanáticos, ni tan intolerantes.

Esta manera de elogiarnos está muy en moda, aunque empezó siglos ha. Puede extremarse, y se ha extremado, hasta la caricatura. El más raro ejemplo de ello lo dio el P. Peñalosa, en el siglo XVII, en un libro que se titula *Cinco excelencias del español que despueblan a España*. Deduce y trata de probar el bueno del fraile que España estaba ya bastante perdida a fuerza de lo muy excelentes que eran los españoles, porque son los españoles muy nobles, muy generosos, muy valientes, muy religiosos y muy leales. Algo por el estilo dice Buckle también. Nuestra lealtad y nuestra religiosidad nos arruinaron, y en cambio, según este agudo escritor inglés, los escoceses prosperan porque tienen espíritu tan positivo que cambiaron de religión cuando les convino; y no sólo hicieron traición a sus reyes, sino que a alguno le vendieron por dinero.

Aunque cito de memoria, no creo que cito sin exactitud este último extremo, hasta donde la manía de aparecer original e inaudito pudo arrastrar a un hombre de gran entendimiento.

Pero, volviendo a España, yo soy de opinión de que debemos ser más modestos y no creernos tan cinco veces excelentes como asegura el Padre Peñalosa, ni tan épicos ni tan místicos tampoco como quiere el Sr. Oliveira, y asimismo importa buscar por otro lado las causas de nuestra decadencia actual, no tan fáciles de ser explicadas, pues a serlo, tendríamos andado ya la mitad del camino para remediarlo todo.

Ni los árabes ni los berberiscos fueron nunca en España más fanáticos ni más intolerantes que en otros países. Nuestro clima y suelo relajaron el fanatismo y mitigaron la intolerancia que árabes y berberiscos pudieron traer. Y el pueblo hispano-romano conquistado, distaba tanto de ser fanático e intolerante, que más bien pecó por el defecto contrario. Sin duda que hubo al principio muchísimo renegado. Tal vez algunas de las dinastías de los reinos pequeños que se formaron cuando se disolvió el califato de Córdoba, eran de sangre pura española. Aun durante el emirato independiente cordobés, los muladíes o renegados españoles se rebelaron muchas veces sin motivo religioso, pues eran musulmanes. Así el célebre Omar-ben-Hafsun, que vino a ser soberano de media Andalucía y se sostuvo independiente durante cuarenta años. Así los muladíes, que se alzaron contra Alhaquén II, y que, vencidos, saquearon a Alejandría y conquistaron a Creta. Los héroes mismos más brillantes de la Reconquista repugnan tan poco el trato con las gentes del Islam, que con frecuencia se emplean en su servicio. La historia y la tradición poética coinciden en afirmar y en celebrar esto, sobreponiéndose a veces el sentimiento de la común patria española al sentimiento religioso divergente. Musulmanes y cristianos españoles se unen en Roncesvalles para derrotar a los franceses y para que Bernardo del Carpio ahogue a D. Roldán. El Cid combate en favor del rey mahometano de Zaragoza contra el cristiano Conde de Barcelona, Berenguer Ramón II, a quien vence y hace prisionero. Un infante de Castilla servía en el ejército del rey de Túnez cuando San Luis fue a conquistar a Túnez. El propio San Fernando había enviado a Marruecos, en servicio de Almamum, un ejército de 10 o 12.000 cristianos. Guzmán el Bueno militó bajo las órdenes del benimerín Aben Jusef. Y el hijo de San Fernando, D. Alonso el Sabio, no tuvo escrúpulo en llamar en su auxilio contra su hijo y contra sus súbditos rebeldes a este soberano musulmán, a quien mira como enemigo en la ley, pero en la voluntad amado y apreciado.

Prolijo sería citar casos que prueban las buenas relaciones que hubo en España entre musulmanes y cristianos durante la Edad media. Damas cristianas se casaban a veces con príncipes musulmes, empezando por la misma viuda de D. Rodrigo. Princesas árabes, como Zaida, se casaban con Reyes de Castilla. La leyenda se apoderaba de estos hechos, y hasta al propio Carlo Magno le

da, en la Infanta Galiana, mujer y Emperatriz española. Uno de los más ilustres héroes poéticos de nuestros romances progenitor del Cid, aquél de quien era la espada con que el Cid vengó a su padre y dio principio a sus hazañas, fue hijo de una princesa de Córdoba, sectaria de Mahoma.

Todo induce a creer que el odio intransigente entre los habitantes de España por motivo de religión fue creciendo con el tiempo; que la intolerancia no llegó a su colmo hasta fines del siglo XV.

A pesar de las guerras continuas entre los hombres de las dos opuestas creencias, la tolerancia raya a veces en escepticismo en tiempo de paz. En tierra de moros se consiente el culto de la religión cristiana. Dicen que hubo casos en que dentro del mismo edificio había sinagoga, iglesia católica y mezquita. La condición de los mudéjares no pudo ser más libre. Alfonso VI, después de la conquista de Toledo, dejó a mahometanos y judíos sus templos, sus leyes y el ejercicio de su culto, a pesar de la oposición del Arzobispo, que era francés.

Entre aquella multitud de reyezuelos musulmes que hubo en España, desde la caída del Califato hasta la invasión de los almorávides, apenas se citará uno a quien se pueda acusar de fanático. Eran crueles; no retrocedían acaso ante la traición y el asesinato para lograr sus fines; se parecían en lo desalmados a los tiranuelos de Italia, que sirvieron más tarde de modelos al [*Príncipe*](#) del Secretario Florentino, y eran también, como aquéllos, elegantes, literatos, artistas, poetas y descreídos. Recitaban versos, en que celebraban a una dama de un modo petrarquista, antes de Petrarca, y convidaban a comer a otros altos señores o reyezuelos, y los envenenaban o los ahogaban en el baño con que se regalaban antes del festín; pero ciertamente el menor defecto que tuvieron fue el del fanatismo.

Desde la invasión de los almorávides en adelante toma la historia de España carácter más épico, y la pasión religiosa se recrudece en cristianos y musulmanes; pero, a pesar de la gloriosa energía que desplegaron los cristianos españoles, el rudo fanatismo por su religión no nació, sino vino a amortiguarse entre ellos, así como también el fanatismo musulmán de los almorávides primero y de los almohades más tarde, se amansó y cedió en España. Entre los musulmes españoles, a poco de ser víctimas de las hordas venidas del seno del Magreb-al-Aksa, e impulsadas casi desde el Senegal por el fanatismo de dos sucesivos reformadores, de dos a modo de Lutero del Islam, tanto los almorávides cuanto los almohades se suavizaron, se pulieron, depusieron su fervor religioso intransigente y cobraron afición a las ciencias y a las artes, y hasta las protegieron. Entre los cristianos españoles se puede afirmar que ocurre algo semejante. El furor fanático viene de fuera. Lo traen los cruzados, que acuden de Francia, Flandes, Alemania y otras regiones del Norte de Europa al llamamiento del Papa Inocencio III, que proclamó la Cruzada. Lo primero que hicieron estos cruzados fue matar y robar a los judíos de Toledo, a quienes tuvieron que defender los españoles. Por dicha, después que se rindió por capitulación el castillo de Calatrava, como los extranjeros quisiesen pasar a cuchillo a los musulmes que se rindieron y los españoles no lo consintiesen, los extranjeros, descontentos, abandonaron la empresa, y así la gran victoria de las Navas de Tolosa se debió casi exclusivamente al valor de los pueblos y príncipes cristianos de la Península.

En las relaciones de los Estados españoles con otros Estados de Europa, tampoco muestra España el fanatismo que se le atribuye. Pedro II de Aragón murió en Muret, peleando en favor de los albigenses contra los cruzados. Pedro III peleó contra Carlos de Anjou, a quien el Papa sostenía.

Sería interminable seguir recordando sucesos en contra de ese fanatismo constante, que se imagina estar en las entrañas del español, por herencia natural y por influjo del clima y del suelo.

Ese fanatismo, si tal se debe llamar, y no merece más bien el nombre de entusiasmo nacional y religioso y de fe de un pueblo, en su gran misión como pueblo, empieza a mostrarse en todo su brío al unirse Aragón y Castilla bajo el cetro de los Reyes Católicos. Fue caso providencial. Era menester que tuviese el catolicismo un campeón que le sacase triunfante, primero del islamismo, en el cual se despertaron las ambiciones y se enardeció el espíritu belicoso contra la religión cristiana,

desde que los turcos tomaron a Constantinopla; después, o casi a la vez, contra el fermento vicioso y gentilico que trajo consigo el Renacimiento; y por último, contra la pravedad herética que venía a romper la comunión, el lazo que, en medio de tantas guerras y discordias, aún ligaba a los pueblos de Europa en una civilización común a todos.

A más de esta parte represiva del glorioso papel que la providencia o el destino iba a dar a España, había otra parte, que podemos llamar expansiva: la de acrecentar y dilatar magnificándole el poder civilizador de Europa sobre todos los demás pueblos del mundo, abriéndole no trillados caminos, surcando mares nunca antes navegados y, ya descubriendo y explorando islas hermosas y fértiles y continentes inmensos, ya llegando con sus naves a remotos países, cuna de antiquísimas civilizaciones, y preparando así, para nuestro siglo, un nuevo renacimiento, no meramente clásico, sino oriental, cosmopolita y completo.

Para hacer tantas cosas, para dar cima a tamaños trabajos, era menester cierto fanatismo, y lo tuvimos. Fue menester que nos creyésemos como un nuevo pueblo de Dios, y tal vez nos creímos ese pueblo. Fueron inevitables las sombras al lado de los resplandores, los inconvenientes a par de las ventajas. El *misticismo* de que nos acusa el señor Oliveira, la Inquisición, la excesiva cantidad de frailes, algo como una teocracia democrática y tiránica; todo esto sobrevino, porque no podía menos de sobrevenir. Cualquiera otra nación de Europa que desde fines del siglo XV hubiera tenido la gloria y la fortuna de hacer el papel que hizo España, no lo hubiera hecho quemando y expulsando menos judíos, moros y herejes, y atormentando menos indios. Y esto, no porque las atrocidades fuesen condición y requisito esencial de los altos hechos, sino porque en el estado de cultura moral de entonces los pueblos europeos no eran de otra suerte, y todavía, si vamos a echar la cuenta de la sangre derramada sin razón, de los quemadores y de las tiranías ejercidas en pueblos inferiores y remotos, acaso pesen en la balanza, más que los desafueros nuestros, los de otros pueblos europeos, con no haber sido tan importante su papel ni de tal empeño y transcendencia en la historia.

Lo que dio a España fisonomía singular no fue, ni el elemento berberisco, ni el africanismo inicial, ni el haber algo de sangre judaica en la clase gobernante, en la cual sangre, ya bautizada, suponen algunas personas más fermento de fanatismo cruel, sino el modo con que España se constituyó por sí sola, con cierto aislamiento, menos en contacto con los demás pueblos europeos.

Esta superior y más marcada autonomía española, hasta en la poesía popular, da razón de sí. Políticamente se someten al Imperio o a la Iglesia otras potencias de Europa. España se considera independiente: cree que a nadie debe nada. El Cid, cuando oye decir que el Papa ha dispuesto que todas las naciones presten homenaje al Emperador, se enfurece contra el Papa, monta a caballo, se pone al frente de su tropa y se va hacia Roma para imponerse al Papa. Su Santidad, por fortuna, se amedrenta al saber el estrago *que el buen Cid metiendo iba*, y envía a decir al Cid que España está libre y exenta de toda humana ley que no se imponga ella misma. En otra ocasión, estando el Cid en Roma, vio en San Pedro la silla del Rey de Francia algo más alta que la del Rey de Castilla, y derribó de un puntapié la silla del Rey de Francia. El Papa le descomulgó o tuvo intenciones de descomulgarle; pero el Cid se puso tan bravo, que el Papa levantó la excomunión o no osó lanzarla. Sin duda que estos romances se compusieron en tiempo de Carlos V o de Felipe II; pero son una muestra del sentimiento popular: justifican la idea de algunos historiadores extranjeros, cuando hablan de un *catolicismo español* que se impone y triunfa en tiempo de la Reforma: que manda a Borbón y a Alba contra el Papa y suscita a Ignacio de Loyola contra Lutero.

Campanella quiso adularnos sin duda; pero, a través de la adulación, hay algún viso de verdad en el fundamento que da, en su tiempo, a nuestra preponderancia en el mundo. Dice que, inventadas la artillería y otras artes, que hacen que el dominio político no se deba a la fuerza material, sino a la inteligencia, a la astucia y a otras virtudes del alma, tuvieron que prevalecer los españoles. Al vernos hoy tan caídos, aún pudiera sostener Campanella su misma teoría diciendo que el industrialismo, el trabajo manual, cierto arreglo ordenado, han vuelto a hacer que la fuerza material

se sobreponga, habilitando al pueblo que es rico o económico a tener ejércitos de un millón y más de hombres armados con toda clase de pertrechos y de máquinas mortíferas.

Sea como sea, el Sr. Oliveira Martins llega al momento en que se constituye la unidad nacional, no sin explicar sus caracteres con erudición y buena crítica. Los Concejos son como pequeñas repúblicas democráticas, llenas de vida exuberante, que a veces se manifiesta en guerras civiles y contiendas dentro de la misma ciudad; pero que crea la vigorosa cohesión y la soberbia varonil que celebra un poeta en Fuente Ovejuna, y el honrado imperio de la autoridad democrática, que canta otro poeta en Zalamea; y que tal vez, rompiendo en alzamientos parciales, creando juntas y aunándose luego en junta central, presta al pueblo activa vida política. Al lado de esto, surge una nobleza guerrera, con señorío y con fuerza, pero que, frente a frente de la democracia concejil, no logra establecer nunca un feudalismo como el del Norte de Europa. Y por cima de todo aparece el Rey, en quien se muestran al principio inciertos y complicados los caracteres: el del caudillo, que tiene su señorío, del cual señorío, heredado o ganado con su espada, cree poder disponer como de una cosa propia, transmitiéndole por herencia entero o dividido entre sus hijos: y en este carácter, el Rey es como el primero de los nobles y grandes señores: es el jefe aristocrático de la aristocracia; y por otra parte, el Rey es el alto magistrado, el que ejerce un oficio de la república, aquél en quien se cifra y resume la soberanía del pueblo, justificada por la ley, augusta y venerada por la tradición, y consagrada y santificada por la Iglesia.

Este segundo y más alto modo de comprender la realeza predomina y triunfa al cabo; primero, teóricamente en *Las Partidas*; y después en la práctica, gracias principalmente a D. Alonso XI y a los Reyes Católicos, por último. Así se crea, apoyándose en la Iglesia y en el pueblo, lo que llama el señor Oliveira Martins, por excelencia, la *monarquía católica*.

Al terminar esta primera parte de su obra, dice el Sr. Oliveira Martins: «A fin de que el cuerpo de la nación alcanzase el grado de robustez necesario para la ejecución de la obra que España inconscientemente medita, era menester que desapareciese el inorganismo primitivo; que los elementos rebeldes aún se asimilaran y que la unificación se expresase geográficamente. Tal es la significación del reinado de Fernando e Isabel. El casamiento de los Príncipes une a Aragón y Castilla, y juntos conquistan a Granada. El dualismo político de la Península, Castilla y Portugal, es el sistema bajo el cual España aparece en el concierto de las naciones europeas, hermana en la forma, acorde en el pensamiento, unificada en la acción. Después de ocho siglos de aislamiento político, desde que la invasión de los árabes puso en los Pirineos la frontera de África, España acude al convite de los pueblos de Europa para imponer a ellos y al mundo una hegemonía que se funda en la fuerza heroica de su genio y de su brazo armado, en la unanimidad enérgica de su fe y en la cohesión compacta de sus ejércitos.»

Madrid, 1887.

SOBRE DOS TREMENDAS ACUSACIONES SOBRE ESPAÑA DEL ANGLOAMERICANO DRAPER (1896)

FRANCISCO JAVIER SIMONET, *Influencia del elemento indígena en la cultura de los moros de Granada*, Málaga 1894.

JOHN WILLIAM DRAPER, *History of the Intellectual Development of Europe*. New York: Harper & Brothers, 1863.

CLARENCE KING, "Shall Cuba be free?", en *The Forum* (New York), vol. XX. September 1895-February 1896. Pág. 50-65.

El librito cuyo título va en el epígrafe contiene, en pocas páginas, bastantes datos y mucha doctrina; mas no sólo por esto, sino por las ideas que sugiere y por los comentarios de que puede ser objeto, ha llamado mi atención y me ha movido a llamar también sobre él, si puedo, la atención del público.

El señor Simonet, autor del libro, es un arabista de reconocido mérito, de grande ilustración y catedrático en Granada de la lengua del Yemen. Ha publicado ya varios libros en que muestra su mucho saber. Uno de ellos ha sido premiado por la Real Academia Española, y otro ha sido premiado por la Real Academia de la Historia²¹.

La obra de que nosotros vamos a hablar es menos fundamental y profunda; es una obra de divulgación. Y si bien trata de sucesos pasados ya hace siglos, tiene, en nuestro sentir, un interés de actualidad.

En las naciones extranjeras abundan los escritores desapasionados y juiciosos, de quienes no podemos quejarnos; pero no escasean tampoco los escritores violentos, ciegos de furor, fanáticos con el fanatismo que hoy se estila, y tan acérrimos enemigos de España, que no hay crimen, maldad e infamia que no atribuyan a nuestra nación, infiriendo de ahí que la postración y decadencia en que hoy estamos es un justo castigo de Dios, y si no cree en Dios el que de esta suerte quiere requebrarnos, una ineludible consecuencia de las leyes fatales, impuestas no se sabe por quién, que dirigen y ordenan la marcha de la Humanidad a través de los siglos.

Con algunos autores tenemos cierta disculpa, ya que para ellos no hay responsabilidad ni libre albedrío. Todo o casi todo depende del medio ambiente. Y si nosotros somos crueles, codiciosos traicioneros y, sobre todo temerosos de Dios, que, según Buckle, es la peor de las cualidades, todo ello consiste en que en España no hay lluvias regulares, sino feroces tormentas y prolongadas sequías, y, además, tal multitud de terremotos, que nos tienen siempre con el alma en un hilo y con el corazón en un puño y producen en nosotros la crueldad y la intolerancia religiosas.

En prueba de que no exagero y de que no pueden ser más atroces las injurias que nos dirigen algunos escritores, cuyas obras se traducen al castellano, teniendo acaso nuestro público el mal gusto de estimarlas y la candidez de creer lo que dicen, citaré al célebre catedrático de la Universidad de Nueva York Juan Guillermo Draper, el cual, en su *Historia del desenvolvimiento intelectual de Europa*²², asegura que España, en justo castigo de sus espantosos crímenes, está hoy convertida en un horrible esqueleto entre las naciones vivas, y añade Draper: «Si este justo castigo

²¹ Se refiere a [*Historia de los mozárabes de España*](#), premiada por la Real Academia de la Historia en 1867. Simonet morirá en 1897, cuando trabaja en la preparación de la obra, muy ampliada, para su definitiva impresión. La tarea la concluirá Gómez Moreno.

no hubiera caído sobre España, los hombres hubieran ciertamente dicho: no hay retribución, no hay Dios.» Por donde se ve que es un bien y no un mal el que este pobre país esté muy perdido, porque, mientras peor estemos, mayores y más luminosas serán las pruebas de la existencia de Dios y de su justicia. Largo es, muy largo, el capítulo de culpas que Draper nos echa auestas; pero las dos culpas más enormes son las de haber destruido por completo, o casi por completo, dos civilizaciones: la oriental y la occidental.

La primera de estas dos acusaciones no es tan ridícula como la segunda, de que hablaremos después; mas no por eso es menos falsa.

Indudablemente, los árabes, antes del Islam, poseían cierta extraña cultura, en algunos puntos patriarcal y propia de pueblos nómadas y pastores; en otros puntos, como, por ejemplo, en la poesía, hasta refinada. Cuando, entusiasmados por las predicaciones de su profeta, se arrojan a conquistar el mundo, no se puede decir que fuesen bárbaros. Tal vez por no serlo y por hallarse muchos países vejados, humillados y oprimidos por razas conquistadoras y por gobiernos despóticos, les fue fácil conquistarlos. Tal vez fueron recibidos como libertadores en algunos países, o el pueblo, al menos, se sometió con docilidad a su yugo, no hallándolo más pesado que el que antes sufría. Así se explica, por ejemplo, que cuatro o cinco mil musulmes conquistasen a Egipto. Así se explica que no muchos más hiciesen la conquista de España. En poco tiempo se extendió el imperio musulmán desde la India y las fronteras de China hasta el mediodía de Francia, salvando los Pirineos. Los árabes, sin embargo, no eran muchos, y arrastraron en su expansión, valiéndose de ellas para triunfar, a hordas bárbaras o semisalvajes, como los habitantes del norte de África, mauritanos, bereberes, o como queramos llamarlos. En España se llamaron y se llaman moros. Sin duda, por cada árabe de los que vinieron a la conquista de España, bien se puede suponer que hubo un centenar de moros. Y esto en el principio, mientras España estuvo sometida al califato de Oriente, y también, así durante la independencia de la España musulmana del mencionado califato como desde la fundación del de Córdoba hasta su desmembración y ruina después de la muerte de Almanzor. La multitud de reyezuelos que surgieron de la ruina del califato, cuando no eran renegados españoles, eran moros y no árabes. Y, por último, en la época de las dos primeras grandes invasiones africanas, la de los almorávides y la de los almohades, que en España prevalecieron y duraron, el elemento árabe entró por muy poco, los invasores y dominadores de España fueron africanos bárbaros que no pudieron traer ni trajeron ningún principio civilizador a nuestra Península. Aquí fue donde se domesticaron y civilizaron algo, sometiéndose sin sentirlo los vencedores a la superior inteligencia y saber de los vencidos y al influjo que de esto nace.

Los árabes mismos no poseían, al extenderse por el mundo y al apoderarse de España, una civilización superior y propia. Tuvieron, sí, el mérito de no destruir la civilización de los países que ocuparon, de aceptar y de recibir en cada región algo de lo que allí se sabía, ya conservándolo para que no se olvidase o se perdiese, ya siendo como vehículo para llevarlo de una región en otra. Esta buena cualidad, que no fue sólo tolerancia, sino curiosidad simpática y afición respetuosa al saber de los vencidos, valió de tal suerte que durante algunos siglos, acaso hasta después de las últimas cruzadas, pudo creerse que el mundo musulmán era más culto que el mundo católico, y los espíritus superficiales pudieron esperar o temer que el islamismo, en Asia, en el norte de África y en España, arrebatase al cristianismo europeo la bandera del progreso y la antorcha de la cultura. Casi todo este brillo, sin embargo, y esta aparente superioridad en algunos momentos históricos se debieron en todas partes, y más que en ninguna en España, a la civilización de los vencidos, a veces respetada, por lo cual merecen los vencedores elogio; a veces, viva y retoñando y reverdeciendo siempre, sin que pudieran los vencedores arrancarla de cuajo, a pesar de los esfuerzos que hicieron, y al fin, sometiéndose a ella.

22 J. W. Draper, *Historia del desarrollo intelectual de Europa*. Trad. De Fernando Araujo y José González Alonso, Dos tomos. Madrid 1900. La cita que hace Varela, en la pág. 194.

En suma: no es posible descubrir en toda la cultura hispanomuslímica cosa alguna de valer que haya surgido en Arabia o en África entre alarbes y moros, y que desde allí haya venido a España. A mi ver, cuanta alabanza se quiera dar a la cultura musulímica española es alabanza que se da a los españoles mahometanos y no a moros ni a árabes que viniesen de fuera trayéndonos ciencias, artes o industrias que aquí no existiesen o que aquí no tuviesen origen.

Por lo demás, yo creo que en la prosperidad y en la grandeza de los estados o reinos musulmanes que hubo en España entran por mucho la ponderación y la jactancia de los historiadores. Entra también por algo la manía de no pocos críticos y pensadores modernos de encarecer o ensalzar demasiado cosas que, si bien son bellas o buenas, no merecen tan ponderativos encarecimientos.

Apenas hay gran pueblo, de los que más han figurado en la Historia, que no haya dejado más hermoso y brillante rastro de sí que los árabes en sus monumentos.

Se supone, y no he de negar que es suposición muy poética, que la cultura arábica, no sé si en España sólo o también en otros países, depende o está ligada a una estrella que los griegos llamaron Canopo y los árabes Sohail. Esta estrella brilló, siglos ha, muy alto sobre el horizonte de España. En el día, a causa de la precisión de los equinoccios, apenas se levanta poco más de un grado sobre el horizonte de Cádiz. Cuando Sohail desaparezca de nuestro cielo, desaparecerán también y serán ruinas y escombros los monumentos del arte arábigo que en Espata quedan.

Esperemos que este vaticinio astronómico no se cumpla, para lo cual importa que haya restauradores artistas como el señor Contreras y que nuestros ministros de Fomento no escatimen los recursos, no ya para conservar lo que aún existe, sino para restaurar lo que se halla lastimosamente medio destruido. Así, por ejemplo, yo no me contento con que la Alhambra se conserve, sino que, si de mí dependiese, haría restaurar las dos torres de las Infantas, y de la Cautiva, cada una de las cuales es, o, mejor dicho, ha sido y puede volver a ser, una primorosa filigrana; un palacio o casa real de la Alhambra en miniatura.

Acaso como arquitectos es como los árabes son o han sido más originales. Pero ¿quién negará que su arquitectura tiene escasa majestad y solidez, y que se distingue y es digna de elogios más que por nada, por las menudencias y prolijidades del ornato?

El edificio más grandioso que de la época musulímica queda en España es la catedral de Córdoba, la antigua Mezquita de Abderramán. Pero en aquel bosque de columnas que forman las diecinueve naves o calles, ¿hay muchas columnas que sean arábicas? ¿No ve hasta el más profano que todas o casi todas son de templos cristianos o gentílicos, de la época romana o de la época visigótica, arruinados y despojados por los musulimes para edificar y hermosear su templo? Este templo, a decir verdad, no me entusiasma tanto como a otros, en cuyo entusiasmo me parece advertir no poco de extravagancia. Hasta figurándome la Mezquita íntegra, en todo su esplendor, sin templo cristiano en su centro y tal como estaba en la época de los Abderramanes, sin la pared que la limita ahora hacia el patio de los Naranjos, y dejándose ver desde él toda la longitud de las diecinueve calles, alumbradas, por lámparas de plata y oro, y hasta figurándome además en todo su esplendor y belleza los primorosos mosaicos, alicatados y dibujos de la capilla del Mihrab, yo hallo, y he de confesarlo aquí aunque se pongan las manos en la cabeza los que me lean, que me parece más hermoso, más digno, más artístico el templo cristiano que se levanta ahora en medio de la mezquita y que tantas y tantas personas lamentan el que allí se haya levantado. Para mi gusto, no ya el templo en su totalidad, sino alguno de sus pormenores, como, por ejemplo, la sillería del coro, vale más que el Mihrab con todos sus arabescos y que cuantos primores, labrados con prolijidad bárbara, contiene y contuvo la mezquita en su época más brillante.

No discuto aquí si hubiera sido o no mejor edificar en cualquier otra parte el templo cristiano y dejar la Mezquita íntegra y tal como estaba. Falta de sentido arqueológico y de buena crítica de bellas artes puede afirmarse que hubo en esto; pero, en el siglo XVI, ¿hubiera habido en cualquiera otra nación de Europa un amor más fino a la arqueología y un juicio más claro sobre el valer

artístico e histórico de un monumento, que hubieran impedido, sobreponiéndose al sentimiento religioso, la construcción de un templo cristiano en el centro de la Mezquita? Si, por una parte, algo de la Mezquita se destruía, ¿cómo negar, por otra, que hay no poco de poético y de sublime en la idea realizada de levantar, en medio del más espléndido santuario del islamismo y del arte oriental, otro magnífico santuario, según el gusto europeo, más adecuado al culto y glorificación del Dios trino y uno?

No negaré yo la gracia y el encanto de algunas construcciones arábigas.

Si los árabes produjeron algo original fue en arquitectura, aunque tal vez tomasen mucho del arte bizantino y de la arquitectura de la India y de Persia y de otras regiones que invadieron o conquistaron.

Aun así es de notar y de deplorar la vida efímera e inconsistente de los monumentos arábigos. La estrella Sohail no se había ocultado aún bajo el horizonte de España, y ya no había en Córdoba ni huellas de los palacios de los califas; Medina-Azahara se había desvanecido; los alcázares y jardines de Almotamid, en Sevilla; de Almotacín, en Almería, y de otros reyezuelos elegantes y sibaríticos, se diría que se los había tragado la tierra. De ellos no queda una columna en pie, ni huella, ni rastro. Todavía en Grecia, en Sicilia y en Italia están erguidos y casi completos monumentos del arte helénico, anteriores de seis o siete siglos a la Era cristiana; en Egipto, en la India y en Persia y en otras tierras del centro de Asia subsisten pasmosas obras que dan testimonio del poder arquitectónico de pueblos que fueron grandes hace miles de años, mientras que de los árabes, sobre todo en España, y de la mejor época, apenas queda nada. El mismo Alcázar de Sevilla, más que moro, es mudéjar, y honra más el buen gusto del caprichoso y popular tirano don Pedro de Castilla que la elegancia del rey poeta Almotamid, o la magnificencia de su tremendo padre, que adornaba sus jardines y las puertas de su alcázar con las cortadas cabezas de sus enemigos.

Los encomiadores de los tiempos musulmicos en España ponderan más aún, y no menos superficialmente, el gran florecimiento y prosperidad a que la agricultura había llegado entonces. Para las irrigaciones, sobre todo, no tienen más que alabanzas. Hay quien imagina que España en tiempo de los moros era toda ella una florida, amena y fructífera huerta que los cristianos luego hemos marchitado y destruido. Nada más falso que este aserto. Bastante digno de encomio hicieron los moros (o, mejor dicho, los españoles musulmanes, pues no hay razón para que fuesen moros o para que nosotros así los llamemos), a fin de cultivar, regar bien y hacer productiva la tierra, especialmente en Valencia, Alicante, Murcia y Granada; pero cuando se estudia bien este asunto se ve que los cristianos hicieron más y mejor para el mismo fin después de la conquista, así en grandiosas y útiles obras hidráulicas como en leyes y reglamentos para organizar sabiamente el regadío. Don Jaime I de Aragón y don Alfonso el Sabio de Castilla, aunque no tuvieran más que este mérito, gozarían de inmortal popularidad y serían gloriosos y benditos. Pero hay más aún: los más colosales trabajos realizados para el riego, trabajos que pasan por su solidez y magnificencia, son de las épocas en que se supone a España sumergida en las tinieblas horrorosas de un brutal fanatismo; son del reinado de Felipe II, bajo cuya protección y por cuya excitación se construyeron los admirables diques y pantanos de Alicante, de Elche y de Almansa, o son del tiempo de Carlos III, bajo cuya protección y por cuya excitación se hicieron los de Lorca.

En artes y letras es mayor desatino sostener que los moros importaran nada en nuestro país, ni influyesen, salvo un poco en la arquitectura, en el desenvolvimiento intelectual de los españoles. De escultura y pintura no hay que hablar, pues aunque, a veces, faltando a los preceptos de su religión, escupiesen y pintasen algo, lo por ellos pintado y esculpido fue grosero y rudo. Así lo atestiguan las esculturas y las pinturas que en la Alhambra se conservan. Poesía dramática no tuvieron nunca. Algo de poesía épica o narrativa puede decirse que tuvieron, si bien no tuvieron nada que ni remotamente pudiera compararse, no digamos ya al antiquísimo *Poema del Cid*, pero ni a las leyendas de santos de Gonzalo de Berceo. De aquí se infiere que nuestra gran literatura nacional trilingüe (castellana, catalana y portuguesa) nació o retoñó, en estos idiomas vernáculos, de su

antigua raíz y tronco cristianos y latinos, raíz y tronco firmemente plantados en nuestro suelo. Y si algo de fuera, si algo extraño vino a ayudar o a fomentar el reverdecimiento de esta literatura, vino de Francia y de Italia, y no de la morería. Por el contrario, yo creo, debe y puede sostenerse que la pompa oriental, las galas y primores, a veces excesivos, y cierta redundancia que en nuestra poesía y en nuestra elocuencia se notan frecuentemente, y aun se censura, son ya sobras o defectos que de muy antiguo tuvieron los españoles, y por los cuales fueron motejados en Roma, Lucano, Séneca y otros prosistas, oradores y poetas de nuestra patria.

En las poesías escritas en lengua árábica por españoles y en España, aunque durante la dominación musulímica, no hallo difícil percibir, a través de la forma clásica tomada de la antigua poesía del Yemen y de la imitación de los verdaderos poetas árabes más famosos y celebrados, algo, y no poco, en el sentir y en el pensar, nacido en corazones y espíritus españoles, y que casi de seguro no hubiera nacido jamás en el alma de un moro de África o de un beduino de Arabia. Este orientalismo es tan español y tan poco oriental, que a raíz de la última reconquista se manifiesta esplendorosamente en prosa y en verso en nuestra literatura española y nace del concepto fantástico, transfigurado y hermoso que la mente de los vencedores crea y forma de las costumbres, usos, pasiones y cultura del pueblo, a quien ha vencido. De aquí la novela caballeresca, la ficción graciosa de Ginés Pérez de Hita. Y de aquí la multitud de preciosos romances moriscos y el tinte imaginariamente oriental que engalana tantas de nuestras obras poéticas, desde los mismos romances moriscos que incluye en sus *Guerras civiles* el mencionado Ginés Pérez de Hita, hasta los admirables romances de Góngora y de don Nicolás Moratín, hasta el arabismo cordobés del duque de Rivas en *El moro expósito*, y hasta los esplendores y ensueños orientales del valenciano Arolas y del intuitivo y popularmente iluminado poeta Zorrilla en su leyenda de *Alhama* y en otras composiciones y fragmentos. Casi todo esto contiene un arabismo u orientalismo hechicero y de color de rosa, tan creado por nosotros, que bien se puede asegurar que no hay árabe ni moro que, aunque se le tradujera en su lengua, entendiese palabra de ello.

¿Ni cómo habían de entender las quintaesencias y los refinamientos amorosos y místicos que gastan los poetas y algunos de sus héroes, y los discreteos, delicadezas y finuras de sus galanes y de sus damas?

No voy a dilucidar aquí si algunas poesías compuestas en España, aunque en lengua árábica y por musulimes españoles, pudieron ejercer influjo en la poesía castellana; si los cristianos conocían dichas poesías árabicas; si varios romances, como el de la pérdida de Valencia, fueron traducidos o imitados del árabe; si el Arcipreste de Hita ya en el fondo, ya en la forma, imitó cantares moriscos; y si la elegía de Abul-Beka, de Ronda, en su primera parte, fue uno de los modelos que tuvo presentes Jorge Manrique cuando compuso sus admirables coplas. Lo que sostengo es que, en todo caso, fue cortísimo el influjo e insignificante la imitación. Schack, por más esfuerzos que hace, tiene que convenir en que los cristianos españoles conocieron poco la poesía árábigo-hispana y la imitaron menos, y tiene que convenir también en que esa poesía árábigo-hispana, más o menos conocida e imitada, apenas tenía ya de árábica sino la lengua en que estaba escrita.

Pasando ahora de las letras a la ciencia, empezaré por decir que no me incumbe estimar aquí y tasar en su valor la de los árabes; pero sí procuraré, aunque sea compendiosa y someramente hacer tres importantes afirmaciones. Es la primera la de que España, cuando la conquista musulímica, tenía su ciencia propia, de la que dan testimonio clarísimo no pocos escritores y sabios, descollando entre todos San Isidoro de Sevilla, y que esta ciencia, a pesar de las persecuciones y tiranías de los conquistadores, continuó luciendo entre los mozárabes o pueblo cristiano vencido, y dio altas muestras de sí en el abad Sansón, en San Eulogio y en Álvaro de Córdoba. Es la segunda, que los árabes y los moros no eran sabios cuando vinieron a España, ni trajeron sabios consigo, de suerte que los sabios y la sabiduría que hubo más tarde entre ellos no deben tenerse por árabigos, sino por españoles. Tan español es Averroes como Séneca, como Luis Vives o como Domingo de Soto. Y es la tercera que, lejos de destruir los cristianos españoles la ciencia mucha o poca de los españoles

muslimes, la protegieron, la fomentaron, se aprovecharon de ella y la difundieron por toda Europa. En este punto, más que en ningún otro, la acusación de Draper no puede menos de atribuirse a mala fe, a ligereza o a supina ignorancia.

Otro pueblo, además de los árabes y de los moros, hubo en España durante toda la Edad Media, el cual, por su larga permanencia entre nosotros (tal vez, en parte, desde antes de la venida de los romanos), no podía ser mirado en España como forastero, sino como indígena. Era este pueblo el israelita, que valió, importó e influyó más que los muslimes en la civilización del mundo, floreciendo y mostrando tal actividad en España por su saber, que bien podemos jactarnos de ello como de una gloria; Maimónides, Ibn Gabirol, los Ben Ezrra, Jehuda-Leví de Toledo y otros muchos filósofos, doctores y poetas nos pertenecen, como, por ejemplo, Mendelshon o Enrique Heine pertenecen a Alemania.

Llamemos ahora, para acomodarnos a la manera vulgar de expresarse, ciencia arábigo-judaica a toda esta ciencia que floreció en España entre los españoles que siguieron la ley de Moisés o la ley de Mahoma. ¿Qué fundamento hay para asegurar, como asegura Draper, que los cristianos españoles la destruyeron?

Los rabinos ilustres, los filósofos y los doctores musulmanes, arrojados de Andalucía por el fanatismo de los almohades, tuvieron franca acogida y lograron protección generosa en las cortes de los reyes de Aragón y Castilla. Así, las célebres escuelas de Lucena y de Córdoba vinieron a trasladarse a Barcelona y a Toledo. Ansiosos de difundir por el mundo esta ciencia arábigo-judaica, ya en la primera mitad del siglo XII, el arzobispo toledano don Raimundo y sus amigos y clientes hicieron traducir, tradujeron y dieron a conocer a Francia y a otras naciones cristianas las obras y doctrinas de Al-kendi, Alfarabi, Avicena, Avicibrón y otros autores. Sin duda, Domingo Gundisalvo y Juan de Sevilla fueron los iniciadores y divulgadores primeros de la filosofía y del saber semíticos en la Europa de la Edad Media.

Ernesto Renán nos reconoce este mérito y nos concede por ello su nada sospechosa alabanza, diciendo: «La introducción de los textos árabes en los estudios occidentales divide la historia científica y filosófica de la Edad Media en dos épocas enteramente distintas, y el honor de esta tentativa, que había de tener tan decisivo influjo en la suerte de Europa, corresponde a Raimundo, arzobispo de Toledo y gran canciller de Castilla.»

Claro está que muy fácilmente y con erudición de segunda mano, tomada de varios autores españoles, entre los cuales sobresalen Menéndez y Pelayo y Amador de los Ríos, pudiera yo extenderme aquí y convertir en libro este artículo para demostrar hasta la evidencia que todo el saber arábigo-judaico de España fue propio de los españoles, y que éstos no sólo lo crearon, sino que lo divulgaron por toda Europa.

El librito del señor Simonet, que da lugar a las consideraciones que hemos expuesto, las confirma con gran copia de erudición y con multitud de datos y de hechos, algunos de los cuales citaré en este escrito, tomándolos al azar o prefiriéndolos por más curiosos. Muladíes o españoles de puro origen, bien probado, ya por documentos históricos, ya por sus propios nombres de mal disimulada etimología latina o peninsular, fueron: «Abdel-Melic-Ben-Hagib el Asolamí, Alí Ibn-Hazm, el célebre Ibn Thofail, el insigne botánico malagueño Ibn-Albaitar, el distinguido gramático Abdalah-Ben-Vivax, el poeta y naturalista Abú Otzman Ibn Loyon, los literatos y poetas Ibn Corral e Ibn Xalvator o Salvador y hasta el egregio filósofo Ibn Badja o Pace (desfigurando el ablativo latino), a quien conocieron los filósofos escolásticos de la Edad Media con el nombre de Avenpace.» En conclusión (para terminar en este punto mi artículo, como termina el señor Simonet el libro de que trato): de los testimonios que hemos alegado se infiere que ni al elemento arábigo ni al berberisco, sino al indígena, se debe, en su mayor parte, el esplendor literario y artístico del califato cordobés y del antiguo reino nazarita. Y por si acaso nuestras razones parecieron poco fuertes, o inspiradas tal vez por el sentimiento patria, concluiremos apoyándonos en la autoridad de un crítico extranjero muy competente, del alemán Guillermo Lubke que en su celebrado *Ensayo*

sobre la historia del arte se expresa así: «Si el arte árabe se desarrolló en España con más perfección que en los otros países islamizados, se debe, sin duda, a las relaciones íntimas de moros y cristianos, en las cuales éstos comunicaron a aquéllos algo de lo noble, amable y caballeresco que resplandece en todos los ramos de su civilización, ciencias, artes y poesía.»

Saltemos ahora de la llamada civilización oriental a la occidental, que, según Draper, también hemos destruido. Esta civilización, que Draper afirma que era superior a la civilización española del siglo XV, es la americana precolombina.

Imposible parece que se diga de buena fe tamaño disparate. ¿Qué diantre de civilización había en América antes de su descubrimiento? Por casi todas partes era completo el salvajismo. Menos en el Perú, no creo que en región alguna hubiese animales domésticos. Había en varias tribus conocimientos elementales de agricultura; pero en las demás se vivía de la pesca y de la caza, o los hombres se comían unos a otros. Los sacrificios humanos exigían millares de víctimas. El perpetuo estado de guerra y los vicios nefandos destruían la población e impedían su aumento. En Méjico, que era el Imperio más civilizado, no habían descubierto aún que con un líquido combustible y con una torcida se podían alumbrar de noche, y la pasaban a oscuras por falta de candiles. Los jeroglíficos en embrión de aztecas, yucatecos y otros pueblos del centro de América (aun dando por supuesto que los más significativos y mejor pintados no son posteriores a la venida de la gente española y no son obra de indios industriados y medio civilizados ya por nosotros), a más de ser casi ininteligibles, dejan entrever una cultura hartamente inferior a la de los antiguos imperios del centro de Asia más de mil años antes de Cristo. Si algo hubo de más valor en la antigua civilización americana, había decaído y se había corrompido o degradado antes de llegar los españoles. Poco o nada tuvimos que destruir nosotros que no fuera perverso y abominable. En cambio, llevamos a América nuestra propia cultura europea y cristiana, y llevamos el café, la caña de azúcar, el caballo, la vaca, el carnero, el trigo, las frutas exquisitas de Europa y de Asia y otras mil cosas excelentes que por allí no había.

Se nos acusa de haber procedido con crueldad y codicia y de haber sometido a duros trabajos y atormentado con atroces castigos a la población india, hasta el extremo de mermarla y aun de hacerla desaparecer en algunas regiones. No seré yo quien defienda a todos los aventureros españoles de entonces, admirables y gloriosos por su inteligencia y por sus bríos, pero que distan mucho de valer para modelos de santidad, y que tal vez, como vulgarmente se dice, eran lo peor de cada casa. Si hubieran sido aventureros ingleses, franceses o alemanes los que a fines del siglo XV hubieran ido a América, ¿se hubieran conducido con más humanidad que los españoles? ¿Fueron más mansos y amorosos con los indios los alemanes a quienes el emperador Carlos V concedió que se estableciesen y se extendiesen por las que hoy son repúblicas de Venezuela y Colombia? ¿Se condujo más afable y dulcemente, no ya con los indios, sino con los mismos españoles establecidos en América, el enjambre de piratas, corsarios y filibusteros que en diferentes épocas fueron allí contra nosotros?

Los hombres de guerra y de aventuras en todos tiempos, y más aún en el siglo XVI, no han pecado por lo cariñosos y suaves, y en dicha época había dos corrientes de sentimientos y de ideas que endurecían más sus entrañas: el fanatismo religioso de la Edad Media, persistente aún, y el renacimiento pagano, que, al traernos las elegancias y los primores, las artes y las letras de la clásica antigüedad, nos trajo también no poco de su corrupción, de sus vicios, de sus pasiones sensuales y de su sed de deleites y bienes de fortuna. Muchos de estos defectos no podían menos de tenerlos los aventureros audaces que envió España a América; pero la misma España no los tenía. ¿Pueden ser más filantrópicas que lo que son las leyes de Indias? ¿Se mostraron nunca nuestros legisladores crueles ni faltos de caridad para con los pueblos salvajes o semi-salvajes a quienes civilizamos y cristianizamos? ¿Ha habido nunca pueblo de más *católico* corazón que el pueblo español? Y digo *católico* en el más lato sentido de la palabra, envolviendo en ella el significado que tienen hoy las palabras *cosmopolitismo* y *humanitarismo*. Fray [Bartolomé de las Casas](#) no fue el único defensor de

los indios; fue, acaso, el más vehemente y atrabiliario; pero antes y después de él hubo multitud de santos misioneros y de almas piadosas que defendieron y protegieron a los indios, y, desde luego, los consideraron iguales a ellos y, a veces, superiores, cuando por su nacimiento, por la autoridad de que gozaban o por el respeto que les tenían los de su casta eran superiores en su tierra. No sería tan grande la tiranía y la opresión de España cuando no sólo igualó al pueblo indio con el pueblo español, sino que dio cartas y títulos de nobleza a los indios que se distinguían o eran ya nobles entre los suyos. Todavía, por ejemplo, es grande de España y duque, y goza de una pensión cuantiosa entre nosotros, el sucesor de Moctezuma.

Y últimamente, con motivo del centenario del descubrimiento de América, la ilustre duquesa de Alba ha sacado del archivo de su casa y ha publicado un tomo voluminoso, donde se contienen multitud de títulos de nobleza, escudos de armas y honrosos privilegios concedidos por los monarcas españoles a muchos señores indios a raíz de la conquista.

En cuanto al pueblo, yo creo y tengo por seguro que se puede demostrar que en muchas de las tierras descubiertas y ocupadas por los españoles en América, los indios, en vez de perder, ganaron en ser conquistados. Aun durante la misma conquista, por mucha importancia que se dé a la superioridad de nuestra Caballería, de las armas de fuego y de la pericia militar, no se comprende cómo unos pocos españoles pudieron vencer y sujetar con crueldades a grandes muchedumbres y a poderosos imperios. Esto se comprende mejor entendido como debe entenderse: asegurando que los españoles triunfaron porque fueron allí como libertadores, y ganaron en muchas partes la voluntad y el auxilio de los indios mal contentos, los cuales lograron sacudir así la tiranía más espantosa. Es probable que en Otumba hubiese del lado de Hernán Cortés tantos indios como en el Ejército contrario. Y no sin razón nos auxiliaron, porque salieron ganando en todo. «Antes, como dice Gomara, pechaban el tercio de lo que cogían, y si no pagaban eran reducidos a la esclavitud o sacrificados a los ídolos; servían como bestias de carga y no había año en que no muriesen sacrificados a millares por sus fanáticos sacerdotes.» Después de la conquista, añade Gomara, «son señores de lo que tienen con tanta libertad que les daña. Pagan tan pocos tributos, que viven holgando. Venden bien y mucho las obras y las manos. Nadie los fuerza a llevar cargas ni a trabajar. Viven bajo la jurisdicción de sus antiguos señores, y si éstos faltan, los indios se eligen señor nuevo y el rey de España confirma la elección. Así que nadie piense que les quitasen los señoríos, las haciendas y la libertad, sino que Dios les hizo merced en ser de españoles, que les cristianizaron y que los tratan y que los tienen ni más ni menos que digo. Diéronles bestias de carga para que no se carguen, y de lana para que se vistan, y de carne para que coman, la que les faltaba. Mostráronles el uso del hierro y del candil, con que mejoran la vida. Hanles dado moneda para que sepan lo que compran y venden, lo que deben y lo que tienen. Hanles enseñado latín y ciencias, que vale más que cuanta plata y oro les tomaron. Porque con letras son verdaderamente hombres, y de la plata no se aprovechan mucho ni todos. Así que libraron bien en ser conquistados.»

Yo entiendo que la cándida y sencilla apología que acabo de citar basta para prueba de cuán benéfico fue para los indios el triunfo de España sobre ellos. Dicha sencilla y cándida apología vale más que las declamaciones pomposas. Los hechos posteriores lo confirman plenamente. Desde el norte de Méjico hasta el extremo sur de Chile y de la República Argentina, sería fácil demostrar que en el día de hoy hay más indios que hubo nunca, y son más felices, mejores y más civilizados que jamás lo fueron; que bajo el dominio de España los indios que se distinguían o lo merecían podían ser cuanto se podía ser entonces en España: generales, arzobispos, duques, marqueses y presidentes de tribunales; y que ahora pueden ser, y son a veces, presidentes de las repúblicas. En los Estados Unidos tal vez habrán sido más humanos con los indios. Pero yo no he visto indios muy en auge en los Estados Unidos, ni que alguno de ellos figure entre los personajes importantes, que por su riqueza, por su posición o por su saber, influyan ni remotamente en el gobierno de la nación. Tal vez los indios de los Estados Unidos estén acorralados como en España solemos tener toros bravos en una dehesa o jabalíes en un coto, mientras que los indios de las tierras que España y Portugal ocuparon, ya presiden las repúblicas como jefes supremos ya brillan como oradores en las

asambleas legislativas, ya mandan ejércitos, ya recorren como diplomáticos las cortes de Europa, ya ganan fama y aplausos escribiendo en la lengua del pueblo que los conquistó elegantes e inspiradas poesías e interesantes libros en prosa, cuyo valer y mérito somos los primeros en reconocer nosotros los españoles, no estimándoles la alabanza sino complaciéndonos en darla acaso a veces más allá de lo justo.

Las tremendas acusaciones de Draper contra España están puestas en su libro con mero intento teórico, a fin de que en su ramplona filosofía de la Historia figuremos nosotros como un pueblo precito, y a fin de que en el drama cuya acción es el desenvolvimiento de la inteligencia humana y el paso de la edad de la fe a la edad de la razón haga España el papel más odioso. Pero en el día se renuevan y se exacerban estas acusaciones, no va para filosofar más o menos burdamente, sino para sacar muy duras consecuencias prácticas contra nosotros. En los Estados Unidos escriben hoy muchos para denigrarnos, como Draper escribía, siendo lo más gracioso que todo lo que dicen contra nosotros es con el fin de ensalzar a los cubanos y de afirmar que deben ser independientes y libres. Acaso el más feroz de estos escritores antiespañoles sea un cierto señor Clarence King, que ha publicado en la revista *The Forum* un artículo titulado *¿Ha de ser Cuba libre?* Un amigo mío, angloamericano, me envió hace un mes, dicho artículo, excitándome a que le contestase y hasta brindándome con que insertaría mi contestación en una revista de su tierra.

Las acusaciones del señor Clarence King son menos razonables aún que las de Draper; pero como llevan el propósito de excitar en los Estados Unidos el odio y el desprecio contra España y de favorecer a los rebeldes de Cuba, auxiliándolos y declarándolos beligerantes, creo que algo conviene decir contestando al señor Clarence King, aunque la defensa que haga yo de España sea ligera, desenfadada y de broma, ya que el artículo del señor Clarence King, no merece refutación más seria y detenida. Lo que diga yo sobre él será como remate y complemento de la impugnación que la salida de tono y los anatemas de Draper contra España me han inspirado.

Empezando ahora por contestar a la acusación que nos dirige el señor Clarence King de haber exterminado la población india de Cuba, que llega a suponer, se elevaba a un millón de almas, diré que parece imposible que con seriedad se insinúe, ya que no se afirme, semejante disparate. Si a nosotros, fundándose en él, se nos dice: «¿Qué habéis hecho de ese millón de almas?» «Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?», con la misma razón podemos suponer nosotros que en la inmensa extensión de territorio ocupado hoy por la gran República había lo menos cuarenta millones de indios, y preguntar luego con voz fatídica: «¡Caínes! ¿Qué habéis hecho de ellos?»

De todos modos, a mí no me parecería razonable dirigirme a los ingleses pidiéndoles cuenta de esos indios que han desaparecido. Se la pediría, en todo caso, a los que se han apoderado de sus bienes después de matarlos y viven hoy en el territorio que ellos tranquilamente poseían. Porque es absurdo e irracional, suponiendo que gente de casta española mató a un millón de indios para apoderarse de Cuba, simpatizar con los herederos y con los que se aprovechan aún de la matanza y del robo, y condenar por ese robo y por esa matanza a los españoles de por acá, que desde el descubrimiento y la conquista de América hasta hoy no han hecho más que predicar y legislar en favor de los indios.

Es cosa de risa citar a Hatuei²³, que dijo que preferiría ir al infierno a ir al cielo con los españoles, para aplaudir a los descendientes de esos españoles porque se rebelan contra otros españoles, que no sacaron el menor provecho de la muerte de Hatuei ni le hicieron el menor agravio. Todo lo que dice el señor Clarence King acerca de esto vendría muy a propósito si hubiese aún en Cuba descendientes de Hatuei y de sus indios que apellidasen libertad y que pugnasen por arrojar de Cuba a los españoles intrusos, lo mismo a Weyler que a Maceo o que a Máximo Gómez.

Otra no menos chistosa acusación del señor Clarence King contra nosotros se funda en la esclavitud de los negros, sosteniendo que, acostumbrados nosotros a mandar esclavos, no sabemos mandar hombres libres. No parece, al leer esto, sino que en los Estados Unidos no hubo esclavitud

23 Cacique taíno del que trata fray Bartolomé de las Casas.

nunca. Dice también el articulista que España se vio *forzada* a dar libertad a sus negros. ¿Y quién le hizo tal fuerza? España dio la libertad de grado y con gusto. Y los propietarios de los negros no se opusieron con las armas a esta libertad, si bien en Cuba era el darla más difícil, perjudicial económicamente y más peligroso que en los Estados Unidos, aunque no fuese más que porque en Cuba la población negra era tan numerosa como la blanca. No fue, pues, en España; fue en los Estados Unidos, o al menos en mucha parte de ellos, donde se vieron *forzados* a dar dicha libertad; donde tuvieron que tragarla a regañadientes, y donde al que la dio, al libertador glorioso, no faltó quien en premio le matase de un tiro.

Por lo demás, la compasión hacia los negros esclavos acaso se pudiese probar que ha sido más tardía que en nuestra raza en la raza anglosajona, que bastante tiempo ha sido negrera, y donde aún, en el presente siglo, se inventan teorías tan filantrópicas y consoladoras como la de Malthus y la del *Struggle for life*.²⁴

No en el día, en que los españoles estamos harto abatidos, sino en los momentos o en los siglos en que preponderábamos en el mundo, se le ocurrió a ningún español que tuviera séquito y que valiera algo el considerarse de una raza superior a las demás razas humanas, y el despreciarlas y humillarlas. Ni cuando el Gran Capitán se enseñoreó de Italia, arrojando a los franceses; ni después de Lepanto, de San Quintín y de Pavía; ni cuando en Trento prevalecieron nuestros teólogos y, reformando la Iglesia, oponían fuerte valladar al protestantismo y trataban de conservar la virtud que informaba y que unía la civilización europea; ni cuando desde principios del siglo XV, con tenacidad admirable y con fe constante, agrandábamos experimentalmente el concepto de las cosas creadas, circunnavegando el planeta, cruzando mares incógnitos y tenebrosos y descubriendo nuevos mundos y nuevos cielos, jamás hemos menospreciado a las otras naciones, ni las hemos tratado con insolente orgullo, ni las hemos insultado como en el día se nos insulta.

A la verdad, ni ahora ni nunca habrá un solo español que rebaje la gloria de Lincoln; todos ensalzaremos esa gloria; pero alguna, aunque sea menor, nos toca colectivamente, porque dimos de buena voluntad, y no por fuerza, libertad a los esclavos negros de Cuba; y alguna gloria también, anterior, y, a mi ver, más clara y con algo de divino, nos toca por haber sido de nuestra raza santos varones como [Alonso de Sandoval](#) y Pedro Claver, que hicieron por los negros, en un siglo en que aún se ignoraba hasta el nombre de filantropía, movidos de caridad cristiana, obras maravillosas por amor de Dios y de los negros de África.

Supo el señor Clarence King que en el carácter español (ya se entiende que en el de los españoles peninsulares, pues en el de los cubanos, sobre todo si son rebeldes, ha de haber habido una transformación dichosa) supone, digo, que en nuestro carácter persiste en combinación diabólica, la crueldad pagana de Roma, reforzada y sublimada con feroz intensidad por la Inquisición. De aquí resulta que el más blando y humano de nosotros es un Calígula-Torquemada. Y que, a fin de evitar que sigamos haciendo atrocidades contra los pobrecitos e inofensivos insurrectos, los Estados Unidos tienen el deber moral de reconocer la beligerancia de dichos señores, que no talan, ni incendian, ni saquean, ni cometen atrocidad alguna.

Lo de la Inquisición es una cantaleta que nos están dando los extranjeros desde hace mucho tiempo, y que nos tiene ya tan aburridos, que casi justifica que algunos españoles se pongan fuera de sí y, en apariencia, se vuelvan locos, aunque sean sujetos de mucha madurez y juicio. Así es que, sin duda por chiste y para lucir la agudeza de su ingenio, alguien defiende la Inquisición todavía, como, por ejemplo, lo hace con mucha gracia el catedrático don Juan Manuel Ortí de Lara, el cual llega a exclamar: «¡Oh dichosas cadenas del Santo Oficio, que tan fuertemente sujetaban al monstruo de la herejía, que no le dejaban libertad alguna para impedir a los ingenios españoles el vuelo que tomaron desde las alturas de la fe por las regiones del saber y de la poesía!»

Claro está que el monstruo de la herejía, que hoy anda suelto en España sin que la Inquisición lo encadene no impide al señor Ortí de Lara que vuele por donde se le antoje, y hasta que haga la

24 Lucha por la vida.

apología de la Inquisición. Pero yo no quiero ni puedo hacerla, y convendré con el señor Clarence King en que la Inquisición era una infernal maquinaria muy a propósito para atormentar y matar a la gente. En lo que no convengo con el señor Clarence King, sacando una consecuencia opuesta a la suya y muy favorable a los españoles, es en que nosotros, poseedores de la maquinaria susodicha, hayamos atormentado y asesinado jurídicamente a más personas que las atormentadas y asesinadas jurídicamente en no pocas naciones extranjeras, donde tal vez, y sin tal vez, no hubo Inquisición nunca. Jamás la Inquisición de España se regaló ajusticiando víctimas tan ilustres como Servet, Vanini y Bruno. Jamás la Inquisición de España condenó, sino que aplaudió, defendió y ensalzó a Copérnico, a Galileo y a otros sabios, a quienes en tierra donde no había Inquisición condenaban. Y en lo tocante a la muchedumbre de gente menuda, quemada, ahorcada o muerta por otros medios a manos del fanatismo religioso nada tienen que envidiarnos los pueblos más cultos que en el día hay en Europa. Sólo de brujos y brujas, si hemos de creer a Michelet, en Tréveris quemaron siete mil; pocos menos en Tolosa, de Francia; en Ginebra, quinientos en tres meses; en Wurzburg, ochocientos de una sola hornada, y mil quinientos en Bamberg. Convengamos en que jamás hubo en España tan espléndidas y colosales chamusquinas. Y es lo más chistoso, si yo no recuerdo mal (porque no doy ahora para comprobarlo con una Historia de los Estados Unidos que contenga el período colonial), que en esos estados se quemaron y se ajusticiaron también brujos y brujas con profusión pasmosa. Por donde yo me inclino a sospechar que en toda la América dominada por España durante los siglos XVI y XVII no hizo la Inquisición tantas víctimas, contando judíos, mahometanos y herejes relapsos y hechiceros de todo linaje, como las víctimas que por sólo el delito de brujería fueron sacrificadas en los Estados Unidos cuando aún eran colonias.

Otra de las razones que tiene el señor Clarence King para desear que Cuba no sea española es que Cuba es un paraíso muy fecundo y que en otras manos más trabajadoras y hábiles produciría mucho más. Este argumento, no obstante, no vale nada en favor de los cubanos. Es probable, es casi seguro que, si los dejásemos en libertad, Cuba no prosperaría más de lo que hoy prospera. Si prevaleciesen los negros, Cuba sería como Haití, y si prevaleciesen los blancos y mulatos, Cuba sería como es Santo Domingo. Los cubanos que de buena fe y de corazón estén con los rebeldes, si quieren entrever y columbrar el porvenir que siga a su triunfo, bien pueden mirarse en el citado espejo. Harto lo comprenderá el señor Clarence King, coincidiendo con mi parecer; pero por cierta púdica delicadeza no deja ver el fondo de su pensamiento. El fondo de su pensamiento es que Cuba llegue a ser una estrella más en la bandera de su patria. Adiós entonces idioma, casta, sangre y linaje españoles en la isla. En ella, al cabo de veinte o treinta años, o de menos, no se hablaría más que inglés. Todo hombre de origen español desaparecería de la isla más pronto que desaparecieron los indios cuando se apoderaron de la isla los españoles.

Pero ¿qué mal, qué daño, qué terribles ofensas hemos hecho los españoles de la Península a los españoles de Cuba para que a ser unos con nosotros prefieran algo a modo de suicidio colectivo?

Nada, prueba menos que el exceso de prueba. Figurémonos que el señor Clarence King tiene razón; que los españoles no sabemos gobernarnos; que nuestra administración es absurda y corrompida. Con esto no probará sino una cosa: que si los cubanos toman muy a pecho su desgobierno, no deben separarse de España, sino separarse de ellos mismos y ser otros de los que son, y convertirse, por ejemplo, en yanquis. En una nación tan democrática como es y ha sido siempre la nuestra, ¿qué diferencia puede haber ni hubo nunca entre un español de Cuba o un español, verbigracia, de Málaga, de Loja o de Logroño? Los que alternan en España en el Poder, con turno más o menos pacífico, los Narváez, los Cánovas y los Sagastas, ¿no pudieron ser cubanos? ¿Qué inferioridad hemos supuesto nunca, ni por ley ni por costumbre, que exista entre un español de por acá y un español de por allá? La igualdad más perfecta entre todos los españoles de la Península y de ultramar ha sido proclamada siempre en leyes, pragmáticas, ordenanzas y decretos. Felipe II la proclamó solemnemente con palabras citadas por el mismo señor Clarence King. Si esta unidad legal existió bajo un Poder absoluto, lo mismo era para los peninsulares que para los cubanos, y estos últimos no podían pretender entonces ser más libres que nosotros. Pero no

bien hubo en España una Constitución liberal, en 1812, la Asamblea que formó esta Constitución declaró, adoptando la elevada idea de Felipe II, que la nación española es el conjunto de todos los españoles de ambos hemisferios. Las libertades de que desde entonces debieron gozar los peninsulares las debieron gozar también los cubanos. No fue culpa nuestra que Fernando VII, el Deseado, diese al traste con todas esas libertades no bien volvió a España en 1814. Renacieron dichas libertades en 1820, en virtud, por desgracia, de un motín militar, que puede considerarse como el pronunciamiento inicial en la larga serie de pronunciamientos que después ha habido. Y menos culpa nuestra es aún que en 1823, así los peninsulares como los cubanos, perdiésemos de nuevo las mencionadas libertades por obra de los Cien mil Hijos de San Luis, sostenidos moralmente por la Santa Alianza, o sea por Rusia, Prusia y Austria, con el beneplácito, sin duda, de la libre Inglaterra.

De cuantas crueldades y tiranías y de cuantas muestras de grosero, torcido y falso celo religioso hizo y dio entonces un partido fanático por el afán de extinguir en España la civilización moderna y de retroceder a una edad de ignorancia y barbarie, que jamás existió y fue completamente soñada, más culpa que dicho partido fanático y servil tuvieron la Santa Alianza, los franceses que ejecutaron sus órdenes y casi toda Europa, abrumando con su peso al pueblo español y desatando las manos de Fernando VII para que, en premio de haber peleado por su trono, cargase a este pueblo de cadenas. Pero, aun así, justo es confesar que los cubanos fueron los que menos padecieron, si es que algo padecieron, de este último absolutismo de los diez años.

Una prueba más de que no son los españoles peninsulares tan culpables de este absolutismo de los diez años, sino de que nos lo impusieron las más poderosas naciones de Europa, es que desde que en 1834 hubo en España un Gobierno liberal, los gobiernos de esas naciones se negaron a reconocerlo, le volvieron la espalda y favorecieron al pretendiente, rey de los fanáticos y serviles. El nuevo orden de cosas no fue reconocido en España, por Prusia y Austria, hasta después de la revolución de 1848, y por Rusia, hasta 1857.

Y como yo no quiero condenar a nadie en más de lo justo, y menos a naciones tan ilustres como Rusia, Prusia y Austria, ni quiero tampoco injuriar al partido absolutista español, diré que alguna explicación y hasta disculpa tuvieron el odio y el terror de ellos a las modernas libertades, ya que tanto glorificaban, como el señor Clarence King, la primera Revolución francesa. Por pasmosos que hubiesen sido sus triunfos guerreros, no bastaban a atenuar las atrocidades de Dantón, Marat y Robespierre, y los espantos del *Terror* y de la guillotina; y fue lo peor que todo ello tuviese por resultado un gran genio militar sin duda, pero a la vez un déspota, que humilló y ensangrentó a Europa entera, sin que el más hábil y sutil profesor de filosofía de la Historia pueda descubrir, fuera de la ambición personal, del prurito de elevar a la familia y a los amigos y del afán del predominio de un pueblo sobre los otros, propósitos y fines altos y providenciales parecidos a los que más o menos conscientemente tuvieron Alejandro y César.

Será pensamiento mío que tal vez escandalice a muchas personas, pero que ahora se me ocurre y no puedo menos de expresarlo: la primera Revolución francesa, en vez de acelerar el advenimiento de la libertad verdadera y los progresos del linaje humano, vino a atajarlos, oponiéndoles, como obstáculo que tienen que saltar en su curso; el miedo y la repugnancia que los desórdenes y crímenes de la Revolución inspiraron.

Como quiera que ello sea, pues sería, muy largo discutirlo aquí, vuelvo a la cuestión de Cuba. Hoy que tenemos libertad, los cubanos la tienen también como nosotros. Sus senadores y sus diputados toman asiento en nuestras cortes. Allí defienden sus intereses, allí piden reformas, allí concurren a legislar, con los demás representantes del pueblo, y aún son más considerados y atendidos. Nunca, pues, la rebelión ha sido menos justificada que en el día por motivos políticos.

¿Lo será acaso por motivos económicos? Menos aún. Los cubanos no pagan tanta contribución como nosotros. Apenas pagan contribución territorial. Pagan en las aduanas. Y si algún

empleado de los que van de la Península se enriquece por allá, bien puede afirmarse que no es a su costa, sino con beneficio de ellos, favoreciendo el contrabando.

En lo tocante a la solicitud con que el Gobierno de la metrópoli procura el fomento de la producción agrícola, de la industria y del comercio de Cuba, se llega a un extremo casi increíble. En prueba de ello, baste citar el Tratado que los señores Foster y Albacete negociaron en Madrid, siendo presidente de la República el señor Arthur, y que el señor Cleveland, no bien entró en la Casa Blanca, retiró sin consentir que se ratificase. Si el Tratado hubiese sido ratificado, los azúcares de Cuba hubieran ido a la gran República, libres o casi libres de derechos, y de la misma manera hubieran sido recibidas en Cuba las harinas, las carnes y muchos productos de la industria angloamericana. Inútil es ponderar la prosperidad y el auge que esto hubiera traído a la Perla de las Antillas. Para lograr este fin, hubiéramos sacrificado nosotros con buen ánimo la agricultura de Castilla, cuyas harinas no hubieran podido resistir la competencia, el comercio de Santander, bastante de la industria Catalana y no cortos intereses de nuestra Marina mercante.

Alguna queja tengan acaso los cubanos de que, a fin de proteger la industria azucarera peninsular, se grave con demasiado derecho de introducción la azúcar de Cuba; pero el fundamento de esta queja es aparente cuando se considera el corto consumo que España puede hacer y hace de azúcar en comparación de lo que totalmente produce la isla, que, por otra parte, cuenta con más ricos, favorables y cercanos mercados.

Dice el señor Clarence King que por codicia, por la riqueza que de la isla sacamos y por lo que esperamos sacar, nos resistimos a que sea independiente y libre. A mi ver, nada hay más falso; y creo que de los dieciocho millones que hay de españoles, sólo no pensarán como yo mil o dos mil a lo más. Todos sabemos que en los cuatrocientos años que hace ya que poseemos a Cuba, sólo durante quince o veinte ha habido sobrantes en las cajas de Ultramar. En los otros trescientos ochenta y tantos años Cuba no nos ha valido sino gastos, sacrificios y desazones. Pues entonces — dirá el señor Clarence King —, ¿por qué España no abandona a Cuba? La pregunta equivale a la que pudiera hacerse a una buena madre, cuya hija mimada no le trajese más que gastos, si se le aconsejara que la dejase en plena libertad para que ella se ingeniasse y buscasse quien con más lujo la mantuviera. Conservar a Cuba no es para nosotros cosa de provecho, sino punto de honra, de que España no puede prescindir.

La nación que ha descubierto, colonizado, cristianizado y civilizado a América tiene más derecho que ninguna a ser y a llamarse americana, aun dentro de las doctrinas de Monroe, y tiene el deber sagrado e ineludible de sostener este derecho con razones y con armas hasta donde sus fuerzas alcancen y mientras su sangre, su dinero y su crédito no se agoten.

No se comprenden los argumentos que se puedan alegar en los Estados Unidos para proclamar la beligerancia de los insurrectos cubanos y para excitar acaso a otras potencias a que también la declaren. No hubiera habido menos motivo para pedir o declarar hace años la beligerancia del Tempranillo, del Chato de Benamejí o de los Botijas. No se conducen mejor Máximo Gómez y su cuadrilla, ni atinan con más habilidad a escabullirse de sus perseguidores. Las diferencias que hay son favorables a aquellos antiguos bandidos de la Península, porque no eran incendiarios, y porque, como se acogían a un indulto, cumplían como caballeros y no volvían a las andadas, engañando y burlando a los que los habían indultado.

En la pasada guerra civil cubana, el conde de Valmaseda, ofendido de estas villanías con que era burlada y pagada la generosidad española, dio un bando, no he de negar que harto violento; pero esto no basta para justificar la nota dirigida por el señor Fish, secretario de Estado, al ministro de España en la gran República.

Esta nota es una dura reprimenda hecha en nombre de la civilización cristiana y de la Humanidad por alguien que debió de creerse, sin el menor interés, representante y encargado de Negocios de dicha civilización y aun del linaje humano y con autoridad para dirigirse a nosotros como a un subordinado suyo. Fueran las que fueran las faltas cometidas por el conde de Valmaseda,

el señor Fish cometió, al dirigir la nota, un atentado contra la soberanía, la autonomía y el decoro de España, cuyo ministro, si su Gobierno no hubiera sido tan débil y le hubiera prestado apoyo, lo menos que hubiera debido hacer es devolver la nota sin contestación, dándola por no recibida, como alguna otra nota, menos insolente y soberbia, se devolvió en Madrid a un ministro angloamericano.

Ahora, por fortuna, si de algo han pecado el noble general Martínez Campos y los demás jefes y autoridades de España en Cuba, ha sido de lenidad, de espíritu de conciliación y de generosa confianza. Repito, pues, que no se comprenden los argumentos que pueden alegarse en los Estados Unidos para declarar la beligerancia de los insurrectos cubanos y para excitar a otras potencias a que la declaren.

Ni el Gobierno español ni sus agentes han cometido ni cometerán en Cuba crueldad alguna. Aunque los forajidos que están asolando el llamado, por el señor Clarence King, fecundo paraíso no merecen que las potencias cultas de Europa los amparen o los protejan, no contra nuestra saña, sino contra nuestra justicia, yo espero que ésta se temple y mitigue con la mayor misericordia; mas no por eso acierto a explicarme que a los cabecillas rebeldes, a los principales al menos, y a los que no tienen siquiera la excusa de ser cubanos y de estar cegados por un mal entendido amor a la patria, se los perdone si llegan a caer en poder de nuestros soldados. Justo y necesario será algún saludable escarmiento.

Difícil es, cuando no imposible, descubrir el motivo de queja que, en nación tan grande y poderosa como los Estados Unidos, pueda haber contra España, bastante a mover a mucha parte de su ilustrada Prensa periódica, al señor Clarence King y a una respetable comisión de senadores, a que pidan, valiéndose de mil injurias contra España, que el Gobierno de la gran República declare beligerantes a los insurrectos, procure que otras potencias también los declaren, y garantice así la impunidad de todos ellos para el día en que depongan las armas, cansados de andar a salto de mata y de perpetrar toda clase de delitos. Por el contrario, España es quien puede quejarse por no pocos motivos: porque la acogida y el favor que reciben en aquel país los ingratos y rebeldes hijos de España exceden sobre manera a la más franca hospitalidad, y porque bien puede recelarse que, excitado por ellos, el Gobierno angloamericano ha mostrado con frecuencia cierto prurito de vejarnos y lastimarnos.

Hay una, en mi sentir, detestable costumbre, fundada en torcidos principios de Derecho Internacional, que prevalece en todas las naciones cultas, y, no lo negamos, también en España. Hablo de la exagerada obligación en que se creen los gobiernos de proteger a sus súbditos en país extraño y de pedir, hasta con amenazas, que reciban indemnización de perjuicios que se les causen o pérdidas que tengan.

Los gobiernos, movidos por la opinión pública, extraviada o violenta, reclaman, tal vez sin mucha gana y por cumplir, pero reclaman, y suelen hacer, de las reclamaciones tirantez, enfriamiento de amistad y hasta conflictos. Y es lo más deplorable que cuando la potencia que reclama es fuerte, humilla a la débil, en ocasiones la atropella y casi siempre le saca el dinero. Y, en cambio, cuando es más débil la potencia reclamante, en vez de salir airosa, es desdeñada en su reclamación, y su súbdito ofendido se queda burlado en vez de lograr ser indemnizado.

Cuando, por cualquier circunstancia se equilibran las fuerzas de las potencias reclamante y reclamada, suelen originarse hasta guerras, aunque para declararlas se busque o se invente otro fundamento. Así, por ejemplo, si bien se rastrea y aun se escarba hasta llegar a la raíz de algunas expediciones belicosas, se verá, que nacen de reclamaciones poco atendidas de particulares. Probablemente, si Francia y España no hubieran reclamado algo en balde para súbditos suyos, tal vez nunca hubieran tenido la ocurrencia de favorecer en Méjico a un partido monárquico y un tanto aristocrático y de ir allí a levantar el trono, que pagó más tarde muy caro un príncipe egregio y bondadoso. Tampoco sin reclamación hubiera habido guerra del Pacífico ni bombardeo de Valparaíso y del Callao.

Cuando la nación de quien se reclama es débil, sin duda que no hay guerra, pero suele haber violencia y atropello. Así, pocos años ha (y prescindo de todo disimulo diplomático), Italia contra Colombia.

Véase, pues, con cuánta imparcialidad reconozco que apenas hay potencia, incluso España, que no adolezca de esta manía de reclamar exageradamente en favor de sus súbditos, establecidos o de paso, en país extranjero, aunque cristiano y civilizado como aquel de que son naturales. A mi ver, sería bueno y provechoso decidir en el primer gran Congreso diplomático que haya que esa protección del súbdito en país extranjero no la ejerza ninguna potencia cristiana y culta sino cuando dicho súbdito vaya a vivir a un país bárbaro o resida en él, y que, si reside en un país culto y cristiano, como el país de que procede, se someta a las leyes, usos y costumbres del país de su nueva residencia, sufra las molestias y se exponga a los peligros que allí sufren o a que allí se exponen los demás, y reclame contra cualquier agravio o daño, no por la vía diplomática, sino por los medios y recursos que le preste la legislación del país adonde voluntariamente ha ido.

Así se evitarían muchos males. Así se evitaría que, en ocasiones, en vez de ser una ventura que venga un extranjero, con capital o con inteligencia o con ambas cosas, a un país pobre y débil, sea una calamidad o un ominoso preludio de vejámenes y sobresaltos, y así se evitaría que el extranjero que pasa de un país débil a un país fuerte sea desatendido y acuda en balde, en cualquier reclamación, a su Legación, a su cónsul o directamente a su Gobierno.

Hasta hoy no se ha pensado en esta reforma del Derecho internacional, que ligeramente dejo indicada. No clamo, pues, contra la costumbre protectora. No protesto del uso, sino del abuso. Y lo que más lamento es que en los Estados Unidos se haya sutilizado y alambicado tanto el uso o el abuso, que no reclaman sólo en favor de legítimos castizos y nativos angloamericanos, sino en favor de cualquier cubano rebelde que se va a la gran República huyendo de la autoridad española por delitos políticos que su nueva patria adoptiva no considera como tales. Han procedido de aquí muchas reclamaciones, que hemos satisfecho con longanimidad lastimosa, por donde los rebeldes, al ver la protección triunfante que se les otorga y la condescendencia con que España la acepta y paga, desdeñan a España y reciben alicientes y estímulos para rebelarse contra ella.

A despecho de tanta dificultad, entre las cuales, como se ve, cuentan por algo las que los Estados Unidos nos suscitan, todavía espera la mayoría de los españoles, y yo con ella, que Cuba, por ahora, *no ha de ser libre* como el señor Clarence King ansía y propone. Esperemos que Cuba *siga siendo libre*, pero española, como la metrópoli desea; pero tenga por seguro el señor Clarence King que si, por desgracia, y lo que Dios no permita, se agotasen nuestros recursos yuviésemos que abandonar la Gran Antilla, no hay español peninsular que sueñe por espíritu vengativo con que aquello se vuelva o *yanqui* o *merienda de negros*. Por cima del patriotismo y más allá del patriotismo, vive y alienta en nosotros el amor de casta o de raza. Ojalá, primero, que Cuba siga siendo española; pero si Cuba deja de serlo, ojalá que sea pronto, para gloria y satisfacción de la antigua madre patria, una gran República cultísima y floreciente. Entonces, Máximo Gómez, por ejemplo, a quien ahora fusilaríamos o ahorcaríamos sin escrúpulo y para cumplir con una penosa obligación, brillaría, con aplauso nuestro, a la altura de los egregios libertadores; podría ponerse al nivel de Simón Bolívar y de Jorge Washington y tener estatuas y monumentos como los que ellos tienen. Lo malo es que bien se puede apostar uno contra mil a que ese estado de florecimiento y de grandeza no llegará para Cuba, ni en muchos siglos, si prematuramente y con marcada y notoria ingratitud lograra ahora separarse de la metrópoli. Queden, pues, tranquilos los angloamericanos y los hispanoamericanos, y no recelen que ni a Jorge Washington ni a Simón Bolívar les suscite el Cielo o el Destino un rival de gloria.

Madrid, 1896.

EL PAÍS DE LA CASTAÑETA (1896)

Hará ya seis meses estuvo en Madrid un angloamericano llamado H. C. Chatfield-Taylor²⁵. Un amigo mío me lo presentó y trajo a mi casa, donde tuve el gusto de conocerle. Me pareció sujeto amable, discreto e ilustrado, y muy entusiasta de nuestro país. Pronto volvió al suyo dicho señor, escribió un libro sobre España lo imprimió en Chicago, exornándolo con bonitas estampas y tuvo la bondad de enviarme un ejemplar que recibí hace pocos días. Confieso que el título del libro me desagradó bastante. El libro se titula *El país de la castañeta* (*The land of the castanet*.) Ya en el título hay una ofensa. Es como si un español escribiese un libro sobre los Estados Unidos y, sin acordarse de Washington, de Franklin, de Lincoln, de Grant, de Emerson, de Poe, de Edison, de Channing, de Whittier y de otros muchos ilustres personajes, de sus nobles y hermosas mujeres, de sus grandes ciudades, de sus monumentos, de su riqueza, de su prosperidad, de las bellezas naturales de su territorio, de la anchura del Hudson y del Mississippi y del salto del Niágara, recordase sólo la abundancia de cerdos que se crían y se matan en Chicago y titulase su libro *El país del cerdo*.

A menudo el señor Taylor nos acusa en su libro de orgullosos. Yo no creo que lo somos ni que lo hemos sido nunca; mas no por eso nuestra humildad ha de llegar hasta el extremo de resignarnos a creer que el objeto que más nos caracteriza y distingue de las otras naciones del mundo es la castañeta.

Hace muchos años, cuando el rey de Sajonia, que había sido partidario de don Carlos, reconoció por reina a Isabel II, mandó a esta corte a un elegante y rico enviado extraordinario, llamado el barón Fabrice. Trajo este señor consigo a un hábil cocinero, que, además, era literato y que al volver a su tierra compuso un libro de sus impresiones de viaje en España, y lo tituló *Puchero*. Nadie entre nosotros podía ver la menor ofensa en este título. Para una persona cuyo principal oficio y arte es la cocina, el puchero no puede menos de ser la idea capital y como el centro en cuyos alrededores se agrupan las demás cosas. De la misma suerte, si el señor Taylor hubiera sido bailarín, la castañeta hubiera sido también, naturalmente, el núcleo de sus impresiones, la piedra angular de todo el caramillo de ideas que sobre España formase; pero como yo no creo que el señor Taylor sea bailarín de oficio, hallo raro que califique a España de *país de la castañeta*, por más que en España las castañetas o castañuelas se toquen desde muy antiguo, según lo atestigua Marcial en sus versos en elogio de Teletusa, que las repiqueteaba de lo lindo al gusto de Cádiz; por más que un docto fraile inventase y escribiese una ciencia nueva titulada *Crotalogía o ciencia de*

25 El norteamericano Hobart Chatfield Chatfield-Taylor (1865-1945), autor de *The Land of the Castanet. Spanish Sketches*. Chicago 1896. En 1927 publicará *Tawny Spain*, en el que reelabora el libro anterior. Y respecto a la crítica de Valera que aparece en este artículo, reconoce que es cierto que el título puede resultar ofensivo. «Deseo manifestar, por lo tanto, que el título al que señor Valera se opuso no fue elegido por mí, sino por los primeros editores del libro, ya que les pareció atractivo para los oídos anglosajones. Me resulta tan desagradable a mí, sin embargo, como lo fue para señor Valera cuando aun vivía; por consiguiente, me complace que se me permita sustituirlo por las palabras de Shakespeare*, *La España dorada*, tan expresivas de las colinas y llanuras bronceadas por el sol de la Península.» (*Prefacio*)

*«This child of fancy, that Armado hight, / for interim to our studies shall relate / In high-born words the worth of many a knight / from tawny Spain lost in the worlds's debate.» (*Love's Labour's Lost*). Astrana Marín lo tradujo así (eliminando el calificativo *dorado*): «Este engendro de la fantasía, que se llama Armado, mientras reposemos de nuestros estudios, nos contará en escogidas palabras las proezas de muchos caballeros de la grande España, proezas que el mundo ha olvidado.»

las castañuelas, y por más que mi ingenioso y erudito amigo don Francisco Asenjo Barbieri, que en paz descanse, escribiese también un curioso discurso sobre tan alegre instrumento.

Hecho ya este inevitable reparo, no he de negar que el libro del señor Taylor es de muy amena lectura, contiene muchas noticias, y a veces encomia hasta con entusiasmo a no pocas personas y bastantes cosas de España. Da, por ejemplo, justos y atinados elogios a varios de los más notables de nuestros políticos y literatos, como Castelar, Moret, Echegaray, Emilia Pardo Bazán, Cánovas y Sagasta. Del conjunto del libro se infiere que el señor Taylor desea sernos favorable; pero a pesar suyo, el prisma engañoso del protestante y del yanqui, al través del cual nos mira, hace que a menudo, ya nos calumnie y nos injurie involuntaria y candorosamente, ya lance sobre nosotros o contra nosotros profecías agüeros y juicios, a mi ver disparatados.

Dice, por ejemplo, que nosotros, en nuestro orgullo, tenemos peor opinión de los yanquis que los yanquis de nosotros. Lo único que se ha hecho en España es contestar con algunas injusticias, que yo encuentro de pésimo gusto, a las de un gusto mil y mil veces más depravado y ruin, que nos han dirigido y que nos dirigen de continuo senadores, diputados, escritores graves, o que pretenden serlo y periodistas de la gran República. Si fuésemos a contestar a los yanquis con suma igual de injurias a las que les debemos, nos pareceríamos a dos enjambres de verduleras que se ponen como hoja de perejil con el Atlántico de por medio. Y las injurias de los escritores de los Estados Unidos contra nosotros no son de ahora, con ocasión de la guerra de Cuba, sino que vienen de muy atrás. Sólo Guillermo Draper ha dicho más ferocidades contra España y ha mostrado más profundo aborrecimiento contra nosotros, que el que podrían atesorar todos los españoles juntos, si se decidiesen a denigrar, a escarnecer y a insultar a los angloamericanos.

El mismo Taylor, que pretende, que desea, que aspira de buena fe a hacer nuestra apología, ya desde el segundo renglón de su libro nos califica de indolentes y de crueles. La acusación de fanatismo y de superstición que el señor Taylor lanza a menudo contra nosotros casi no nos ofende, y, de puro poco razonable y fundada, nos parece chistosa. Si fuésemos a hacer la estadística de los ajusticiados, quemados y asesinados por motivos religiosos, de fijo que resultaría, a pesar de Torquemada y de todos los inquisidores, doble o triple número que en nuestra cuenta, en la cuenta de la sentimental y piadosísima raza anglosajona.

En lo tocante a superstición, declaro que no me explico que nos acuse de ella ningún cristiano de distinta Iglesia que la católica. Libre es todo hombre de aceptar y creer por completo lo dogmático de nuestra religión, o sólo una parte, modificándola algo o no modificándola; pero desde el momento en que se cree una parte, no hay razón ni motivo para llamar supersticioso al que lo cree todo. Cuando dijo Sancho que no bien él y su amo se remontaron al cielo, se apeó él de Clavileño y se puso a jugar con las *siete cabrillas*, Don Quijote tuvo sobrada razón en decirle que no se allanaría a creer en su jugueteo con las estrellas, si Sancho no creía tampoco en nada de lo que contó que en la cueva de Montesinos le había pasado. Para un impío racionalista, tan absurdos son los retozos de Sancho con las Pléyades como la conversación y los lances del hidalgo manchego con Montesinos, Durandarte y Belerma. ¿Por qué, para un espíritu religioso, han de ser fanáticos el eximio doctor Suárez, el glorioso Ignacio de Loyola, Melchor Cano y Domingo Soto, y han de ser unas criaturas muy juiciosas y razonables Wiclef, Knox, Lutero y Calvino? O todos igualmente locos y fanáticos, o todos igualmente dignos de consideración y respeto.

Otra terrible manía del señor Taylor es la que muestra contra las corridas de toros, a las que fue no obstante y se divirtió viéndolas. Lo que es yo, gusto tan poco de dichas corridas, que nunca voy a presenciarlas, como no he ido en los Estados Unidos a divertirme en ver a dos ciudadanos romperse a puñetazos el esternón y las quijadas para deleite de los cultos espectadores; mas no por eso diré que mientras entre los yanquis se estilen tales juegos, no será posible que se civilicen y seguirán siendo bárbaros y feroces. El señor Taylor declara en cambio que nosotros sólo porque toleramos las corridas de toros somos *incapaces de civilización* en su más alto sentido.

Diré, por último, que el señor Taylor, que varias veces nos acusa de crueles, es crudelísimo con el pueblo español cuando lo compara a un hidalgo empobrecido, y casi hambriento, que, lleno de vanidad y por seguir alternando con otros hidalgos ricos, es manirroto y despilfarrado, gasta más de lo que tiene y va derecho a la más espantosa ruina. Pues qué, ¿entiende el señor Taylor que sea vanidad y despilfarro que procuremos conservar, aun a costa de los mayores sacrificios, una isla que nos pertenece, y donde nadie o pocos se sublevarían si desde los Estados Unidos no los alentasen y no les enviasen armas y dinero? Cuba es nuestra propiedad legítima, y no es vanidad ni soberbia nuestro empeño en conservarla. Cuba es, además, como la prenda y el testimonio visible y monumental de que este pueblo de la *castañeta* fue el que descubrió el Nuevo Mundo e implantó en él las artes y la civilización de Europa.

Aunque nosotros no negamos que en comparación de los Estados Unidos somos muy pobres, todavía nos parece duro que a cada paso se nos eche en cara nuestra pobreza y la vanidad ridícula con que se supone que tratamos de disimularla. Las señoras, dice el señor Taylor, van a paseo en coche elegantemente vestidas de medio cuerpo arriba y de medio cuerpo abajo muy andrajosas, cubriendo con una manta aquella miseria. Por lucirse, andar en coche y tener palco en el Real, se tratan muy mal en casa, la cual suele estar inconfortable y mal amueblada. En invierno se mueren de frío, y en todas las estaciones remedan al camaleón, alimentándose casi del aire.

El señor Taylor deja entrever con insistencia su recelo de que en España se come poco y mal, de modo que nosotros para agasajar a los extranjeros no los convidamos nunca a comer, limitándonos a hacerles muchas cortesías. Nos cuenta, sin embargo, contradiciéndose, que el señor don Emilio Castelar le dio un almuerzo suculentísimo, en el que se sirvieron diecisiete platos, sin contar los postres, que serían probablemente, cuarenta o cincuenta, todo ello, para que no se atragantasen, remojado con los mejores vinos españoles. Pues qué, ¿quería más el señor Taylor? También se contradice al hablar de los clubs o casinos. En algunos pasajes de su libro afirma que no somos un pueblo *clubable*, y califica de mezquinos y pobres nuestros clubs, y lamenta que se sostengan por el juego. Y en contra de lo dicho, afirma en otros pasajes, por ejemplo, que el Casino de Córdoba es grandioso, y ensalza el Ateneo de Madrid, que al fin es un Casino donde no se juega, encomiando su rica y selecta biblioteca, su gran salón de sesiones y sus cátedras, donde personas sabias y elocuentes enseñan diversas ciencias y facultades.

Sobre la *high-life* de Madrid y sobre las damas de la suprema elegancia, el señor Taylor está algo satírico; pero en manera alguna singularmente ofensivo, ya que los vicios y faltas que halla en la *smart set* madrileña le parecen menores que los de la *smart set* neoyorquina. Como yo en este punto tengo la manga mucho más ancha que el señor Taylor, absuelvo de casi todas sus culpas, sin imponerles la menor penitencia, tanto a las damas elegantes de Madrid como a las de los Estados Unidos, que me parecieron guapísimas, discretas y divertidas, durante los dos años que pase en aquella tierra. Mi indulgencia es fenomenal para con las señoras. Apenas hay rareza que yo no les perdone; hasta perdono a algunas de nuestras damas elegantes que, según observa el señor Taylor, aunque no sepan hablar inglés, pronuncien con acento inglés el castellano, apretando mucho los dientes, desde que pasaron una semana en Londres. Este acento inglés es ya más distinguido y más *chic* que la erre nasal o gangosa que otras damas emplean a fin de parecer educadas en *París de Francia*.

La clase media, sigue el señor Taylor, es ignorante, grosera y sucia. Supone enorme distancia, un abismo, entre nuestra nobleza y el pueblo. No sé cómo ha podido notar esto en el país más democrático del mundo, que es España. El señor Taylor acusa a cada paso de ignorantes a los españoles. No se comprende cómo el poco tiempo que ha estado aquí le ha bastado para examinarnos de todas las asignaturas y darnos calabazas. Los mahometanos y los judíos ésos sí que eran sabios; pero hicimos la barbaridad de expulsarlos.

No cabe en este breve escrito contestar a las censuras del señor Taylor. Nos limitaremos a contraponerle las siguientes afirmaciones:

Que durante toda la Edad Media, la España cristiana fue el pueblo más tolerante de toda la cristiandad.

Que cuando venían cruzados a ayudarnos en la Reconquista, era menester echarlos o luchar contra ellos, para que no matasen ni robasen a todos los judíos y mahometanos, faltando a los pactos y a la fe jurada.

Que la sabiduría musulímica y rabínica y sus filósofos y doctores, en vez de ser perseguidos por los monarcas cristianos de España, hallaron con frecuencia en sus cortes protección y refugio contra las fanáticas persecuciones, ya de algunos califas de Córdoba, ya de los almorávides y almohades, en la época de las tremendas invasiones africanas.

Y en fin: que esa sabiduría se difundió y se dio a conocer en el resto de Europa por medio de los cristianos españoles, arzobispos, obispos y sacerdotes casi siempre, que tradujeron, comentaron y explicaron los textos arábigos y hebraicos.

Pero salgamos de las honduras en que nos hemos metido, y terminemos este artículo, que va siendo ya sobrado largo, afirmando que el libro del señor Taylor es muy agradable de leer, a pesar de los defectillos que hemos notado, y que, si procuramos no ser vidriosos, reconoceremos que cuanto el señor Taylor dice contra nosotros proviene de prejuicios difíciles de arrancar del alma de un extranjero, pero que en el fondo el señor Taylor o nos encomia o procura encomiarnos, y en casi todas las páginas de su libro muestra hacia nosotros muy sincera y fervorosa simpatía.

Madrid, 1896.

MÉRITO Y FORTUNA (1896)

Hace pocos días recibí carta de mi excelente amigo el doctor don Juan Fastenrath²⁶. Entre otras cosas, me dice que en Alemania van a celebrar el centenario de don Manuel Bretón de los Herreros y que el gran duque de Sajonia Weimar hará que en el teatro de su Corte se represente una comedia, tal vez *Muérete... y verás*, de aquel fecundo y ameno poeta, el 19 de diciembre próximo, al cumplirse el siglo de su nacimiento.

Lleno de patriótica satisfacción vi yo esta prueba del alto aprecio con que en algunos países de Europa miran a los ingenios españoles contemporáneos.

Aguó, no obstante, y hasta acibaró mi contento, la injusta severidad con que un autor inglés de mucha fama, que por acaso estaba yo entonces leyendo, juzga y condena a la España del día. En su estudio sobre Santa Teresa dice el señor Froude²⁷: «Las revoluciones siguen a las revoluciones en la Península Ibérica; hunden al pueblo en la miseria y esterilizan el suelo; pero en esos últimos tiempos no han producido un solo personaje como aquellos cuyos nombres forman parte de la historia europea. Sólo han producido aventureros, militares y oradores de elocuencia trascendente; pero ningún Cid, ningún Gran Capitán, ningún Alba, ningún Cortés, ningún Pizarro. El progresista de nuestra edad necesita subir mucho si ha de elevarse al nivel antiguo.»

La verdad es que acerca de la España actual hay en el mundo muy desfavorables opiniones. Todavía somos estimados y ensalzados por nuestros artistas. Nuestros poetas líricos, tan buenos, en lo que va de siglo, como los de cualquier otro país, son desconocidos en los países extranjeros. Algunas de nuestras novelas, aunque pocas, han sido traducidas en varias lenguas. Y algo de nuestro teatro moderno ha sido traducido y aplaudido también, sobre todo en Alemania y en Inglaterra. Acaso a *Un drama nuevo*, de Tamayo, sea a lo que debemos el mayor triunfo. Ha pasado el Atlántico, y, puesto en inglés, ha embelesado al público de los Estados Unidos.

En mi sentir, no obstante, el movimiento presente del ingenio español se estima fuera de España en muchísimo menos de lo que vale. Sin duda, consiste esto en que Francia, que para todos los pueblos civilizados hace el papel divulgadora y que además se interpone entre nosotros y los demás pueblos, dista mucho de sernos favorable. Y no lo es porque en Francia nos quieran mal ni porque falten en Francia personas eruditas que conozcan tan bien o mejor que nosotros nuestra historia, nuestra lengua y nuestra cultura, sino porque la generalidad de los franceses está tan engreída, y no sin razón, si cabe razón en el engreimiento, que casi no puede concebir que, desde los principios del siglo XVIII hasta ahora, se haya hecho en España más que remedarlos o permanecer en la barbarie o corrupción mental en que habíamos o se supone que habíamos caído.

En este error nos cabe gran parte de culpa. Nosotros mismos nos hemos engañado en probar, que murió el antiguo pensamiento español castizo, y que desde Luzán en adelante Francia nos ha inspirado y nos ha pulido.

Nada más falso si discurrimos sobre ello con tino y reposo. El escepticismo del siglo pasado; su pobre filosofía sin metafísica; sus ideas y sentimientos, nobles aunque maleados por excesiva declamación, sobre filantropía, igualdad, libertad y progreso, todo esto fue el espíritu de una época en la historia de Europa, o, si se quiere, de todo el género humano; pero en Francia resonó con mayor estruendo de hermosura, primero en sus escritores y en su Revolución más tarde. ¿Cómo

²⁶ Johannes Fastenrath (1839-1908), hispanista alemán.

²⁷ El inglés James Anthony Froude (1818-1894) publicó su estudio *Saint Teresa* en *Quarterly Review* (octubre de 1883), y lo reprodujo en *The Spanish Story of the Armada and other essays*. Londres 1892.

había de sustraerse España al influjo de lo que aquellos escritores dijeron y de lo que la Revolución hizo? Hasta podía considerarlo como el eco de su propio pensar y sentir, escrito primero, y luego actuado. Aun así, yo entiendo que el influjo de Francia fue menor en España que en las demás naciones. Y en lo tocante a las reglas del arte, a la forma, a lo meramente literario, apenas merece tenerse en cuenta. Así como Parini, Alfieri, Monti, Foscolo y Pindemonte nada deben a la imitación francesa, los poetas de las escuelas de Sevilla y Salamanca, ambos Moratines en lo lírico y épico, Quintana, Gallego y el duque de Frías nada le deben tampoco. Hasta en la poesía dramática, aun cuando queríamos sujetarnos a las reglas venidas de Francia, éramos originales, castizos y, permítaseme la expresión, de pura sangre española. Tan original, tan inspirado y tan propio de su nación y de su época es don Ramón de la Cruz como Lope o como Tirso.

Froude puede decir lo que se le antoje; pero, en literatura, al menos, no veo yo por qué los nombres del mencionado sainetero, los de los grandes poetas líricos que hemos citado y los de bastantes otros más recientes que pudiéramos citar, han de excluirse de la historia de Europa y no han de poder figurar al lado de los nombres de Byron, Moore Shelley y Burns.

A menudo cavilo y hago examen de conciencia para ver si me ciega o no el amor propio nacional, y siempre resulta de mi examen que dicho amor propio no me ciega. La mayor parte de los españoles, y yo con ellos, pecamos en el día por todo lo contrario.

Cada cual propende a figurarse, poniéndose él a un lado como excepción rara y punto menos que única, que por acá, intelectual y moralmente, todo está muy rebajado. La maledicencia, la más acerba censura y la sátira más cruel se manifiestan en nuestras conversaciones y escritos y son lo que más agrada y se aplaude.

Como yo soy y quiero seguir siendo optimista, contra viento y marea, ni siquiera censuro esta furia de descontento y de censura. Afirman los que han navegado mucho que nunca, en medio de las más espantosas tempestades, perdían la esperanza de salvación mientras oían a la gente de a bordo lanzar votos y reniegos, blasfemias y maldiciones, y que sólo empezaban a perder la esperanza cuando veían a la gente de a bordo, resignada y contrita, rezar y no jurar y decirse ternuras en vez de improperios.

Por este lado, pues, y como prueba de que queremos luchar contra la borrasca y vencerla, estoy por decir que me parece bien y útil que nos denostemos y nos humillemos unos a otros hasta no poder más, pero hoy quiero yo discurrir serenamente, como si no hubiera tempestad, sino calma, sin resignación y sin furia, y ver si puedo fundar en algo un razonable *sursum corda*.

Válgame para ello así lo que he aprendido por la lectura como lo que he visto en los muchos años que he peregrinado y vivido en extraños países. No es mi intento ofender a nadie; pero he de hablar con entera franqueza. La ironía con que elogia Froude la elocuencia trascendente de nuestros oradores es injusta a todas luces. De sobra hay en cualquier otro país oradores tan huecos, tan palabreros, tan difusos y tan ampulosos como los que en España puedan ser más tildados de tener dichos defectos. Lo que no hay de sobra en parte alguna es la facilidad, el primor, la elegancia y el arrebatado poderoso de no pocos de nuestros oradores. Y en cuanto a la capacidad política que da muestra de sí en la acción y no en la palabra, creo que debemos hacer un distinguo.

Claro está, y cómo negarlo, que España está pobre; que materialmente se halla más atrasada que Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Alemania, los Estados Unidos y tal vez algunos otros países; que es menos poderosa que Rusia; que ha perdido inmensos territorios en el Nuevo Mundo; que ha sido trabajada desde hace casi cien años por incesantes discordias civiles, y que en los momentos actuales en que vivimos ahora se halla abrumada de grandes calamidades y amenazada de otras acaso mayores. Pero la causa de esto, digámoslo sin rodeo ni disimulos, ¿es que los españoles del día son más inhábiles, menos enérgicos, menos probos y menos entusiastas que los de otras edades, para nosotros más dichosas? Esto es lo que yo niego. Puedo ver y veo nuestra decadencia; puedo recelar y prever nuestra ruina; pero no creo llano y fácil explicar la causa. Fuera de España, en América y en Europa, hasta donde yo he podido experimentar, no he visto que la

gente del pueblo sea menos torpe, ni menos floja ni menos ruda que en España. Y en cuanto a los sujetos eminentes, directores y gobernadores de los estados, ya me guardaré yo muy bien de decir lo que dijo cierto lord inglés cuando envió a viajar a su hijo: «Anda, hijo mío, y pásmate al ver qué casta de hombres gobiernan el mundo.» Yo disto mucho de ser tan severo como el citado lord (Chesterfield, si la memoria no me engaña); pero no he tropezado en ninguna de las capitales y cortes que he recorrido, y he de declararlo aquí aunque sean odiosas las comparaciones, con ministros, jefes de partido, gobernadores y hombres de Estado, cuya grandeza haya transformado en mi imaginación a los de España en unos pobrecitos pigmeos. Confieso que no he conocido a Cavour ni a Bismark, que son los que en estos últimos sesenta años han hecho más grandes cosas; pero he conocido a muy ilustres varones dirigiendo la política de florecientes imperios, repúblicas y monarquías, y, acaso por falta de sonda mental, no he sondeado el abismo que los separa de nuestros infortunados corifeos políticos, abismos en cuyas por mí inexplicadas honduras han de residir la agudeza, el tino y la sabiduría que hacen que todo les salga bien, mientras que todo por aquí nos sale mal por carecer de esas prendas.

Me induce a sospechar cuanto dejo expuesto que no siempre la postración o el encumbramiento de las naciones depende del factor del conjunto de sus ciudadanos y del mérito extraordinario de los nombres que las dirigen. Por mucho entran el valor y el mérito; pero hay otro factor importante, y es la fortuna. Bien sé que no hay fortuna para Dios: todo está previsto y ordenado por Él; mas para los hombres, ¿cómo negar que hay fortuna? ¿Quién prevé todos los casos adversos y prósperos? Y, aunque se prevean, aunque se señale en un cuadro del porvenir el curso que han de llevar los sucesos, ¿depende por completo de la voluntad humana el variar ese curso? Imaginemos el político más maravillosamente previsor, y todavía podrá ser como el astrónomo, que anuncia la aparición de un cometa y no lo detiene, que anuncia un eclipse y no lo evita, o como el médico, que pronostica los estragos de una tisis galopante y la próxima muerte del enfermo y no sabe curarla.

Yo doy, pues, por seguro que así en el encumbramiento y prosperidad de los pueblos como en su decadencia y ruina, si entra por algo el mérito y el valer entra por algo o por mucho también lo que llama acaso la gente irreflexiva, lo que atribuye la gente piadosa a la voluntad del Altísimo o lo que ciertos impíos y sutiles metafísicos sostienen que depende del orden inalterable en que los casos se suceden o del encadenamiento y evolución de la idea en la historia humana.

Como quiera que ello sea, hay venturas y desventuras, triunfos y reveses, hundimientos y exaltaciones que no provienen del mérito de los individuos o de los pueblos, sino que están por cima de las voluntades y de los entendimientos humanos.

Y, afirmándolo así, yo me pregunto: ¿qué es lo que conviene más, entender que las causas de nuestros males no son sólo por nuestra culpa, o entender que estamos mal porque somos incapaces y porque no valemos lo que nuestros padres o lo que nuestros abuelos valían? Lo que es yo, desde luego, me inclino a que es más útil entender lo primero. En ninguno de los dos casos, yo, como optimista, veo el mal sin remedio. Una nación, lo mismo que un individuo, aunque esté decaída o degradada, puede corregirse, hacer penitencia, sufrir la dura disciplina del infortunio, regenerarse al cabo y volver a ser grande; pero esta transformación dichosa será muy lenta y tardía. Habrá que cambiar para ello el ser de todos los ciudadanos y el de la República; pero, si el mal proviene de las circunstancias, las circunstancias pueden cambiar, porque Dios o el Destino quiere que cambien, y la transformación entonces será rápida e inesperada. Para mí, por ejemplo, es evidente que los españoles de los últimos años del reinado de Enrique IV de Castilla no eran peores, tal vez eran los mismos los que tenían disuelto y estragado todo el país, que los que en tiempo de los Reyes Católicos conquistaron el reino de Granada, descubrieron un Nuevo Mundo, arrojaron de Italia a los franceses y lograron dar a su patria el primado o la hegemonía entre todas las naciones de Europa.

Lo importante, pues, es que no perdamos la confianza y el aprecio de nosotros mismos. Bueno es renegar y rabiar y acusarnos unos a otros de incapaces, probando así que no estamos resignados y

echados en el surco; pero mejor es no creer que la incapacidad y el rebajamiento son generales y única causa de nuestra ruina. Si creyésemos esto, estaría perdido todo; pero si creemos, como yo creo y quiero creer que los españoles de ahora están forjados del mismo metal y tienen el mismo temple de que fueron forjados y que tuvieron el Cid, el Gran Capitán, el duque de Alba, Cortés y Pizarro, no hay nada perdido.

Y como para mí es evidente que nuestros poetas, artistas, oradores y escritores del día no desmerecen de los que tuvimos en otras edades, ni tampoco están por bajo del nivel de los que florecen hoy en las otras naciones del mundo, y como para mí también es evidente, diga lo que diga el señor Froude, que, a pesar de tantas revoluciones estériles, la tierra de España no está más seca ni desolada que en tiempo de los Reyes Católicos o del emperador Carlos V, doy por seguro que ni los políticos ni los adalides dichosos han de faltarnos, y que si no perdemos la confianza y la esperanza, ha de pasar pronto la mala hora y ha de sernos al cabo propicia la fortuna, con tal de que no la neguemos echándonos toda la culpa y con tal de que no se lo atribuyamos todo para disculparnos o para cruzarnos de brazos.

Madrid, 1896.

EL REGIONALISMO FILOLÓGICO EN GALICIA (1896)

Días ha que escribí y publiqué en la *Revista Crítica de Historia y Literatura* un extenso artículo sobre el libro del padre Blanco García, que trata de las literaturas regionales de España y de las literaturas hispano-americanas en el siglo XIX.

En tono muy cortés, pero mostrándose enojado y quejoso, el Sr. M. Murguía, en el número del 15 del corriente de *La Voz de Galicia*, periódico de la Coruña, ha insertado contra mí un apasionado escrito en defensa de las letras gallegas, que supone que yo menosprecio.

Me desagradan las polémicas y las rehuyo siempre que puedo. No voy, pues, a entablar polémica con el Sr. Murguía. Previamente estoy convencido de que ni yo lograré traerle a mi opinión ni él logrará llevarme a la suya. Disputando, sólo conseguiríamos fatigar al público con nuestra disputa. No puedo, sin embargo, resistir al deseo de aprovechar esta ocasión para explicar, si me bastan pocas palabras, lo que pienso sobre lenguas, dialectos, regionalismo, nacionalidades y varios otros puntos que forman el proceso de este negocio. La materia es tan vasta, que apenas podré tocarla sino de paso, o mejor diré, al vuelo, posándome sólo en las cimas o picos más salientes.

Contra el precepto de Horacio, empezaré *ab ovo*²⁸. Todos somos unos. Todos somos hijos de Adán y hermanos por consiguiente. Pero ocurrió lo de la Torre de Babel y los hombres se dispersaron. Unos se largaron por un lado, otros se largaron por otro, y se formaron muy diversas tribus, razas o castas. A España vinieron sucesivamente atlantes, iberos primitivos, protoescitas, fenicios, celtas, griegos, cartagineses, romanos, godos, alanos, suevos, vándalos, judíos, árabes, sirios, persas, eslavos, berberiscos, normandos y hasta negros de más allá del Sahara. Sobre poco más o menos, en los demás países ha sucedido lo mismo. Y es seguro que si estas mezclas de gentes, distintas y hasta contrarias, no hubieran llegado nunca a amalgamarse, adoptando las mismas leyes, sometiéndose al mismo gobierno, haciéndose solidarias de los triunfos y de los reveses, de las pérdidas y de las ganancias, y de las glorias y de las vergüenzas comunes, jamás hubiera llegado a haber lo que se llama una nación. Hubiera habido expresiones geográficas: Francia, Italia, Inglaterra y Alemania; pero no hubiera habido nación francesa, ni inglesa, ni alemana, ni italiana.

Ha habido nacionalidad y la hay, porque en un momento dichoso ha llegado a lograrse y a cogerse el fruto de un trabajo y de un cultivo de siglos y entonces la nación se ha constituido. Harto sé yo que todo lo que nace muere. Que si los individuos no son inmortales, tampoco lo son las naciones; y que España, como cualquiera otra colectividad, puede descuartizarse, desmoronarse y persistir sólo como expresión geográfica. Esperemos que esto no ocurra en muchísimos siglos. Yo no soy profeta, y aunque lo fuese, en vez de remedar a Jeremías, remedaría a los profetas alegres, o sería el primero de ellos, si antes no los hubo.

No he de negar por esto que, si bien dentro de ciertos límites juiciosos me hechizan, me deleitan y hasta me arrancan aplausos las literaturas regionales, sobre todo cuando son cándidas, espontáneas y sencillas, todavía me asustan y me afligen cuando se convierten en tema y vienen a extralimitarse. Entonces me parecen síntomas de decadencia y ruina: entonces me parecen amenaza de disolución nacional, si bien confío siempre en la Providencia y espero que la amenaza no se

28 En su *Ars Poetica*, Horacio alaba a Homero por no comenzar su narración de la guerra de Troya *ab ovo*, es decir desde el prodigiosa alumbramiento de Helena, que nació del huevo que puso Leda: «... nec gemino bellum Trojanum orditur ab ovo.»

cumpla, que lo ominoso o fatídico salga fallido, que la enfermedad pase y que la nación persista sana, salva y una.

Cuando un pueblo tiene ser propio y grande, cuando su historia es gloriosa, cuando ha influido profundamente en los destinos del género humano, así por el pensamiento como por la acción, este pueblo no muere, vive, tiene siete vidas como los gatos: nadie le arranca la vida ni a tres ni a trescientos tirones. Puede perder todas sus conquistas; los continentes y las islas, por donde en los días de su mayor auge y expansión logró dilatarse, pueden dejar de ser suyos; puede hundirse el Estado que le da unidad política; y hasta puede ser invadido y dominado por el extranjero el suelo natal, la cuna misma de ese pueblo; mas no por eso el pueblo muere. Vivirá acaso, durante siglos, vida latente y oscura, pero vuelve al fin a recobrar la vida luminosa y clara. El idioma propio es el talismán donde va escrito el conjuro para lograr esta a modo de resurrección. Grecia resucitó hablando en griego. Si el pueblo griego hubiera tenido seis o siete idiomas diferentes, jamás hubiera resucitado. Es más; si hubiera tenido seis o siete idiomas diferentes, no dialectos o modos, sino idiomas con pretensiones de literarios y nacionales, no hubiera extendido su cultura desde la Bactriana hasta las Galias: por todo el litoral de Asia, África y Europa en el Mediterráneo, y por todas sus islas. Y si el dialecto toscano no se hubiese convertido en lengua italiana, venciendo y obscureciendo a los demás dialectos que en Italia se hablaban, y que se hablaban en Estados poderosísimos, ricos y conquistadores, como lo fue, por ejemplo, Venecia, Italia no hubiera realizado jamás el sueño de Maquiavelo y de sus más eminentes patriotas y hombres políticos: no hubiera vuelto a tener la unidad que sólo tuvo bajo el rey bárbaro Teodorico.

Yo quiero suponer que en España, no sólo no hubo unidad de Estado, sino que ni unidad de nación hubo hasta fines del siglo XV. Supongo, además, o doy por cierto, pues sobre esto no disputo, que antes no hubo verdaderamente españoles, sino portugueses, gallegos, castellanos, aragoneses y catalanes. También es evidente que hasta fines del siglo XV había en España tres lenguas literarias y nacionales. Eran estas tres lenguas la castellana, la catalana y la portuguesa o gallega, ya que el mismo Sr. Murguía confiesa que el gallego y el portugués fueron lo mismo hasta entonces. Ni *Las Cántigas* del Rey Sabio, ni cuantos versos hay en los Cancioneros del rey Don Dionis, de Resende, etc., podrían atribuirse por las palabras y las frases mismas a poetas de Portugal o de Galicia. Por el habla, por lo que dejó escrito, tan gallego es el infante Don Pedro, como es portugués Macías el enamorado. Hay más aún: esa lengua galaico-portuguesa, tal vez no fue escrita sólo por portugueses y gallegos, sino también por trovadores de toda España, que la consideraban como lengua elegante y más propia que el castellano para la poesía lírica y de la corte.

Quiso, no obstante, la suerte o sea el orden providencial o fatal que llevan los sucesos históricos, que el idioma de Castilla prevaleciese: que, aun antes de llegar a la unidad de que he hablado, presentase los títulos de su hegemonía y de su imperio, como son el *Poema del Cid*, los versos del arcipreste de Hita, *Las Partidas*, la [Crónica general](#) y *El Conde Lucanor*; y que, después de formada la unidad, corroborase su imperio con otros títulos soberanos: con el *Amadís*, con *La Celestina*, con Garcilaso y Herrera, con ambos Luises, con [Cervantes](#), con historiadores como [Mariana](#) y con nuestro fecundísimo y rico Romancero, y con nuestro original y maravilloso teatro. Esta lengua no se limitó a presentar dichos títulos, sino que también se difundió por el mundo, llevada en triunfo bajo el amparo del estandarte de Castilla, por el inmenso continente recién descubierto, por las remotas islas del mar del Sur, y aun por las naciones de Europa, que reconocían entonces, ya que no nuestro imperio, nuestra preeminencia.

No pretenderé yo, a pesar de lo expuesto, que debieron morir y no resucitar nunca la lengua catalana y la lengua portuguesa. Portugal persistió y persiste como nación. Su historia, muy parecida a la de España, no es menos grande. Su literatura, proporcionalmente, he de conceder que es original y rica como la nuestra, y que tiene su carácter propio y sello nacional que la distingue.

De la lengua y de la literatura catalanas no se puede decir tanto ni con mucho; pero al cabo, bastante puede alegarse en pro de su resurrección o renacimiento presente.

Pero vamos... hablando con franqueza, aunque se enojen un poquito el Sr. Murguía y otros literatos gallegos: ¿hay paridad entre el dialecto de Galicia y la lengua nacional que hablan los portugueses y que hablan además en América diez u once millones de hombres, en una extensión de territorio casi tan grande como Europa? Si hasta el siglo XV los gallegos hablaron y escribieron como los portugueses, lo natural sería, si no quieren hablar y escribir en castellano, que escriban ahora también en portugués. Esto sería volver con fidelidad a la lengua antigua, sin que esta vuelta o atavismo impidiese que se siguiera cultivando el dialecto, como dialecto. Sin duda en Venecia, en Milán, en Nápoles y en Sicilia, se hablan y se escriben cuatro dialectos distintos, pero con cierta modestia, reconociendo todos cuantos así escriben sin excluir v. gr. al gran poeta lírico Meli y al chistosísimo, fecundo e ingenioso dramaturgo Altavilla, que escriben en un dialecto vulgar, y que no hay más que una lengua nacional y de toda Italia, que es la lengua toscana, que ya debe llamarse italiana, así como la castellana debe llamarse española.

Pues qué, ¿no hay distintos dialectos en Alemania, en Inglaterra y en Francia ? A nadie se le antoja por eso convertir en lengua nacional ninguno de estos dialectos.

Acaso se me cite el imperio austriaco; pero Austria no es nación sino conjunto de naciones. A buen seguro que los alemanes, súbditos del emperador de Austria, dejen de hablar en alemán y dejen de tener esta lengua por nacional y propia de ellos. Claro está que los polacos, aunque ya no hay Polonia, siguen hablando en polaco; los húngaros, en húngaro; los checos, en checo; los croatas en croata, y los rumanos, en rumano; ¿pero qué tiene que ver esto con lo que en España sucede ? En todo caso, podría comprenderse que así como los rumanos, súbditos del emperador de Austria, hablan y escriben la misma lengua del vecino reino independiente de Rumanía, así los gallegos, ciudadanos españoles, se dedicasen, por amor y patriotismo *atávicos*, a escribir como lengua nacional y literaria la portuguesa. Pero ni aun así se comprende; porque los rumanos de Austria son un pueblo como anexionado y sometido y unido artificialmente a otros pueblos de muy distinto origen, mientras que los gallegos, como los asturianos, forman el núcleo, y el germen, y la raíz, de donde ha brotado esta gran nación. ¿Cómo reniegan ahora de ella, al menos en apariencia, y propenden, si no a irse literariamente con los portugueses, a separarse por el habla, vehículo y expresión del pensamiento, y a formar rancho aparte, permitaseme lo vulgar en virtud de lo gráfico de la expresión?

No sé si he atinado a explicar en este ligero artículo lo que hubiera requerido larga serie de ellos para quedar bien explicado; pero, como quiera que sea, hartos se entiende que yo no desdeño a los poetas y prosistas que hubo, hay y puede haber en dialecto gallego; que celebro el regionalismo filológico dentro de ciertos límites puramente provinciales; pero que deploro la exageración que puede ponernos en una lastimosa pendiente de desmoronamiento nacional o de cierto separatismo. Ni se me diga que la tal propensión a que se hablen muchos idiomas proviene de un movimiento progresivo. Por lo común sucede lo contrario. Cuando las grandes naciones y cuando las grandes razas decaen o se hunden, es cuando pierden el idioma común y salen hablando distintos idiomas. La Torre de Babel representa simbólicamente este lastimoso fenómeno.

Madrid 1896.

LAS ALIANZAS (1896)

I

Señor director de El Liberal.

Mi distinguido amigo: Al leer lo que dice *La Época* sobre política internacional, siento ciertos escrúpulos de haber contribuido, con el folleto que publiqué pocos días ha, a promover la cuestión de alianzas, que muchos periódicos tratan ahora. Esto me induce a comentar lo que ya dije, a fin de que, si no tiene usted inconveniente, me favorezca publicando esta carta, aunque impugne luego su contenido.

Lamentábame yo de que España, en la presente ocasión de apuros y peligros, estuviese aislada; pero mi lamento no implicaba oposición a determinado partido u hombre político. No iba contra nadie: iba contra todos. Y, por otra parte, como los aliados y los amigos no se buscan ni se ganan en el momento en que se necesitan, sino que se tienen a prevención y de antemano, también estuvo muy lejos de mi mente, y lo hubiera estado, aunque mi insignificancia no lo estorbase, el aconsejar al Gobierno actual que buscara deprisa y corriendo lo que antes de él, desde hace ya medio siglo, nadie había buscado.

Limitada así la intención que tuve al hablar de alianzas, sigo sosteniendo, sin que *La Época* me convenza de lo contrario, que las alianzas son buenas y que sin alianzas nada útil e importante se ha conseguido en el mundo desde que Hiran y Salomón se aliaron hasta el día de hoy. Cuando Salomón, que era sapientísimo, buscaba alianzas, no será el buscarlas tan gran disparate. Sin la que contrajo, ni él hubiera construido el admirable templo de Jerusalén, ni desde Aziongaber hubiera enviado a Ofir sus naves para que volviesen cargadas de marfil y sándalo, oro y perlas, perfumes, especias, papagayos y otros mil primores. Y prescindiendo de ejemplos vetustos, hay uno muy reciente que muestra cuán fecundas en bienes son las alianzas urdidas con arte. Si consideramos lo que ha ganado el Piamonte, desde Novara hasta el día, nos asombramos como del milagro más pasmoso. El pequeño sacrificio de enviar cuarenta mil hombres a Crimea, y más tarde el sacrificio algo mayor de ayudar a Prusia y de sufrir por mar una derrota en Lysa y por tierra otra en Custoza, han valido al Piamonte, primero el Milanésado y después el Véneto; que nadie se oponga a que arroje de Sicilia, de Nápoles, de Toscana y de otros estados a sus soberanos legítimos; que, a pesar del enojo de muchos millones de católicos, despoje al Papa de su poder temporal, y que constituya la unidad de Italia, que parecía sueño. Pedir más sería gollería; sería imitar a aquel monarca aprovechadísimo que pedía y alcanzaba tantas cosas por medio de su hijo, casado con el hada Parabanú, hermana del rey de los genios, que el rey de los genios se hartó al verle tan exigente y pedigüeño y le aplastó descargando sobre él su tremenda clava. La habilidad, por grande que sea, tiene su límite, sobre todo cuando no hay en ella magia o hechizo. Y magia sería si, por virtud de la Triple Alianza, diese Italia también cima y dichoso remate a sus tal vez prematuras empresas en remotos países.

La de [Saavedra Fajardo](#), que cita *La Época*, y el texto latino de cierta fábula de Fedro, que todos sabemos, lo único que prueban es que cualquier obra de alguna trascendencia, como no se haga bien, lo mejor es que no se haga. Sin duda que hay peligro en aventurarse; pero quien no se aventura no pasa la mar.

Nosotros, los españoles, desde hace años pecamos de desconfiados y formamos de nosotros mismos muy pobre concepto. Pensamos y decimos, sin ironía ni broma, algo parecido a lo que por chiste oí yo decir una vez al señor don Antonio Cánovas, con general regocijo de cuantos le

escuchaban. Decía que él se había venido de Málaga huyendo, porque allí todos le engañaban o trataban de engañarle. España, con la mayor formalidad, está diciendo y haciendo lo mismo: huye del trato y familiaridad de todas las potencias de Europa por temor de que la engañen.

Mientras más lo recapacito, mejor noto que la desconfianza que nos arrastra al retraimiento y al separatismo está en nosotros muy arraigada y conviene librarnos de ella. Por esta desconfianza echamos a los judíos y a los moriscos; por esta desconfianza se rompió nuestra unión con Portugal, y al romperla perdió Portugal lo mejor de su imperio en la India; por esta desconfianza estuvo a punto de separarse de nosotros Cataluña; en parte, por esta desconfianza se han emancipado prematuramente todas las colonias españolas del continente americano, y por esta desconfianza brotan hoy ominosos chispazos de regionalismo, ya en la misma Cataluña, ya en las provincias vascongadas, ya en Galicia.

Claro está que los negros y mulatos de la clase más ruda y humilde que hay en Cuba entre los rebeldes están allí por merodear; que los aventureros de países extraños están para ganar importancia y dinero en la contienda, y que muchos ambiciosos, nacidos en la propia tierra, están porque sueñan con ser ministros o presidentes de la República futura; pero si hay cubanos de arraigo y buena fe que conspiren o luchen contra España y anhelan la independencia de Cuba, esa desconfianza secular, ese vicio inveterado del separatismo, es quien los mueve. Y es tan pernicioso para ellos el movimiento, que, si España no logra pararlo, los llevará al suicidio colectivo, o a gemir bajo el yugo de un presidente o de un emperador negro, o a la desaparición, en la isla, de su lengua y de su casta, cuando toda, si triunfan, sea yanqui, dentro de poco.

A fin de impedirlo, sacrifica hoy España sus hombres y su dinero. Y no es el interés quien la impulsa, sino una obligación sagrada. No podemos consentir en que retroceda a la barbarie lo que durante cuatro siglos hemos cuidado con amor y cultivado con esmero, ni podemos consentir en que desaparezcan de Cuba los hombres de nuestra lengua y nuestra casta, por ingratos y díscolos que sean, para que se extiendan y dominen en ella los angloamericanos.

De esperar es que nos saquen airosos de este empeño la constancia patriótica de la nación y el valor de nuestros soldados. De esperar es que se evite el conflicto con los Estados Unidos, donde, aunque proclamen la beligerancia, tal vez no se atrevan a intervenir a mano armada en favor de los insurrectos. Y de esperar es, en último extremo, que si los Estados Unidos intervienen, contra razón y derecho, se interpongan las grandes potencias europeas y no permitan, o una guerra injusta y terrible, o el violento despojo de lo que nos pertenece, apoderándose la gran República de la llave del seno mejicano, por donde ha de abrir el camino que ponga en comunicación los dos grandes mares. Tales son las esperanzas que podemos tener. Con ellas debemos contentarnos, aunque no sean muy seguras. Ya no es tiempo de buscar alianzas. Solos estamos en el gran conflicto, y con nuestra propia energía tendremos que salir de él si en los Estados Unidos no ceden, pues al cabo la mayoría de aquel pueblo no es como Shermann, Morgan y Mills, o si las grandes potencias europeas, movidas por el propio interés, no nos prestan apoyo.

Pero si España hubiese contado con amistades y alianzas y no hubiese estado tan sola, no hubiera tenido que aguardar hasta el último extremo; hubiera inspirado más respeto en Washington, y no hubiera tenido que ceder a tantas humillantes e injustas reclamaciones y que pagar tanta indemnización con longanimidad lastimosa y que sufrir con paciencia tanto vejamen y tantos vituperios de senadores y diputados yanquis. Estos, de seguro, jamás se hubieran atrevido a despotricarse tan ferozmente si España hubiese estado más enlazada y sostenida en el concierto de las naciones civilizadas de Europa.

En mi sentir, pues, las alianzas no sólo son convenientes, sino indispensables para España, que tiene aún, y no puede menos de tener, tanto que conservar y tanto a que aspirar, si no se arroja en el surco y se declara muerta y prescinde de su historia.

La Época citaba, contra las alianzas, a Saavedra Fajardo. Yo citaré en favor de ellas a otro político de más fuste y recámara: al propio [Nicolás Machiavelli](#). Precisamente en el capítulo XXI,

donde explica cómo se ha de gobernar un príncipe para conquistar reputación, y donde hace tan hermoso elogio de Fernando de Aragón, marido de Isabel la Católica, a quien declara, *por forma y por gloria, el primer rey entre los cristianos*, se decide en favor de las alianzas, diciendo que un príncipe no es estimado sino cuando es verdadero amigo o verdadero enemigo; que el descubrirse es más útil que el quedarse neutral, y que el príncipe irresoluto, cuando, por huir compromisos y peligros, sigue el camino de la neutralidad, las más veces se hunde en vergonzosa ruina, teniendo que salir de la neutralidad por fuerza y no de grado.

Como ya he dicho que las alianzas convienen y hasta son indispensables, quisiera decir también de qué suerte me parece que deben buscarse y celebrarse; pero como hoy me he extendido mucho, lo dejo para otro día si no fatigo a los lectores de *El Liberal* con nueva carta.

II

Señor director de El Liberal.

Mi distinguido amigo: En cuestión de alianzas, tal vez sería lo mejor, después de afirmar que convienen, abstenerse de decir con quién y cómo. Los usos diplomáticos prescriben no hablar de tales conciertos hasta después de ya celebrados. Pero, a pesar de todo, me parece que no hay imprudencia ni falta de sigilo en que alguien, como yo, que está alejadísimo del Poder público y de todo centro oficial, y que no comprometo a nadie ni se compromete, diga sobre el asunto lo que se le antoje. Lo que yo pienso decir, además, no puede ofender a ninguna nación. Y no porque yo me valga de rodeos y perífrasis, sino porque quizá a causa de mi optimismo y de mi indulgencia afectuosa, apenas condeno a nadie y hallo disculpa para todo.

Triste cosa es que, al llegar casi a su término el siglo XIX llamado de las luces, la Humanidad haya adelantado tan poco moral y políticamente, que, en el mismo centro de su más alta civilización, todos los hombres capaces de empuñar las armas anden cargados con ellas, haciendo el ejercicio, reuniendo con grandes gastos los más eficaces medios de destrucción, aprendiendo a matar y perdiendo en maniobras, revistas y paradas el tiempo que pudieran emplear en divertirse o en producir cosas útiles y agradables, y teniéndose de continuo unos a otros en jaque y alerta; pero esto no tiene remedio, y no hay para qué censurarlo.

Muy costosa es la paz armada; pero más costosa y terrible sería una nueva guerra europea. Dios quiera, pues, que no la haya, y que, pasando años, se harten las grandes potencias de consumir dinero y de convertir a todos sus ciudadanos en soldados, y se decidan deponer las armas.

Por ahora, y sabe Dios hasta cuándo, la amenaza de la guerra es constante, y en vez de ver segura la paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad, estamos amenazados siempre de una estupenda y colosal conflagración belicosa en que luchen, por un lado, Alemania, Austria e Italia, y por otro, Francia, tal vez auxiliada por Rusia.

Si, por desgracia, llegara este caso, ¿qué le convendría hacer a España? Los alemanes no nos han hecho ni bien ni mal; de los italianos no tenemos agravios que vengar, y los queremos bien, salvo algunas damas elegantes y devotas y cierto número de católicos muy fervorosos, que desean que se lleve el diablo aquella monarquía para que recobre el Padre Santo su poder temporal, y con Austria estuvimos unidos por lazos dinásticos en la mejor época de nuestra historia, hemos vuelto a estarlo en el día, y aun yo creo posible y conveniente que se aumenten estos lazos. Nada tendríamos que ganar con hacer la guerra a la Triple Alianza; pero como también sería duro pelear contra nuestros simpáticos vecinos los franceses, amables difundidores por el mundo de las letras amenas y de las artes elegantes y deleitosas lo mejor y lo más cómodo sería permanecer neutrales, a pesar de lo que he citado de Machiavelli. Este gran político hablaba, en muy distintas circunstancias, para muy otra edad del mundo, y siempre con la mira de libertar a Italia de los que él llamaba bárbaros, cuyo yugo le apestaba, sin que hubiese atrocidad, crimen ni peligrosa aventura a que para sacudir aquel hediondo yugo no excitase él a su *Príncipe*.

Nosotros tenemos también que sacudir algo a modo de yugo, que no me atrevo a condenar ni por de bárbaros ni por hediondo, pero que sí calificare de pesado y de vergonzoso, y que nos convertirá en Nación-Job, si hemos de seguir sufriendolo. Ya se entiende que este yugo es el que en Cuba nos imponen los yanquis, porque sin el favor, amparo y aliento que dan a los que se rebelan, y sin la mengua de autoridad que nos causan, y sin el descrédito que vierten sobre nosotros, pidiéndonos cuenta de todo, como si fueran nuestros jueces, y sin la facilidad con que convierten en ciudadanos de su gran república a nuestros más acérrimos enemigos, renegados de su casta, obligándonos a darles dinero en vez de fusilarlos o de enviarlos a presidio, es casi seguro que en Cuba no habría insurrección, y es seguro que no sería, ni con mucho, tan importante y duradera como es hoy. Lo milagroso es que, en vista de las ventajas que ofrece a los insurrectos la descarada protección de los Estados Unidos, no acudan a Cuba a combatirnos todos los aventureros sin patria y toda la gente perdida que hay en el mundo.

No creo yo, sin embargo, que el mejor camino para libertarnos del yugo mencionado sería salir de la neutralidad en una posible guerra europea. La neutralidad nos conviene; pero, a fin de que sea respetada y no se encierre en egoísmo estéril, importaría concertarnos, para este fin sólo, con alguna gran potencia que no estuviese comprometida ni en favor de Francia ni en favor de Alemania. Este nuevo grupo, de que pudiéramos formar parte, no sólo nos valdría para que nos respetasen durante la guerra, sino tal vez para contribuir a la conservación o restauración de la paz, y no sólo nos valdría para que el vencedor no nos atase al carro de su triunfo, sino también para concurrir a moderar las exigencias del que hubiese obtenido la victoria y a restablecer, en lo posible, el equilibrio de las fuerzas.

Otro es el camino que para remediar el mal estado de nuestras relaciones con la gran República nos hubiese convenido o nos conviene seguir: haber buscado a tiempo aliados y amigos o buscarlos en lo venidero, si ahora, sola y abandonada como está España, logra conjurar la tormenta o salir de ella salva.

Lo que nos pasa con los Estados Unidos, a cuya independencia y formación contribuimos un poco, se parece a la más desventurada aventura de Simbad el Marino, que aupó sobre sus hombros al endiablado vejete para que cogiera los frutos en los hermosos árboles de su fértil isla, y el vejete endiablado no quería luego apearse, y seguía montado en Simbad, insultándole y procurando ahogarle para mostrar su agradecimiento.

A fin de quitarnos de encima tan insufrible carga, ¿no hubiera sido conveniente, o no lo sería en lo futuro, ganar la voluntad de las primeras potencias coloniales de Europa, celebrar tratos y concertarse de algún modo con ellas? Cualquier promesa, cualquier sacrificio que hiciésemos sería mucho menor que los sacrificios que estamos haciendo hoy y que tendremos que hacer en adelante.

A un concierto, a un tratado de alianza, exclusivamente para asuntos coloniales o de ultramar, no creo yo que se negasen, si se negociaba bien, ni Francia, ni Inglaterra, ni Holanda. España ha sido la primera nación colonizadora del mundo; todavía, a pesar de su decadencia, es la tercera o la cuarta, y no la desdeñarían como inútil peso, y de algo podría servir a sus más poderosos aliados, que también pueden hallarse en ocasiones de empeño y de peligro, y necesitar entonces, o al menos tener por provechoso, el auxilio nuestro.

Si no lo recuerdo mal, de algo valió España a los franceses, no hace mucho tiempo, cuando, para vengar a nuestros misioneros mártires, ayudamos gratis y con las armas a crear una Francia amarilla, en el Extremo Oriente. ¿Quién duda de que aún podríamos servir y valer a franceses, ingleses y holandeses, en otras semejantes empresas o en casos y lances de mayor importancia, sobre todo si ellos nos ayudaban a quitarnos de encima el ingrato estorbo de que hemos hablado y que tan sin piedad y tan sin codicia nos abruma?

Tendría esto, además, la ventaja de que los *politicians* extraviados y los senadores *farwestinos* y *cincinatescos*, al vernos en tan buena compañía, arrojasen de sus cerebros el feísimo y bellaco concepto que los *sabios* y *catedráticos* yanquis les han hecho formar de España, considerándola,

por su afición a las corridas de toros y al Santo Oficio, nación Calígula-Torquemada, como la llama Clarence King, y, por haber destruido, según Draper, no sé cuántas civilizaciones, podrido esqueleto entre las naciones vivas y prueba terrible de la justicia de Dios, que no quiere dejar sin ejemplar castigo nuestras ferocidades y nuestros crímenes.

En fin: tal vez lograríamos así que no apareciese España, a los ojos de los yanquis, como un tirano difunto, en el que se pueden cebar sin gran peligro, o como un tirano cachazudo y sufrido, semejante a los tiranos de las tragedias de Alfieri, que están, durante los cinco actos, oyendo y aguantando las más desaforadas desvergüenzas, si bien acaban por perder los estribos y por hacer una barrabasada. Tal vez así se conseguiría también que no se le antojase en Washington a ningún senador remedar a Catón Censorino, y, en vez de llevar higos en un pliegue de la toga y de exclamar *delenda est Carthago*, llevar en un faldón de la levita azúcar mascabada o catite, y exclamar: *delenda est Hispania*.

Y aquí pongo término a esta prolija carta, prometiendo no escribir la tercera, pues basta con lo dicho.

Madrid, 1896.

LOS ESTADOS UNIDOS CONTRA ESPAÑA (1896)

Desde que empezó la funesta guerra de Cuba hasta el día de hoy, en medio de los enormes disgustos y cuidados que nos afligen, algo hay que celebrar, sirviéndonos de consuelo y dándonos esperanza de un éxito dichoso.

Celebramos, pues, en primer lugar, el acendrado y generoso patriotismo del pueblo español, que, por una causa que no puede traernos provecho, pero en la que está interesada la honra nacional, sufre con resignación y hasta con gusto los grandes sacrificios de sangre y de dinero que se le han impuesto y que se le impondrán en lo futuro. Y celebramos, además, prescindiendo de todo interés de partido, la enérgica y atinada actividad con que el general Azcárraga, ministro de la Guerra, ha logrado enviar a la Gran Antilla, con extraordinaria rapidez los hombres y los recursos que allí se requieren para que la rebelión pueda ser sofocada.

Poco propicia ha sido hasta ahora la fortuna a nuestros generales, cuando consideramos la magnitud de los medios que la nación y su Gobierno les suministran; pero España no debe ni puede censurarlos, antes conviene que los elogie y aun los bendiga, porque no desesperan de la salud de la patria.

De un general pueden exigirse valor, serenidad, autoridad y pericia en las cosas militares. Lo que no puede exigirse, no siendo lícito culpar a nadie de que le falte, es aquella inspiración maravillosa que el genio de la guerra infunde a veces en el alma de los grandes capitanes, y por cuya virtud obtienen triunfo, que todas las ciencias bélicas y las estrategias más profundas jamás expliquen. En Gonzalo de Córdoba y en Hernán Cortés, por ejemplo, hay un no sé qué de sobrenatural que nos pasma y con lo que sería delirio contar para todas ocasiones.

En la ocasión presente, y desistiendo de exigir como obligación o como deber las inspiraciones o los milagros del genio, nuestros generales, antes Martínez Campos y ahora Weyler, merecen aprobación y aun aplauso. Los justifica, sobre todo, la destreza del enemigo para rehuir el combate, escapar a la persecución y escabullirse y esconderse. En la gran extensión de la isla, en sus bosques y ciénagas, en lo quebrado y áspero del terreno a veces y en lo insalubre y mortífero de aquel clima para los europeos, encuentran apoyo los insurrectos, y nuestros soldados, obstáculos harto difíciles de superar. Si recordamos que en la primera mitad de este siglo hubo en Andalucía forajidos como el Tempranillo, el Chato de Benamejé, el Cojo de Encinas Reales, Navarro y Caparrotta, y que teniendo cada cual una cuadrilla de diez o doce hombres a lo más, en campo raso, donde, si a veces el terreno es quebrado, no hay selvas tupidas ni lugares pantanosos, todavía burlaron las persecuciones y se sustrajeron durante largos años a las batidas que dio el Poder público para cazarlos, no debemos extrañar que, a pesar de nuestro valeroso y valiente ejército, recorran la isla Antonio Maceo, Máximo Gómez y otros malhechores, con disfraz de patriotas, y que talen, incendien y saqueen, sin que se haya logrado aún capturarlos e imponerles el castigo que merecen.

La disculpa del poco éxito alcanzado hasta ahora no puede tener fundamento más sólido ni más claro.

En cambio, son dignos de omnímodas alabanzas, singularmente en el general Martínez Campos, el noble patriotismo y la suprema abnegación con que fue a Cuba, exponiéndose en una lucha sin gloria a la mengua o a la pérdida de su crédito, que ya no podía ser mayor. Y no menos alabanza piden la lenidad, la dulzura y el espíritu de conciliación con que el general Martínez Campos, durante todo el tiempo que ha mandado en la isla, ha tratado a los diferentes partidos

políticos que en ella hay, sin excluir a los que, llenos de imperdonable ingratitud hacia la metrópoli y ciegos por ambición o por falso y torcido amor al suelo natal, anhelan y buscan la separación de Cuba y de España.

A pesar de esta conducta circunspecta y humana del general Martínez Campos, en nada desmentida hasta el día por su sucesor, el general Weyler, y a pesar de que los insurrectos no tienen residencia fija ni guarida permanente sino que andan a salto de mata, más que como soldados como ladrones, ha ocurrido lo que a nadie sorprende, porque se preveía, pero lo que a toda persona honrada y juiciosa escandaliza y aturde. El Senado angloamericano, después de larga discusión, en que muchos de sus más notables individuos se han desatado en groserísimas injurias contra España, ha estimulado y autorizado al presidente Cleveland para que, en el momento que considere más oportuno, declare la beligerancia de los insurrectos.

Durísimo, feroz, es el ultraje que el Senado angloamericano ha hecho a España y que la Cámara de representantes de la misma República casi por unanimidad ha confirmado luego; pero aunque los periódicos más acreditados de la Península miran con calma la ofensa que hemos recibido y recomiendan al pueblo español prudencia y sufrimiento, todavía quiero yo, valga por lo que valga y hasta donde mi voz pueda ser oída, recomendar prudencia y sufrimientos mayores.

Es innegable que en la resolución que se ha tomado y en los motivos que se han alegado para tomarla se nos ha hecho el insulto más sangriento que hacer se puede. Un sujeto cualquiera medianamente celoso de su honra, ofendida así por otro sujeto, quedaría afrentado, humillado y escarnecido si no pidiese y buscase la venganza en un duelo a muerte. Pero ¿qué paridad hay entre lo que sucede y debe suceder cuando se trata de particulares y lo que sucede y debe suceder entre dos potencias soberanas?

Los padrinos de los particulares desafiados, cumpliendo con las leyes del honor y del duelo, no consienten que nadie riña en él con ventaja, ni uno contra cuatro, ni con mejores ni más poderosas armas éste que el otro, sino que todo lo equilibran procurando la posible igualdad de fuerzas o de destreza y de probabilidades del triunfo. Muy bueno y deseable sería que no hubiese riñas, sino paz entre los hombres; pero ya que hay riñas, es laudable y extraordinario progreso el desafío bien ordenado entre particulares. Por el contrario, la guerra entre naciones, a pesar de cuanto han ganado los usos y costumbres y a pesar de los decantados progresos del derecho de gentes, sigue siendo casi tan desordenada y salvaje como en los tiempos antiguos, por más que esto se vele o disimule con refinamientos hipócritas. Una nación aislada, como lo está España, con menos de la cuarta parte de habitantes que tienen los Estados Unidos y con muchísimos menos recursos pecuniarios para comprar u fabricar los costosísimos medios de destrucción que hoy se emplean, incurriría en un heroico delirio y cometerá un acto de inaudita temeridad en provocar a dichos Estados, pidiéndoles, con sobrada energía, satisfacción de una injuria, que, en mi sentir, se puede por ahora disimular sin desdoro. Obvias son las razones que tengo para aconsejar este prudente disimulo, por parte de los Poderes públicos, se entiende, y quedando a salvo la lengua y la pluma de cada ciudadano español, para devolver con creces agravio por agravio y para desahogarse hasta quedar satisfecho y pagado.

Entiendo con esto que un desahogo particular, con el motivo de que vamos tratando, es disculpable, aunque a poco o nada conduzca; pero cualquiera manifestación colectiva en ofensa y en odio de la gran República norteamericana sería hoy por todos estilos perjudicial y contraproducente, y nos quitaría mucha parte de la razón, de que debemos cargarnos. Veo, pues, con verdadero contento la circunspección y el juicio con que casi todos los periódicos de España aconsejan al pueblo que se abstenga de tales manifestaciones, y la prudente energía con que el Gobierno se apercibe a prevenirlas o a reprimirlas.

Pero yo aún voy más allá en excitar al Gobierno a la longanimidad y a la paciencia. Creo que el Gobierno no debe siquiera pedir por la vía diplomática satisfacción al Gobierno de Washington

por las groseras injurias y calumnias que han lanzado contra España varios senadores desde el Capitolio de Washington.

Hay que tener en cuenta que en aquella gran República no suelen ser los *politicians* las gentes más estimadas, mejor educadas y más sensatas: que por allí no guardan en las discusiones públicas el mismo decoro y la misma cortesía que en los parlamentos europeos, y que en el estilo y hasta en los modales se advierte cierta selvática rudeza, por influjo acaso del medio ambiente, por cierto atavismo, no transmitido por generación como el pecado original, sino por el aire que en aquellos círculos políticos se respira. Cuando en los escaños de un Cuerpo legislador se masca tabaco, se colocan los pies más altos que la cabeza, y cada senador se entretiene con un cuchillito y un tarugo de madera en llenar el suelo de virutas, no es de extrañar que se digan y se aplaudan las mayores ferocidades, como si oradores y oyentes estuviesen tomados del vino.

No prueba esto, ni mucho menos, que la mayoría de aquella gran nación piense y sienta como sus apasionados *politicians*, antes es de esperar que esa mayoría, sin con quejas violentas no la soliviantamos nosotros y no nos enajenamos su voluntad, proteste, al ver nuestra serenidad y nuestra cordura, contra los agravios que los senadores nos han inferido y dé con su protesta el conveniente vigor y el indispensable apoyo al presidente, señor Cleveland, para que él proteste también sin que nosotros lo pidamos o lo exijamos y para que no se prevenga de la insinuación y del permiso con que le excitan y facultan a reconocer la beligerancia.

Claro está que el Gobierno español debe estar prevenido para todo evento, sin que ninguno, por peligroso que sea, le sorprenda o le asuste; pero al mismo tiempo nos atrevemos a recomendarle placidez y calma.

Aun suponiendo al señor Cleveland amigo de España o amigo al menos de la justicia, no comprendo qué nos propondríamos lograr si de oficio pidiera satisfacción nuestro Gobierno de las injurias que nos han dirigido los senadores. Inútilmente pondríamos al señor Cleveland en el mayor apuro, ya que él no tiene fuerza para castigar a los senadores que se han insolentado contra nosotros ni para moverlos a que se retracten y canten la palinodia. Lo más que el presidente podría hacer, sacrificando acaso un poco de su popularidad e indisponiéndose con los senadores para estar fino y amable con nosotros, sería decir que deploraba que nos hubiesen injuriado. Tal función de desagravios es tan triste y tan incompleta, que lo mejor es que no la haya. Lo mejor es que el Gobierno español no aspire a que el señor Cleveland declare que nos tiene algo a modo de lástima.

En suma: a pesar de las ofensas que se nos han hecho hasta ahora en el Senado, y a pesar de que yo doy por seguro que no han sido menores las que se nos han hecho en el Congreso, yo creo que el Gobierno de la nación española no debe darse por entendido, ni considerarse herido de semejantes ofensas, ni formular contra ellas en documento oficial la más pequeña queja. Esta queja sería una confesión de que nos han tocado y maltratado, sería poner a la nación española al nivel de sus detractores, sería confesar que los tiros de éstos han subido muy alto y han tenido fuerza atravesar el escudo del soberano desprecio con que España debe desdeñarlos.

España, prescindiendo de la resolución que en pos de los insultos puede venir, arrastrándonos fatalmente a una guerra sangrienta y ruinoso, y considerando sólo los insultos, conviene que los juzgue y condene con las palabras mismas del gran poeta inglés: «*Tales told by idiots, full of sound and fury, signifying nothing.*»²⁹

En los momentos difíciles en que se halla en el día la nación española, es antipatriótico todo espíritu de oposición contra el Gobierno. Debemos desear que acierte, y para su acierto debemos coadyuvar en la medida de nuestras fuerzas, sin poner el menor estorbo y sin apelar a la censura ni mostrar disgustos sino en casos extremos. A fin de no precipitar al Gobierno a un rompimiento prematuro con los Estados Unidos, lo primero que importa comprender es que no se debe ligeramente pensar que el honor de España está ofendido y comprometido por aquello y en aquello por lo que no puede estarlo. Válganos una comparación para aclarar este concepto. Si un solo

29 «(La vida) es un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y furia, que significa nada.» Shakespeare, *Macbeth*.

hombre se viese acometido por cuatro o por más locos furiosos, mejor armados y con mayores medios de defensa y de ofensa, y los cuatro le insultasen, y además quisiesen con amenazas intervenir en los negocios de él y hasta disponer y apoderarse de su hacienda, el hombre así atacado lo primero que haría sería prescindir de los insultos y procurar, pidiendo auxilio y por todos los medios, rechazar las injustas pretensiones y exigencias de sus poderosos agresores. En último resultado, si permaneciese solo y nadie acudiese en su ayuda, lo noble y lo heroico sería combatir él solo contra los cuatro hasta vencerlos o morir; pero también sería delirio, y vanidad, y pundonor mal entendido el combatir solo y desde luego sin intentar que alguien viniese en nombre de la equidad y de la justicia a poner a raya a su enemigo y a evitar la desigual e injusta contienda con que su enemigo le amenazaba si no cedía o se humillaba a su capricho, a su soberbia y a su codicia acaso.

Quiero significar con esto que, a mi ver, el Gobierno español, sin dirigir la menor queja al de Washington, en lenguaje tan templado y circunspecto como firme, en nota circular dirigida a las principales naciones de Europa, debe escribir una protesta contra la resolución tomada por el Senado y por el Congreso de los Estados Unidos, demostrando con razonamientos y autoridades y citas que los mencionados cuerpos colegisladores han infringido el derecho de gentes al declarar beligerantes a unos forajidos, han faltado a las buenas relaciones de amistad con España fomentando y favoreciendo el espíritu de rebelión de algunos cubanos, y han desconocido la autonomía y soberanía de España osando amenazarla con intervenir en sus interiores asuntos y excitándola a que se desprenda de gran parte de su territorio y de la población, que hay en él, lo cual es todo suyo legítimamente desde hace cuatro siglos.

Yo no puedo creer que Francia, Inglaterra, Alemania y otras grandes potencias de Europa dejen de darnos la razón: no se pongan de nuestro lado a fin de impedir que violentamente se nos veje y se nos quiera despojar de lo que poseemos, amenazándonos con una guerra injusta y harto poco gloriosa para el que con ella nos amenaza, confiado en la descomunal superioridad de sus fuerzas en hombres y en dinero.

Durante siglos España ha demostrado su valor, y bien puede ahora, sin recelar que la acusen de pusilánime, llegar al último extremo de la prudencia y de la cordura y pedir apoyo y favor contra un enemigo reconocidamente más fuerte que ella y que trata de abusar de su fuerza. Asimismo es muy humano y muy conveniente a la civilización evitar hasta donde sea posible la efusión de sangre, los estragos, la paralización del comercio y las grandes pérdidas de riqueza que una guerra trae consigo. Nadie nos podría zaherir por esquivar esta guerra, dejando a salvo nuestra independiente soberanía y conservando, sin acudir a las armas y merced al apoyo de grandes potencias, la integridad de nuestro territorio.

Enorme desventura sería si después de dar este paso nadie nos acudiese y permaneciésemos tan aislados como estábamos ahora. Para entonces es para cuando conviene tener nuestra energía como contenida y represada y hacer brioso alarde de ella con viril serenidad, arrostrando todos los peligros, confiando en Dios y en nuestro derecho, y combatiendo solos contra los Estados Unidos, aunque fuesen mil veces más poderosos de lo que son, sin desesperar del triunfo, o sin hacerlo pagar muy caro al menos.

Lo pasado ya no tiene remedio. De lo pasado no debiera hablarse si no encerraba una lección y un escarmiento para el futuro.

Menester es confesarlo. En el aislamiento de España hay de nuestra parte no pequeña culpa. Cuantos gobiernos y cuantos partidos han estado en España en el Poder, desde hace muchos años, han propendido al aislamiento movidos por una prudencia mal entendida y por un concepto equivocado y mezquino de la importancia y del valer de la nación cuyos destinos dirigían. Deberes hay que España no puede desatender, y hay aspiraciones y propósitos que el alma de la nación no puede ahogar en su centro, aunque se esfuerce por ahogarlos. Son los deberes la conservación de las Antillas y de los archipiélagos que poseemos en el Pacífico. Nuestras aspiraciones, providencial o

fatalmente impuestas por nuestra misma historia están en que nadie, sin contar con nosotros, domine en Marruecos; en estrechar cada vez más nuestras relaciones con los portugueses; y en conservar, ya que los lazos políticos están rotos, la unidad de civilización, de idioma y de casta entre esta Península y las que fueron sus colonias y hoy son repúblicas independientes, procurando y anhelando, con poco menos ahínco e interés que nuestra prosperidad y auge, los de las repúblicas hispanoamericanas, hacia las cuales nos inclina un orgullo paternal que no quisiéramos ver abatido y burlado.

Con tales propósitos y miras, el retraimiento de España es imposible: el afán de sus gobernantes de no exponerla lanzándola en aventuras, la ha expuesto más dejándola sola. Hasta nuestro desmedido proteccionismo ha contribuido a enajenarnos la voluntad o a entibiar al menos el afecto que pudieran sentir por nosotros algunas potencias de primer orden. No nos ha valido para estímulo el ejemplo de otras naciones que, buscando alianzas y aventurando algo, han alcanzado bienes que parecían inasequibles y como delirios de un ensueño. Así, el Piamonte, vencido y ruinosamente multado, después de Novara, ha venido a lograr lo que en balde se pretendía desde hace siglos: la unidad de Italia, sólo momentáneamente lograda bajo el cetro del rey bárbaro Teodorico. Austria, para tener apoyo y alianza, se ha unido en estrecha amistad con los dos pueblos que más la han agraviado: con los italianos, que han conseguido arrebatarse el Milanesado y el Véneto, y con los prusianos, que la vencieron y la despojaron de la hegemonía en Alemania. Francia misma, desechando antiguas enemistades, busca con fina y constante solicitud la amistad de los rusos y los lisonjea y los encomia, poniendo de moda hasta las rarezas y excentricidades de sus escritores. Tal vez España sea la única nación que, por el afán de no comprometerse, ha esquivado toda amistad y se ha quedado sola. Si sigue así, si nadie acude a sostenerla, escarmentará al verse en tan cruel abandono.

Por fortuna, aun sin contar con alianzas que no hemos buscado y con simpatías que no hemos procurado crear ni fomentar, todavía nos queda alguna esperanza de que las grandes potencias de Europa se pongan de nuestro lado, vuelvan por nosotros y hagan respetar nuestros derechos. Sería extraño que sufriese en silencio el presuntuoso descaro con que los diputados y senadores yanquis se constituyen en tribunal del humano linaje, en hierofantes de la filantropía y la cultura, reprobando y anatematizando la conducta de una nación soberana en su gobierno interior, sometiéndola a su fallo y tratando de imponerle castigos infamantes, de desmembrarla a su antojo y de despojarla de parte de sus bienes. Todavía es más odiosa y ridícula esta pretensión al notar que se apoya en la necia doctrina de Monroe. ¿Qué significa racionalmente que América ha de ser para los americanos? ¿Dónde están los americanos a quienes América, en todo caso, pertenece? Los que han dejado vivos los yanquis están acorralados como toros bravos en una dehesa o como jabalíes en un coto. Fuera de esto, América es y seguirá siendo, durante muchos siglos, de los europeos. La religión, la ciencia, la cultura, los idiomas en que se habla y se escribe, todo, es allí de Europa. Si ha habido allí algunos historiadores ilustres, algunos poetas inspirados, y tal cual mediano pensador, en inglés, en portugués o en español han escrito; si algo han inventado, no ha sido lo bastante, ni para torcer el rumbo, ni para acelerar el paso y aumentar el vigor y la firmeza con que la Humanidad sigue su marcha progresiva elevándose a superiores esferas. Todo cuanto los yanquis han pensado, inventado o escrito, podrá ser un brillante apéndice; pero no es más que un apéndice de la civilización inglesa. Será una cola muy lucida, pero no es más que la cola. El núcleo, el loco, el centro luminoso, el primer móvil, cuanto ilumina y mueve aún a la Humanidad en su camino, está en Europa y no ha pasado a América ni es de temer que pase. La antorcha del saber y de la inteligencia, la férula del magisterio, el timón de la nave, el centro de la soberanía mental están en Europa desde hace tres mil años.

Ni los persas, ni los cartagineses, ni los árabes, ni los tártaros, ni los turcos lograron arrebatárnoslos en sus ingentes y tremendas expansiones. Es, pues, cosa de risa el prurito de los yanquis, su mal disimulado deseo de arrebatárnoslos ahora. Y si no pretenden eso, si no aspiran sino a un nuevo divorcio entre ambos hemisferios, ¿qué significa la doctrina de Monroe? Todavía en las

repúblicas hispanoamericanas, si la suerte les hubiera sido más favorable y si no estuvieran tan abatidas, la doctrina de Monroe tendría explicación, tendría fundamento justificado. Allí hay un elemento indígena: allí hay americanos de verdad. Hasta de la mezcla de la sangre española y de la sangre india se podría suponer que ha nacido y que se desenvolverá una raza distinta y acaso superior a la europea. Pero ¿en los Estados Unidos hay algo más que el suelo que sea americano? ¿Qué significa, pues, la manoseada frase «para los americanos América?» ¿Con qué razón, con qué derecho, a no ser por la fuerza cuando la tengan, tratarán los yanquis de echar de América, primero a España, y después a Inglaterra, a Francia, a Holanda y a Dinamarca, que son tan americanas como los yanquis y han merecido y merecen más aplauso y gratitud de América, porque la han colonizado, civilizado y cristianizado, implantando en ello todo el saber, toda la virtud y todos los gérmenes de poder y de grandeza de que los yanquis andan ahora tan orgullosos?

Al redactar este escrito me dejó llevar por un impulso involuntario, reconociendo lo poco que importa mi protesta y lo débil que es este alarde de patriotismo al lado de los que hacen y seguirán haciendo muchos generosos y nobles españoles, como, por ejemplo, los que residen en Méjico, y en la Península el sabio obispo de Oviedo y el noble marqués de Comillas. Avergonzado por ellos de mi insignificancia, he vacilado, durante algunos días, en dar a la estampa lo escrito.

Igualmente me han hecho vacilar el respeto y el afecto que profeso aún a la nación angloamericana, a pesar de las injurias de que sus representantes nos han colmado, porque yo no quisiera, por ningún estilo, al devolver a dichos representantes agravio por agravio, que alguien imaginase que yo trataba de ofender a su nación, aunque por ser nosotros calumniados y engañada ella por vulgares prejuicios que han difundido y difunden rastreros escritores, estuviésemos empeñados en una lucha que no tiene razón de ser. Estos rastreros escritores se han complacido en pintarnos, a los ojos del vulgo de sus compatriotas, como una nación de fanáticos y de malvados. Casi les hacen creer que tenemos Inquisición todavía y que hemos asesinado jurídicamente, cuando la tuvimos, centenares y centenares de hombres. Se han callado muy bien, o por mala fe o por ignorancia, que en cualquiera de las naciones más cultas y urbanas de Europa, y sin tener Inquisición, se han cometido más crueldades, se han elevado más cadalsos, se han encendido más hogueras y ha hecho más víctimas que en España la superstición religiosa. En Inglaterra, metrópoli de los Estados Unidos, cuentan autores ingleses sobre treinta mil brujos y brujas ajusticiados; víctimas del fanatismo han perecido allí reyes y reinas, y mártires tan gloriosos como Tomás Moro.

Lutero, Calvino y Knox sólo pedían libertad religiosa cuando estaban en minoría. En Escocia aún se quemaban brujas en el siglo pasado. Y en los mismos Estados Unidos, sólo en Salem (Massachusetts), se han cometido más atrocidades y asesinatos jurídicos, únicamente a causa de la brujería, que por causa o pretexto de religión cometió el Santo oficio en toda la América entonces española, desde Tejas y California hasta el estrecho de Magallanes.

Yo no creo que los mulatos rebeldes y los negros cimarrones de Cuba despierten profundas simpatías en el alma de los legisladores yanquis, ni que les den esperanza de que, declarados ya independientes, formen una República superior a la de Haití, y contribuyan más que nosotros al progreso y al bienestar del linaje humano y al florecimiento y auge de la agricultura, de la industria y del comercio. Para mí, pues, es evidente que no por amor de ellos, sino por odio a nosotros, ambas asambleas de la Unión los protegen. Y este odio, que deploro, es el que yo quisiera ver disipado. Tengo por innegable que en ningún corazón español, a pesar de los ultrajes recibidos, existe tal odio. Sin él, y sólo por necesidad, iremos a la pelea si se nos acosa; si se nos pone, como vulgarmente se dice, entre la espada y la pared. Doloroso será entonces tener que pelear contra un pueblo en quien no podemos menos de admirar excelentes prendas y elevados impulsos, enteramente contrarios a los que lo exciten a esta injusta contienda.

Lo que yo admiro más en los Estados Unidos, hasta por el candor juvenil y casi infantil del sentimiento, es su prurito de acometer portentosas y difíciles empresas y de ver si logran sobrepujar en todo a los europeos. Hay en Europa casas de siete pisos; pues los yanquis las construyen de

catorce. Hay en Europa monumentos altísimos; pues los yanquis los construyen cincuenta codos más altos. Hay en Europa regios alcázares, cuya base se extiende sobre centenares de metros cuadrados; pues los yanquis harán que se extiendan sobre millares de metros cuadrados sus alcázares republicanos. Todo en América ha de ser más alto y más grande que en Europa. ¿No está, por consiguiente, en contradicción con este empeño de superioridad, con el *Excelsior*, tan hermosamente cantado por un poeta yanqui y tomado como lema y santo y señal de su nación, el querer intimidar con amenazas y fieros a una nación que se cree débil, para fomentar la rebelión de gente a quien no es posible que se estime y para atropellar legítimos derechos? El mismo presidente Cleveland y todo el pueblo angloamericano debieran protestar, sin que nadie abogase por nosotros, contra los arrebatos violentos y ciegos de que se han dejado llevar sus cuerpos colegisladores.

Hubo en los Estados Unidos, y hay aún, porque supongo que vive, un cierto coronel Ingersoll, que quiso, en su especialidad, como otros compatriotas suyos, ir más allá que todos los europeos. Era su especialidad un terrible aborrecimiento a Dios y un decidido empeño de expulsarle del Universo, a fin de que, libre del despotismo divino, fuese más dichoso el humano linaje. Para esta expulsión de Dios alegaba el coronel la crueldad con que Dios castiga en el infierno a los pecadores. Decía él que si su mujer, un tío suyo o cualquiera de sus camaradas estuviese sufriendo las penas eternas y él estuviese en el cielo, le diría a Dios cuatro frescas y se iría también al infierno con su gente. Pero a esto se me ocurre objetar: ¿No sería mejor y más prudente, en vez de pelearse con Dios, insultarle y llamarle tirano, creer que es bueno y hasta que todo eso de las penas eternas puede ser una calumnia que le han levantado a Dios en las Edades Tenebrosas, como el coronel Ingersoll las llama? Pues aplíquese el cuento al caso presente, y en vez de querer arrojarnos de Cuba y de insultarnos por lo crueles que somos, reconózcase y confiésese que no hay tal crueldad de nuestra parte, sino exagerada blandura con los mambises depredadores e incendiarios. Esto sería lo razonable y lo justo: que el coronel Ingersoll dejase a Dios en paz en el cielo y se contentase con poner las peras a cuarto a Moisés y con demostrar que no supo tanta química y tanta geología como él sabe y que sus compatriotas nos dejasen a nosotros en paz en Cuba, reconociendo que la hemos de cuidar mejor que los insurrectos si llegan a ser independientes, aunque no acertemos a hacer de Cuba el paraíso que harían de ella los yanquis, más sabios que nosotros en artes mecánicas y mejor iluminados e influidos por los genios del comercio y de la industria.

En suma: yo tengo cierta vaga esperanza y pido fervorosamente al Cielo que se realice, de que las grandes potencias de Europa, que forman tácita confederación para dirigir y ordenar la marcha civilizadora de nuestra especie, no contemplen con indiferencia la atroz iniquidad de que pretenden las cámaras angloamericanas hacernos blanco y objeto. Hasta confío aún en que la masa del pueblo de la Unión vuelva en sí, retroceda del camino por que quieren lanzarla, se llene de honrados escrúpulos y vea y note cuánto hay de cobarde, de ruin y alevoso en querer aprovecharse, para humillarnos, de nuestra verdadera o aparente postración y de los disturbios que nos abrumen. Yo no me atrevo a creer que ese pueblo, hoy en toda la lozanía, crecimiento y vigor de su mocedad, pretenda lucirse haciendo el feo papel de sacudir la coz del asno contra el león que juzga moribundo. Por todo esto, es tan posible como deseable que el conflicto que se ha promovido no acabe por estallar, con horroroso estrago, como bomba de dinamita, sino que se quiebre y se desvanezca en el aire como tenue bola de jabón y de agua.

En vista de lo que queda expuesto, apenas es creíble que Inglaterra, Francia y las demás naciones de Europa que en América tienen colonias se crucen de brazos, y sólo por culpa de que somos débiles, o de que consideran que somos débiles, dejen sin chistar y sin mostrar el menor enojo que los Estados Unidos nos insulten, nos vejen y nos despojen.

Pongámonos, sin embargo, en lo peor. Demos ya por seguro que nadie acude a nuestro lado, y que, sin freno que los contenga, los yanquis persisten en sus exigencias y en su furia. Aun así, yo afirmo que debemos pasarnos de modestos, de pacíficos y de prudentes. El límite de nuestro sufrimiento debe ser el último límite. El Gobierno español, con maternal cuidado y amoroso

desvelo, debe evitar cuanto sea posible los crueles sacrificios de vidas y de haciendas a que una guerra desigual nos obligue; pero, llegados ya al último límite, nos conviene entender que es consejo y no precepto evangélico aquello de que «si te piden la capa, da también la túnica». No, no debemos dar ni túnica ni capa; no debemos entregar a la codicia o a la soberbia de los yanquis ni un palmo de terreno en la isla de Cuba; ni debemos tampoco continuar pagándoles tributos como por virtud de injustas y arbitrarias reclamaciones de indemnización nos lo han hecho pagar durante muchos años, humillándonos al pagarlos. Antes de sufrir tanto oprobio y tan honda caída, desvanecidas ya todas las esperanzas de paz honrosa, declaremos la guerra a los Estados Unidos, hagámosla con valor, y, aunque nuestro triunfo definitivo parezca milagro, confiemos y creamos en que la era de los milagros no pasó todavía.

¿Quién sabe si el sacudimiento terrible que tendrá que producir esta guerra no será una crisis saludable que nos levante de la postración en que estamos y nos coloque de nuevo entre las grandes naciones del mundo? Unidos todos en un esfuerzo común, olvidaremos nuestras divisiones de partidos, nuestras rencillas políticas y nuestros desventurados regionalismos. No seremos republicanos ni carlistas, canovistas ni sagastinos; pero seremos ministeriales todos, y nos jactaremos de ser aragoneses, catalanes, castellanos o vascos, porque todos seremos españoles. Nuestro Ejército, lejos de lamentar la guerra, se alegrará de que, merced a la guerra, podrá luchar con alguien que dé la cara, que no sean forajidos que huyen y se esconden, y en cuyo vencimiento se puede alcanzar alguna gloria. Nuestros generales, por último, se alegrarán más aún, porque tendrán ocasión de mostrar lo que valen, en vez de jugar al escondite con enemigos que se ocultan y de sacrificar a sus soldados, no por exponerlos a las balas de esos enemigos y a sus celadas y sorpresas, sino por las inclemencias y las fiebres de un clima mortífero para ellos.

Aunque soy optimista, aunque no pierdo nunca la esperanza, aunque creo que ahora tienen los españoles el mismo gran ser que tuvieron a fines del siglo XV y durante todo el siglo XVI, cuando fue el apogeo de su gloria, si bien no temo la guerra, tampoco la deseo. No tienen la culpa los ciudadanos de los Estados Unidos en general de la soberbia disparatada, de la ignorancia y de la codicia de sus representantes y de sus senadores. Y yo, sin poderlo remediar, no excluyo de mi amor por el linaje humano al pueblo de los Estados Unidos, donde hubo y hay hombres y cosas que me son simpáticos: elegantes e inspirados poetas, como Longfellow, Russell-Lovell y Whitier; algunos pensadores, si poco originales, discretos e ingeniosos, como Emerson, imitador de Tomás Carlyle; varios historiadores, aunque poco profundos, amenos y agradables de leer, salvo cuando tratan de sus propios asuntos, porque entonces suelen ser más pesados que el plomo; varios divertidos novelistas y, sobre todo, hombres de tan aguda inventiva, que ya brillan, como Edison, empleando la electricidad en no pocos útiles y pasmosos artificios; ya producen la máquina de coser, que siempre que la contemplo me deja embobado. Yo admiro, además, la belleza, el talento y la refinada cultura de las mujeres angloamericanas, las cuales son la más preciosa y segura garantía de que si se llevase a su práctica huraña la doctrina de Monroe y se volviese a establecer el divorcio entre el Antiguo y el Nuevo Mundo, no volverían los habitantes del último a andar vestidos de plumas y de pieles, a sacrificar seres humanos a los ídolos y a comerse unos a otros. Yo admiro el salto del Niágara, la riqueza y prosperidad de los Estados Unidos, la magnificencia y esplendor de sus grandes ciudades, como Nueva York, Boston y Filadelfia; la facilidad y comodidad con que por allí se viaja en ferrocarril, y lo amables y hospitalarios que son los yanquis con los extranjeros cuando el amor propio no los ciega y cuando no se les pone en la cabeza que los extranjeros les son inferiores, porque entonces suelen ser harto poco amorosos y son muy desprovistos de caridad. Díganlo, si no, los pobres chinos, harto duramente zurrados, porque trabajan por muy corto salario. Para no cansar, lo que es yo, a pesar de los insultos que nos han inferido, celebraría en el alma que nos reconciliásemos, nos estimásemos en más y acabásemos por querernos bien en vez de venir a las manos.

Pero si esto no es decorosamente posible, ¿qué le hemos de hacer? Pecho al agua y adelante. No hay mal que por bien no venga. Casi estoy por decir que, de todos modos, saldremos

gananciosos. Si somos vencidos, perderemos pronto a Cuba sin aburrirnos y cansarnos durante tres o cuatro años en perseguir a nuestros enemigos trashumantes, contra los cuales, en vez de enviar soldados, debiéramos enviar perros y hurones. Y si salimos vencedores, que todo es posible con el favor del Cielo, donde aún conserva y cuida Santiago su caballo blanco y sus armas, entonces se corregirían muchísimo los yanquis, porque se les bajará el orgullo, que es su mayor falta; y yo, aunque estoy abrumado por las enfermedades y los años, me regocijaré al contemplar a los yanquis más apacibles y benignos, menos duros e insolentes con nosotros, renegando de su tontería de doctrina de Monroe y alargándonos sin rencor y como Dios manda la mano de amigos.

Entonces cantaré yo un magnífico tedeum allá en el fondo de mi alma y habría de exclamar, remedando al viejo Simeón: *Nunc dimittis servum tuum Domine, secundum verbum tuum in pace, quia viderunt oculi mei salutare tuum.*³⁰

Madrid, 1896.

30 Lucas 2, 29-32. «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto a tu Salvador.»

QUEJAS DE LOS REBELDES DE CUBA (1896)

I

Don Rafael María Merchán es uno de los escritores de más saber y talento que hay en el día en la América española. No he de negarle yo esta alabanza porque él sea tan descastado y tan acérrimo enemigo.

Años ha me envió un libro suyo titulado *Estudios críticos*. Yo lo celebré en mis *Cartas americanas*. Después, creo que tuvimos cierta polémica y que el Sr. Merchán escribió un folleto contra varias de mis afirmaciones.

Desde entonces hasta hoy ni yo he hablado al público del Sr. Merchán, ni supongo que él ha hablado de mí; pero ni yo le he olvidado ni él me ha olvidado tampoco. Para probarlo, me acaba de hacer la fineza, que le agradezco, de remitirme desde Bogotá, donde reside, la obra reciente, de 250 páginas, titulada *Cuba. Justificación de su guerra de independencia*.

La obra es curiosísima y tan llena de interés en la actualidad, que bien merece se dé noticia de ella. Voy, pues, a hacerlo, si *El Liberal*, hospitalaria y bondadosamente, inserta mi escrito en sus páginas, de tan popular y difundida lectura.

Tan enfurecido está el señor Merchán contra España y tan deseoso de sacudir su yugo, que, con tal de que sea libre Cuba, aplaude a los que incendian sus sembrados y plantíos y arrasan sus cortijadas indefensas, lamentando sólo que no hayan podido hasta ahora incendiar también sus ciudades y convertir toda la isla en espantoso yermo. Para hacer patentes la heroicidad, el primor y la conveniencia de tamaña destrucción, aduce el señor Merchán multitud de ejemplos históricos, desde Sagunto y Numancia hasta la fecha. Y para dar más vigor a su apología, cita una octava de la *Lamentación de Byron*, de Núñez de Arce, donde el poeta aconseja a los griegos que talen e incendien y lo conviertan todo en ruinas con tal de libertarse de los turcos. Hay, sin embargo, una distinción que hacer, y de no pequeña importancia. Los griegos iban contra los turcos, gente de muy distinta raza, civilización y creencias religiosas, y los griegos, cuya historia es gloriosísima y antigua, como del pueblo iniciador de la cultura humana, creador del arte, de las letras y de las ciencias de Europa, trataban de romper las cadenas con que los humillaba otro pueblo, rudo y bárbaro, venido del norte del Asia y de hartos menos nobles historia y origen. ¿Qué tiene que ver esto con los españoles y los cubanos, ya que los últimos, si no son españoles o negros, no son nada? En lo por venir podrán ser todo lo que anhelan y sueñen: por el invencible amor a mi raza deseo yo que sus sueños no sean absurdos, sino que se realicen; pero, lo que es ahora, o no son nada, o son españoles, o son negros. Hay, además, otra notable diferencia, que se apoya en el dicho vulgar de que cada uno hace de su capa un sayo. Heroicos, sublimes, son el desprendimiento y el sacrificio de los que destruyen su propia hacienda, como hicieron los numantinos; pero cuando alguien destruye o quema lo que no le pertenece o se queda con ello sin quemarlo ni destruirlo, no tiene traza de héroe, sino de bandido.

Veamos ahora los argumentos de que se vale el señor Merchán y la multitud de crímenes que atribuye a los españoles peninsulares para justificar y aun glorificar a los rebeldes de Cuba y para calificar de indispensables, de nobilísimas y de santas sus fechorías.

Hablaré primero de las acusaciones más generales y vagas que lanza contra nosotros el señor Merchán, y pasaré luego a las más concretas.

Según él, todo español que va a América podrá conseguir cuanto desee, menos una cosa: tener hijos españoles. Si fuese verdadera la afirmación, que por dicha no lo es, toda la malquerencia, todo el odio y todo el desdén que supone el señor Merchán que los españoles peninsulares tenemos a los españoles criollos, estarían hasta cierto punto fundados. Don Marcelino Menéndez y Pelayo no hubiera podido entonces decir sin rencor, hablando de América, en su obra titulada *Ciencia española*, «que la ingratitud y la deslealtad son fruta propia de aquella tierra». El mismo señor Merchán da la prueba de tan aventurado aserto cuando asegura que no hay español que pueda engendrar en América un hijo que no reniegue de su casta y que no se rebele contra la nación a que pertenece. Por dicha, el señor Merchán se equivoca, y también se equivocó el Señor Menéndez y Pelayo, y yo lo reconozco, aunque disculpo la última equivocación, enmendada ya. El señor Menéndez incurrió en ella siendo muy joven e inexperto todavía.

Por parte de los españoles peninsulares no hay odio, ni desdén, ni sombra de enojo contra los hispanoamericanos. Ni uno solo de los casos que aduce el señor Merchán tiene el menor valor.

Don Antonio de Trueba, al apellidar a Bolívar *el Libertador*, dice: «Nombre que usó por cuenta ajena y no en manera alguna por la propia.» Y yo afirmo, que, sin desdén ni odio, el señor Trueba hizo muy bien en no llamar por su cuenta *Libertador* a Bolívar. Los españoles peninsulares, sin menospreciarnos ni ofendernos, podremos llamar a Bolívar gran capitán, héroe, eminente político, ilustre y valeroso personaje; en suma: todo lo que se quiera, menos *Libertador*, porque esto sería confesar y creer lo que no creemos: que nosotros somos unos tiranos inicuos, de quienes conviene libertarse.

La señora doña Soledad Acosta de Samper fue en España tan obsequiada y celebrada como ella se merece; pero, no contenta con esto, todavía se queja (en su *Viaje por España*) de que no pongamos por las nubes a Bolívar y de que no nos entusiasmemos con él. Pues si Bolívar nos venció, ¿cómo quiere la señora doña Soledad que nos entusiasmemos? ¿No hay hasta crueldad en exigirnos semejante entusiasmo y abnegación tan dolorosa? Fuera de esta cruda mortificación de amor propio que el señor Merchán y la señora doña Soledad Acosta pretenden imponernos para probar que los amamos, yo aseguro que siempre hemos dado a los hispanoamericanos las mayores pruebas de estimación y de cariño. Y esto desde los tiempos más antiguos hasta el día de hoy. Americano era Alarcón, y no hay español que no le cuente entre nuestros grandes y gloriosos poetas dramáticos; casi, y tal vez sin casi, al nivel de Lope, de Calderón y de Tirso. Americana era doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, y figura en España como la primera de nuestras poetisas líricas, desde que empezó a escribirse en lengua española hasta el día. Y la poetisa que la sigue, y que tendríamos por la primera, si la Avellaneda no hubiera nacido, es sor Juana Inés de la Cruz, también americana.

No perjudicó ni estorbó su calidad de americanos ni a Gorostiza, ni a Ventura de la Vega, ni a Rafael María Baralt, ni a José Heriberto García de Quevedo, para ser entre nosotros altamente encomiados, aplaudidos y honrados con puestos y cargos importantes. Por eminentes hombres de Estado y popularísimos caudillos han pasado en España otros varones ilustres, nacidos también en América. Valga para ejemplo el marqués del Duero.

Cuantos personajes se han distinguido en la América española por su saber, por su ingenio o por sus hazañas, desde que la América española se declaró independiente, han sido en España tan celebrados y queridos como en la república misma donde ellos nacieron. Así don Andrés Bello, a quien admiramos como filólogo y como autor de Derecho internacional, y cuyos hermosos y elegantes versos nos sabemos de memoria, y así don Rufino Cuervo, cuyo Diccionario calificamos de trabajo maravilloso. No nos duele, sino que nos encantamos y nos ufanamos en poder admirar con fundamento las poesías de ambos Caro, de Mármol, de Andrade, de Obligado, de Restrepo, de Oyuela, de Rubén Darío y de algunos otros.

El buen gusto y la justicia no consienten que nuestra admiración se difunda mucho más. Y, francamente, nos parece hasta cómica la censura dirigida contra la *Antología de poetas*

hispanoamericanos del señor Menéndez y Pelayo porque no incluye en ella, desdeñándolos, a no sé cuántos poetas de primera magnitud. Imposible parece que el señor Menéndez y Pelayo, que, es tan erudito, no tuviese la menor noticia de esos grandes poetas. Y si los conocía, es inverosímil que no insertase en su citada colección ninguna de sus obras, cuando ha insertado en ellas, con indulgencia pasmosa, tantísimo verso insignificante y menos que mediano. El empeño de agradar a nuestros hermanos de América y el afán de mostrar que saben mucho disculpan al señor Menéndez y Pelayo; pero, hablando con franqueza, su *Antología* hubiera valido más si en vez de constar de cuatro gruesos tomos hubiera constado sólo de dos, y aun de uno: su *Antología* se asemeja a los libros proféticos que la Sibila de Cumas vendió a Tarquino el Antiguo. Primero eran nueve, y Tarquino no los quiso comprar; luego la Sibila los redujo a seis, y Tarquino no los compró tampoco, y por último la Sibila los redujo a tres, y pidió por ellos tres veces más de lo que por los nueve había pedido. Tarquino los compró entonces. Y es de suponer que si la Sibila los hubiera reducido a uno solo, Tarquino hubiera dado por él más dinero. *Mutatis mutandis*, lo propio puede decirse de la *Antología* del señor Menéndez y Pelayo.

En lo expuesto hasta aquí no creo yo que haya razón suficiente para que los rebeldes de Cuba nos hagan la guerra a sangre y fuego, poniéndonos en idéntica situación en que Dionisio, tirano de Siracusa, puso a un filósofo crítico que había en su Corte. Como el filósofo no gustó de los versos del tirano, éste le trató muy mal; se apiadó luego de él y le sacó del calabozo en que le tenía encerrado; le leyó, por último, otros versos suyos, y entonces dijo el filósofo: «Que me vuelvan a encerrar en el calabozo.» Aplíquese el cuento, y conste que si la guerra civil cubana, cuya terminación fervorosamente deseamos, hubiese de terminar aplaudiendo nosotros muchos versos de por allí, un involuntario e indomable espíritu crítico nos forzaría a exclamar: «Que nos vuelvan al calabozo; que siga la guerra»; *signa canant*, suenen las trompetas, como dijo Augusto de Fulvia cuando le amenazó con la guerra civil si amorosamente no se le rendía.

Basta ya por hoy. Otro día hablaré de otras razones menos disparatadas que alega el señor Merchán en favor de la guerra de Cuba.

II

Ciencia exacta es la Estadística. Yo no lo niego. Lo único que me atreveré a decir es que, siempre que de estadística se trata, acude a mi mente este cuentecillo:

De vuelta a su lugar cierto joven estudiante, muy atiborrado de doctrina y con el entendimiento más aguzado que punta de lezna, quiso lucirse mientras almorzaba con su padre y su madre. De un par de huevos pasados por agua, que había en un plato, escondió uno con ligereza. Luego preguntó a su padre: «¿Cuántos huevos hay en el plato?» El padre contestó: «Uno.» El estudiante puso en el plato el otro, que tenía en la mano, diciendo: «Y ahora, ¿cuántos hay?» El padre volvió a contestar: «Dos.» «Pues entonces —replicó el estudiante—, dos que hay ahora y uno que había antes, suman tres. Luego son tres huevos los que hay en el plato.»

El padre se maravilló mucho del saber de su hijo; se quedó atortolado y no atinó a desenredarse del sofisma. El sentido de la vista le persuadía de que allí no había más que dos huevos; pero la dialéctica especulativa y profunda le inclinaba a afirmar que había tres. La madre decidió al fin la cuestión prácticamente. Puso un huevo en el plato de su marido para que se lo comiera; tomó otro huevo para ella, y dijo a su sabio vástago: «El tercero cómetelo tú.»

Tercer huevo es casi siempre el *superávit* de los presupuestos y no corta porción de las rentas y recursos de los particulares y de los Estados.

Traigo esto al propósito de que recibamos con escepticismo prudente todos los datos estadísticos que el señor Merchán presenta para demostrar cuánto produce a España la isla de Cuba.

Según muchos políticos y estadistas españoles, entre los cuales cita el señor Merchán a don Francisco Silvela, en un discurso que pronunció en el Congreso el 12 de febrero del año pasado, Cuba, desde hace tiempo, es una carga para España.

Contra esto se encoleriza extraordinariamente el señor Merchán y siente herida su vanidad de cubano. Según él, Cuba nos produce tanto, que el día en que la perdamos, casi todos los españoles nos moriremos de hambre o poco menos. Por interés, y no por punto de honra, anhelamos, pues, conservar a Cuba. El señor Merchán no quiere comprender o no comprende que hasta prescindiendo del interés y del punto de honra, la conservación de la Gran Antilla nos importa mucho. Su pérdida no podría menos de dolernos, como duele a cualquiera que le saquen una muela picada, aunque la muela para nada le sirva. De aquí que tratemos de empastarla o de orificarla y procuremos resistir a los *sacamuelas* de los Estados Unidos, que desean su extracción y tienen ya preparado el gatillo.

Pero vamos a la estadística del señor Merchán.

Confiesa que desde 1868 no vienen a España sobrantes de ultramar. «Los insurrectos de Yara, dice con júbilo, cerraron este vaso de desagüe.» Veamos ahora la enorme cantidad de millones que, según el señor Merchán, viene a España por otros conductos.

Según él y según el señor Dolz, a quien cita, nuestros empleados en aquellas aduanas defraudaron al Tesoro, y sin duda envían a España, cada año, la friolera de ocho millones de pesos fuertes. Sea, digo yo; pero como no se puede creer que los mercaderes y contrabandistas de Cuba lleven la tontería hasta el extremo de concurrir en balde y de balde a este robo, dando a los empleados lo que debieran dar al Tesoro, fuerza es afirmar que, si dan a los empleados ocho millones, se quedan ellos con doce, o siquiera con otros ocho, para que el robo sea a medias. Yo me resisto a creer que el comercio de exportación y de importación dé en Cuba para tan desafortado latrocinio. Aceptemos, no obstante, que el resguardo y los vistas ciegos envían a España los ocho millones.

En todo lo demás que pone el señor Merchán como rendimiento de Cuba a España, es evidente que el señor Merchán delira.

«Cuba, dice, exporta cada año para España seis millones de pesos fuertes en frutos, que pagan por derecho de importación tanto como valen.» Supone luego que estos seis millones, que salen del bolsillo de los peninsulares que quieren regalarse con frutos ultramarinos, son también tributo o dádiva que Cuba nos envía, y suma catorce millones. El estanco del tabaco rinde diecinueve millones, según manifestó recientemente el director de la Compañía Arrendataria, don Eleuterio Delgado. Aunque no se comprende por qué, el señor Merchán se los aplica también a Cuba, y ya tenemos que Cuba nos produce treinta y tres millones.

España manda a Cuba cada año, en mercancías, por valor de veinticinco; pero como de allí vienen seis; la balanza de comercio sólo da en nuestro favor diecinueve. Y como si todas las mercancías que enviamos a Cuba no valiesen un pito y fuesen una basura grandísima que nosotros hiciésemos tragar y pagar por fuerza a los infelices y tiranizados cubanos, el señor Merchán pone también estos diecinueve millones en la cuenta de lo que Cuba nos tributa, haciéndolo subir a cincuenta y dos millones de pesos anuales. Tal es la renta, clara y paladina, que da Cuba a España. La renta misteriosa y oculta es inmensa, según el señor Merchán. Los empleados, los comerciantes peninsulares, todos cuantos van de España a Cuba, no se cansan jamás de enviar dinero de Cuba a España.

En su afán de ponderar lo que cuesta a Cuba el ser española, pone y suma el señor Merchán los sueldos principales del alto clero y de los funcionarios militares y civiles; pero no logra elevarse en esta suma por cima de doscientos mil duros. Y no se para tampoco a considerar que si Cuba llegase a ser república independiente no había de suprimir al arzobispo, al obispo, a la clerecía, a los empleados todos, y hasta se había de quedar acéfala y sin presidente. Ya saldría a los cubanos bastante más caro que les sale ahora todo el aparato administrativo. Y esto sin meternos a vaticinar ni a recelar que en Cuba pudiera haber presidentes, como los ha habido en otros puntos de América, que han tenido para estrujar al pueblo y sacarle el jugo tanta pujanza como la prensa hidráulica más poderosa. Con todas las violencias tiránicas, con todas las atrocidades de cuantos virreyes, gobernadores y capitanes generales ha enviado España a América, desde el reinado de Felipe II

hasta hoy, pudiéramos ponerlas en un alambique y destilar la quintaesencia de ellas, créame el señor Merchán, no sacaríamos un espíritu equivalente al del tirano Rosas, pongo por caso.

Es el señor Merchán, o aparenta ser, contrario a la anexión de Cuba a los Estados Unidos. No puede, por consiguiente, alegar, en contra de lo que él llama profecías siniestras, el florecimiento y prosperidad de Cuba, si llega a ser un Estado más de la Unión. El señor Merchán no aspira al suicidio colectivo como raza. Espera y pretende que Cuba continúe siendo *latina*, que es el epíteto que gustan de darse ahora muchos hispanoamericanos para no llamarse españoles. Todos han de ser *latinos*, aunque no hayan pasado del *quis, quae, quod, vel quid*.

El odio a España del señor Merchán y de otros insurgentes es tan feroz y despiadado, que más que la prosperidad y auge de Cuba, harto problemáticos si llega a ser independiente, los encanta y seduce la tremenda ruina en donde, según ellos, se hundirá España si perdemos aquella isla, como si fuera tan malo cuanto en la Península se produce que nadie quisiese comprarlo sino por fuerza, entienden que, separada Cuba de España, no tendremos a quien vender. Los diecisiete y medio millones de habitantes peninsulares, asegura el señor Merchán que estamos *amenazados de miseria y de muerte si perdemos la clientela forzada de un millón doscientos mil blancos, y cuatrocientos mil negros*, sus compatriotas.

Por lo visto, entra también en el plan de los insurrectos el despojar a los españoles peninsulares de las propiedades territoriales que en Cuba tienen, y hasta el expulsarlos de allí. «Toda esta población —decía en 1869 *La Voz de Cuba* en un artículo que el señor Merchán reproduce y celebra— vivirá errante y miserable en el mundo.»

Para que tal cosa no suceda; para defender a esa población, a la que tenemos obligación de defender; para conservar la integridad de nuestro territorio; para que la nación española no sea de nuevo mutilada, y no porque Cuba nos produzca todos esos millones fantásticos, deseamos conservar a Cuba, y es de esperar que la conservemos. Los diecisiete millones y medio de españoles peninsulares, salvo muy pocos, no temen perder el mercado para su industria, y perder el fomento de su comercio y de su Marina mercante si llegasen a perder la Perla de las Antillas. No nos faltaría entonces sino y gente adonde enviar nuestros productos y nuestros barcos. La pérdida de Cuba nos traería, sin duda, perturbación; mas no por la utilidad que Cuba nos trae o nos ha traído nunca. Si atendiésemos sólo a esta utilidad, apenas habría español que no estuviese deseando que nos quedásemos sin Cuba. No tendría entonces que decir el señor Merchán, citando los arrogantes versos de Núñez de Arce, y dirigiéndose a Cuba:

«Y si ser grande y respetada quieres,
de ti no más la salvación esperes.

Consejo que Cuba, o, mejor dicho, los rebeldes en armas no siguen, porque solos, ni se hubieran rebelado, ni persistirían en la rebelión, que los yanquis atizan, fomentan y patrocinan y pagan para echar de allí al cabo, no sólo a nosotros los españoles, sino también a todos los *latinos*, sin excluir al señor Merchán, que regresaría por corto tiempo a su patria y que tendría que volverse a Bogotá, porque en Cuba *yanquificada* le mirarían como mueble incómodo e inútil y no le harían caso. No le valdría la adulación con que proclama la omnipotencia de los Estados Unidos.

Si quisieran apoderarse de Cuba, dice, «¿quién se opondría? ¿Inglaterra? El leopardo puede aceptar luchas con el águila, pero no la provoca a ellas. ¿Francia? Mientras no arregle cuentas con Alemania, evitará contiendas con otras naciones fuertes y civilizadas. ¿Alemania, Rusia? No tienen intereses coloniales en América; y Rusia, de desenvainar la espada, lo haría a favor de su antigua amiga la Unión americana. En cuanto a una coalición de las grandes potencias, los Estados Unidos no la temen. Recuérdesse cómo desbarataron la Santa Alianza con un mensaje de Monroe.»

¿Tendrá razón el señor Merchán y lo podrán todo los Estados Unidos? ¿Se atreverán a intervenir en Cuba y a intentar despojarnos de cuanto allí legítimamente poseemos, sin que por impotencia o por imprevisor egoísmo se interponga en nuestro favor ninguna gran potencia

europaea? Entonces sí que no será a Cuba, sino a España, a quien tenga que decir el poeta, y esperemos en Dios que sea oído:

«Y si ser grande y respetada quieres,
de ti no más la salvación esperes.

III

Algo arrepentido estoy de haber tomado por asunto de un escrito mío el libro del señor Merchán. Hay muchísimo que decir sobre él, y yo me canso, y, lo que es peor, temo cansar a mis lectores. Sin embargo, como ya emprendí la tarea, no quiero dejarla sin terminar, si bien procuraré ser muy conciso.

Lo más grave de que el señor Merchán acusa a España es de su corrupción administrativa en Cuba. Nada hay que decir contra los datos que aduce. Todos están tomados de discursos, informes, folletos y memorias, suscritos por los señores Romero Robledo, Moret, marqués de la Vega de Armijo, Balaguer, Doltz, general Pando, general Salamanca y bastantes otros nombres políticos peninsulares de la primera importancia.

No quiero entrar en pormenores porque son cansados y además harto feos. Convengo, pues, con el señor Merchán en que en Cuba la corrupción administrativa es deplorable: es un mal que requiere pronto y enérgico remedio. Pero ¿lo hallará la rebelión, si triunfa y establece en Cuba una República independiente? Lo dudo, y no digo rotundamente lo niego, porque no me precio de profeta, porque mi optimismo no tiene límites y porque no he perdido la fe en lo sobrenatural y milagroso.

Mal hemos administrado a Cuba en el siglo presente; pero lícito es presumir que los cubanos *libres* la administrarían mil veces peor. Libres son y constituidas están en repúblicas todas nuestras antiguas colonias en el continente americano. ¿Hay alguna de ellas que desde que conquistó su libertad hasta hoy haya sido mejor administrada que Cuba? Esto es lo primero que sería necesario demostrar.

Yo reconozco, desde luego, que el desarrollo del comercio, de la industria y de la riqueza en general, mil ingeniosas invenciones y los más fáciles medios de comunicación entre las gentes han hecho progresar y han llevado como a remolque hasta los pueblos más atrasados. Pero estas causas debieran influir más en los pueblos libres que en pueblos como el de Cuba, que gime aún bajo el abominable yugo de España. Cuba, no obstante, apenas tenía a principios de siglo más población que cuatrocientas mil almas. Hoy pasa la población de Cuba de un millón seiscientos mil. La población, pues, está cuadruplicada, sin que a esto contribuyan, ni la abolida trata de negros, ni una gran corriente de emigración europea o asiática. La riqueza y el bienestar han aumentado también, a pesar de las guerras civiles. No estarán, pues, tan oprimidos y miserables los cubanos cuando así crecen y prosperan. ¿Crecen en la misma proporción en las repúblicas hispanoamericanas las gentes, bienestar y la riqueza?

Ya he dicho que no he de negar yo la corrupción administrativa de Cuba, para cuya prueba aduce el señor Merchán tanto testigo; pero tenga por cierto que, si fuese tal como él la pondera, Cuba no hubiera prosperado. La extraordinaria fecundidad de su suelo no hubiera podido prevalecer contra la rapacidad que en los peninsulares supone el señor Merchán. Si de los cuatro siglos que hace que poseemos a Cuba hubiéramos sacado de ella y enviado a España durante cuarenta años siquiera, a diez años por siglo, la mitad no más de lo que anualmente robamos a Cuba, o sean veinticinco millones de pesos fuertes, y esto sin contar las remesas misteriosas e infinitas que hacen los peninsulares, tendríamos que, en poco tiempo, habrían ingresado de Cuba en España nada menos que mil millones de pesos fuertes. ¿En qué Pozo Airón, en qué sumidero, en qué insondable abismo, ha venido a precipitarse y a hundirse este Mississipi, este Amazonas de oro? ¿Dónde están los palacios, las soberbias quintas, los hadados jardines, el lujo sardanapálico y los sibaríticos deleites de los peninsulares que trajeron de Cuba todo ese dinero? ¿Dónde están los templos, los

obeliscos y las pirámides que hemos levantado con el áureo vellocino de nuestra Colcos? Ambas Castillas están pobres y desoladas. Los palacios de los peninsulares enriquecidos en Cuba son más difíciles de hallar que los de Dulcinea. Y no hay monumento de algún valer que no se haya erigido con dinero nuestro y no cubano. Para que sea más evidente la prueba, los monumentos más nobles y grandiosos hasta son anteriores al descubrimiento de América y, por consiguiente, de Cuba; los muros ciclópeos y las ingentes torres y arcos triunfales de Ávila; las catedrales, como las de Burgos y Toledo, y los alcázares, como el de Segovia.

América no ha enriquecido; ha empobrecido y despoblado a España. España, en su gloriosa expansión, no se dilató por el mundo para saquearlo y para traer a la Península los despojos opimos, sino para difundir por doquiera su cultura, su religión, su idioma y sus artes. Si en la misma Italia, maestra de ellas, cuando en Italia dominamos, levantamos templos, castillos y palacios; erigimos monumentos y fundamos obras piadosas, hospicios y colegios, como de ello dan testimonio Nápoles, Palermo, Mesina, Bolonia y otras ciudades, sin excluir a la misma Roma, ¿qué no haríamos y qué no hicimos en América, donde en resumidas cuentas no había nada, o, si había algo, respondía a un estado incompletísimo e inicial de cultura como podría ser el del centro del Asia, tres o cuatro siglos antes de que saliese Abrahán de su patria, Ur de los caldeos?

Desengáñese el señor Merchán: la nación española poco o nada ha traído de Cuba que no haya pagado con creces; nada debe a Cuba. Cuba es quien se lo debe todo a España, salvo lo que da la Naturaleza en su estado primitivo y selvático. Por eso, aunque el señor Merchán se enoje, tiene España razón para llamar ingratos a sus rebeldes hijos de Cuba. ¿Qué habrá quitado España, para enriquecerse, a Maceo, a Máximo Gómez o a Quintín Banderas?

En cuanto a los fraudes y depredaciones de nuestros empleados, no poco hay también que objetar. Mucho crédito, por ejemplo, merece don Eduardo Dolz; pero ¿acaso no puede equivocarse o exagerar involuntariamente? En los últimos veinticinco años, afirma que nuestros empleados han defraudado, en las aduanas de Cuba, doscientos millones de pesos fuertes. Supongamos que es exacta la cantidad, y ya es mucho suponer. Todavía no es posible la suposición de que sean tan necios los mercaderes y contrabandistas cubanos que hayan tenido el capricho irracional de dar a los empleados los doscientos millones, en vez de darlos al Tesoro. Lo probable sería que, en este hurto hecho al Tesoro, saliesen ganando los comerciantes y contrabandistas ciento cuarenta millones, y que los empleados se contentasen con sesenta y con enviarlos a España. Pero como estos sesenta millones no lucen ni parecen por aquí, yo me atrevo a presumir que son fantásticos. En España no abundan tanto los ricos que no nos sean todos conocidos y que no sepamos de dónde ha salido y cómo se ha formado el caudal de cada uno. Seguro estoy de que, sigilosamente y al oído; para no delatar a nadie, sin suficientes pruebas, no nos declara ni el más zahorí en estos asuntos, dónde están veinte millones siquiera, el tercio de los sesenta que de Cuba han de haber venido a la Península. Los doscientos millones, pues, o no se los quitaron al Tesoro o casi todos ellos se quedaron en Cuba.

Pretende el señor Merchán, apoyado en las relaciones que aquí mismo hemos hecho, que todos estos empleados que van a Cuba a defraudar la Hacienda pública tienen, entre los más altos personajes políticos, sendos padrinos a quienes pagan tributo. Poco aprovecha a dichos padrinos riqueza tan mal adquirida. Por eso me inclino yo a creer que los más criminales han de haber recibido muy poco, y que los medianamente criminales han de haber recibido algunos cajoncillos de cigarros puros, piñas en conserva y pasta de guayaba, con o sin tropezones. Lo cierto es que yo he conocido y conozco gran multitud de nuestros personajes políticos. Los que son ricos sabemos perfectamente de dónde procede su riqueza. Y los pobres, que forman la mayoría, contándose entre ellos no pocos que han sido ministros de Ultramar, me atrevo a sostener que no han tomado un céntimo de peseta al hacerse el reparto de los doscientos millones de pesos fuertes. A algunos, cuyos nombres pudiera citar y a quienes traté y visité hasta que murieron, fue menester venderles los libros y las ropas para poder enterrarlos.

En suma: por dondequiera que yo lo miro, no noto en España esa horrible corrupción que el señor Merchán nos achaca, y que en todo caso no sería igual, ni con mucho, a la que de otras grandes naciones, como Francia e Italia, nos dejan presumir escándalos recientes, y como la que de los propios Estados Unidos, por mil indicios también, se presume.

Yo infiero de todo, empezando por conceder que en la administración de Cuba hay desorden y despilfarro necesitados de enmienda, o que la corrupción no es tan enorme como se dice, o que son cubanos interesados y poco escrupulosos los que la fomentan, más en detrimento del Tesoro de la metrópoli que en detrimento de la prosperidad de la isla.

La rebelión, por consiguiente, no queda así justificada. Los saqueos y los incendios perpetrados por los rebeldes no remediarán nada ni contribuirán a la prosperidad de Cuba. Y contribuirán aún mucho menos si los Estados Unidos, según ya se prevé, nos exigen indemnización por esos saqueos y esos incendios, que sin el favor y aliento que dan a los rebeldes no se perpetrarían, y si el Gobierno español tiene la debilidad de someterse y de pagar. Esperemos, aunque se resista y no pague, que no haya violencia ni guerra internacional. Y en todo caso, aunque esa guerra sobreviniese y aunque nos fuese adversa la fortuna, siempre sería preferible a la humillación y a la ignominia; y, sobre todo, si la ignominia y la humillación resultasen inútiles y al cabo hubiese guerra, a no ser que resignadamente nos dejásemos despojar de todo.

Madrid, 1896.

A UNA SEÑORA CUBANA (1896)

Incógnita y muy amable señora mía:

La carta, sin fecha y sin firma, con que usted me ha favorecido está escrita con tan apacible dulzura, a pesar de los agravios que supone usted que yo hago a los naturales de Cuba, sus compatricios, que me inclino a creer que dicha carta es obra de una dama, y por esto, y por lo bondadosamente que me trata, me decido a contestar, faltando a mi propósito de no volver a escribir sobre la cuestión cubana; sobre ella hemos escrito ya tanto y tan sin resultado, que nuestra guerra de pluma, aunque menos costosa y aunque poco o nada dolorosa, va compitiendo por su estéril pesadez con la otra guerra, que a tiros y a machetazos sigue haciéndose en la Perla de las Antillas.

Ni yo he creído nunca, ni de cuanto he escrito puede inferir el más caviloso, que yo crea a los españoles criollos inferiores en nada a los españoles peninsulares. Lo único que usted podrá decir es que no los creo superiores; pero me parece que en esto tengo razón, pues no es probable que nuestra casta se haya afinado, mejorado y civilizado más en ultramar que en la Península. Ni siquiera podría explicarse este fenómeno por la cercanía de los yanquis, ya que los franceses, que no son menos cultos, están más cerca de nosotros, y ya que a los ingleses los tenemos en Gibraltar, que no es tenerlos cerca, sino encima.

En mi sentir, por consiguiente, y sin que en ello acierte yo a ver la menor ofensa, entre cubanos y españoles peninsulares hay una igualdad fraternal y poco podemos echarnos en cara. Tal es mi tesis y tal ha sido siempre desde el principio. De aquí que las quejas expresadas por el señor Merchán para justificar la rebelión me parecen infundadísimas, porque, dado que fuesen fundidas, serían tan generales que justificarían, no la rebelión de Cuba, sino una rebelión general y la más completa disolución de España.

Como recelo siempre pecar de prolijo, me limitaré a apuntar algo, sin decir lo mucho que se pudiera decir.

Sospecho yo que la estadística es la ciencia más inexacta y caprichosa de todas cuantas se han inventado; pero me valdré, sin embargo, de ella, aprovechando los datos que el señor Merchán suministra.

El cubano, por término medio, paga de contribución anual 16,38 pesos fuertes, y el español, 8,65, o sea poco más de la mitad; pero esto no quiere decir que esté sobrecargado el cubano, sino que es más rico. Y como, sin ahondar en estadísticas, es evidentísimo para cualquiera a quien no ciegue la pasión que el español no es dos veces, sino tres o cuatro veces más pobre que el habitante de Cuba, resulta con toda claridad que las cargas del Estado son también para el español mucho más pesadas.

Otro dato del señor Merchán, dato que no se comprende de dónde ha salido y en cuya exactitud no puedo creer, es que los cubanos dan al Estado un sesenta por ciento de todo cuanto producen. Se inferiría de esto que, dando cada cubano 16,38 pesos, fuertes, sólo tendría al año en conjunto 27,30 pesos, de donde, restada la contribución, le quedarían diez duros y noventa y dos céntimos, con los cuales tendría que comer, vestir calzar, pagar alquiler de casa y solazarse y divertirse durante un año entero. Y como esto es absurdo, es menester inferir que la estadística en general, o la del señor Merchán singularmente, es un purísimo disparate.

Otra acusación es la de que nosotros, merced a los derechos protectores, nos hemos proporcionado en Cuba un mercado provechoso y forzoso para nuestros productos. A esto me limitaré a contestar con algo que conozco por experiencia propia. Cuando estuve representando a

España en los Estados Unidos, el señor Forster negoció en Madrid un Tratado de comercio, por cuya virtud el azúcar de Cuba podía entrar en el territorio de la gran República sin pagar apenas derechos. En cambio, las harinas, las carnes, los tejidos, los muebles y otros productos yanquis podían entrar en Cuba con no mayor gravamen.

La inevitable consecuencia, si el Tratado hubiera obtenido ratificación hubiera sido el que no hubiera ido a Cuba desde España harina bastante para amasar una hogaza, ni artículo alguno de la industria catalana; que el comercio de Barcelona y de Santander hubiera decaído y que nuestra Marina mercante hubiera tenido que hundirse o buscar nuevo empleo. España, no obstante, lo sacrificaba todo por la prosperidad de Cuba. Yo hice los mayores esfuerzos, y con el permiso y autorización del Gobierno español, nuevas concesiones a la Comisión de Negocios Extranjeros del Senado de Washington, a fin de que el Tratado fuese ratificado; pero salió de la presidencia el señor Arthur, y subió a ella por primera vez el señor Cleveland, y el señor Cleveland retiró el Tratado, a lo que entiendo, porque el Tesoro de la República no perdiese los muchos millones de duros que producían los derechos del azúcar que de Cuba se importaban. Basta con apuntar lo dicho para que quede demostrado que, lejos de ser egoísta, la Península fue en aquella ocasión y sin duda lo es siempre, desprendida y generosa con sus provincias ultramarinas, en cuya prosperidad funda su orgullo. Y si esta prosperidad no es mayor, no será por culpa voluntaria, sino por torpeza. Lo que yo me atrevo a deducir, sin que implique mi deducción la menor ofensa a los cubanos, es que no serían ellos menos torpes que nosotros.

En resolución: por cualquier lado que este asunto se considere, no se descubre rastro, ni señal, ni indicio de nuestra tiranía, de nuestro egoísmo, de nuestra malevolencia con respecto a los cubanos. Estarán muy mal gobernados, pero no están peor gobernados que nosotros ni solamente por nosotros. ¿Qué privilegio, qué diferencia de aptitudes legales se opone a que no salga de la Habana un Cánovas o un Sagasta, como los que han salido de Málaga y de Logroño? Y, suponiendo que los hombres de por allí fuesen más listos y más doctos, el encumbramiento sería más fácil y sería asimismo más benéfico para la totalidad de la monarquía española, que de esa suerte acabaría por estar bien gobernada. Ni vale decir como otra queja más que el Estado español no cuida de la educación de los cubanos. Proporcionalmente no hay en España más universidades ni más institutos que en Cuba; ni se gasta en Cuba en la educación menos dinero del que se gasta en España. Tampoco me parece justa la afirmación del señor Merchán, denigrando a los profesores. «Con mucha frecuencia -dice- las cátedras no son sino a manera de canonjías, en que se coloca a los ahijados de los políticos influyentes de Madrid.» Al leer tan resueltas afirmaciones dudo de mí mismo, y temo que me engañen mis sentidos corporales y las potencias de mi alma, porque yo he creído hasta hoy y tenido por cierto que en España las cátedras se ganan en oposiciones públicas, ante un tribunal de personas autorizadas, que no es de presumir den un fallo injusto para favorecer a ningún ahijado de los políticos influyentes. Fácil me sería seguir impugnando y desvaneciendo las demás acusaciones del señor Merchán. Ninguna de ellas tiene más sólido fundamento que las ya impugnadas y, a mi ver, desvanecidas.

Quiero conceder que no hay motivo en Cuba para mucho contento; pero tampoco lo hay en España, y no por eso nos rebelamos. A fin de remediar un mal no debemos caer en otro mayor. Todos los males que padecía Cuba o que se supone que padecía antes de la rebelión, no equivalen a la vigésima parte de los que la rebelión ha derramado sobre sus habitantes y sobre su suelo. Las provincias de Cuba, y por más que cavilo no puedo comprenderlo de otra suerte, son como las demás provincias de España. Si alguna diferencia se nota es la de que están favorecidas las provincias de Cuba. ¿A qué, pues, la guerra a fuego y sangre? ¿De qué procede el rencor contra los peninsulares? De los diecisiete millones y pico que hay de éstos, también, según la estadística del señor Merchán, acaso ni el pico desee por interés material que Cuba siga siendo española. Si los demás también lo desean es por razones mil y mil veces más altas. Ojalá que no las hubiera, y que pudiéramos decir, sin dolor ni vergüenza: sed independientes, y que se deshaga y descuartice la monarquía.

Cuando por todas las regiones del mundo propende en el día la gente a juntarse, formando grandes estados, como Italia y Alemania, que se han unificado, siendo muchos antes; y como Austria, que permanece unida a pesar de la multitud de razas, lenguas, religiones, historia y literatura de las nacionalidades que la constituyen, es anacrónica anomalía, es verdadero delirio este afán de separarnos y aborrecernos que se ha apoderado de nosotros, que somos enteramente hermanos. Yo no atino a explicar tan lamentable fenómeno sino considerándolo como una enfermedad epidémica.

Decía Camoens que las diferentes provincias de España eran:

*Todas de tal nobreza e tal valor
que cualquier d'ellas cuida que e melhor.*³¹

Sin duda, seguimos presumiendo de la misma suerte, pero con una diferencia harto lastimosa. Para la totalidad de la patria nos hemos vuelto modestísimos, y estoy por decir que abyectamente humildes. España está decaída, hundida, perdida y desmoralizada; pero la provincia o comarca a que pertenecemos es la única excepción. Sólo nosotros, entre todos los españoles, estamos, por ejemplo, al nivel de los franceses, de los ingleses o de los yanquis. Lo demás ha caído en la más profunda corrupción, y es menester separarse de ello para no inficionarse.

Créame usted, amable señora: cuantos de buena fe y sin estar movidos por la ambición o la codicia se ponen, como usted, de parte de los rebeldes de Cuba, es porque ceden al impulso de tan absurdo sentimiento; de esa humildad para el total concepto y de ese soberbio engreimiento para una región o comarca sola y para sus habitantes.

¿Qué no daría yo y qué no daría todo buen español porque de tal manía nos curásemos? ¿Qué reformas no concederíamos a Cuba o a qué pretensiones razonables no darían oídos y aprobación los diecisiete o dieciocho millones de peninsulares con tal de que terminase la guerra fratricida y no hubiese más estragos, más sangre y más desolación espantosa en los hermosos y fértiles campos del paraíso que halló Colón en el golfo de Méjico?

El disimulo es inútil, y, además, yo no soy ni disimulado ni hipócrita. Mi bello ideal hubiera sido soñar pronto la rebelión por las armas, sin mucho sacrificio de vidas ni haciendas de peninsulares ni de cubanos. Luego, los vencidos hubieran tenido todas las reformas y todas las libertades, menos la de ser más que nosotros o la de separarse de nosotros. Pero la guerra se prolonga, es calamitosa para todos y sólo conduce a una larga postración, cuando no a la ruina de Cuba y de España. Todos debemos amar la paz. Todos debemos ya desear un convenio, hasta los más celosos de la autoridad del Estado, que no puede negarse que había de quedar menoscabada y no muy airosa. Sería tan grande el beneficio, que nos consolaría y que compensaría el menoscabo y el desaire.

Por lo demás, entre un Gobierno y sus súbditos alzados en armas, ni es novedad ni es caso denigrante el llegar a una avenencia por medio de pactos y transacciones. Lo que sí sería bochornoso, lo que apenas sería sensible, es que un poder extranjero interviniese en esas transacciones y pactos. Sería como si ese poder saliese garante de su cumplimiento y como si pusiese bajo su protectorado y tutela a una parte de la nación española, sometiendo el resto a su jurisdicción y a sus fallos.

Aunque anhele la paz con el mayor ahínco, confieso a usted que me afligiría alcanzarla por un medio tan poco decoroso. Dígame usted si, tanto por española como por cubana, no se afligiría usted también de que gente extraña, y sin título alguno para ello, interviniese en nuestras contiendas y se declarase juez de paz de las mismas, o a quienes ha inspirado, o a quienes ha excitado previamente a la discordia y a la lucha.

Madrid, 1896.

31 *Os Lusíadas*, canto III, XVIII.

FE EN LA PATRIA

(1896)

Mi padre y multitud de parientes míos por todos los cuatro costados han servido desde muy antiguo en la Marina española. Renegaría yo de mi casta si denigrase a los marinos. Pero, con todo eso, declaro que me sublevan y enojan los que pretenden poner a los marinos y a los militares de tierra por cima de toda censura de los paisanos, fundándose en que ignoramos sus artes. Razón tuvo Apeles de desdeñar el juicio del menestral, diciéndole: *zapatero, a tus zapatos*. Pero el zapatero no podía, en cambio, recusar a Apeles como juez de su calzado, ya que Apeles, si no sabía hacerlo, tenía que pagarlo, gastarlo y andar con él cómodamente. Quiero decir con esto que, en todo caso, el artista y el poeta podrían rebelarse contra la censura. Con no mirar sus cuadros o con no oír o leer sus versos, se remedia el mal que causan. No sucede lo mismo con aquellas profesiones de las que depende la grandeza o la ruina de los estados, la vida de muchos hombres y la hacienda de todos, desde el gran capitalista al que tiene que vivir de un salario mezquino.

De aquí que la censura que cae sobre el militar y el marino sea lícita, natural e inevitable. Y como a veces estimula, hasta conviene, si no es muy disparatada, dura y descompuesta. Arquímedes sabía mucho y era muy ingenioso. Si le hubiesen dado palanca y punto de apoyo hubiera movido al mundo. Y, sin embargo, si cuando inventaba mil artificios pasmosos para defender a Siracusa se hubieran burlado de él los periodistas de entonces, diciéndole mil cuchufletas y poniéndole en caricatura, aquel varón tan sabio se hubiera atolondrado, se hubiera hecho un lío y no hubiera dado pie con bola, dudando él mismo del resultado de su ciencia; resultado que, por virtud de previas disposiciones y a pesar de temores y dudas, hubiera, al fin, naturalmente, sobrevenido. Así, el fruto del árbol que se cultiva con esmero, cuando llega a su madurez y no lo coge la tímida diestra del hortelano, cae en la tierra por virtud de su propio peso. Así también se puede explicar que el crucero *Princesa de Asturias* se botase al agua no bien la ocasión fue propicia. Si no hubiese estado bien construido o bien puesto sobre la grada o sobre lo que conviene que se ponga, de fijo que no se hubiera lanzado al mar tan gallarda y primorosamente.

Las comparaciones, para ser exactas y luminosas, han de entenderse bien. Racionalmente considerado el asunto, la flauta no sonó por casualidad. Si no hubiera estado hábilmente hecha, no hubieran logrado hacerla sonar los resoplidos más poderosos.

La verdad es que por lo que más pecamos ahora los españoles todos es por el menosprecio de nosotros mismos, por una humildad que nos deprime y por una exagerada admiración de lo extranjero. Nos parecemos al que oyó decir a un inglés que en cierto salón algo oscuro de la Alhambra convendría que hubiese una claraboya; y para imitar al inglés, pidió también una claraboya para el palacio de Carlos V, que nunca tuvo techo. O bien nos parecemos a aquel caballero de Nápoles, que sostenía que si la Gruta Azul estuviese en Francia, le habrían abierto grandísima entrada, sin pensar que con mayor abertura hubiera desaparecido todo el maravilloso encanto de la gruta, casi únicamente iluminada por los rayos del sol que surgen refractados del seno azul del mar diáfano.

Mucho depende de la aptitud de los hombres, pero mucho depende también de la buena o mala ventura. No atribuyamos todo lo próspero a la habilidad. En las victorias de Alejandro y de César la ventura hubo de entrar por algo. Suponer que entró por todo sería ruin envidia. De ella pudiéramos acusar a Felipe II si dijo, como se cuenta, al saber la victoria de Lepanto, *mucho ha aventurado don Juan*; pero la magnanimidad del mismo monarca se manifiesta cuando atribuye a los elementos desencadenados, y no al poder de sus enemigos ni a la torpeza de sus generales, la

pérdida de la Armada Invencible. Los cartagineses solían maltratar y hasta crucificar a sus generales cuando no vencían. Preferible es el aliento generoso del Senado de Roma que da gracias al cónsul Varrón porque después de Cannas no desespera de la salud de la patria.

Menester es tener confianza en nosotros mismos. Entonces vencerán en tierra los militares y en el mar harán maravillas nuestros marinos. De su arrojo siempre han dado y siguen dando pruebas, y no sería justo creer que por el entendimiento y la inspiración estén por bajo de los hombres de otros países. Creer esto equivaldría a creer que en nuestro país ha degenerado la especie humana porque no ha de suponerse que tenían los uniformes la deplorable virtud de entorpecer y de incapacitar a quienes los visten.

Tengamos confianza y el Cielo nos será propicio. Sin los rezos de Moisés y sin los milagros que por su intercesión hizo Dios, Josué no hubiera vencido; la profetisa Débora no hubiera entonado su himno triunfal si las inteligencias que mueven los astros no hubieran bajado a combatir en favor de su pueblo; en mil batallas han tomado parte los dioses del Olimpo para favorecer a los hijos de Grecia; y los Dióscuros, abandonando el refulgente alcázar que tienen en el cielo, y donde hospedan al sol en los más hermosos días de cada año, han peleado en solemnes ocasiones por la grandeza de Roma. Todo ello entendido a la letra, podrá ser ilusión o sueño vano; pero, como figura, expresa enérgicamente la virtud taumatúrgica de la fe que tienen los nombres en el genio superior y en los altos destinos del pueblo a que pertenecen; fe dominadora de los númenes, que los evoca, los atrae y se los gana para aliados y para amigos. Así nosotros, en mejores días, cuando tuvimos mayor fe en lo que valemos, trajimos del cielo a Santiago y, montado en un caballo blanco, le hicimos matar moros e indios, cosa hartamente ajena de su profesión y ejercicio durante su vida mortal.

Si nos obstinamos y persistimos en nuestra humildad, en recelar que hemos degenerado y que no somos ya lo que fuimos, ni Santiago ni nadie acudirá a socorrernos y jamás conseguiremos la victoria. Desde que Túbal vino a España, desde que en España reinaron los Geriones, hasta el día de hoy, no hemos tenido un general que haya reunido bajo su mando doscientos mil combatientes. Y todavía en nuestro siglo, a pesar de tanta prosperidad, industria y riqueza no ha habido nación alguna, por rica y grande que sea, que envíe por mar a regiones remotas ejército tan numeroso como el que hemos enviado a Cuba. Pero si nos empeñamos en creer punto menos que invencibles a los mulatos y negros insurrectos y en que se acabó ya la sustancia de que en España se forjaron en otras edades los ilustres guerreros, ni el Gran Capitán que resucitase y fuese por allí atinaría con una inspiración dichosa, ni haría algo de provecho, mientras que con fe tal vez bastaría un clérigo como el licenciado Pedro de la Gasca, ya que no se puede suponer que ni Maceo ni Máximo Gómez valgan más que Gonzalo Pizarro.

De estas incoherentes cavilaciones infiero yo que si nuestro triunfo se retardase demasiado, así en el mar del Sur como en el golfo de Méjico, culpa sería de nuestra falta de fe, que seguiría enajenándonos la protección del Cielo; pero que si, como es de esperar, vencemos pronto, sin duda que al Cielo, o a la suerte para el que no crea en su influjo, deberemos el triunfo en primer lugar, pero también lo deberemos al valor de nuestro ejército de mar y tierra y a la habilidad e inspiración de sus jefes. Y aunque esto último, aunque la habilidad y la inspiración se negasen, siempre quedarían como factores de la victoria, sobre el valor de soldados y marinos, el sufrimiento y la constancia de la nación, que al enviarlos sacrifica heroicamente, y murmurando hartamente poco, su sangre y su dinero.

Madrid, 1896.

LAS DOS REBELIONES

(1896)

La rebelión de Cuba hacía difícil la situación de España. La rebelión de Filipinas ha venido a aumentar la dificultad y los peligros. La guerra en ambas partes tiene más carácter de guerra civil que de guerra de pueblos extraños sometidos que pugnan por recobrar la independencia y sacudir el yugo que se les impuso. En ambas guerras España combate por la civilización contra la barbarie. En Cuba es más odioso y está menos justificado el alzamiento contra nosotros. A no ser negros a quienes hemos civilizado y dado libertad, los rebeldes son españoles, cuyos padres, o cuyos abuelos nacieron en España, y a quienes los sacrificios y el valor de su patria dieron para morada la isla fértil y hermosa y todo el bienestar que poseen, en premio de lo cual, con fea y villana ingratitud, pugnan ahora por apartarse de la metrópoli, renegando de su casta y abominando de la sangre que llevan en las venas, sin duda viciada por el fermento y corrompida con la mezcla de la sangre africana.

Todos los españoles de la Península muestran el empeño más decidido de conservar para España aquella isla, y no por el menor interés, sino por razones más altas. Nadie en España ignora que en los cuatrocientos años que hace que posemos a Cuba, aquella isla sólo gastos y disgustos nos ha producido. Aun suponiendo, por lamentable y vergonzosa que sea, la más honda corrupción en los empleados que enviamos allí, es evidente que, si medran estos empleados, es a costa de España y no de Cuba. Casi la única renta que España puede sacar de Cuba para resarcirse de sus daños y sacrificios es la de Aduanas, y bien puede asegurarse que si nuestros empleados defraudan a la Hacienda en uno, es porque los cubanos, haciéndolos instrumentos y cómplices de la defraudación y sobornándolos para ella, se quedan con doble o con triple del provecho.

Si por las causas y motivos no está justificada la rebelión en Cuba, a pesar de todo cuanto dicen para justificarla Merchán, Varona y otros, todavía está menos justificada por el fin. Cuba, en un futuro remoto, podrá llegar a ser un Estado independiente, próspero y libre; pero por lo pronto, si la rebelión triunfase Cuba pasaría por un largo periodo de crisis peligrosas, exponiéndose, o a convertirse en una república negra como Haití, o a una larga serie de trastornos y dictaduras tiránicas, o a caer en poder de los Estados Unidos, que en pocos años borrarían de allí todo vestigio de lengua y de raza españolas, y que tal vez repoblarían la isla con los muchos negros que hay de sobra entre ellos y de los que sin duda gustarían de deshacerse.

Hablando con toda sinceridad, apenas comprendemos que haya un solo hombre nacido en Cuba, aunque su padre, su abuelo o su bisabuelo sean también cubanos, con tal que sea de casta española, y aun cuando sea medio mulato que racional y honradamente sea separatista. Sólo puede serlo o por vanidosa alucinación, imaginando que en él y en otros criollos la casta española ha mejorado y se ha pulido por la vecindad y contacto de los yanquis, o bien forjando sueños ambiciosos y considerándose, o dictador de la nueva república o fugitivo de ella, después de haberla exprimido, refugiándose en Nueva York o en París, para lucir y gozar el fruto de sus latrocinios.

Poco justificada está también la rebelión de Filipinas; pero, en fin, no puede negarse que lo está más que la del Cuba. En Filipinas, al menos, apenas tienen nada de españoles los rebeldes. Algunos mestizos habrá entre ellos; pero la mayoría es de tagalos o de otras razas, ya indígenas, ya de las que sucesivamente han invadido aquel archipiélago y se han apoderado de él en parte o en todo antes que los españoles llegaran y establecieran allí su dominación a mediados del siglo XVI.

El dominio de los españoles no puede haber sido ni más suave ni más benéfico. Acabó con las guerras constantes que los diversos pueblos y tribus de aquellas islas se hacían entre sí; los defendió

de los robos y violencias de los piratas; cristianizó y civilizó a cuantos pudo, y harto poco o casi nada les obligó a trabajar en provecho de la metrópoli. Bien puede afirmarse que de todos cuantos pueblos europeos han ido a enseñorearse de tierras y naciones del Extremo Oriente, España ha sido quien menos las ha explotado. ¿Cómo se explica, pues, la rebelión de Filipinas? Ya hemos dicho que nos parece menos injustificada que la de Cuba, mas no por eso tiene tampoco justificación. Suponen algunos que ideas revolucionarias y anticristianas han penetrado allí y que en esta importación deletérea está la culpa de todo. Lo que es nosotros, ni vemos que en dicha importación esté la culpa, ni, aun suponiendo que en ella esté, consideramos prudente, ni acertado, ni posible, remediar el mal, atajándolo en lo futuro.

Las ideas son sutiles y penetrantes, vuelan y se extienden con rapidez pasmosa, y no hay aduanas, ni muros, ni lazaretos, ni cordones sanitarios que las detengan su vuelo y que impidan que lo inficionen todo, diluyéndose en el aire que se respira. Será un mal o será un bien; pero es inevitable la difusión de las ideas. El único modo de curar este mal es modo homeopático. A nosotros, que hemos llevado la civilización a Filipinas, no puede ni debe hacernos daño esa misma civilización, llevada allí en alas del comercio o por la convivencia trato frecuente y fácil comunicación que tienen en el día unos pueblos con otros. No nos conviene ni podemos tampoco mantener y perpetuar la ignorancia de los filipinos. Lo que nos conviene es educarlos con mayor esmero y hacerles comprender que son preciosas nuestras enseñanzas, que valen más que las que reciben recatándose de nosotros, y, sobre todo, que deben desechar cierta vanidad malsana y ridícula y convencerse de que el estado en que vivían antes de que los españoles llegasen, no merece llamarse civilización, por más que el Maquino Saterno y otros maquinoes por el estilo alambiquen y coloquen razones disparatadas.

Es cierto que, si bien los itas y otras razas inferiores estaban por bajo de los más degradados indios de América, los tagalos, y tal vez algún que otro pueblo, menos incomunicados con naciones relativamente cultas, tenían religión no tan monstruosa y leyes y escritura, adelantándose en todo ello a los pueblos de América menos salvajes; a los aztecas, a los quichuas y a los chibchas; pero aun así, hay harto poco que aplaudir en la llamada civilización tagala. Todas las filosofías que en ella encuentran sus encomiadores están tomadas de los europeos, y, por ilusión óptica que produce la vanidad, puestas en Batala, en los Anitos, en los Simbahan y en los demás dioses, ritos, creencias e instituciones del tagalismo.

El natural deseo de no caer muy por bajo del nivel de las grandes naciones y el propósito, ya que no de rivalizar y competir, de no verse abatidas, hacen que en el día las naciones o razas dotadas de certero instinto político, ora procuran unirse, si no lo están, ora se esfuerzan en conservar la unión que en otras edades contrajeron, olvidando agravios cuando los hay y tratando de convertir en consonancia las disonancias.

De muy diverso origen son los ciudadanos que componen los Estados Unidos de América y diversos y aun opuestos intereses tienen y, sin embargo, miran el separarse en distintos estados como propósito criminal y suicida. Los pueblos de Italia se han unido para formar un solo Estado, prescindiendo de glorias especiales, tan altas como las de Venecia, Florencia y Génova. Todos los alemanes se unen para formar un imperio. Y en Austria, multitud de naciones, distintas por su origen, religión, civilización e idioma, viven unidas y contentas bajo un solo cetro.

La corriente de la Historia y del progreso humano lleva a la fusión y no al separatismo. El separatismo es hoy más que nunca anticivilizador y antipatriótico. Es crimen necio, contrario al interés de los que lo cometen. En los cubanos rebeldes no merece perdón, porque es, además, crimen de lesa patria y de lesa raza. En los filipinos rebeldes, el crimen se limita a ser tonto. ¿Qué conseguirían si de nosotros se separasen, sino caer en manos de otros europeos que los tratasen con desdén y dureza, o bien ser víctimas de piratas groseramente mahometanos, o bien sufrir el yugo de alguna poderosa nación de Asia?

Fuera de los caudillos que aspiran a ganar posición, nombradía y riqueza, lo que es en la masa de rebeldes, así cubanos como filipinos, la sublevación, sobre ser injustificada, es estúpida. Saldrían perdiendo si ganasen. Pero se nos dirá: «¿Es más discreta y tiene fin menos vano la tenacidad con que los españoles de la Península se obstinan y se obstinarán en conservar aquellas posesiones, aunque en el empeño fuese menester consumir todo su dinero y derramar lo mejor de su sangre? Cuba nada nos ha valido en cuatro siglos de dominación. Filipinas nos ha valido menos en más de tres siglos. Es simpleza imaginar que los dos millones de ciudadanos españoles privilegiados que viven en las Antillas, y que ni con dinero ni con sangre contribuyen al poder de España, nos son útiles porque les obligamos a comprar los productos de nuestra industria. La metrópoli ha demostrado ya no pocas veces que está dispuesta a prescindir de la protección que a ello les obliga y que con tal de que Cuba prospere, renuncia a que entre allí ni un pedazo de tela tejido en Cataluña, ni una fanega de trigo producido en Castilla. ¿Qué nos vale, pues, la conservación de Cuba y Filipinas? En mi sentir, nos vale tanto, que no puede ser más. Perderlas sería para nosotros como perder los documentos y títulos de nuestra mayor nobleza. De esta nobleza es indeleble el recuerdo en la mente de los hombres; pero perdiendo a Cuba y a Filipinas, se podría decir que perderíamos la ejecutoria. Así la isla del golfo de Méjico como el archipiélago del mar del Sur son la heredad-monumento de la gloria de España y de su principado entre todas las naciones de la Tierra. Cuba, porque recuerda el más grande en lo meramente humano, de todos los acontecimientos de la Historia: el descubrimiento del Nuevo Mundo; y Filipinas, porque recuerda cómo cerramos el ciclo de aquellas pasmosas hazañas, agrandando experimentalmente el concepto de la creación, patentizando la redondez de la Tierra, circunnavegándola por primera vez, columbrando en el cielo nuevas constelaciones y abriendo el magnífico pórtico de la Edad Moderna y una nueva y gloriosa Era en la historia del linaje humano. Perder a Cuba y a Filipinas sería derribar las columnas que sostienen nuestro escudo y donde va escrito plus ultra. La nación que dio recursos al genovés inspirado para acometer la total empresa, y a Magallanes para terminarla, tiene el derecho y hasta el deber de conservar a Cuba y a Filipinas. Para que Cuba dé testimonio de nuestro poder de que descubrimos y civilizamos la América, y para que Filipinas persista bajo nuestro dominio, siendo el jalón y la marca del camino que, como el sol y como la civilización del humano linaje, siguió la nao Victoria cuando hizo, según dice Fernández de Oviedo «la mayor y más nueva cosa que desde que Dios crió al primer hombre y compuso el mundo hasta nuestro tiempo se ha visto».

Esas posesiones de ultramar son, pues, para nosotros, como las columnas que sostienen nuestro escudo, y si cayesen, el escudo acaso podría caer. Indispensable es conservarlo firme, aunque nos cueste mucho sacrificio de sangre, aunque se consuma mucho dinero y aunque, como nos amenaza gente poco benévola, acabemos por lo pronto por dejar que se lleven a tierras extrañas nuestra plata, como ya se llevaron nuestro oro, sólo nos dejen papel y calderilla. Digamos: No importa, como hemos dicho siempre, y todo se remediará. La plata y el oro volverán con el laurel de la victoria. Dios inspire a nuestros generales para que pronto la consigan. Hermoso, rico en amor y en lágrimas de alegría será el triunfo que les prepara España cuando vuelvan vencedores.

Madrid, 1896.

LA PAZ DESEADA

(1896)

Grandísimo es mi deseo de complacer a mi amigo don Miguel Moya, escribiendo algo sobre la Nochebuena y la guerra de Cuba para un número extraordinario de *El Liberal*; pero mientras más cavilo, menos cosas se me ocurren. Sólo acuden a mi memoria y pronuncian mis labios las hermosas palabras que en boca de los ángeles oyeron los pastores: *Gloria a Dios en las alturas y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad*. Paz anhelamos todos, y ahora que la Nochebuena se aproxima, debemos repetir la exclamación angélica, pidiendo paz al Cielo. Y no sólo porque con la guerra exponemos a las enfermedades y a la muerte a lo más lozano de la juventud española y nos exponemos nosotros a la miseria, sino también porque con la duración de la guerra, a par de la vida de muchos de nuestros hermanos, y a par del dinero y hasta de la esperanza de ganarlo que vamos perdiendo, es de recelar que perdamos también la paciencia, el juicio y el corto ingenio que Dios haya tenido la bondad de darnos.

Aun prescindiendo de todos los enormes males que la guerra trae consigo, sólo porque no se volviese a hablar de tan trillado, sobado y fastidioso asunto, debiéramos rezar para impetrar del Altísimo que la guerra terminase, aunque fuera por virtud de un milagro, como el de la botadura del *Princesa de Asturias*.

En suma: yo no sé ya qué decir sobre la guerra, y lo que es sobre la Nochebuena, con decir *gloria a Dios en las alturas y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad*, está dicho todo. Pero esto no es cuento, ni artículo, ni composición poética inédita, y por consiguiente, si no digo más, me quedaré con el disgusto de no complacer al señor don Miguel Moya.

Sólo veo un medio de salir de mi apuro: referir aquí con brevedad y tino, si soy capaz de tanto, la discusión que acaban de tener en mi casa dos señores que han venido a visitarme, y por dicha se han hallado juntos en ella. Es el uno don Valentín León y Bravo, capitán de Artillería retirado, y el otro, el hábil diplomático don Prudencio Medrano y Coroero, retirado también, o dígase jubilado. Ambos desean la paz con el mismo fervor que yo; pero la buscan por muy diverso camino. Suponen cada uno de ellos que si se hubiera seguido el que él traza ya gozaríamos de la paz en esta Nochebuena, y así nosotros en la Península, como nuestro valiente Ejército de Cuba, la celebraríamos regocijadamente, después de haber oído la Misa del Gallo, con succulentas cenas en que consumiríamos multitud de pavos, que desde su patria de origen, y no menor multitud de jamones, que desde Chicago y desde otros lugares de la Unión, donde abundan los cerdos, nos enviarían de presente Cullon, Morgan, Sherman y algunos senadores más.

Baste de introducción y empiece el diálogo. El arrogante don Valentín habló primero, y dijo:

—Vamos, hombre; confiese usted que no hemos debido sufrir tantas ofensas y amenazas de intervenir con las armas en nuestras discordias civiles; jactanciosa seguridad de acogotarnos en un dos por tres, derrotando nuestro Ejército y echando a pique nuestra flota, y envío incesante de aplausos a los insurrectos, de insultos feroces a los leales, y de armas, municiones, dinero, víveres y toda clase de auxilios a los que devastan, incendian, saquean y destruyen la riqueza de Cuba, para pedirnos luego indemnización por los mismos estragos y ruinas, que sin el favor de los yanquis jamás se hubieran causado. Crea usted, que lo que hubiera convenido y lo que todo esto hubiera merecido, es que nosotros hubiéramos imitado a Agatocles.

—¿Y quién fue ese caballero? —preguntó don Prudencio.

—Pues Agatocles —contestó don Valentín— fue un célebre tirano de Siracusa, con quien se condujeron los cartagineses, sobre poco más o menos, como los yanquis con nosotros. Pero

Agatocles se hartó de sufrirlos, embarcó cinco mil soldados en unas cuantas naves, cruzó el mar con ellos burlando la vigilancia de la poderosa escuadra enemiga y desembarcó en el territorio de la gran República; para verse obligado a vencer o a morir, destruyó los barcos en que había venido, como hicieron más tarde el renegado cordobés Abu Hafaz, en Creta, los catalanes en Galípoli y Hernán Cortés en Méjico; entró a saco en muchas ciudades púnicas, y aun estuvo a punto de apoderarse de la capital. ¿Por qué no habíamos de haber nosotros declarado la guerra a los yanquis, pasado en un periquete con más de cien mil combatientes desde Cuba a la tierra de ellos y quizá llegado hasta el Capitolio de Washington, arrojando de allí a culatazos a los senadores y yendo luego, por la avenida de Pensilvania, hasta donde está el Palacio del Tesoro todo lleno de dinero y apuntalado para que no se hunda, aliviarlo de aquel peso, y plantarnos, por último, en la Casa Blanca, que está a tres pasos de allí, y hacer a Cleveland cautivo?

—Todo eso —replicó don Prudencio— me parecería muy bien si para dejarme frío no acudiese a mi mente esta frase proverbial: *tú que no puedes, llévame a cuestras*. No bastan doscientos mil soldados para acorralar y domar a los mulatos y negros cimarrones, y sueña usted con que basten cien mil para llegar al Capitolio de la gran República. Créame usted: lo digo con gran dolor, pero es menester decirlo: *consumatum est*. Menester es que nos resignemos y nos achiquemos. Cuba no nos ha producido nunca una peseta. Cada una de las que ha podido traerse de allí algún empleado poco limpio nos ha costado mil pesetas al conjunto de los demás peninsulares y nos cuesta además y nos costará muchas lágrimas. ¿Qué mejor venganza podemos tomar de los cubanos rebeldes que concederles la libertad, por que combaten? Una vez Cuba libre, Cuba se volvería *merienda de negros*.

—Pues para que no se vuelva *merienda de negros* debemos seguir combatiendo en la Gran Antilla —dijo entonces don Valentín—. Los cubanos, ni con mucho son todos rebeldes, y tenemos el deber de defenderlos de los forajidos y de salvarlos de la rapacidad y de la insolencia tiránica de los aventureros que quieren apoderarse de la isla. Contra estos aventureros y aun contra todo el poder de los yanquis que los protegen debemos luchar, ya que es inevitable la lucha.

—Confieso —dijo entonces don Prudencio— que me hace bastante fuerza eso de que no debemos abandonar a los cubanos fieles y pacíficos. Por eso vacilo yo. Si no fuera por eso no vacilaría en afirmar que para que hubiésemos tenido paz en la Nochebuena, que se acerca a grandes pasos, hubiéramos debido, en vez de imitar las locuras del señor Agatocles, hacer lo que yo me sé.

—¿Y qué es lo que usted se sabe? ¿Acaso plantear las reformas ya votadas, concederlas mayores aún y hasta llegar a la autonomía para que depusiesen las armas los insurrectos? ¿No ve usted que ellos achacarían a debilidad actos tan generosos, se ensoberbecerían más, pedirían independencia o muerte y antes que darse a nosotros se darían al diablo?

—Pues daos al diablo, les diría yo —contestó don Prudencio—. Lo que es por mí ya serían independientes con una condición: con la condición de que cargasen con el pago de la deuda de Cuba. Aunque se elevase a cuatrocientos millones de pesos fuertes, todavía sería muchísimo menos de lo que Cuba nos ha costado en los cuatrocientos años que la hemos poseído, sin duda por nuestra desgracia, pero también por nuestra gloria, como monumento y espléndido recuerdo del hecho más brillante y trascendental de nuestra historia y aun de la historia de todo linaje humano.

—También digo yo —exclamó don Valentín— lo mismo que decía usted hace poco cuando me oyó hablar de la imitación de Agatocles: *todo eso me parecería muy bien si para dejarme frío no acudiese a mi mente esta frase proverbial: tú que no puedes, llévame a cuestras*. ¿Cómo quiere usted que paguen nada los cubanos libres? Lo menos durante dos siglos sobrevendría allí con la libertad la más estupenda anarquía. Aquello sería el puerto de Arrebatacapas. La isla libre no valdría por lo pronto ni produciría un ochavo. Mal andamos nosotros de dinero, pero todavía los acreedores se fiarían más de nosotros. Yo doy por cierto que si Cuba se comprometiese a pagar, los acreedores no aceptarían la sustitución y exigirían que España les pagase.

—Eso tiene remedio —dijo don Prudencio—. Mal hemos hecho con no haber contraído alianza ninguna, con estar aislados y sin apoyo entre las grandes potencias europeas; pero esto no mitiga la acusación de egoísmo y hasta de imprevisora flaqueza que podemos lanzar contra ellas, viéndolas inertes y tranquilas sufrir que los Estados Unidos, sin razón y sin derecho, nos traten como nos tratan fiados en su poder y en su riqueza e imaginándonos débiles, pobres y solos. Como quiera que sea, repito que el mal tiene remedio. Yo se lo daría con mi gran habilidad diplomática, si no estuviese ya jubilado; conseguiría que los Estados Unidos, tan filantrópicos y tan fervorosos amantes de la libertad de Cuba, garantizasen el pago de su deuda, y aun la pagasen, mientras Cuba no pudiese pagarla. Hasta sería esto poderoso estímulo para que ellos procurasen y aun lograsen la prosperidad de Cuba, con la cual crecería la fama póstuma de Antonio Maceo hasta la altura de la de Jorge Washington y de la de Simón Bolívar. Todo depende del éxito final del nuevo Estado que se funde.

Cuando se cansaron de hablar mis dos visitantes, me preguntaron mi parecer. Yo, con todas las perífrases cultas que me inspiró la cortesía, les di a entender que los pareceres de ellos se me antojaban igualmente dispartados y que era menester buscar un término medio.

—¿Y quién lo busca? —dijeron ambos.

—Todos —contesté yo—; pero nadie lo ha encontrado todavía. Esperemos que Dios, con su infinita bondad y misericordia, suscite pronto en Cuba un caudillo, sea quien sea, que logre estar no menos acertado como general en jefe, que Cirujeda como comandante, y todo terminará pronto y bien, sin imitar a Agatocles, y sin imitar tampoco al cura de Gavia. Cuando veamos aparecer este caudillo, no habrá viejo en toda España que no haga el papel de Simeón y que no le remede diciendo: *Nunc dimitis servum tuum Domine, secundum verbum tuum in pace, quia viderunt oculi mei salutare tuum*; pero ni los viejos podremos hacer el papel de Simeones en la próxima Nochebuena, ni los mozos podrán gozar de la paz deseada. Contentémonos con la esperanza de tener esta paz en la Nochebuena de 1897.

Madrid, 1896.

LA MEDIACIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS (1896)

Voy a decir mi humilde parecer sobre el importante asunto de que *El Liberal* trata hoy, y voy a decirlo con sinceridad, con llaneza y hasta con cierto candor, que la generalidad de las gentes considerará poco diplomático; pero mi diplomacia pasó ya, y agua pasada no mueve molino.

Cuba, en mi sentir, nada nos ha valido en los cuatrocientos años que hace desde que nos apoderamos de ella. Las riquezas que algunos españoles traen o pueden traer desde allí a nuestra Península no aumentan más nuestro caudal, que las alhajas y juguetes que hallan en un balcón los niños aumentan el caudal del honrado padre de familia que los puso allí de antemano el día de Reyes para que sus niños los tomen, o que las liebres y perdices que caza alguien en un coto aumentan el caudal del propietario del coto, que para llevar y sustentar allí dichas liebres y dichas perdices ha gastado mil y mil veces más de lo que ellas valen.

Económicamente, pues, nada nos vale nuestro dominio en Cuba.

¿Es cuestión de honra conservarla? Frase es ésta llena de pompa y de peligro, que sería mejor no emplear.

Claro está que nos convendría y nos agradaría que el Dios Término de España no hubiera retrocedido y no retrocediese nunca. Pero si las leyes providenciales o fatales, por cuya virtud se ordenan los acontecimientos humanos, hacen que el Dios Término retroceda, no por eso España ha de creer menoscabada su honra. Antes, pudiera salir del mal el bien, y acrecentarse la honra de España, si, por ejemplo, las dieciséis o diecisiete repúblicas que han nacido de su seno llegasen a estar florecientes y poderosas.

¿Es cuestión de integridad de nuestro territorio? También sobre esto hay mucho que decir y no poco que distinguir. Harto menguada estaría ya dicha integridad, si la hubieran constituido lo mejor del continente americano, Sicilia, Cerdeña, Portugal con todas sus posesiones y tantos otros estados, provincias y países como nos han pertenecido y ya no nos pertenecen.

Infiero yo de aquí que nuestro dominio en Cuba no es cuestión de utilidad, ni de honra, ni de integridad de la patria. Pero ¿significa esto que sea poco importante la conservación de Cuba? Tan lejos estoy de pensarlo, que creo dicha conservación importantísima. El que la conservemos es para nosotros cuestión de categoría de elevación, de dignidad entre las naciones de Europa. Es también cuestión de decoro nobiliario. Cuba, dominada por España, parece como título, custodiado en nuestro poder, de que descubrimos y civilizamos el Nuevo Mundo.

Por esto, todo buen español debe considerar como gran desventura la pérdida para nosotros de aquella hermosa isla. Por esto con general aplauso y excitación de toda España, han ido a Cuba doscientos mil soldados. Por esto la nación se desprende de sus bienes, gasta su dinero, se empeña y arrostra con resignación valerosa la pobreza, a fin de mantener en Cuba a esos soldados y por medio de ellos su indiscutible soberanía.

Por desgracia, los que contra ella se rebelan, lejos de dar la cara, huyen y se esconden, prolongando así indefinidamente la guerra, los gastos y los sacrificios y haciendo morir, mil veces más que en los combates, por las enfermedades, la flor de nuestra juventud generosa. No discuto aquí si es o no posible, a menos de un milagro, de una aventura casual o de una inspiración dichosa, acorrallar a los rebeldes, vencerlos y darles pronto el merecido castigo. Tal vez sea esto difícilísimo.

Sabido es lo mucho que dura este linaje de guerras. Catorce años duró la de Viriato. Y sin buscar ejemplo tan ilustre, el rey absoluto de España tuvo que tratar de potencia a potencia con el Tempranillo, con los Botijas y con otros bandoleros, porque no pudo vencerlos con las armas.

Como quiera que sea, la situación en Cuba del general en jefe es harto penosa. El pueblo que permanece allí fiel a la madre patria y el Ejército que le obedece, bien pueden proclamarle *mejor que Trajano*, pero no *más feliz que Augusto*. Bien pueden, para realzar su crédito y levantar su autoridad, reunirse en junta y colmarle de vítores y aplausos; pero tan entusiasta patriotismo recordará involuntariamente el del Senado romano cuando, después de la batalla de Cannas, dio fervorosas gracias al cónsul Varrón porque no había desesperado de la salud de la patria.

Yo no quiero desesperar, ni desespero tampoco. La paz, sin embargo, me parece en extremo deseable y la acción diplomática conveniente, ya que a pesar del indiscutible valor y del pasmoso sufrimiento de nuestros soldados, no bastan las armas.

¿Cómo *debe* ser, o cómo *puede* ser esta acción diplomática, dado que la haya? Una cosa es el *debe* y otra el *puede*. Aristóteles pone muy bien en claro la diferencia. Por ella, dice aquel sabio es la poesía mil veces más filosófica que la Historia. La Historia expone lo que es, y la poesía, lo que debe ser. Hagamos poesía por un momento. Hablemos de lo que debiera ser y no es, por desgracia.

La nación de los Estados Unidos, tal vez a pesar de su Gobierno, que no puede evitarlo, mantiene la insurrección en Cuba. Sin el favor y auxilio que le da, sin las armas, dinero, hombres y fuerza moral que le suministra, es evidente para todo el mundo que la insurrección estaría ya sofocada; que hubiera sido mil veces menos fuerte; que tal vez no hubiera ocurrido. El proceder, pues, contra nosotros de la nación angloamericana (aunque disculpemos a su Gobierno) es el más odioso abuso de fuerza que imaginarse puede. Una protesta enérgica contra él por parte de España sería sublime delirio. España está lejos de Cuba y la Unión está cerca, y España es cuatro veces menos populosa que la Unión y cien veces menos rica. Algo, no obstante, podría perder la gran República, si entre ella y España sobreviniese un conflicto bélico. La justicia está de nuestro lado, y

*l'antico valore
Negl' ispanici cor non e ancor morto.*³²

Vamos ahora a declarar aquí lo que debiera ser, aunque no tengo la menor esperanza de que sea, para evitar el abominable abuso de fuerza de que hablo o el conflicto que presupongo, si, perdida nuestra paciencia, superior a la de Job, nuestro ánimo no desfallece.

La acción diplomática debieran ejercerla las grandes potencias de Europa, y singularmente las que tienen posesiones en América, a fin de que el Gobierno angloamericano emplee medios suficientes para evitar que su pueblo fomente la insurrección en Cuba, faltando a la justicia, a la verdadera civilización y al derecho de gentes. La insurrección terminaría en seguida si esto se lograse. Pero esto es poesía: es lo que debe ser, pero no lo que será. Las grandes potencias de Europa seguirán dejando a España en completo abandono.

¿Qué recurso nos queda sin acudir al más arrogante y peligroso de los extremos? Pues el recurso que nos queda es disimular los insultos y agravios y aceptar los buenos oficios del Gobierno de los Estados Unidos, si dicho Gobierno los ofrece.

Rara y muy poco airosa sería para nosotros esta mediación; pero es tan grande nuestro deseo de paz, que hasta cierto punto nos conviene pasar por todo.

Explicaré ahora la limitación que va contenida en la frase *hasta cierto punto*. Para mí, la limitación no puede ser más clara. Si el Gobierno de los Estados Unidos mediase y lograse que depusiesen las armas los insurrectos y se pacificase la isla, esto había de ser sin exigirnos la menor promesa de reformas interiores, de cambios en la gobernación de la isla, de nada que modificase allí

32 Paráfrasis de *Italia mia, benché 'l parlar sia indarno*, Canzone XXIX de Francesco Petrarca: «ché l'antiquo valore / ne gli italici cor' non e anchor morto» (hacia 1344). La retomarán Maquiavelo en el *Príncipe*, y Leopardi en su *All'Italia*.

las relaciones entre gobernante y gobernados, y de cuyo cumplimiento quedase implícitamente como garante el Gobierno de los Estados Unidos. Esto equivaldría a despojarnos vergonzosamente de la soberanía de la isla o a conservar en ella una soberanía desmedrada y dependiente de la gran República, a cuya fiscalización constante estaríamos sometidos, y a quien acudiría siempre en queja cualquier cubano díscolo que se creyese lastimado o que supusiese que no se le cumplía lo prometido. Sin duda, se me dirá: ¿qué provecho, qué ventaja sacará el Gobierno de los Estados Unidos, de mediar para que los rebeldes se rindan a discreción y sin que España prometa nada? A tal pregunta respondería yo:

Si alguien cree o espera todavía en España que podemos tener en Cuba un millón y seiscientos mil conciudadanos para que compren productos de la Península a mucho más elevado precio que pueden comprar productos semejantes importados de otros países, menester es, en mi opinión, que renieguen de tal creencia y que desistan de tal esperanza. Y no supone lo dicho la anulación del comercio entre Cuba y España. El del Brasil, por ejemplo, con el reino de Portugal, es ahora mil y mil veces más activo y fructífero para los portugueses que cuando el Brasil era colonia.

Con facilidad se comprenderá ya lo que, sin desdoro nuestro y sin mengua de nuestra soberanía, pudiéramos dar a los Estados Unidos si por mediación de su Gobierno Cuba se pacificase. En virtud de un tratado, pudiéramos darles la más amplia libertad de comercio en aquella porción de nuestro territorio. El galardón sería espléndido y Cuba también aumentaría pasmosamente su riqueza, si pudiese comprar más baratos la harina y otros alimentos, e importar en la gran República sus azúcares, su café y su tabaco, libres o casi libres de derechos.

En cuanto a las libertades políticas y administrativas, ya las concederá España generosamente, sin que nadie le imponga de antemano la obligación de concederlas.

Sólo de esta suerte aceptaría yo la acción diplomática, o dígase la mediación de los Estados Unidos.

Madrid, 1896.

LA TORTURA EN ESPAÑA (1897)

Por un artículo publicado en el *Neues Wiener Tagblatt* y firmado por Federico Spielhagen, he llegado a saber que en Alemania y en Austria nos acusan de valernos aún de la tortura como procedimiento jurídico para descubrir a los autores y cómplices de ciertos delitos. Dicen que medio tan bárbaro ha sido empleado en Barcelona por los Tribunales militares, en las causas seguidas contra los anarquistas.

Aunque la *La Época*, en su número del día 22, contesta como debe a la acusación lanzada contra nosotros y a las declamaciones del Sr. Spielhagen, no estará de más que otros periódicos traten del mismo asunto, y que estos periódicos sean independientes o de oposición al Gobierno, a fin de que se vea que no es para defenderle, sino para defender a toda la Nación de la injuria que se le hace.

Sin vacilación ni duda de ningún género, doy por seguro que la tal acusación está desprovista de todo fundamento; pero entiendo que en España debemos hacernos cargo de ella para rechazarla y justificarnos ante la opinión pública de Europa.

Es innegable que existen aún no pocas prevenciones de unos pueblos contra otros; y en Francia, Inglaterra y Alemania, naciones en el día más prósperas y poderosas, y acaso más adelantadas en industria y comercio, y en organización militar y política, que las hace más fuertes por mar y por tierra; existe además la vulgar e injustificada manía de creerse también moralmente más adelantadas, de donde nace el frecuente empeño de humillarnos y de corregirnos, dándonos lecciones y vigilándonos para que no rebajemos el nivel altísimo hasta donde ha subido la moral en nuestro continente.

Siendo yo estudiante, hace ya muchísimos años, vino a parar en la misma fonda en que yo paraba en Granada, un noble caballero belga que ha ocupado más tarde muy elevada posición en Roma, señalándose por sus fervorosos sentimientos católicos. Este caballero, entonces muy joven, se hizo grande amigo mío y siempre andábamos juntos durante su permanencia en la ciudad morisca. Pero, a pesar de su afecto, no podía resistir a la tentación de mortificarme, censurando la holgazanería o la carencia de habilidad de los españoles y nuestro deplorable atraso. Para ello me echaba en cara que desde el sombrero hasta los zapatos, todo cuanto yo vestía y calzaba estaba hecho por manos extranjeras. No se lo negaba yo; pero me limitaba a contestar que nada de aquello me lo daban de balde quienes lo fabricaban, por donde resultaba evidente que mi padre, que entonces me mantenía, producía algo de un valor equivalente para comprármelo, lo cual era lo mismo que si produjese el paño de la levita, el reloj o cualquier otro dije o prenda con yo me adornase. Concedamos que fuera de España se teje, se fabrican relojes, se guisa y se hacen otros primores que en España se hacen peor o que no se hacen; pero nada de esto se nos da de balde y por filantropía. Si para adquirirlo no acertásemos a hacer algo equivalente, tendríamos que andar en cueros. Lo único que se nos da de balde son las lecciones de moral, de las cuales es precisamente de lo que no necesitamos. No todo español puede poner una buena fonda, una fábrica de tejidos o una peluquería, pero hasta el más bolo entre los españoles puede hoy meterse a predicador, hablar de ilustración, de humanitarismo y de progreso, y echar sermones tan bonitos y edificantes como el que nos echa el Sr. Spielhagen, sin llevarnos nada por su trabajo, y fundándose en la no probada hipótesis de que en Barcelona hemos dado tormento a los presuntos reos.

Créanos el Sr. Spielhagen, si la certeza de hecho tan bárbaro estuviese demostrada, no sería menester que acudiese él a convencernos de su maldad, porque en la prensa, en los clubs, en los

Ateneos, en las Universidades, en periódicos, en folletos y hasta en libros, la reprobación hubiera sido universal, y casi o sin casi nos atrevemos a afirmar que no hubiera habido un solo periódico en España, como en Alemania los ha habido, que considerase lícito o tolerable el empleo de tales medios contra los anarquistas. No hay español que no sepa que, aun cuando se pone fuera de toda ley y es un monstruo que se aparta y extraña de la humanidad, el que hace estallar una bomba en medio de una muchedumbre de seres humanos para causarles la muerte o espantosos tormentos, todavía el poder social no puede, sin rebajarse en cierto modo hasta el nivel de ese monstruo, atormentarle por ningún motivo, ni imponerle más pena que las que están prescriptas en los Códigos, después de bien demostrado el delito.

Ahora bien; así nuestro Código penal ordinario como nuestro Código de justicia militar, son de los más humanos y benignos vigentes hoy en el mundo. Ni en ellos ni en los procedimientos que prescriben hay nada que autorice o que dé pretexto o excusa a los jueces para emplear misteriosamente la violencia contra los reos, a fin de que delaten a sus cómplices. Cada reo tiene el derecho y hasta el deber de elegir un abogado defensor, tanto que, si él no le elige, se le nombra defensor de oficio. ¿Cómo suponer, pues, que si algún reo hubiese sido atormentado, su abogado defensor no hubiera denunciado aquel delito, marcando como blanco de la pública indignación a quienes le hubieran perpetrado? Por muy en secreto que se hubiera aplicado la tortura, ¿la podría ignorar el abogado defensor del torturado? Y si el empleo de la tortura se hubiese hecho público en Barcelona, ¿no se hubieran levantado en contra hasta las piedras?

El pueblo español no se distingue por su afición a que los criminales sean castigados, sino más bien por la compasión que los criminales le inspiran, y a menudo por cierta simpatía indulgente, no a causa del delito, que se aborrece, sino a causa del valor y del enérgico esfuerzo de voluntad que se ha empleado en cometerlo. Ello es que entre nosotros apenas se concibe lo que llaman *linchar* en los Estados Unidos, y es indispensable poner dificultades a los indultos para que no queden impunes muchos delitos o para que no sean insuficientemente castigados. Tal es en España el sentir popular, por donde considero imposible que en Barcelona se haya empleado la tortura, sin que ni los anarquistas, ni los socialistas, ni los republicanos, ni los demás hombres, en suma, que viven en aquella gran ciudad lo hayan sabido a ciencia cierta y hayan protestado solemnemente. Si algún anarquista residente en Barcelona, o tal vez residente en Francia, ha hecho cundir la voz de que en Barcelona se ha aplicado la tortura, y esta calumnia ha sido propalada por periódicos franceses, todo ha sido sin pruebas, como el Sr. Spielhagen tiene que confesarlo, por lo cual hubiera podido ahorrarse el trabajo que deben haberle costado sus declamaciones, a no ser que diga: Si esto hago en seco, ¿qué no haré en mojado?³³

Lo cierto es que los toros y la Inquisición nos perjudican mucho en las tierras extrañas, sirviendo de base en que se funda la fama que se nos da de crueles. No seré yo por cierto quien defienda ni la Inquisición ni los toros. Los toros siguen, pero la Inquisición ya pasó, y relativamente puede defenderse sin peligro de que se establezca de nuevo. Yo me limitaré a decir que en Alemania, por ejemplo, donde creo que no hubo Inquisición jamás, sólo por considerarlos brujos o brujas se han quemado, ahorcado y atormentado más seres humanos que ocho, diez o veinte veces las víctimas de la Inquisición en España y en todos sus dominios, cuando éstos se extendían no poco sobre el haz de la tierra.

Más que para impugnación del artículo del señor Spielhagen, deseo que valga este artículo para seguir llamando, acerca de lo que dice, la atención en toda España, y singularmente en Barcelona, desde donde me alegraré que se conteste a dicho señor y a los periódicos alemanes y austríacos, que nos acusan como él nos acusa. No soy yo de los que se complacen en exagerar la perversidad de los delincuentes para aumentar el odio que tal vez inspiran. Este odio está reprobado pública y oficialmente por nosotros. Y yo he leído en las puertas de muchas cárceles esta piadosa inscripción: «Odia el delito y compadece al delincuente.» Para compadecerle, sin embargo, no creo

33 [*Don Quijote de la Mancha*](#), primera parte, cap. XXV.

que convenga ni que sea justo ir tan lejos como va el Sr. Spielhagen, haciendo cómplice, o mejor diré, promovedor del crimen a todo el cuerpo social o al Estado que le representa, el cual, por torpeza o por vicio, infunde tan rabiosa desesperación en algunos ánimos, que los arrastra al crimen. Esta falsa y peligrosa doctrina está claramente expresada en el artículo del Sr. Spielhagen. Si fuera cierta, no dejarían de ser culpados los que, para remediar el mal, o movidos por la desesperación que el mal les causa, arrojan bombas de dinamita en medio de una muchedumbre descuidada e indefensa; pero todavía sobre el Estado, o más bien sobre la sociedad entera, caería el peso de la culpa en su origen, por causar la locura abominable, que induce a la culpa a las víctimas de la mala organización que la sociedad tiene. La verdad es que el Sr. Spielhagen no sabe lo que dice, o, teóricamente, al menos, se hace tan anarquista como los que lanzaron las bombas.

Ni el Estado ni la sociedad pueden remediar ni evitar muchos de los males inherentes a la flaca y triste condición humana. Esos males tienen, sin duda, su raíz en la misma naturaleza de las cosas, y se remediarán o se aliviarán, no repentina y violentamente, sino con el transcurso del tiempo y con calma y paciencia. El Estado entretanto hace cuanto está a su alcance hacer. Y lo que es en España, la sociedad entera no puede ser más caritativa. Nobles y hermosas pruebas de su caridad está dando en los momentos difíciles que ahora atravesamos. Básteme citar lo que ocurre en mi ciudad natal, donde las malas cosechas y la completa destrucción de los viñedos por la filoxera, han destruido la principal riqueza y han hundido en la miseria a los jornaleros. La cuarta parte de la población no puede hoy allí ganarse por el trabajo el sustento diario; pero la caridad los mantiene a todos. Será poco ingenioso recurso, pero no se me negará que es generoso, y que quita todo pretexto o motivo para atenuar cualquiera atentado contra la sociedad que de tal modo se conduce.

Quiero advertir, por último, que esta inagotable caridad del pueblo español no se limita sólo a los menesterosos y desvalidos, sino que se extiende, tal vez demasiado, hasta sobre los mismos criminales, en quienes no deja de ver, de respetar y hasta de amar un alma hecha a imagen de Dios, atribuyéndole propensión y capacidad para la virtud y para el arrepentimiento, que un frío criterio tiene que tildar de inverosímiles. Poco después de los horrendos crímenes anarquistas de Barcelona, se ha representado en muchos teatros de España, con extraordinario aplauso, el drama de Sellés, titulado *Los domadores*, que demuestra lo que digo. Un anarquista, resuelto ya a arrojar una bomba y a causar mil muertes, se deja enternecer por el inocente y bondadoso afecto de su mujer y de su hijo, se convierte y se hace punto menos que un santo. La milagrosa y dulce conversión ha sido solemnizada con las lágrimas y con el entusiasmo de los espectadores, entre los cuales pudo haber algunos de los parientes de las víctimas o tal vez víctimas mismas de las que escaparon con vida cuando los atentados de Barcelona.

Tal es y tal ha sido siempre la predisposición del público español a compadecer al que perpetra un delito, por horrible que sea, y a creerle capaz de contrición sincera, que le haga digno de que Dios le perdone y de que le miren con cariño fraternal y le tiendan la mano los hombres mismos a quienes ha ofendido. Es, pues, absurdo imaginar que en un pueblo que de esta suerte siente y piensa, pueda todavía aplicarse a nadie la tortura.

Madrid, 1897.³⁴

34 La fecha es dudosa, ya que no figura en la edición de las *Obras Completas* de Valera. Parece referirse al atentado con bomba contra la Procesión del Corpus en Barcelona que tuvo lugar el 7 de junio de 1896, y causó 12 muertos y unos 35 heridos. Los consiguientes procesos de Montjuic desde el 15 de diciembre hasta mayo del siguiente año concluyeron con cinco condenas a muerte y muchas más a prisión. Hubo una gran campaña nacional e internacional en contra del proceso, con la que se acusó a las fuerzas de orden público de haber torturado a los detenidos para obtener sus confesiones.

LETRAS Y ARMAS

(1898)

Esta guerra que nos han declarado los yanquis sin motivo, y hasta sin propósito que ellos puedan confesar sin vergüenza, sobreexcita, como es natural, los nervios de todos los españoles y los impulsa a dar muestras de patriotismo, cada cual a su manera.

No es de extrañar, pues, que ciertos amigos míos, literatos o, si se quiere, aficionados a las letras, y así nadie los acusará de inmodestos, me hayan preguntado repetidas veces qué debemos hacer nosotros en esa ocasión, como literatos o escritores.

Ya se entiende que el periodista debe y puede ser muy útil, animando el espíritu público inspirando confianza a los tímidos y procurando acallar quejas y calmar enojos de unas parcialidades políticas contra otras, a fin de que todas se aúnen y se muestren apercibidas para la indefensa de la patria. Los poetas podrán celebrar y cantar nuestras victorias, si por dicha las alcanzamos, y cuando no, lamentar nuestra desventura en versos elegíacos, que Dios quiera que no haya ocasión de escribir, aunque puedan ser muy bonitos.

Pero no se trata de nada de esto. El punto sobre que me interrogan los mencionados amigos es sobre lo que debemos hacer, como meros literatos, para contribuir a los gastos de la guerra; para que las letras españolas figuren en la inscripción nacional que se abrió hace pocos días.

Confieso que al principio me pareció difícil que hiciésemos en este sentido algo que no fuese una triste figura. El banquero y el comerciante tienen fondos de que disponer; el propietario y el labrador tienen rentas y el fruto de sus campos, y tiene el industrial las telas y demás artefactos de sus fábricas, que fácilmente pueden convertirse en dinero. Pero las letras producen en España tan poco que apenas se ve, por lo pronto, que puedan dar a la patria, en el grande empeño en que hoy está, sino aplausos y bendiciones. Poco es esto, y no es, además, muy de nuestra peculiar incumbencia el darlo. Para dar bendiciones está el clero, y para aplaudir y vitorear el pueblo todo, cuando llegue el momento feliz en que nuestra Marina y nuestro Ejército deban recibir el galardón glorioso que a su constancia y denuedo se deberá sin duda.

De esto no se trata hoy. En esto, las letras y los que las cultivan no han de hacer especial papel; han de confundirse con los demás españoles y ser mínima parte del coro que forme la nación toda.

En suma: ahora sólo se trata de la suscripción nacional. De qué suerte las letras en España, donde tan poco se lee y donde ellas son tan pobres, pueden aparecer en dicha suscripción con una buena partida.

Pues bien: a mí se me ocurre lo que voy a decir sin más preámbulos. Mi ocurrencia será tildada de inocente y provocará las risas y las burlas de muchos; pero no me importa, y voy a decirlo, valga por lo que valga.

Por lo mismo que en España se leen pocos libros y se compran menos, abundan los almacenes, sótanos y camaranchones atestados de volúmenes, que se apolillan o se pudren por falta de compradores y de lectores. ¿Por qué, pues, y a fin de que pueda decirse que no hay mal que por bien no venga, no ha de transformarse siquiera un átomo, siquiera un escrúpulo del patriotismo español en afición a las letras patrias?

Para que estas letras acudan a la suscripción nacional con una respetable suma, yo no quiero más que contar con dos o tres centenares de grandes señores, de ricos capitalistas, de varias corporaciones y de bastantes establecimientos de educación, colegios y conventos de escolapios,

jesuitas, agustinos, etc., que no perderían nada en enriquecer sus bibliotecas o en empezar a crearlas, si no las tienen, comprando algunos libros que las letras darían de balde.

Ya me zumban los oídos, y ya creo estar oyendo a los desdeñosos y chistosos reírse de la tal compra, y asegurar que todos los libros que yo quiero poner a la venta son purísima tontería. Pero mi contestación está pronta y no tiene réplica, como no se suponga que España es la Beocia de las modernas naciones; que todo cuanto aquí se ha pensado y escrito es tonto de remate y que no vale la pena de dar por ello un perro chico.

No pretendo yo prevalerme del patriotismo para que alguien compre las obras de los pobrecitos autores contemporáneos, aunque yo creo que todos daremos ejemplares para que nadie nos acuse de poco generosos.

Hay otra clase de libros, que apenas compra ni lee nadie; pero que nadie tampoco, como esté en su juicio y como no quiera ser acusado de rudo, calificará de insulsos, de necios, de inmorales o de irreligiosos.

Los ricos de que hemos hablado, así como los colegios y corporaciones, pueden y deben comprarlos, si no los tienen, y yo doy por seguro que habrá muchos que no los tengan.

Voy a citar aquí algunos de estos libros y su posible producto:

Cien ejemplares de las *Obras completas de Lope de Vega*, magnífica edición, de la que lleva ya publicados ocho volúmenes la Real Academia Española, a treinta y dos duros, serían tres mil doscientos duros.

Otros cien ejemplares de la *Cantigas del Rey Sabio*, preciosa edición de la misma Real Academia, a veinte duros, serían dos mil.

La Real Academia Española debe de tener aún ejemplares del *Fuero Juzgo*; del *Siglo de Oro* de Valbuena; de las poesías del duque de Frías y de don Juan Nicasio Gallego, y de otros libros preciosos y clásicos, que no estarían de sobra en las bibliotecas de los señores ricos y de las corporaciones que hemos citado. De estos libros me parece que se desprendería con gusto la mencionada Real Academia.

La de la Historia, para contribuir a fin tan alto saldría muy lucida aunque sólo diese sesenta u ochenta ejemplares de sus publicaciones, que acaso formen ya dos centenares de tomos.

El Ministerio de Fomento y la Biblioteca Nacional han publicado también obras muy interesantes y de gran valor, que deben de estar almacenadas y estropeándose, y de las cuales, con un solo centenar de ejemplares que se vendiese, se podría sacar una buena suma.

Curioso sería, y no faltarían chuscos que se riesen de lo extraño del caso, si a causa de la guerra la ilustración viniera a difundirse, y en los palacios de nuestros magnates y en los colegios y casa de educación de las órdenes religiosas se llenasen de buenos libros algunos armarios.

Elegante y de buen tono sería para dichos magnates que el patriotismo los convirtiese en mecenas, y no dejaría de ser útil para los religiosos docentes el adquirir libros castizos, que tal vez les falten. Así, por ejemplo, los del *Saber de Astronomía del rey don Alonso*, *Las Cartas de Indias*, la *Historia de Felipe II*, de Cabrera, y la magnífica edición de Oviedo que contiene la historia de ese Nuevo Mundo que descubrimos, civilizamos y colonizamos, y donde muchos de los que fueron guiados allí por nosotros y abriéndoles nosotros camino, se nos muestran hoy tan ingratos y tan crueles.

Yo doy por cierto que, estimulados cuantos ejercemos hoy en España el nada lucrativo oficio de escribir, al ver el desprendimiento de las reales academias, Biblioteca Nacional y Dirección de Instrucción Pública, daríamos sin jactancia uno o dos centenares de nuestras obrillas por si alguien se allanaba también a comprarlas, aunque sólo fuese por el buen empleo que había de darse al precio de la compra. Me parece que no me equivoco ni hago cuentas galanas. Bien dirigida esta venta de libros, y encomendada a libreros hábiles, en Madrid, Barcelona, Sevilla y otras principales

ciudades, ¿por qué no había de producir treinta o cuarenta mil duros? ¿No sería luego gran satisfacción poner en la suscripción nacional esta partida:

«Las letras españolas, ciento cincuenta mil o doscientas mil pesetas.»?

Sólo con doscientos o trescientos bibliófilos patriotas y acomodados, bastaría y aun sobraría para esto. ¡Ojalá que así sea, si mi plan no parece muy candoroso y si nuestros libros no son tan aborrecibles y tan despreciables que ni por amor de la patria quiera nadie adquirirlos!

Madrid, 1898.

CARTA A LA NACIÓN, EN BUENOS AIRES (1900)

El mal estado de mi salud no ha consentido, muy a mi pesar, que durante mucho tiempo cumpla yo la promesa de escribir para *La Nación* una carta mensual sobre la reciente literatura española. El asunto es tan vasto, que apenas había empezado yo a tratar de él en artículo mío que insertó *La Nación* el 30 de Abril último. Procurando ahora, ya que me siento algo restablecido, reanudar la comenzada tarea, espero no faltar y escribir cada mes una carta. No careceré de puntos que tocar, aunque los toque muy ligeramente, ya que en España no dejan de publicarse libros y ya que no pienso yo excluir de la cuenta que vaya dando los que en varios estados o repúblicas de la América española vengán a publicarse y lleguen a mis manos. Rotos están los lazos políticos que estrechamente nos unían.

Cada uno de los pueblos, que desde California hasta el Estrecho de Magallanes ha surgido en ese gran continente, merced a la expansión en mejores y más dichosos días de los hijos de nuestra península, se ha creado y tiene hoy nueva patria. Pero, en mi sentir, por cima del amor que esta nueva patria merece y exige hay otro amor, o si se quiere, otro patriotismo más comprensivo y alto: el de la raza de que todos procedemos y de cuya identidad da testimonio y debe ser indeleble sello la lengua castellana.

No pocas veces he recordado yo el célebre dicho de Tomás Carlyle. Hablando de Shakespeare aseguraba este famoso crítico que si le dieran a escoger entre la pérdida de Shakespeare y la pérdida del imperio británico en la India, elegiría sin vacilar la pérdida del imperio, porque éste habrá de perderse tarde o temprano, mientras que el inmortal dramaturgo seguirá siendo lazo de unión y signo de fraternidad entre cuantas gentes que llevan sangre inglesa en las venas hay y habrá esparcidas por el mundo. Lo que dijo Carlyle de Shakespeare bien puedo yo decirlo de Tirso, de Lope o de Cervantes, cualquiera de los cuales vale tanto o más que el inglés, si el amor propio nacional no me engaña.

En una de las muchas zarzuelas que en España se escriben ahora, D. Ricardo de la Vega hace decir graciosamente a un boticario:

Hoy las ciencias adelantan
que es una barbaridad.³⁵

El boticario dijo tal vez más de lo que quería decir, porque si en estos últimos tiempos han sido extraordinarios los adelantos materiales y las invenciones ingeniosas para hacer más cómoda y regalada la vida, han surgido en cambio doctrinas pseudo-filosóficas, económicas y políticas, que bien pueden calificarse de bárbaras y que puestas en moda, pueden influir e influyen de un modo harto cruel en la conducta de las naciones.

La idea, por ejemplo, de la constante y creciente superioridad de unas razas humanas sobre otras, y de que se da una lucha por la vida en la que deben extinguirse más o menos lentamente los pueblos inferiores o decaídos, a fin de que ocupen su lugar y prevalezcan e imperen los pueblos superiores, más inteligentes y briosos, y la idea de la selección por cuya virtud van elevándose y magnificándose los mencionados pueblos y pereciendo los que decaen y se hunden, hacen que en nuestra época, aunque se hable mucho de filantropía y de justicia, sólo se atienda a la fuerza, se aprecie al que la tiene y el débil sea desdeñado y vejado; se profetice su próxima muerte como cosa segura y hasta se le niegue el derecho de seguir viviendo.

35 *La verbena de la Paloma* (1894), música de Tomás Bretón y libreto de Ricardo de la Vega.

Yo reconozco y deploro nuestra reciente lamentable derrota y como efecto de ella, tengo que confesar y confieso también que el estado español se halla decadente y abatido en el día. Lo que no es fácil de explicar, en mi sentir, es la causa o la multitud de causas que nos han traído a tan hondo abatimiento en comparación del grandísimo poderío, prosperidad, fuerza y riqueza que otras naciones han alcanzado. No creo que hayan degenerado individualmente los españoles, ni que sean hoy menos activos, menos valerosos, ni menos inteligentes que en los pasados siglos. Ni creo tampoco que la energía de voluntad, el entendimiento y otras buenas y altas cualidades, hayan pasado por completo a adornar y a sublimar a otras razas humanas y nos hayan dejado huérfanos de todas aquellas prendas que en otro tiempo nos valieron para descollar y predominar en el mundo.

Si el mal no está en los individuos, sin duda en el conjunto hay defectos y vicios que han dado origen a nuestras desventuras. El mal no puede ni debe ser incurable. Los vicios se extirpan y los defectos se corrigen. Así piensa hoy la mayoría de los españoles y así se habla de regeneración por todas partes. Nos hallamos, pues, en un momento histórico de crisis y de peligro. Fácil es equivocarse y hallar remedio que sea peor que la enfermedad.

Bueno, muy bueno es no dejarse alucinar por el amor propio, hacer severo examen de conciencia, no disimular ni ocultarse los pecados y los errores. Todo esto se hace aquí ahora. Somos duros y hasta crueles con nosotros mismos, en vez de pecar de engreídos y de soberbios. Pero desgraciadamente, la soberbia y el engreimiento, que tal vez se extendían antes sobre toda la colectividad, no se han desvanecido, sino se han encogido, contrayéndose y encerrándose, ya en el individuo, ya en esta o en aquella clase social a que el individuo pertenece, ya en determinada región o comarca que el individuo llama su *patria chica*.

Tan raro modo de discurrir hace que algunos individuos imaginen que toda la población española se ha quedado rezagada en el camino del progreso o se ha caído en un barranco que en el camino había, mientras que ellos siguen delanteros, dándose la mano con los alemanes, con los ingleses y con los demás livianos de esta recua nacional y progresiva.

Tan raro modo de discurrir cuando es una clase social quien le tiene, da origen a la manía de la *masa neutra*, a la idea de que todos los políticos son pícaros o tontos, y de que no bien gobierne la *masa neutra*, quedaremos regenerados, lo cual pudiera tener algunos visos de razón si los políticos que han gobernado hasta ahora la España o en el día la gobiernan, debiesen su encumbramiento al capricho de un príncipe, al antojo de una favorita, a la recomendación oculta de un confesor regio o a cualquiera intriga palaciega; pero como en España no hay hombre político que en el día no se levante aupado y sostenido por un gran partido que le elige por jefe y con el aplauso de la muchedumbre que celebra y admira su elocuencia, su saber y sus demás poco comunes dotes de entendimiento y de carácter, fuerza es convenir en que los tales políticos han de ser lo mejor y lo más egregio que en la nación hay, y que si valen poco, es porque vale menos lo restante.

Tan raro modo de discurrir, por último, engendra el regionalismo y da ser y consistencia a la *patria chica*; síntoma ominoso de disolución nacional que debemos esperar habrá pronto de disiparse, pero que, en las circunstancias angustiosas en que hoy nos vemos, ha dado y sigue dando triste muestra de sí en Cataluña sobre todo. Corrientes de opinión y movimiento de los espíritus son estos enteramente contrarios a la marcha que siguen hoy las Sociedades. Cuando en Italia, por ejemplo, estados tan gloriosos como en las artes de la paz y de la guerra lo fueron Génova, Florencia y Venecia, se conforman con ser y gustan de ser provincias italianas, es extraño y aflictivo que haya en Barcelona y en algunos otros puntos de Cataluña alguien que sueñe con el separatismo y que entienda que pierda y que no gana en formar parte de nuestra nación.

El síntoma, como ya he dicho, es ominoso, pero sin duda desaparecerá cuando España restaure un poco sus fuerzas. Los catalanes no se puede negar que deben la riqueza y el auge de su industria, comercio y cultura, a la laboriosidad y al talento de que están dotados, pero algo deben también a la generosa protección del resto de los españoles, que se han resignado a comprar sus

manufacturas mucho más caras que hubieran podido comprarlas en otros países. Y esto durante no poco tiempo.

Otra causa aparente de divorcio entre Cataluña y el resto de España, hay aún y proviene de la misma prosperidad e importancia de Cataluña; pero nadie, ni en Aragón, ni en Castilla, ni en Andalucía, se opone a que persista y a que florezca la causa a que aludimos, con tal de que deje de ser causa de divorcio, pues no hay el menor fundamento para que lo sea.

Ya se entiende que aludo aquí al brillante renacimiento de la literatura catalana en estos últimos años. Lejos de mirar nosotros este renacimiento con disgusto, recelo o envidia, le hemos acogido con aplauso, considerando gloria nacional el poseer una literatura bilingüe y ensalzando a no pocos de los que escriben o han escrito en catalán al igual o por cima de los que escriben en castellano. Así, por ejemplo, no concedemos a Narciso Oller menos importancia y mérito que a nuestros más populares y célebres novelistas; a Mosén Jacinto Verdaguer, autor de la *Atlántida*, apenas hay quien no le coloque en la más alta cima de nuestro parnaso, descollando entre los líricos y épicos castellanos de nuestros días; y del dramaturgo Ángel Guimerá hemos representado en los teatros de Madrid las mejores obras traducidas al castellano, y la crítica y el público han colmado de aplausos y de laureles al poeta, sobre todo en su drama *Mar y Cielo*.

Nadie niega tampoco que la lengua catalana, lejos de ser un dialecto y menos aun una jerga vulgar o *patois* como dicen los franceses, sea un idioma perfecto y verdaderamente literario en el que han escrito reyes heroicos como Jaime I el Conquistador, eminentes filósofos como Raimundo Lulio, y gloriosos e inspirados poetas, sobre todo en el siglo XV, durante el cual, antes del reinado de los Reyes Católicos, tal vez sea justo decidir que la poesía de Cataluña, por originalidad, elegancia y brío, era superior a la de Castilla en la misma época. Pero a pesar de todo, fuerza es convenir en que después ha prevalecido el idioma castellano, extendiéndose no sólo por toda España, sino por el Nuevo Mundo, donde no creo yo que haya república en que se hable catalán. Los mismos catalanes han contribuido con los frutos de su ingenio a la riqueza del idioma castellano y a su entronizamiento y perfección, empezando por Boscán, reformador de nuestra poesía, guía y maestro de Garcilaso, y autor de un dechado elegantísimo y limpio de castellana prosa en su traducción de *El Cortesano* del conde Baltasar Castiglione.

Si el catalán se ha descuidado mucho después y apenas se ha cultivado durante cerca de tres siglos, será por motivos largos de explicar aquí y por los que Castilla no debe culparse. Hubo una edad en que prevaleció de tal suerte en esta Península la lengua de Castilla, que hasta los mismos portugueses se desentendían del propio idioma y se complacían en escribir en castellano, como Gil Vicente, Camoens, Jorge de Montemayor, Sa de Miranda y cien otros.

La afición a escribir de nuevo en catalán en nuestros días, es, sin embargo, laudable, sobre todo si se limita a lo popular y de mero pasatiempo: a poesía lírica, dramas y a novelas. Así lo comprenden y lo practican los más ilustres escritores catalanes, mallorquines y valencianos de la edad presente. Enriqueciendo el tesoro de nuestro patrio castellano idioma están, por ejemplo, los libros del eruditísimo y profundo crítico D. Manuel Milá y Fontanals y los del muy notable filósofo y publicista D. Jaime Balmes, tan encomiado, no sólo en España, sino en todas las naciones cultas, especialmente entre los católicos.

Convengamos, pues, sin condenar el uso literario de la lengua catalana, en que el castellano es el verdadero y legítimo idioma nacional de España, el idioma español por excelencia, no sólo hablado y escrito en nuestra Península, sino también en dieciséis o diecisiete repúblicas, en una inmensa extensión del continente de América, y acaso por más de sesenta millones de seres humanos.

Acaso estamos decaídos, pero no estamos muertos cuando hay aún tanta gente que conserva y que es de esperar que conserve no poco del ser, del carácter, del pensamiento y de la cultura de la raza española, y que habla y escribe la lengua de Calderón y Cervantes, de ambos Luises, del mejicano Ruiz de Alarcón y del venezolano Andrés Bello. De que esta lengua sigue cultivándose

con feliz éxito y amoroso esmero en América, dan claro y hermoso testimonio muchos inspirados y elegante poetas, entre los cuales me complazco en contar a Mármol, Obligado, Andrade y Oyuela, así como prueban lo bien y profundamente que la estudian los escritos de no pocos filólogos hispano-americanos, sobresaliendo entre todos el prodigioso colombiano Rufino Cuervo. (...)

Madrid 1 de Enero de 1900.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 559 Ramón del Valle-Inclán, *Visión estelar de un momento de guerra*
- 558 Hans Holbein el Joven, *Danza de la Muerte*
- 557 Megástenes, *La India (fragmentos)*
- 556 Beroso, *Babilonia (fragmentos) seguido del Falso Beroso de Annio de Viterbo*
- 555 Leonor López de Córdoba, *Memorias (1368-1412)*
- 554 Herrada de Lansberg, *Hortus deliciarum. Calcos de las miniaturas*
- 553 Augustin Cochin, *Las sociedades de pensamiento y la democracia en la revolución francesa*
- 552 Manetón, *Historia de Egipto (fragmentos)*
- 551 Horace Greeley, *La Administración Lincoln y la Guerra Civil (1860-1865)*
- 550 DeBow, Lagdon, Van Dyke, *Defensa de la esclavitud. Un panfleto antiabolucionista de 1860*
- 549 John L. O'Sullivan, *El destino manifiesto (artículos)*
- 548 Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*
- 547 Francis Yeats-Brown, *La jungla europea*
- 546 E. A. Wallis Budge, *La literatura de los antiguos egipcios*
- 545 Yevgeny Ivanovich Zamiatin, *Nosotros*
- 544 *La epopeya de Gilgamesh*
- 543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
- 542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
- 541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*
- 540 Havelock Ellis, *El alma de España*
- 539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*
- 538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
- 537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
- 536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
- 535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
- 534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
- 533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
- 532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
- 531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
- 530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
- 529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
- 528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
- 527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
- 526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
- 525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
- 524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
- 523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
- 522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
- 521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos (2 tomos)*
- 520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
- 519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
- 518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanese del siglo XVII*
- 517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
- 516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
- 515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*

- 514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
 513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
 512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
 511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
 510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
 509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
 508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Herald*
 507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
 506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
 505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
 504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
 503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
 502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
 501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
 500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
 499 Pere M. Rossell, *La Raza*
 498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
 497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
 496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
 495 Francisco Raull, *Historia de la conmovición de Barcelona en... julio de 1835*
 494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
 493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política... y otros textos*
 492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
 491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
 490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
 489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
 488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
 487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
 486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
 485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
 484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
 483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
 482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
 481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
 480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
 479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
 478 Manuel de Gallegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
 477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
 476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
 475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
 474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
 473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
 472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
 471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
 470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
 469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
 468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
 467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
 466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
 465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*

- 464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
 463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
 462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
 461 *Los ilustrados y la esclavitud*
 460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
 459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
 458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
 457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
 456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
 455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
 454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
 453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
 452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
 451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
 450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
 449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
 448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
 447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
 446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
 445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
 444 Publilio Siro, *Sentencias*
 443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
 442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
 441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
 440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
 439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
 438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
 437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
 436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
 435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzl, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
 434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
 433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
 432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
 431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
 430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
 429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
 428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
 427 Georges Desdevises du Désert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
 426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
 425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en Ken 1938-1939*
 424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
 423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
 422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
 421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
 420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
 419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
 418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
 417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
 416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
 415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*

- 414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas* (Fragmentos)
- 413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
- 412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
- 411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
- 410 Tertuliano, *Apologético*
- 409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
- 408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
- 407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
- 406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
- 405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
- 404 Ángel Pulido, *Espanoles sin patria y la reza sefardí*
- 403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
- 402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
- 401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
- 400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia... desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)
- 399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
- 398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
- 397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
- 396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes* (2 tomos)
- 395 *Los españoles pintados por sí mismos* (3 tomos)
- 394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
- 393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine* (13 tomos)
- 392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
- 391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
- 390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
- 389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*
- 388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
- 387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
- 386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
- 385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
- 384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
- 383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña* (1885)
- 382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
- 381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
- 380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
- 379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
- 378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
- 377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
- 376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China* (1715-1733)
- 375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china* (1723-1740)
- 374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China* (1602)
- 373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
- 372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
- 371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
- 370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
- 369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
- 368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
- 367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
- 366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
- 365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*

- 364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardidés de que se sirven los extranjeros...*
- 363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
- 362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
- 361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
- 360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
- 359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
- 358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
- 357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
- 356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
- 355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
- 354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
- 353 Manuel de Odrizola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
- 352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
- 351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
- 350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
- 349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
- 348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
- 347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
- 346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
- 345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
- 344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
- 343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
- 342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
- 341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
- 340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
- 339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
- 338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
- 337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
- 336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
- 335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
- 334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
- 333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
- 332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
- 331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
- 330 Christoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
- 329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
- 328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
- 327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
- 326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
- 325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
- 324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
- 323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
- 322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
- 321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
- 320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
- 319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
- 318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II (4 tomos)*
- 317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
- 316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
- 315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*

- 314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
- 313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
- 312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
- 311 Teofrasto, *Caracteres morales*
- 310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
- 309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
- 308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
- 307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
- 306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
- 305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
- 304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
- 303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
- 302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg (3 tomos)*
- 301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
- 300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
- 299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
- 298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
- 297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
- 296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra... (1793-1795)*
- 295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
- 294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
- 293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
- 292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
- 291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
- 290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
- 289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
- 288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
- 287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
- 286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
- 285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
- 284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
- 283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
- 282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
- 281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
- 280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
- 279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
- 278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
- 277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
- 276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
- 275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
- 274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
- 273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
- 272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
- 271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
- 270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
- 269 Homero, *La Odisea*
- 268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
- 267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
- 266 *El orden público en las Cortes de 1936*
- 265 Homero, *La Ilíada*

- 264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
 263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
 262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
 261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
 260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
 259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
 258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
 257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
 256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
 255 Álvarez Núñez Cabeza de Vaca, *Naufraios y Comentarios*
 254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
 253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario Ahora del 16 de febrero de 1934*
 252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
 251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
 250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
 249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
 248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
 247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania... en el año de 1546 y 1547.*
 246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
 245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
 244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
 243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
 242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
 241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
 240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
 239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
 238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
 237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
 236 Platón, *Las Leyes*
 235 Baltasar Gracián, *El Político Don Fernando el Católico*
 234 León XIII, *Rerum Novarum*
 233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
 232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguae latinæ exercitatio*
 231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
 230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
 229 *Concilio III de Toledo*
 228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
 227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
 226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
 225 José Echegaray, *Recuerdos*
 224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
 223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
 222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
 221 *El Corán*
 220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
 219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
 218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
 217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
 216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
 215 *Textos de Historia de España*

- 214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
- 213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
- 212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
- 211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
- 210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
- 209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
- 208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
- 207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
- 206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
- 205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
- 204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
- 203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
- 202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
- 201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón (4 tomos)*
- 200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
- 199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o... de la guerra contra los indios.*
- 198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
- 197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
- 196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
- 195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
- 194 Platón, *Critias o la Atlántida*
- 193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
- 192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
- 191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
- 190 Tomás Moro, *Utopía*
- 189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
- 188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
- 187 Cayo Velejo Patérculo, *Historia Romana*
- 186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
- 185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
- 184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
- 183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
- 182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
- 181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
- 180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
- 179 Platón, *La república*
- 178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
- 177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
- 176 Dante Alighieri, *La monarquía*
- 175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
- 174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
- 173 Aristóteles, *La política*
- 172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
- 171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
- 170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
- 169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
- 168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
- 167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
- 166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
- 165 Ángel Ganivet, *Idearium español*

- 164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
- 163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
- 162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
- 161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
- 160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
- 159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
- 158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico... hasta la época presente* (cuatro tomos)
- 157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
- 156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
- 155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
- 154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
- 153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
- 152 Luis Astrana Marín, *Gobernaré Lerroux*
- 151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
- 150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
- 149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
- 148 José María Blanco White, *Autobiografía*
- 147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
- 146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
- 145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
- 144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
- 143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
- 142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
- 141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
- 140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
- 139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
- 138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
- 137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
- 136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
- 135 *Códigos de Mesopotamia*
- 134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
- 133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
- 132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
- 131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
- 130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
- 129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España*. Versión de Hinojosa
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*

- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus (de Al-Bayan al-Mughrib)*
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*

- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida* (1868-1912)
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclario, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*

- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)